

**Revista Uruguaya
de Psicoanálisis**

**Número 91
2000**

Asociación Psicoanalítica del Uruguay
APU

El Psicoanálisis 100 años después

Sélika Acevedo de Mendilaharsu

Metapsicología de la interpretación

Luisa de Urtubey

Viajando afectivamente sola: un desvío personal en la escucha analítica

Evelyne Albrecht Schwaber

Comentario al trabajo de Evelyne Albrecht Schwaber: “Viajando afectivamente sola...”

Beatriz de León de Bernardi

Reseña y miscelánea especulativa (A propósito de “Travesía hecha afectivamente sola” de Evelyne Albrecht Schwaber)

Juan Carlos Capo

Actuaciones: cuerpo y transcripciones en transferencia

Laura Veríssimo de Posadas

Transferencia y maldición babélica

Juan Carlos Capo

Fragmentos hacia lo natal

Edmundo Gómez Mango

Imaginación y regresión en la perspectiva postkleiniana

Guillermo Bodner

Sobre los vínculos padres-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño

Víctor Guerra

El psicoanálisis en el vértigo de la mutación civilizatoria. La práctica psicoanalítica en el contexto actual

Marcelo N. Viñar

Psicoanálisis e Investigación

Investigación del proceso terapéutico en interacción temprana

Marina Altmann de Litvan, Sylvia Gril

De adolescencia marginada: una experiencia de trabajo

Eurídice de Mello de Gañón, Mercedes Espínola

Entrevistas y debates

Entrevista a Ricardo Bernardi

Conversando con Florence Guignard

Mesa Redonda: evaluación y arbitraje de publicaciones científicas

De actualidad

La fuerza del espíritu

Edmundo Gómez Mango

El concepto de narcisismo en la obra de Freud

E. Korovsly; M. Herrera; W. Perdomo; A. Pittaluga; R. Rapetti; T. Ruival

Reseñas

“En el camino de la simbolización. Producción del sujeto psíquico”

Myrta Casas

Presencia/Ausencia. Una clave para la lectura del libro de Myrta Casas: En el camino de la simbolización

Normas de Publicación de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis

El Psicoanálisis 100 años después

Sélika Acevedo de Mendilaharsu¹

“Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo” es el epígrafe de ‘La interpretación de los sueños’, cuya traducción, el fundador del Psicoanálisis reprocha a Werner Achelis 1927, ya que “mover las ciudadelas de la Tierra”, con sus connotaciones ptolomeicas no era su intención al utilizar el verso de Virgilio, sino sólo destacar lo más importante de la dinámica del sueño. Sin embargo el tiempo ha demostrado que ese fue el efecto del descubrimiento freudiano que conmovió al mundo. En su obra no sólo asombra la creatividad de su genio sino la fuerza, que, en su larga y dura vida, mantuvo para imponer sus ideas y difundirlas sin ceder ante los obstáculos, críticas y desconocimiento que jalonan la historia del Psicoanálisis.

En el 2000, el ámbito de los cambios de la era informática que sucedió a la industrial, que han sido incluidos en las categorías del modernismo y post-modernismo, incidieron e inciden en la disciplina psicoanalítica, en sus bases teóricas y en su práctica. Cien años representan mucho tiempo en la historia del Psicoanálisis, pero poco en la de la humanidad. El orden de un mundo gobernado por ciertas leyes universales se ha derrumbado y ha sido sustituido por una continua revisión de valores. Las ideologías, los grandes relatos, los grandes discursos y teorías se han eclipsado dando paso a nuevos órdenes. La masificación, la globalización, el exceso de información –muchas veces contradictoria y superpuesta–, han creado multitud de sentidos, pero también efectos de ambigüedad e incertidumbre. El ciberespacio destinado a intensificar la comunicación, paradójicamente ha favorecido “la multiplicación de los solos”.

El Psicoanálisis, la monumental obra de los pioneros ha sufrido y sigue sufriendo constantes revisiones, muchas de ellas de gran valor. Pero la demolición de ese arsenal metapsicológico ha originado un pluralismo teórico que desconcierta, quizás por su exceso, a las nuevas generaciones.

1. Miembro Titular de APU.
Colonia 1611, Montevideo, Uruguay.

El desorden y las crisis, los tránsitos en oscuridades, si bien son la condición del surgimiento de ideas nuevas e inquietantes, generan multiplicidad de interpretaciones y posturas, que necesitan para ser fértiles, rigor y responsabilidad en su manejo.

Si bien inconsciente, subjetividad y procesos sociales están íntimamente ligados, las exigencias culturales con sus aspectos económicos y políticos, tienen sus límites y no pueden dejar de respetar la autonomía de la disciplina psicoanalítica y para eso es imprescindible mantener la fuerza impulsora de sus fundadores. Esparte del deber del investigador dar cuenta del pasado, “volver al pasado con ironía” en las palabras de Umberto Eco. Pero la ironía significa en este contexto, no restar los valores históricos sino limitar su peso en la creación de las nuevas ideas que continúan produciendo historia.

Los importantes trabajos que integran este volumen dan cuenta de esta actualidad.

Metapsicología de la interpretación¹

Luisa de Urtubey²

La Metapsicología está compuesta por aspectos económicos, dinámicos y tópicos yuxtapuestos; tiende a crear vínculos y a establecer un orden entre los elementos subyacentes a la comprensión analítica: el contenido latente, el inconsciente extraño, extranjero.

El trabajo del analista es, para Green, semejante al que Freud define como propio del pensamiento: gracias a su análisis personal, el analista es capaz de hacer reducciones cuantitativas, de diferir el material para retomarlo más tarde, de construir una representación del proceso psíquico del paciente y de vincular, mediante el lenguaje, el trabajo y la representación.

El analista no es “como todo el mundo”. La “normalidad” corriente descansa sobre represiones logradas, mientras que el funcionamiento satisfactorio del analista se apoya sobre la capacidad de tolerar el inconsciente sin reprimirlo ni clivarlo. Esta “normalidad” es, como Freud lo señaló en 1908, próxima de la del artista, que levanta represiones para crear, sublimando así sus conflictos. La diferencia entre la creación artística y nuestro trabajo reside en que éste se refiere preferentemente al pasado.

Los fantasmas ni reprimidos ni clivados en el analista, los afectos no desplazados no serán proyectados sobre el paciente y no se transformarán tampoco en una construcción delirante –la semejanza entre interpretación analítica y construcción delirante ha sido señalada por Freud, en 1937.

1. Traducción del capítulo de igual título del libro *INTERPRETATION II. Aux sources de l'interprétation: le contre-transfert. Monographies de Psychanalyse. (1999) PUF (París).*
2. Miembro Titular de APU y de la Sociedad Psicoanalítica de París.

La actividad de crear vínculos sólo es posible si el preconciente del analista está adecuadamente estructurado y funciona de manera satisfactoria. Con lagunas o aberturas en su funcionamiento mental, con un para-excitación débil, el analista no logra ni distinguir los fantasmas subyacentes a la situación analítica ni dejarse ocupar por el aparato psíquico del paciente.

El preconciente estructurado del analista aceptará deseos contratransferenciales positivos de crear vínculos y no retrocederá frente al trabajo creativo, que es nuevo vínculo con un pasado sea desvinculado, sea encadenado de manera rígida e inmóvil por la influencia de un superyó severo, de traumatismos repetidos o de un yo clivado.

Sin el establecimiento de vínculos, la represión se vuelve a formar, puesto que las representaciones reprimidas y los afectos desplazados no se sitúan en una continuidad psíquica, o recuperada o aún nunca establecida. La contratransferencia negativa del analista no será tampoco ni reprimida ni clivada y él tomará consciencia de ésta, para impedir la actuación de sus aspectos destructivos.

El analista se permite, con respecto a su paciente, sentir o fantasear todo lo que le surge (casarse con él, como lo dice Searles, tener relaciones sexuales, tirarlo por la ventana, adoptarlo “realmente” como hijo o hija...). La diferencia entre él y un perverso o un padre o madre seductor consiste en que el analista siente mucho más que una persona cuyo análisis no ha sido tan profundizado, pero sin actuarlo. Reprime lo menos posible, rechaza las resistencias del yo o influenciadas por el superyó, pero respeta las prohibiciones superyoicas del incesto y de la agresividad devoradora.

Si el analista impide el acceso a sus fantasmas o embriones de afectos, corre el riesgo de caer en el *acting out*, aunque sea menor bajo forma de palabra inadecuada, lo que no sucede cuando un fantasma o un afecto ha sido admitido en la consciencia, suprimido si es necesario pero no reprimido.

Las modificaciones estructurales exigidas del analista implican una alteración de las relaciones entre su yo y su superyó. Este último deberá ser tolerante con todas las producciones del paciente y para todos los fantasmas y afectos a mínima del analista, aceptando al mismo tiempo asumir los roles más detestables proyectados por el paciente.

Además, en la contratransferencia, habrá de acoger simultáneamente la imagen de él que tiene el paciente, la que corresponde al objeto proyectado y absorbido y la que él

posee de si mismo. ¿Cómo logra todo ello? Cuando una profesión u oficio es elegido, lo es a la manera de una formación de compromiso de origen infantil, como lo dice el norteamericano clásico Brenner. En el analista, la carga pulsional consiste en el deseo de analizar -descubrir, así como, dominantes en algunos de cuidar/curar; hay, además, un aporte de retoños de pulsiones pregenitales, tales como la curiosidad y el control, de retoños pulsionales sublimados, de placer narcisista, de sentimiento de creación, como lo señala C. Parat.

La función analítica tiene sus raíces en una pulsión *voyeurista* cuya sublimación se lleva a cabo mediante un “*retournement*” y un cambio de fin, para alcanzar la posibilidad de examinar en si mismo el funcionamiento mental del otro, dice aun esa autora. Ese funcionamiento propio de una sublimación padece momentos de retorno de lo reprimido.

El origen de la impulsión de comprender procede de la de entrar en el interior de la madre, como lo decía la analista británica Ella Sharpe. Comienza por un empuje de fusión simbiótica con ésta y continúa por deseos de naturaleza anal de adquirir y de conservar. Transmitir el *insight* puede significar alimentar, enseñar, proteger, fertilizar, dice el norteamericano Greenson.

La paciencia es la segunda cualidad propia del analista, escribe C. David. Debe estar siempre disponible para la transferencia. ¿De dónde viene esa cualidad si no es de lo maternal, de lo femenino? Es también el resultado de un trabajo bastante análogo al de la sublimación artística.

La situación analítica es pluripersonal: en un plano manifiesto, comprende al paciente, al analista y a los terceros de quienes se habla; en un plano latente, más profundo, incluye los objetos internos del analista (sus objetos infantiles, su (o sus) analista(s), sus maestros, Freud), así como los objetos internos del paciente (sus objetos infantiles, cada vez más frecuentemente sus antiguos analistas).

De una manera general, con pacientes en un estado no demasiado regresivo y con un analista no adherido a una teoría inmutable, el funcionamiento metapsicológico de la situación analítica oscila de la fusión analista-paciente a la pluralidad de objetos con los cuales una relación ha sido establecida, como ya lo decían W. y M. Baranger. La contratransferencia, como la transferencia, funciona en interrelación con el paciente y sus objetos y “contiene” los objetos del analista, en particular su antigua transferencia

(las huellas mnémicas cargadas de afectos de ésta) y también sus contra transferencias actuales con otros pacientes. En numerosos momentos, la contratransferencia contiene también la transferencia del paciente.

A esta complejidad se añaden los diversos niveles de la contratransferencia: conscientes, preconcientes, reprimidos pero susceptibles de volver a la consciencia, reprimidos para siempre inaccesibles (irrepresentables). Estos mismos niveles se encuentran en la transferencia en proporciones distintas, ya que en el analista lo reprimido habrá perdido sus contracargas durante el curso de su propio análisis y será susceptible de volver a la consciencia, que, a veces, no habrá nunca quitado, luego de su desentierro durante el propio tratamiento. Sin embargo, permanecerá siempre una porción de reprimido inalcanzable.

La toma de consciencia de lo que sucede en la situación analítica se desarrolla primero, en general, en el analista: él hace acceder a la consciencia la contratransferencia latente, precedentemente inconsciente reprimida o disimulada por alguna otra defensa. El analista contiene y elabora la excitación producida en la situación analítica por la interrelación de sus dos participantes por medio de su propia identificación a un modelo de paraexcitación.

El nivel económico, de circulación y reparto de un *quantum* de energía pulsional, es susceptible de aumentar, de disminuir, de estancarse. El psiquismo trabaja transformando la energía libre o desligada en energía ligada, postergando la descarga, elaborando lo que ha escapado a la represión. En la interpretación, uno de los fines es la descarga de energía por parte del analista que, de lo contrario, estaría sumergido por cantidades pulsionales incontrolables. En el paciente, la interpretación libera también energía por efecto del cese del contra-investimento.

El mantenimiento de lo no reprimido y de lo no clivado requiere un inconsciente acogedor (¿ávido?, ¿curioso?) y un preconciente fuerte, permeable sin exageración, a fin de introyectar todo lo que proviene del paciente y que un funcionamiento demasiado secundarizado evacuaría.

El nivel dinámico tiene por fin el estudio del funcionamiento mental bajo el ángulo del conflicto y de la composición de las fuerzas pulsionales. Tomando en cuenta el pasaje entre las instancias, los movimientos son: levantar las represiones para la posibilidad de acceso a la consciencia, retorno a su lugar de origen de los

desplazamientos para conocer el objeto que los suscitó, reintegración de los clivajes para la unificación del yo, ligar las representaciones de cosa con las representaciones de palabra a fin de que puedan acceder a la consciencia, facilitar al yo la aceptación de los aspectos inconscientes anteriormente inconciliables; aligerar el superyó para que permita la expresión pulsional. El aspecto dinámico actúa de manera permanente en el inconsciente reprimido, que emite retoños, a veces frenados por una resistencia reforzada, a veces logrando , deformados, disfrazados, deslizarse hasta la consciencia.

La interpretación va a perturbar el equilibrio preexistente, obtenido mediante las defensas. Creará un momento de desazón hasta que una organización diferente se establezca.

Cuando Freud, en 1895, describe las diferenciaciones tópicas del aparato psíquico, el inconsciente le parece organizado en capas, donde están guardados los recuerdos en especies de archivos. La consciencia posee su figuración espacial: un desfiladero que sólo deja pasar un recuerdo a la vez o prestar atención a un solo elemento.

La interpretación consiste en una síntesis de las contratransferencias conscientes y preconscientes del analista. Se añaden sus teorías analíticas conscientes y también las inconscientes, éstas proviniendo a menudo de las teorías sexuales infantiles. El paciente recibe la interpretación a través de su consciencia. Si la formulación logra atravesar el desfiladero, se dirige hacia el preconsciente, lo fortifica, lo refuerza, lo vuelve permeable y permite la transformación de las representaciones de cosa en representaciones de palabra.

En la primera tópica, hasta más o menos los trabajos de metapsicología de 1915, el psiquismo es dividido por Freud entre sistemas: inconsciente, preconsciente y consciente, cada uno dotado de su función, de su tipo de proceso, de su energía de carga y siendo especificado por sus contenidos representativos. Existen censuras: la represión entre el inconsciente reprimido y el preconsciente-consciente, una barrera sólida, la supresión, entre el preconsciente y el consciente, una dificultad ligera. Estas censuras marcan las fronteras entre los diversos sistemas y son imaginadas por Freud como antecámaras, porteros... La energía psíquica recorre esos sistemas según un orden determinado, que es contrariado por esos límites.

La segunda tópica se instaura en 1923, con el yo, el superyó y el ello, luego de un período de transición entre 1914 y 1923, donde Freud descubre, entre otras cosas, las

defensas inconscientes del yo, la existencia de los objetos internos, gracias a la melancolía, que lo conducirán a distinguir el superyó; el narcisismo; y, sobre todo, la presencia de la pulsión de muerte, en sus comienzos tendiendo más bien al Nirvana, al retorno a lo no viviente, más que a la destrucción. La constitución del psiquismo mediante instancias ello, yo y superyó, no impedirá a Freud conservar también la primera tópica: lo latente y lo manifiesto, cargas y contracargas.

De ello resulta que la estructuración de la sesión analítica conducente a la interpretación, es compleja. Se encuentran allí el paciente, cuyo ello reclama satisfacción para sus pulsiones hirvientes y dotadas de energía desligada, cuyo yo hace frente a difíciles relaciones entre sus tres amos –la realidad, el ello y el superyó–, aun abrigando en él también zonas inconscientes que defiende mediante resistencias igualmente inconscientes; cuyo superyó será activo y más o menos severo. Habrá además clivajes entre las diversas instancias, conflictos interiores entre ellas (entre yo consciente y yo defensivo inconsciente, entre superyó castigador y superyó benevolente, entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte en el ello).

Esta situación interna se repite en el analista, con la diferencia que habrá menos represiones a preservar, menos energía a gastar en esta tarea, un yo ampliado, un preconciente estructurado, sin deficiencias notorias y que estará dotado de un paraexcitaciones sólido y de una disponibilidad a admitir el placer ni incestuoso ni destructor.

La génesis de la interpretación obedece a los mismos mecanismos que los distinguidos en los sueños o en los síntomas. Hay que aplicar al analista un concepto que Freud utiliza para el soñante: la regresión.

En el analista, mientras interpreta, hay seguramente una regresión formal, tópica quizás, pero no temporal (no volverá a una época perimida, sea oral, sea anal). Para comprender al paciente, hay que regresar con él, sin angustia excesiva, para luego reaccionar trayendo a la consciencia las representaciones captadas. La interpretación resulta primero del trabajo inconsciente del analista, luego necesita pasar por la consciencia que termina de elaborarla, como lo dice Anzieu.

Existirán también formaciones complejas que se establecerán en cada situación analítica, en particular en los puntos ciegos del analista que coinciden con los del paciente o sobre las zonas de bastiones para ambos (fantasmas o relaciones con objetos

internos idealizados que no se quiere analizar/tocar, por miedo de perderlos, según los Baranger).

Hay mucha gente sobre el diván, en el sillón y entre los dos: alianza de los dos superyós contra los dos ellos (para instalar y o mantener inmóviles barreras mortíferas contra el placer), alianza de un yo con el superyó del otro (del yo del paciente que obedece al superyó punitivo del analista), lucha entre los dos yo (cada uno defendiendo su narcisismo, su omnipotencia), “contenencia” del yo del analista, a veces del paciente. La alianza del analista con el ello, por lo menos en los fantasmas de los paciente (“Ud. quiere que yo tenga relaciones sexuales”, por ejemplo). Identificaciones parentales del uno y del otro; identificación del analista con su antiguo propio analista: en su yo bajo forma de saber hacer, en el superyó con el aspecto de reglas a respetar (el encuadre, la contenencia, la prohibición de la actuación agresiva o incestuosa), en el ideal del yo (la exigencia narcisística de éxito).

Para Strachey, el proceso del análisis consiste en la atenuación ríe la severidad del superyó del paciente y en su reemplazo por un superyó construido sobre el modelo del analista. Es cierto que, para no reprimir, para permitirse poder decir todo, soñar, etc., el analista está de acuerdo en combatir un superyó rígido, como lo estaba para tratar de volver inoperante la repetición mortífera.

Están aun los objetos internos del uno y del otro, los buenos y aptos a socorrer, los destructores aun no totalmente vencidos, los destruidos y a reparar, los envidiosos que quieren estropear el vínculo analítico. Estos últimos son importantes y no siempre ausentes del mundo interno del analista. Hay que considerar aun la transferencia y la contratransferencia, que se comunican conscientemente mediante palabras e inconscientemente por mecanismos aun desconocidos, que se contienen entre si por introyección, incorporación e identificaciones momentáneas o duraderas.

Del lado del analista, esta su comprensión del paciente, de la situación analítica y de su contratransferencia, gracias al autoanálisis. Espera el momento oportuno, sin olvidar la interpretación a formular. Durante ese lapso, acechará las confirmaciones diversas en las asociaciones del uno y del otro, o en los recuerdos retornados en ambos.

El paciente será capaz de escuchar, capacidad que adquirirá progresivamente. Tendrá sus defensas preferidas, bien conocidas y utilizadas desde largo tiempo atrás. Conocerá nuevas, ligadas a la neurosis de transferencia, de la cual se espera, a justo titulo, que se

atenúen. Aprenderá a aceptar lo infantil y la transferencia, procesos de aceptación a largo alcance, que se instalan poco a poco. Temerá menos la proximidad del analista, su contacto psíquico. Por sobre todo, aprenderá a acoger su inconsciente extraño, extranjero.

Una vez más bien convencido de la probabilidad de su interpretación –el psicoanálisis es una ciencia conjetural, citemos a Lacan–, sin jamás aspirar a la seguridad absoluta, todopoderosa y megalómana, el analista formulará una interpretación. Con palabras simples y tan breve como sea posible.

Se plantea aquí el problema de la doble inscripción, tratado por Freud en sus escritos llamados de Metapsicología. ¿Se trata de una misma inscripción, precedentemente inconsciente y accediendo a la consciencia, gracias a un sobreinvertimiento por parte de ésta; o bien se trata de dos inscripciones, una que pertenece al inconsciente y otra que se vuelve consciente? Freud no se pronunció sobre este punto de manera definitiva y quizás la mejor solución sería que las dos formas sean posibles, sobre todo en un primer tiempo. En *après-coup*, la inscripción sobreinvertida predominará. Para, eventualmente, volver a ser de nuevo inconsciente luego del final de la cura, en un movimiento de represión exitosa.

Luego de la interpretación, el analista escucha, primero a sí mismo, su voz, su entonación, luego la escucha de la escucha por el paciente, como lo ha señalado H. Faimberg. Registra, acumula y, si le es posible, no se olvida. Varias cadenas interpretativas se desenvolverán, extendiéndose a menudo sobre vanas sesiones, semanas, meses...

Doblemente inscrita o no, la interpretación, si ha sido escuchada a pesar de las defensas habituales y las resistencias al análisis, las representaciones de cosa serán convertidas en representaciones de palabra, pasarán del contenido manifiesto al contenido latente.

Pero si la interpretación ha sido escuchada, y si era fruto de una comprensión justa del analista, surgirá el *insight*, habrá una redistribución de energías, una libertad acrecentada de circulación entre las representaciones, una fortificación del preconciente, todo ello permitiendo el acceso del paciente a una nueva organización psíquica, guiado por la del analista y por la situación analítica que adopta una nueva configuración.

Por el contrario, si el analista no ha comprendido, se ha apresurado exageradamente o ha esperado durante un lapso de tiempo exagerado; si el paciente permanece muy defendido en ese momento o sufre de una patología rígida, masoquista o paranoide, no se manifestará ninguna reacción.

Si se trata de un bloqueo pasajero, es lo habitual en el momento de ciertos pasajes difíciles, tales como la entrada en el Edipo en las estructuras pregenitales o simbióticas, o como los duelos antiguos pero no elaborados. Si la parálisis y/o la sordera del uno o del otro o de los dos, es estable, ambos se encaminan hacia una reacción terapéutica negativa.

En mi opinión, ésta es el resultado de una “toma” en análisis inadecuada. No se hubiera debido tratar ese caso: es demasiado defensivo, a veces de modo inalterable; rechaza todo conocimiento de su funcionamiento psíquico inconsciente; tiene un monto exagerado de venganza a realizar, por ejemplo cuando acontecimientos graves se desarrollaron con un analista anterior (acting out o, lo más duro para el paciente, muerte del analista); tiene un ritmo demasiado diferente del nuestro.

Para concluir estas reflexiones sobre la metapsicología de la interpretación, parece deseable resumirlas: se trata de una organización metafóricamente próxima de un telar, donde el trabajo es continuo, primero en la sombra, luego emergiendo a la luz, atravesando el desfiladero de la consciencia, sea para obtener su sitio al sol, sea para morir, como Leónidas, aplastado por el número y la fuerza de sus adversarios (el superyó sádico, el yo débil pobremente organizado, el analista no continente y poco apto a la comprensión, circunstancias exteriores negativas). Luego de varios pasajes, el desfiladero de las Termopilas terminará abriéndose.

Patología de la interpretación

La patología principal de la interpretación ha sido evocada varias veces en el curso de esta monografía: es su ausencia. Un trabajo que no vincula el aquí y ahora con el allá en aquel tiempo, no es analítico pues, como lo decía Freud, no se puede matar *in effigie*; tampoco se puede amar edípicamente *in effigie*. La estructura triádica asegura la posibilidad de la interpretación, dice Green.

El escollo opuesto ha sido también señalado anteriormente: hablar demasiado, no sólo por razones teórico-técnicas sino por ansiedad caracterológica general o frente a ciertos temas difíciles, debido a experiencias pasadas.

El error merece una consideración propia. Glover se había referido al efecto positivo de las interpretaciones inexactas, que no serán escuchadas, salvo si se aproximan a lo reprimido, caso en el que servirán de fuente de resistencia.

Las dos patologías más frecuentes de la interpretación, dejando de lado su ausencia o su exceso son, me parece, la inclinación a atenerse al contenido manifiesto, a la vez resistencia e incompreensión, muy dolorosa para el paciente aun si, en la superficie, se alegra de manera resistencial; y el empantanamiento en una situación analítica bloqueada donde se repiten los mismos errores, hasta crear, conjuntamente con el paciente un *impasse* o, aun, una reacción terapéutica negativa “a dos”.

Si le es posible, el analista se liberara mediante su autoanálisis, para luego poder efectuar un trabajo interpretativo. El paciente contribuirá produciendo asociaciones que añadan claridad.

El masoquismo del analista interviene en esos *impasses*, así como su contratransferencia negativa, con atribución al paciente de sus propios objetos internos sádicos, cuyo fin es el de provocar un fracaso. Esto evoca el saboteador interno, descrito por Fairbairn. Ese masoquismo actúa colocando al objeto interno sádico en el paciente. De este modo, analista y paciente, perturbados en sus capacidades de colaboración benéfica ven surgir una oposición recíproca, con predominancia de la pulsión de muerte-destrucción.

Si la contratransferencia es la continuación de la antigua transferencia sobre el analista del analista y de la contratransferencia de éste, como yo lo pienso, es inevitable que, en los casos en los cuales esos fenómenos se desarrollaron de manera demasiado conflictual y/o no se resolvieron, la contratransferencia del analista se encuentra marcada por ello, sea por necesidad de repetir las frustraciones o incompreensiones de las que creyó ser objeto, sea por formaciones reactivas tendientes a proceder al revés pero sujetas al retorno de lo reprimido. No veo otra solución que un nuevo análisis, con otro colega.

El temor y el deseo de expresar su propia destructividad tienen efectos. En “Análisis de niños con adultos”, Ferenczi sugiere al analista de ir lo más lejos posible al encuentro

de su analizando, gracias a una paciencia, una comprensión, una bondad y una amabilidad casi ilimitadas. Pero, de manera contradictoria, añade que no encierra ninguna ventaja representar al hombre siempre bueno e indulgente; es más astuto confesar honestamente que el comportamiento del paciente nos es desagradable, que debemos dominarnos, sabiendo que si es malvado, alguna *razón* tiene.

Este método parece arriesgado, ya que ¿dónde situar los límites entre la confesión sincera y la descarga agresiva? ¿Cómo repercutirá esta declaración sobre la prosecución del tratamiento? ¿No habrá una herida narcisista? Es el tipo de palabras que perturban el desarrollo asociativo, fantasmático y afectivo del paciente.

Para Ferenczi, los pacientes son naufragos psíquicos que se prenden del menor detalle y se vuelven sordos y ciegos frente a los hechos que mostrarían que los analistas no están interesados en ellos. Según él, el análisis ofrece la ocasión de efectuar sin culpabilidad acciones inconscientes egoístas, sin escrúpulos, inmorales, quizás criminales y de tener contratransferencias de esa misma naturaleza, como por ejemplo el sentimiento de ejercer un poder sobre un cierto número de pacientes. Esta visión pesimista ya ha sido estudiada y no me detendré más tiempo en ella.

La lucha contra la neurosis no es impulsada únicamente por el amor. Intervienen también deseos de triunfar y de dominar. En efecto, del lado del yo la adquisición del poder de analizar implica el deseo de un control de los afectos. No se trata de un dominio afectivo sino que se busca evitar que éste sea total, masivo, irreversible, razón por la cual, el humor, como era el caso en Freud, es uno de sus instrumentos.

Aunque analizado, el analista no está desprovisto de neurosis. Para Racker, no es ni ideal ni solo abrigando algunos “restos” neuróticos; una parte de su libido permanece fijada a sus objetos internos, por consiguiente apta a ser transferida. Ello conduce a Racker a describir la neurosis de contratransferencia. Esta parece general, dentro de ciertos límites, en tanto que predisposición; como la neurosis de transferencia, esta centrada en el Edipo, el paciente evocando los objetos edípicos.

Como lo decía Ferenczi, la transferencia negativa ha sido subestimada durante largo tiempo, no analizada, incluso en las curas de futuros analistas, y ha encontrado su expresión mediante la contratransferencia ya que, en el analista, la transferencia no analizada retorna bajo forma de contratransferencia inconsciente.

Algunos necesitan fantasmas mágicos de omnipotencia, reasegurados y desculpabilizantes. Creo que allí se sitúa el origen del carácter oracular de las interpretaciones escasas, que impactan al joven analista y al paciente novicio. Su importancia se incrementa de este modo, la espera de ellas fortifica el deseo de que el analista hable. Toman su carácter oracular de su escasez misma y, a menudo, de formulaciones de tipo enigmático. Si el analista habla de vez en cuando, la interpretación no es un acontecimiento sino una hipótesis, una expresión de su trabajo, un signo de su atención y de su contención. Equivocarse a veces, no será catastrófico, siempre que no haya testarudez en repetir una interpretación que suscita demasiada resistencia, pues ello significa o bien que es errónea o bien que es prematura o, también, que llega demasiado tarde, cuando su hora ya pasó.

Pero, si el analista no habla casi nunca, la interpretación adquiere un carácter sagrado y, si es errónea, será difícil reparar los daños causados. El paciente no se atreverá a contradecir, el analista no se dará cuenta de ello o considerará como una herida narcisística insoportable aceptar, aun interiormente, que se ha equivocado.

Searles señala que un carácter obsesivo no es difícil de encontrar en los psicoanalistas. Conociendo el rol de la formación reactiva, debe concluirse que un gran número de analistas abrigan deseos sádicos y de omnipotencia. Corren el riesgo de pasar desapercibidos por los analistas de formación, que los poseen ellos mismos; según él, la idea que los pacientes son incurables es una desesperanza que oculta un deseo de mantenerlos enfermos.

Cobrar consciencia de la cólera y del deseo de verse librado de un paciente es preferible, pues de lo contrario el analista actuará su deseo reprimido de rechazarlo demostrándole una devoción omnipotente, devoradora, vampirista, que le asusta y le hace huir.

El paciente suicida engendra culpabilidad y angustia porque el terapeuta, en una formación reactiva contra su deseo inconsciente cada vez más fuerte de matarlo, se agita de manera “protectora”. Lo empuja así hacia el único acto autónomo que le queda, el suicidio, escribe Searles. Los casos de *acting out* sexual están motivados por las tendencias omnipotentes del terapeuta de aliviar al paciente, que, contrariadas, le hacen recurrir a una medida omnipotente regresiva para liberar sus deseos mortíferos.

La regresión en el sueño es, por una parte, una consecuencia casi aceptable de la necesidad neurótica de estar sobrecargado y, por otra parte, una expresión de rabia narcisística. El estímulo que despierta es una ilusión auditiva por la cual el analista reencuentra su vigilia con, además, alguna angustia. Las ideas de B. Lewin con respecto al dormir, en las neurosis narcisísticas, como representando la unión con la madre, en tanto que el despertar es una respuesta al llamado del superyó paterno, se encuentran así confirmadas, sugiere el colega norteamericano McLaughlin.

Resumen

Es éste un capítulo de una monografía de la autora sobre *La interpretación*. En éste discute sobre el funcionamiento metapsicológico del analista mientras elabora la interpretación y sobre los distintos factores que permiten este trabajo contratransferencial, así como los que lo dificultan.

Summary

This is a chapter of the author's essay on interpretation. She discusses here the analyst's meta-psychological functioning while producing interpretations and the different elements enabling this counter-transference work as well as those interfering with it.

**Descriptores: FORMACIÓN PSICOANALÍTICA /
CONTRATRANSFERENCIA / INTERPRETACIÓN /
CAMPO PSICOANALÍTICO**

Bibliografía

ANZIEU, D. (1969) Difficulté d'une étude psychanalytique de l'interprétation, *Bull. Assoc. Psychanal. France*, 5, 12-32.

BARANGER, W. (1961) La situation analytique comme champ dynamique, trad. Franç. *Rev. Franç. Psychanal.*, LVII, 1, 225-238.

BRENNER, C. (1986) *The mind in conflict*, NY, Int Univ. Press.

- DAVID, C. (1971) *L'état amoureux*, Paris, Payot.
- FAIMBERG, H. (1996) *Listening to listening*, *Int. J. Psychoanal.*, 4, 667-678.
- FAIRBAIRN, W; (1952) *Psychoanalytical studies of the Personality*, Londres, Routledge.
- FERENCZI, S. (1931) Analyse d'enfants avec des adultes in *Oeuvres complètes*, 4, 98-112, Paris, Payot, 1982.
- FREUD, S. (1895) Psychothérapie de l'hystérie in *Études sur l'hystérie*, Paris, PUF, 1981.
- _____ (1908) Le créateur littéraire et la fantaisie, in *L'inquiétante étrangeté*, Paris, Gallimard, 1985.
- _____ (1907) Le délire et les rêves dans la *Gradiva* de Jensen, Paris, Gallimard, 1986.
- _____ (1915) *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1968.
- _____ (1937) Constructions en psychanalyse in *Résultats, idées, problèmes II*, Paris, P.U.F.
- GLOVER, E. (1931) The therapeutic effect of inexact interpretation: a contribution to the theory of suggestion, *Int. J. Psychoanal.* 12,4,397-411.
- GREEN, A. (1974) L'analyste, la symbolisation et l'absence dans le cadre analytique, *NRP*, 10, 225-270.
- _____ (1989) De la tiercéité, in *La psychanalyse: questions pour demain, Monographies de la Rev. Franç. Psychanal*, 1990, PUF, Paris, 243-277.
- GREENSON, R. (1972) *Technique et pratique de la psychanalyse*, trad. franç. Paris, Gallimard, 1977.
- LACAN, J. (1965) *Ecrits*, Paris, Seuil.
- LEWIN, B. (1944) Sleep, the mouth and the dream screen, *Psychoanalytical Quarterly*. 15, 419-443.
- McLAUGHLIN, J. (1975) The sleep analyst: some observations in states of consciousness in the analyst work. *Journal Amer. Psycho. Assoc.*, 57, 370-389.

PARAT, C. (1991) A propos de la thérapeutique analytique, *Revue française de Psychanalyse*, 55, 2.

RACKER, H. (1948) *Transfert and countertransference*, Londres, Maresfield Library, 1968, 196 p.

SEARLES, H. (1965) *L'effort pour rendre l'autre fou*, trad. franc. Paris, Gallimard, 1977.

SHARPE, E. (1930) The technique of psychoanalysis, *Int. J. Psycho-anal.* 11.

STRACHEY, J. (1934) La nature de l'action thérapeutique de la psychanalyse, trad. Franç. *Rev. Franç. Psychanal.* 34, 2, 1970.

Viajando afectivamente sola: Un desvío personal en la escucha analítica¹

Evelyne Albrecht Schwaber²

[Tira cómica:] “Comportamiento modelo.”

Personaje –¿Lo sentiste, Zippy?

Zippy –Sí, pero solamente un poco.

Personaje –Fue tan sutil.

Zippy –Casi imperceptible.

Zippy –¿Qué fue?

Personaje –Un cambio de paradigma.

Zippy, un personaje tonto y payasesco, intenta dar sentido a los enigmas filosóficos y existenciales de nuestro mundo –en cierta forma, el último realizador de asociaciones libres.

¿Nos encontramos en el medio de un cambio de paradigma? ¿Nos alejamos del modelo de pantalla en blanco dirigiéndonos hacia psicologías relacionales, subjetivas, construidas y bipersonales que reconocen al “mito” de la neutralidad? ¿Es razonable considerar a estos modelos modernos como aspectos de un paradigma? ¿O se trata del narcisismo de cada generación que nos conduce a creer que estamos dando un paso realmente nuevo y diferente? Personalmente, no creo tener la respuesta a estas interrogantes. Lo que sí sé es que el discurso actual parece diferente al de los días de mi formación, como también lo es la manera en que pienso y trabajo –creo yo. Pero no estoy segura, ya que miro lo que decíamos entonces con mi estructura sensorial actual. Y como ya sabemos, la memoria produce sus propios matices. Sabemos bien que el debate entre pantalla en blanco o no pantalla en blanco, uno o dos, es un tema clásico en la historia del psicoanálisis, que nace en el problema de la existencia de dos en la seducción, o de la unicidad de la fantasía, la naturaleza doble de Ferenczi / la unicidad

1. Publicado en *Journal of the American Psychoanalytic Association*. Volume 46, noviembre, 1998.
2. Miembro de la Asociación Psicoanalítica Americana.
Weiland Road 4. Brookline MA 02146. U.S.A.

de Freud (húngaro o vienes), interpersonal / intrapsíquico, educación o naturaleza. Con sus dimensiones filosóficas y/o científicas, el debate mismo puede resultar intrínseco y hasta definir nuestro objeto de estudio.

En el presente trabajo compartiré elementos personales, mi persona, que no creo haber contado con anterioridad. Hago hincapié en mi falta de seguridad a este respecto, ya sea que los tiempos cambiantes a los cuales estoy respondiendo y adaptándome –la auto revelación, a colegas o pacientes, se ha tornado aceptable, sino ya de rigor, aunque continúe siendo un tema controvertido– ya sea porque simplemente me escondo detrás del cambio, responsabilizando a la presión externa, cuando en realidad el acto y su motivación tienen su origen dentro de mí.

Pero, de todos modos, lo externo es siempre parte de lo interno, ¿o no?

Cuando, hace un año, fui invitada a dar este discurso plenario, me sentí, tal como me siento ahora, profundamente honrada y consciente de mis limitaciones. Después de todo, esta no es una distinción por la que se reciba simplemente una placa; debe producirse algo que valga la pena compartirse en un foro de tal calidad, y sin el beneficio de una revisión formal realizada por colegas que pudiera descalificar una ponencia antes de que el presentador quede en ridículo. Estaba asustada, y aún lo estoy, sin saber si estoy a la altura de la tarea que me ha sido encomendada. Antes de tener oportunidad de enfrentarme con el objeto de estudio, me ocurrió algo personalmente inquietante que me desvió del camino; en realidad, me hizo dudar completamente sobre mi capacidad para hablar aquí.

Generalmente encuentro que me es posible hablar o escribir de algo de manera significativa sólo cuando siento que tiene una inmediatez afectiva; mis funciones cognitivas por sí solas no me permiten expresar mis ideas. A pesar de que lo he intentado, nunca pude obligarme a escribir sobre asuntos ajenos a mis sentimientos. En caso de tener que hablar, tenía que encontrar una manera de sintonizar mi intelecto con mi corazón. Con una gran medida de inseguridad y agitación, estoy intentado hacerlo.

Algunas semanas después de los Encuentros Científicos de la primavera pasada, me realicé una mamografía de rutina. Se encontró una pequeña densidad y se arregló una biopsia por punción, efectuándose un diagnóstico de carcinoma ductal *in situ*. Se me dijo que se trataba de un diagnóstico afortunado, que el tipo de células era de grado bajo, e *in situ* significaba que la enfermedad no se había extendido hacia fuera de los

conductos. Una pequeña área estaba afectada, solamente sería necesario realizarme una escisión quirúrgica y sería el fin de la enfermedad. No era como el cáncer de mamas invasivo que había matado a mi madre veintiocho años antes, cuando ella era más joven de lo que soy hoy, y al que, naturalmente, he tenido presente desde ese entonces. La cirugía (a instancias del médico y sin ningún apuro por mi parte), se programó tan rápidamente que ni siquiera tuve tiempo para pensar, y mucho menos para hablar al respecto.

El apuro no redundó en mi beneficio. No hubo suficiente tiempo para que sanara el sitio de la biopsia por punción, dificultando la relocalización del área de escisión. Como consecuencia de ello, el procedimiento no logró retirar la totalidad del tejido enfermo. Otra escisión debería realizarse aún. Pero ahora, a causa de la cicatriz fresca, debía esperar un retorno de la claridad, realizándose mamografías mensuales hasta que se localizara el sitio nuevamente. Me dijeron que no había por qué preocuparse; no hay que proceder con apuros cuando se está lidiando con esta enfermedad.

Dos meses después los contornos parecieron recuperarse, se realizó una cirugía, pero nuevamente no se retiró una cantidad de tejido suficiente, el borde (o margen) no estaba claro. Sería necesaria una tercera escisión. Me aseguraron que como la localización era ahora segura este procedimiento serviría.

No fue así. El sitio no era todavía exacto, el margen no era claro aún. No se trataba de que la enfermedad estuviera más extendida, sino que el sitio (y la cantidad de tejido) no había sido evaluado de manera precisa.

Para ese entonces habían transcurrido más de tres meses desde que se realizara el descubrimiento original y el problema no se había tratado de manera efectiva. Se podría pensar que una mastectomía habría sido el fin del dilema, pero el procedimiento se consideraba injustificado para una enfermedad que no era invasiva y para algo que aparentemente había adquirido su complejidad iatrogénicamente. Había confusión e incertidumbre.

Hasta el momento no había hablado de esto con nadie con excepción de los miembros de mi familia. Era verano, y algunos amigos y pacientes estaban de vacaciones. Las escisiones, realizadas en régimen de paciente externo, se programaron para producir la menor cantidad de cambios en mi cronograma de trabajo. Mi reticencia respondía a un deseo de proteger a mis pacientes contra la ansiedad innecesaria y tal vez

continua que podría evocarse al oír las palabras “cáncer de mamas”, cuando este caso “in situ”, adecuadamente tratado, no debería resultar en una preocupación importante a largo plazo. Una vez solucionado, pasaría a un segundo plano para mí también. No existían razones éticas o técnicas, pensaba yo, para cambiar la situación analítica, para introducir un desvío con respecto a mi postura analítica “tradicional” y hablar de esto. Para evitar que mis pacientes oyeran rumores fuera de mi consultorio, no compartí mi contratiempo con amigos, muchos de los cuales son colegas. Se trata de una pequeña red, como ya sabrán, y las personas se tratan unas a otras. Podría decirse que estaba creando las condiciones para mi propio aislamiento afectivo. Viviendo en un mundo de simulación, en el cual la pregunta “¿Cómo estás?”, recibe como contestación “Muy bien”, intentaba minimizar esta forma de relacionamiento reduciendo el contacto social. (Me disculpo con aquellos de entre ustedes a quienes respondí tan superficialmente; no es sino hasta ahora que estoy segura de querer hablar de este asunto.) Intenté dissociar este estado desagradable y mi preocupación con respecto a mi trabajo clínico. Ya que, intencionalmente o no, tendemos a sintonizarnos con el estado del otro (como Freud, utilizando un modelo bipersonal, apuntara mucho tiempo atrás, el inconsciente de una persona se comunica con el de otra) sabía que debía ser cuidadosa para evitar que la negación, la mía y la de mis pacientes, comenzara a afectar la atmósfera clínica. Aun así debía tener cuidado de no fijar prioridad en mi escucha concentrándome de manera particular en las percepciones de mis pacientes sobre mí, y no introducirme, en la transferencia, de manera precipitada o desmañadamente. Pero no quería permanecer, de manera elusiva, afectivamente remota.

Con un control personal cuidadoso, me sentía enterada de estos asuntos, segura de que mi enfoque clínico se encontraba en su lugar y que no había perdido mi capacidad de atención. Sin embargo, pensaba que no debía confiar solamente en mí para realizar tales evaluaciones, ya sea en referencia a mi trabajo o a qué decirle a los pacientes; era mi responsabilidad buscar asesoramiento. De este modo me dirigí a un colega mayor cuyo conocimiento valoro desde hace ya tiempo. Su consejo fue que a menos que se produjera una situación clínica atenuante sería mejor esperar, no debía aún mencionar mis problemas médicos a los pacientes (y por lo tanto, tampoco a colegas), para evitar introducir una ansiedad continua y tal vez inhibitoria, cuando todo podría resolverse en un futuro cercano y yo retornaría afectivamente. Hablar con él fue de mucha ayuda y me sentí menos sola.

Para ese entonces buscaba otra opinión médica. Podría parecer que estaba actuando de manera racional, manteniendo la calma, pero no me sentía así. La historia, el dilema, como podrán suponer, tenía más giros.

Los doctores que había consultado inicialmente, el cirujano y el radiólogo, eran personas que conocía, que habían sido amigos míos durante muchos años. Confiaba en ellos y los respetaba. Tenían una excelente reputación en sus disciplinas, y se trata de personas amables. Pero de cierto modo, ahora se estaban culpando mutuamente; el radiólogo y algunos de los demás (aunque no todos) coincidían en que debía acudir a otro cirujano. En realidad parecía que nunca podía convencer totalmente al cirujano de que retirara más tejido. No sentía que me escuchara, pero sí sentía que le importaba. Cuando habló conmigo después del último procedimiento estaba visiblemente inquieto. Me dijo que podía optar por esperar, intentar nuevamente, o realizar una escisión mayor. No hizo ninguna recomendación y me alentó a buscar otras opiniones. No creo que se refiriera a la cantidad de gente que consulté.

Se me expuso una amplia gama de visiones sobre cómo proceder, médica y quirúrgicamente, algunas conservadoras, otras más radicales, y sobre a quién consultar y a quién no. No existía prácticamente acuerdo. Dejando de lado las lealtades personales, el poder de las políticas institucionales y la presión de las fusiones hospitalarias parecían impulsar inclusive la formación de las evaluaciones clínicas. Las diferentes instituciones tenían diferentes opiniones, inclusive información, sobre cómo tratar esta enfermedad, sin contar mi situación –actual– que tenía un carácter en cierto modo único. (“*Common ground*” –La investigación de Wallerstein, como entre nuestros modelos diferentes– fue difícil de encontrar.) De manera general, los médicos estaban disponibles y eran respetuosos, a pesar de que tal vez, respondiéndome como una colega y la esposa de un respetado médico de la comunidad, compartieran opiniones recíprocas, dejando las decisiones a mi cargo, lo cual podría no haber resultado del mismo modo de ser otra la situación. La primacía de mi calidad de paciente (asustada, en regresión, dependiente, confusa) se había tornado ambigua. Por mi parte, me sentía reconfortada hablando con todas esas personas (a menudo muchas de las cuales me referían a su vez a alguien más); sentía que estaba haciendo algo, mientras que, a pesar de que lo habría negado, estaba además, en esta búsqueda continua, posponiendo la toma de acciones.

En varias ocasiones, tomaba una decisión, y luego la cambiaba. Sin existir un consenso médico, y habiendo perdido la confianza, encontraba que ya no podía mantener ninguna posición. No sabía a quién creerle, quién tenía razón; había caído en una especie de trampa obsesiva, la cual me ponía cada vez más ansiosa. Estaba cada vez más asustada, especialmente de noche, a pesar de que nadie había dicho que debía estarlo, temiendo que estaba dejando pasar demasiado tiempo. Hasta esta etapa había actuado de manera decisiva y expeditiva, pero ahora no me era posible. Tenía problemas.

Podrán preguntarse cuál era el apuntalamiento psíquico de algunas de las cosas que he referido, tales como el papel de la enfermedad de mi madre y ¿por qué tantos doctores? ¿Qué, tal vez piensen, o a quién estaba buscando? Mi esposo me ayudó y apoyó; quería que yo alcanzara algo que viniera desde mi interior y fuera *para* mí, no determinado por lo que yo pensara que debía hacer por el bien de mi familia, la cual mostró igualmente su apoyo de manera generosa. Por supuesto, él tenía su propia inquietud a este respecto y, viviendo conmigo, mi trastorno era difícil de manejar (como él podrá confirmar).

Con anterioridad, luego del fracaso de mi primera escisión, había recurrido a una oncóloga para que me auxiliara a sobrellevar la situación. Se trataba de una mujer muy entendida y sensible a las respuestas a nivel personal. Había ofrecido, para mi tranquilidad, apoyarme durante el transcurso de mi tratamiento. Luego de revisar mi caso consideradamente, me guió en mi decisión a proceder en la segunda escisión con el cirujano original. Antes de que este procedimiento tuviera lugar, la doctora se fue de vacaciones y me llamó tan pronto volvió, preguntando sobre los resultados. Le conté lo que había ocurrido, que el procedimiento no había resultado adecuado nuevamente; respondió con una preocupación cálida e inmediata: “¡Ay, pobre doctora Schwaber! Voy a hablar con el cirujano, lo estudiaré un poco más y le daré una respuesta rápida sobre qué hacer ahora”.

Nunca más tuve novedades de ella. Llamé varias veces, dejando mensajes con la secretaria y en su correo de voz. Luego de averiguar con otros médicos, me enteré de que se encontraba bien, ocupada con proyectos de investigación; jamás me informó que estuviera demasiado ocupada. A pesar de todos mis intentos, no volví a oír de ella nuevamente.

Me sometí a la tercera escisión, sin su apoyo; luego de ello, cuando el procedimiento resultó insuficiente, comencé a buscar en todas direcciones.

Tengo una tía en Nueva York, hermana de mi madre, con quien siempre mantuve una relación muy cercana.³ Se trata de una mujer adorable, de voz y modos extremadamente suaves. (Por teléfono, su voz era indistinguible con respecto a la de mi madre para muchas personas.) Una noche, hablando con mi tía por teléfono sobre la dificultad de mantener una decisión, informándole sobre los acontecimientos ocurridos hasta la fecha, la suavidad de sus palabras, con su acento vienes, me tocó de manera especial; rompí a llorar y no podía casi hablar. De manera infantil, le relaté cuan atrapada me sentía. Dije que no quería hacer lo mismo que mi madre, lo cual le había costado su vida –evitar una mastectomía. (Me recordó lo que yo ya sabía pero necesitaba oír que mi situación era diferente.) Cuando le dije a mi tía sobre cuan confusa estaba con respecto a qué hacer, cómo deseaba que mi oncóloga se hubiera quedado junto a mí, guiándome a través de todo esto, me respondió que esa doctora me había abandonado, tal como lo había hecho mi cirujano. Había depositado mi confianza en él, observó, pero ahora ni siquiera ofrecía su opinión sobre el próximo paso a tomar. Me di cuenta de que en los dos meses transcurridos desde ese entonces, no nos habíamos hablado ni una sola vez. Hablando con mi tía, me sentí calmada.

“Abandonada” fue la palabra que mi tía había elegido. Resonó en mi cabeza. En sus palabras introductorias para esta ponencia, Axel Hofferg relató que cuando era una niña fui a vivir como refugiada a Kinderheim, un colegio de monjas de Suiza, pasando luego a vivir con padres adoptivos antes de reunirme nuevamente con mi familia. En Kinderheim, junto con un niño con quien trabajamos amistad, logramos crear nuestra propia seguridad. Cuando llegó el momento de que los niños judíos abandonaran el lugar, las monjas nos dijeron que nuestros padres estaban esperándonos en la estación de trenes de Berna. Recuerdo que esperaba esta reunión ansiadamente. Fue un engaño (tal vez pensado para que nos comportáramos). Nuestras familias no estaban en la estación; fuimos recibidos por extraños, cada niño fue asignado a padres adoptivos. Mi amiguito y yo fuimos separados.

Con el paso del tiempo, comencé a sentir un gran cariño por esta familia suiza, amable aunque severa. Desarrollé una atracción por el hijo adolescente, que tenía el mismo nombre que mi padre, y quien me enseñara mis primeras palabras en inglés,

disfrutaba los paseos diarios a Bärengraben, mirando especialmente a la madre osa jugar con los oseznos. Sin embargo, en el impacto de la estación de trenes me sentí (como podrán imaginar) asustada, traicionada y abandonada. La conversación con mi tía llamó ese recuerdo, reuniéndome con alguna parte de mi madre.

Igualmente, impulsó algo más en mí. Busqué a unos buenos amigos (vecinos, y además colegas, que viven a ambos lados de mi casa) y les conté mi problema. Me dijeron que durante largo tiempo habían sentido que había algo extraño. Dos de ellos eran nacidos en el extranjero –una de ellos mantenía un fuerte acento extranjero en su inglés. Con cada uno de ellos fue un reencuentro de bienvenida.

Esa noche, luego de reunirme con ellos, soñé con mi madre. Me habló desde lo alto de su vida del más allá, luciendo tal cual la recordaba (en salud), llamándome por el diminutivo en yiddish de mi nombre, diciendo, con su acento extranjero, en inglés: “¡No hagas lo que yo hice! No renuncies a la oportunidad de ver crecer a tus nietos. Siempre fuiste más valiente que yo; sé valiente ahora”. El mensaje parecía claro. Resolví hacerme una mastectomía.

Hasta el día siguiente. Entonces reconocí que estaba siendo demasiado literal, tomando un sueño manifiesto como una directiva. Estaba respondiendo como si tuviera que hacer lo que mi madre no había hecho –no solo eso, sino que debía escucharla. Me di cuenta además de que se trataba, por supuesto, de *mi* sueño, mi construcción, no la de mi madre. Estaba confundiéndome a mi misma y a mi situación con la de mi madre, mezclando a ambas, tal vez compitiendo. Debía intentar llegar a algo relacionado con mi propia situación. Con más consejos médicos, y una medida de incertidumbre continua, seguí adelante y elegí hacerme una cuarta escisión con un cirujano diferente y un tratamiento de terapia de radiación subsiguiente. Pasar a la acción significó un gran alivio. Se realizarán controles de mi situación médica, y mi trabajo clínico debería, en el mejor de los casos, estar encaminado.

Pero mi paciente, la Srta. B. me estaba preocupando, tal como lo había hecho durante todo mi proceso. Una artista de treinta y pocos años, llamativamente atractiva, alta con un cabello moreno trenzado, la Srta. B tiene una inteligencia aguda, un gusto por las imágenes poéticas y talento para reconocer la sutileza. Vino en busca de ayuda cuatro años atrás, cuando tenía una relación conflictiva con un hombre, un respetado profesor

3. Su nombre es Lillian Kurz.

de matemáticas por quien siente un gran cariño, encontrando difícil enfrentarse con él cuando está enojado o en plan crítico, o cuando sus preferencias difieren con respecto a las de ella. Cualquier enojo que sienta en su contra se ve eclipsado o transformado por un sentimiento de fealdad, obesidad o ineptitud, un miedo desesperado por perder la aprobación y el rechazo final. A pesar de ser talentosa y motivada, estas dificultades comprometían su capacidad para mantener la concentración en el trabajo.

Siendo la hija del medio y la única niña, la Srta. B creció en una familia que desde todo punto de vista aparentaba ser unida y amorosa. Pero pronto nuestro trabajo conjunto reveló otros aspectos (sin expresar, sin notar) que determinaban su historia. Su padre, un ingeniero exitoso, la rebajaba prontamente con un sarcasmo sutil, especialmente ante cualquier tipo de pensamiento o capacidad intelectual independiente. Su mensaje era que él era el que sabía. La respuesta de la madre era la ausencia, presente físicamente pero sentida como si no lo estuviera, sin embargo siempre del lado del padre; no parecía ver, sin mencionar disfrutar, a su hija. Los sueños del comienzo del análisis eran a menudo sobre una mujer que no veía (estando implicadas las referencias de transferencia). Pero la ausencia de la sonrisa de la madre no resultaba obvia para los demás; en realidad, no estaba ni siquiera en la conciencia de la paciente hasta la localización de esta imagen vacía o desaprobadora reexperimentada en el análisis. Ambos padres parecían tener un mayor grado de aceptación de sus dos hijos, estando el mayor especialmente idealizado y la femineidad de la paciente se transformó en un factor central de su baja autoestima.

Quiero enfatizar el aspecto insidioso de las preocupaciones conflictivas y de desarrollo de la Srta. B. Vista desde afuera, como ya he mencionado, la historia de su vida y su progresión parecía básicamente normal, y en cierta forma exitosa, inclusive en la época en que acudía al tratamiento. No habían existido presiones externas notables. Sin embargo, desde épocas tempranas había tenido un sentimiento indefinido de que las cosas no eran tal como parecían. No podía decir exactamente en dónde o cómo, que provenía desde adentro y qué desde afuera, pero sabía que había algo mal. “Hay un problema y no sé cuál es” se transformó en un tema recurrente en su tratamiento, un lineamiento nuevo y re-descubierto que atravesaba gran parte de su vida, impulsando su búsqueda. ¿Cómo podría encontrar la fuente de su mal sentir cuando su madre, de manera muy sutil, parecía hacer una mueca cuando la vestía en la niñez? No podía estar realmente segura de la expresión de la madre, tal vez éste no era el caso; sería difícil que

alguien más lo viera –salvo, tal vez, si pudiéramos observar la escena a través de un proyector de cámara lenta y alta resolución. Además, existían sus propias razones conflictivas internas para sentirse mal; su culpa solamente podía afectar su percepción, o seguramente su lectura de la misma. ¿Por qué debería molestarse por los regalos que le hiciera su novio, o por los lugares caros a los cuales la llevaba? Sin embargo, parecían dirigidos a satisfacer sus deseos, no los de ella –de manera sutil, difícil de documentar; era tan cariñoso con ella. No podía saber qué era lo que la molestaba y a menudo, luego de que ella intentaba explicárselo, tampoco podía entenderlo ella. O, si aún podía entenderlo, le parecía insignificante, inconformable; se odiaba a sí misma por sentirlo.

Recordaba a su madre parada en la puerta de su dormitorio, sin entrar. Recordaba estar sentada en el asiento delantero del auto mientras su madre conducía, en silencio. “¿Mami?”, decía. “¿Sí?”, respondía su madre levemente. “Eh, no sé”, respondía, y no se decía nada más. La Srta. B se movía hacia las sombras, o la movían hacia allí –las partes activa y pasiva (interna y externa) de esta experiencia estando confundidas. El mantra de toda su vida: “Déjame quedarme cerca y me comportaré”. A menudo se comportaba durante el tratamiento, hablando muy suave y lentamente, sin atreverse incurrir en lo malo, sin encontrar las palabras. Además, el que su padre la rebajara, sin que los demás lo percibieran, había inhibido durante largo tiempo su capacidad de ser articulada o su voluntad para intentarlo, para tratar de aclarar su confusión.

Podrán comenzar a ver cómo ella deseaba que la buscara, más aun cuando se sentía mal y no sabía bien por qué. “Uno se castiga a sí mismo cuando se siente que algo no está bien y nadie más lo está viendo o diciendo”, pude observar, notando que la secuencia que se movía en ambas direcciones – sentirse no visto / sentir que ella era mala.

Se trataba de una tarea sutil, tratar de encontrar la fuente de alguna angustia o conflicto inmediatos, incluso para ver que eso era lo que ella estaba experimentando. Y siempre existía el riesgo de que su deseo de ser vista pudiera predominar y servir para evitar más deseos amenazadores. Entonces mi actividad, aliviándola, podría producir mi confabulación con su represión o apoyar su postura defensiva. Sin embargo, incluso mi espera tranquila podría conducirla a un retiro más acentuado. Hablar con ella sobre este mismo dilema podría volverse simplemente una manera de hablar, de dejar que las

palabras siguieran saliendo. Era necesario aún continuar con la búsqueda. A su propia manera, lo aclaró también.

Cuando sí encontrábamos la fuente de su esquivo estado, se mostraba más animada y más articulada, hasta elocuente (ambas podíamos comenzar a observarlo), en tanto que yo podía sentirme conmovida. La Srta. B me ayudó a ver nuevamente la importancia central de tener la base de nuestras percepciones localizadas (no simplemente afirmadas) como una necesidad terapéutica y de desarrollo, y también psicoanalítica, evocando el levantamiento de lo que había sido inconsciente. La “necesidad de ser conocido” diría ella, manteniendo una batalla poderosa para ello. Esto es así ya que a pesar de mostrarse reticente, no fue sumisa; su sentimiento de que algo estaba mal permanecía intacto –expresado afectivamente, si no verbalmente.

Lentamente, la Srta. B comenzó a expresarse por sí misma, siendo capaz de manera progresiva de enojarse o pensar de manera diferente que su novio. Trabajando más intensamente en la prosecución de su carrera profesional, obtuvo una creciente reputación artística. Con el tiempo, sentimientos sexuales que estaban casi prohibidos comenzaron a expresarse verbalmente; podía sentir esas sensaciones en el correr de la sesión, acompañando el sentir del despertar de su cuerpo. En su niñez, no había tenido una sensación de seguridad, interna o externa, al tocar su propio cuerpo, y menos aun en lo que respecta a hablar del mismo. Ahora estaba comenzando a tenerla. La práctica del sexo se había tornado más libre, más sensual, me dijo un día. Ahora osaba, me dijo, arriesgarse en los “lugares intimidantes”, sintiendo que yo estaba allí.

“Estar allí” no significaba decir palabras nada más, significaba “las palabras adecuadas” (“el simple decir de las palabras adecuadas”, como Terrence Des Pres, autor de *The Survivor* (1976), escribió),⁴ entender; significaba mi compromiso. La exquisita sintonía de la Srta. B con mi presencia afectiva tuvo un poder tan convincente, ¿cómo sería su situación dado mi trastorno personal actual?

“Hace un tiempo que quiero preguntarle si Ud. está bien”, me dijo en la sesión del lunes que siguió a mi primera escisión, a la que había tenido que cambiara último momento. “¿Le parece que estoy mal?”, pregunté. “No”, respondió, “pero desde que

4. “Lo que se desea para celebrar un casamiento o un nacimiento, lo que pedimos para soportar el dolor, lo que necesitamos al costado de la tumba no son afirmaciones solemnes ni tampoco silencio, sino en todo caso el simple decir de las palabras adecuadas. Cuando enfrentamos lo peor a través del lenguaje, o nos descubrimos a nosotros mismos de maneras que nos convencen de que importamos, aceptamos las bendiciones que se encuentren disponibles” (Des Pres 1988, pp. 227-228).

cambió la sesión del viernes no cesa de preocuparme la idea de que se mudará muy lejos y no podré encontrarla; una voz de alarma me dice constantemente, ‘¿Dónde está?’“

En la siguiente sesión, sus asociaciones volvieron a girar en torno a temas sexuales y a sueños, los cuales habían pasado al primer plano –nuevamente, sensaciones sexuales en su cuerpo. “Sentí que Ud. intentaba ponerse en contacto conmigo ayer”, observó. Una ensoñación activa y el reinicio de estas preocupaciones conflictivas tendieron a seguir a esa sensación.

Pero en la medida en que avanzaba el mes en dirección a las vacaciones de verano, comenzó a haber una renovada regresión. Ella estaba planeando una gran muestra de su obra que, luego de una temprana corriente de entusiasmo, la dejó crecientemente exhausta, privada de placer. “No me siento particularmente conectada”, dijo. “¿A qué se refiere?” pregunté. “No parece que Ud. estuviera aquí como en la manera en que siempre ha estado; está apagada, callada” (su “desconexión” de una función de ese sentido de mí). No sentía que estuviera más callada, pero estaba preocupada por mí misma, cada vez más en la medida en que pasaba el tiempo sin que hubiera una palabra definitiva con respecto a qué hacer. Yo me decía que, con suerte, para la fecha de reiniciación de las sesiones esto se habría resuelto.

Tuvo un verano difícil, más interrumpido que lo habitual. Volvió, contándome una serie de desilusiones personales y pequeñas humillaciones en el trabajo, encargos y reclamos no queridos, a pesar de que la muestra en sí tuviera éxito.

Continuó, pero luego de un rato sus palabras comenzaron a proferirse más lentamente; dijo que no sentía mi ayuda. Me pregunté en voz alta si no estaría expresando así el enojo y el sentimiento de pérdida que acompañó a nuestra separación; no, ella sentía que yo simplemente no parecía comprender. Pronto volvió a sentir que no era útil, inclusive que era un caso perdido. Con el correr de los días, decía que parecía como que yo no quería oír lo mal que sentía. Pensaba que la olvidaba (quien ella es) cuando nos separábamos. Para describir lo que sentía utilizó una frase de cadencia poética, “viajar afectivamente sola”.

Tal vez ya hayan imaginado que cuando me referí a “pequeñas” humillaciones y decepciones, las estaba minimizando. En realidad, los dilemas que describía (ya sea con la iluminación o el espacio, la falta de ayuda, conferencias extra en la galería), no me habían parecido suficientes para justificar tanta angustia, teniendo en cuenta el éxito de

la muestra y el apoyo del novio. Debía haber algo más, pensaba yo, tal vez un desvío defensivo del placer del éxito, o el enojo persistente (aunque resistido) a causa de nuestra interrupción, o de mi estado de preocupación interno que podría estar sintiendo sin saberlo. Aquí había una paradoja: mi intranquilidad en referencia a mi propio estado de turbación podría tornarse preocupante por sí mismo, desviando mi escucha.

“No puedo simular que me siento diferente, o no lo haré,” me dijo un día; “es como zambullirse en el agua, qué pasaría si no supiera nadar (el riesgo la paradoja de que nadie estuviera mirándome) ¡pero también quiero que pase algo por *mi* iniciativa!” *Sentí que sería mejor que prestara atención a esa dimensión de búsqueda de autonomía.*

La Srta. B me contó que soñó que estaba con la familia en el mostrador de un restaurante lejano: “El mostrador estaba cubierto por una gran cantidad de menús y gran cantidad de cosas”, describió, “incluso intentar despejar un lugar era difícil. Yo estaba encargada de despejarlo. Se cayó un vaso, al igual que una taza, rompiéndose en pedazos. ‘Todo se está rompiendo en pedazos’, pensé, ‘tal vez sería mejor irse’. Entonces la moza dijo que debía pagar.” Ese fue el sueño.

La imagen que parecía inicialmente benigna (aunque fuera “lejana”), se transformó en desorden y desamparo, y en una mujer mercenaria, que no sirve de ayuda o indiferente, tal vez desvalorizada. Las imágenes mismas eran más superficiales que lo común en sus sueños, pero algo en el relato, algo vivo en su afectividad, una constricción disminuida en el tono de su voz, me conmovieron. El contenido de su sueño evocaba también un sentido de su actividad –estaba encargada de “despejar” un lugar. (Tal vez algo también se movió dentro de mí.) Pude captar la calidad de su experiencia de una manera en que no lo había logrado hasta ese entonces, pude ver más profundamente lo que había estado tratando de decir en cada uno de los acontecimientos del verano, más allá del éxito de la muestra, las decepciones, humillaciones y tareas impuestas aparentemente “pequeñas”; repasándolas, iluminé los pasos del desorden que estaban dispuestos ante ella, rompiéndose en pedazos ante ella, cayendo fuera de su control –una vieja historia que vuelve a la vida. “Es como”, decía, “si me estuvieran pegando repetidamente en la cabeza con un martillo y la única escapatoria fuera darme la cabeza contra la pared o suicidarme”. (No significaba que la Srta. B tuviera riesgo de suicidio; estos eran estados de ánimo.)

“Aún así, para el observador, inclusive para Ud. de manera racional”, le dije comprendiendo la situación con mayor claridad, “parecería, ‘No es tan grave; ¿por qué no se corre y evita los golpes? O decir ‘¡No!’ con enojo, o ‘Solo Hazlo’. Lo que no se ve (lo que yo no veía) era el aprieto en el que Ud. se encontraba, el desamparo, la trampa que evoca.”

“¡Es exactamente eso!” dijo animadamente. “Se vuelve como lo que la realidad no es”. Tuvimos que redescubrir nuevamente este dilema central. Esta vez había sido más difícil; tal vez me había mostrado impaciente *con grandes* quejas sobre problemas aparentemente *pequeños*.

Tal vez puedan ver mi esfuerzo persistente por relocalizar en mí lo que condujo a la Srta. B a percibirme como lo había hecho –incluso si no lo había reconocido inicialmente. Había dicho que yo no quería escuchar lo mal que se sentía, que no parecía recordarla; no había visto eso en mí, pero terminé por entender, con ella, y de ella, cómo en realidad no le había prestado atención a las dificultades del verano, y había restado importancia a la búsqueda de dónde radicaba el problema –replicando el núcleo del conflicto de su vida. Interrelacionada en la medida que sea con otros procesos conflictivos y defensivos, la amenaza de sus sentimientos, cualquiera sea la manera metafórica en que se la exprese, la experiencia perceptiva de la Srta. B es *su* realidad (inherentemente intrapsíquica, el pasado en el presente), nuestra base de datos. Tal vez haya algo en esta posición –mi defensa de la persecución por vernos a nosotros mismos, nuestros valores y asunciones, la cual es sostenida, dolorosa y a menudo desapacible, a través de los ojos de los pacientes, a menudo inconsciente para ella, o resistida por ella, un reflejo que tal vez no tengamos conscientemente de otra manera y una perspectiva de transparencia (expresando aún el pasado, pero) detrás de la cual no es posible esconderse –que hace que mi posición sea tan a menudo, y por razones que parecen tan dispares, tan controvertida. Esto es así porque yo no renuncio a mi propio punto de ventaja, ni puedo escuchar sin una base teórica; no intento empalmar como tal, sino invitar a una reflexión a menudo rigurosa; debo formar mi propia visión separada para guiarme a lo que puede yacer escondido en la de mi paciente.

Con la Srta. B pude ver algo que resonaba con el sentido de mis propios problemas personales médicos, una resonancia a la cual me resistí. Visto desde afuera, parecía que todo lo que necesitaba era tomar una decisión y me sentiría mejor. Sin embargo, me sentía atrapada en mi incapacidad para hacer lo que resultaba perfectamente obvio y

(como había dicho sobre las preocupaciones de mi paciente) “pequeño”. Solo tenía que moverme en una dirección o en otra, elegir un médico u otro. Mi desamparo al realizar una acción me atormentaba más que los asuntos médicos mismos. La solución a mi angustia parecía simple para un observador, inclusive para mi ser racional (no era necesario que me golpeará la cabeza contra la pared) y sin embargo todo se había tornado tan grande y complejo, e inflexible. Tal vez también yo, tomando prestada su frase, había estado “viajando afectivamente sola”.

“Esta vez me entendió”, dijo al final de la sesión, “Gracias.” Tal vez habíamos pasado un punto crítico, pensé, esperando igualmente mantener el trabajo analítico en curso sin tener que hablar sobre mis preocupaciones personales. Pero esto no bastó. Cuando me enfermé de gripe y tuve que cancelar un día al final de la semana, me dijo, a mi vuelta, de manera muy lenta, que se sentía “demasiado sola, *durante demasiado tiempo* recordando la sensación de yacer en un lugar, como un niñita, mientras todo el mundo dormía. Tenía miedo, quería que viniera alguien para estar conmigo, pero no podía llamar a nadie. *No sabía qué estaba mal.*”

Su sensación de desesperación creció. Se sentía crecientemente frustrada en el trabajo y con su novio, quien no entendía por qué estaba molesta –un resurgimiento del hecho de que ella no supiera qué era real y qué no.

Entonces, un día dijo: “Antes de que naciera mi hermano menor, mi madre tuvo un cáncer de piel para el que necesitó tratamiento de radiación Debe haber habido una gran ansiedad”, reflexionó, pero “no *se dijo nada al respecto* - un recuerdo temprano de lo real / no real, el viejo ‘sé que hay un problema, pero no quiero saber qué es’”. Creo que hasta ese entonces no había sabido sobre el cáncer escondido de su madre.

Ese recuerdo me conmovió profundamente. Para ese entonces estábamos a fines de noviembre, a casi seis meses de mi primera biopsia. Había pasado un largo tiempo. Sentía que mucho de lo que mi paciente estaba describiendo podría haber sido evocado por un sentimiento de que algo no dicho estaba mal en el análisis.⁵ Llamé al Dr. G, mi consultante, diciéndole que creía que debía decirle algo a esta paciente. Le dije que de todos modos quería mantener la cautela, evitando imponer una ansiedad innecesaria o

5. La literatura en referencia a que decir a los pacientes cuando el analista está enfermo no muestra antecedentes para este dilema en particular: No estaba faltando a sesiones; no existía una amenaza a mi vida a largo plazo; ni siquiera estaba enferma. El problema técnico estaba relacionado con mi estado interno, no con mi ausencia física, el potencial y ahora prolongado desvío de mi escucha analítica.

inhibir la expresión de la totalidad de sus sentimientos. Quería estar segura, dije, que no estaría haciéndolo para colmar mis necesidades, reconociendo de alguna manera que las cosas serían más fáciles para mí si se lo dijera. El Dr. G. estuvo de acuerdo, y me dijo que para esta situación tenía la “corazonada” de que sería mejor contar algo antes que no contar nada, agregando que si el hacerlo era para su bien y *para el mío*, todo parecía estar bien. Eso me paró en seco. Me pareció una idea bastante desafiante, iluminadora y *liberadora*.

Y de este modo, le conté mi situación a la Srta. B, explicándole mi diagnóstico. Le dije que había habido varios intentos de escisión de la lesión, con cierta incertidumbre aún con respecto a si debería someterme a más cirugías o radiaciones. Enfaticé el aspecto no invasivo de la enfermedad. Le dije que le contaba esto ahora debido al largo período de tiempo que había tomado para su resolución. Se mostró preocupada, pero en buena forma, y preguntó si había algo que pudiera hacer por mí. Agradeciéndole, le dije que teníamos que ver qué significaba lo que le había dicho, y que deberíamos controlar el riesgo de que se callara algo para protegerme, para mantenerme cerca.

En la siguiente sesión no hizo ninguna referencia espontánea a lo que yo le había dicho. Cuando lo noté, me dijo que había leído sobre mi enfermedad y se había tranquilizado. Me contó que tenía que ir al funeral de un amigo de la familia. Parecía que la muerte estaba en el aire, pensé, pero no estaba segura de que esa fuera su preocupación central. En una sesión, me relató el sueño de una conocida de ella que llevaba un cinturón de castidad, pero que se asemejaba más bien a un peto de armadura, como si quisiera protegerse. ¿Yo? Sus asociaciones eran escasas; decía que continuaba sintiéndose muy mal, incluso peor, *pero no a causa de lo que yo le había contado sobre mí*. Las imágenes de sí misma siendo rechazada continuaban sucediéndose.

Me sentí un tanto desmoralizada. Creo que había esperado, tal vez mágicamente (tal vez como en mi propio caso), que existiera algún tipo de adelanto –cualquiera fuera la dirección de su respuesta, tenía esperanzas en que por lo menos no se hundiría aun más. Sin embargo, se había tornado más desesperada, más remota y sin ningún vínculo aparente con lo que yo le había contado. Comencé a preguntarme, identificándome con las quejas del novio, si ahora también ella no estaría utilizando mis esfuerzos para favorecerla en su propia contra. Yo sentía que había algo en su sentimiento culposo de que algo estaba mal que tenía una calidad inflexible, que se evocaba de manera particular, según me parecía, cuando se esperaba una respuesta diferente. ¿Se trataba de

una “reacción terapéutica negativa”? (Este intento de teorización, cualquiera fuera su racionalización, era tal vez una manera de liberarme de cierto grado de responsabilidad). Estaba cansada, a la defensiva, en cierto modo irritable. Le dije que tenía una imagen de ella como alguien que se hubiera quemado, y todos los esfuerzos para tocar(la) la hicieran sentir peor. (Pero lo que quería significar con esto no era “todos los esfuerzos *realizados hasta ahora*”, los cuales eran, después de todo, todo lo que yo podía conocer.)

Entonces, reconociendo lo que estaba ocurriendo en mi interior y cómo estaba formulando una manera para cerrar la investigación, agregué: “Pero eso no quiere decir que no haya aún una manera que se pueda encontrar para ayudar a que la persona quemada sane.” La tensión de su cuerpo se aflojó; tal vez mi tono se había suavizado igualmente. Hablé de cómo en algún momento, con los acontecimientos del verano, ella había caído en un pozo del cual no había salido aún. Estuvo de acuerdo conmigo.

Decidí revisar las notas de nuestras sesiones del año anterior y algo me llamó poderosamente la atención al leerlas. Había habido una concentración mucho más explícita, aunque con flujos y reflujos, en su sexualidad –en sueños y asociaciones “triangulares”, de lo que yo había recordado. Aparentemente, se había movido en esa dirección de manera más consistente durante algunos meses con anterioridad al comienzo del verano (tal vez ya me hayan oído decirlo), desviándose solamente luego de ello. Aparentemente uniéndome a ella en este desvío, suprimí la extensión que habíamos atravesado a lo largo de este camino.

Cuando retornó, en la siguiente sesión, me dijo primeramente que aún se sentía mal. Compartí con ella el hecho de que el haberle contado sobre mi estado médico se debía a la preocupación de que el ambiente reinante podría haber intensificado sus problemas, pero ahora pensaba que era aun más que eso, que algo de donde ella había estado antes del verano pasado había quedado fuera de vista. Sentí (y tal vez hablé de ese modo) un renovado sentido de convicción. Con mucha ansiedad, me relató entonces un sueño sexualmente vivido que había tenido la noche anterior; había imágenes conflictivas sobre mirar o no mirar el pene de un hombre (“algo extraño al respecto”) y pensamientos vinculados con la niñez y el presente. “Aquí estaba Ud. antes de que las cosas comenzaran a tambalearse hace más o menos seis meses”, dije. “Sí”, coincidió, sintiéndose más ansiosa y secándosele la boca; continuó con sus asociaciones.

Su sueño había tenido lugar la noche anterior a la sesión, antes de tener algún tipo de respuesta a la revisión de mis notas. ¿Ella había vuelto a abrir este camino (tal vez ayudada por el hecho de que yo hablara del pozo), o acaso había recuperado yo mi habilidad para mantener el curso con ella? Sé con certeza que mi visión de nuestra dirección se ha vuelto más clara. (El tenor de sus asociaciones y sueños siguientes han confirmado esto.)

En una sesión sucesiva, me contó un sueño de dos edificios separados por un espacio. Ella estaba en uno de los edificios y quería pasar al otro, pero era difícil. Había agua jabonosa entre los dos y había que pasar a través de una entrada muy angosta y pequeña. Reconoció la sexualidad de las imágenes –aberturas, falos. Había una niña en el sueño, aparentemente tratando de pasar a través del agua jabonosa, “tal vez semen me sentí un poco presionada intentando llegar a donde intentaba llegar, pero no parecía imposible.” Sus asociaciones se inclinaron por el aspecto masturbatorio, y a pistas de una escena e imágenes primitivas: “Ver a aquella niña, yo misma, es realmente linda”, una visión nueva y cambiante. “Ese es un cambio causado por lo que hemos hecho; ¡es increíble!”

Continuó siendo un curso difícil, con tributarios complejos e imaginativos. En un instante, podría sentirme ida, habiendo ingresado ella en una corriente y yo en otra. Se mostraba especialmente preocupada cuando me veía cansada –como me había sentido más a menudo en el curso de mi tratamiento.

En una sesión me contó sobre la muerte por cáncer de una mujer mayor que ella conocía. Reflexionado sobre lo que esto podría evocar sobre mí, dijo: “No es tanto el miedo a perderla a través de la enfermedad; eso es más tangible. Es un terror más negro de soledad y abandono, que está siempre allí, y a lo que podría conducir. La experiencia interna que acompaña a esto es todo “balbuceo y lágrimas”, es por eso que las palabras son tan difíciles de encontrar; no hay palabras.”

Temor y terror, de abandono (y “caos”), suspendidos en el fondo. Cuando volvíamos a los impulsos sexuales, tal vez podía sentir que la estaba abandonando, tal vez por mi supuesto mayor interés en el hombre o chico, o mi apreciación de su perspectiva. Si dejábamos los temas sexuales, tal vez podía verse como un abandono de su empuje de maduración hacia adelante. A pesar de que eran atemorizantes, ella también quería hablar de estos sentimientos. En realidad, era capaz de emprender esos caminos, de ver

su profundidad a veces caótica, como una consecuencia del trabajo que realizamos en lo real y lo irreal, en el que yo estuviera o no, en encontrar el misterio fuera cual fuera el problema. De esta forma se ha tornado menos dependiente de mi yo “exterior”, más capaz de mostrarse en desacuerdo o expresar su enojo directamente y ha comenzado en su interior a creer que podría ser capaz, atractiva y discerniente.

Luego de que contara a la Srta. B sobre mi condición, algo comenzó a cambiar. Paradójicamente, ello no ocurrió a causa del contenido específico de lo que había compartido. A pesar que el contárselo la haya tal vez ayudado a saber qué estaba mal, tal vez el aspecto más importante haya sido mi reconocimiento de que había algo malo en mí y que podría haber afectado cómo había estado con ella.

Pero, de manera más notable, el contarle alivió algo en mí. Había llevado el peso de la incertidumbre de qué hacer (decir o no decir), cargando el peso de la retención y de mi culpa por no estar presente para ella como tal vez debería haber estado (incluso tal vez cargando el peso de un sentimiento de soledad). Luego ya no sentí que estaba replicando silenciosa y continuamente una vieja herida. Ya no sentí que estaba creando un sentimiento de engaño. Miré mis apuntes, tal vez sintiendo en algún nivel que había reprimido algo. Pude volver a oírla mejor; adopté una postura más determinada, menos ambivalente, moviéndome con mayor facilidad entre el material diádico y triádico. Menos sosa, me torné más presente. Eso de por sí cambió el proceso más allá de una continua búsqueda de mí. De este modo, la dificultad había radicado no tanto en temas conflictivos evitados sino en una mayor pasividad de mi parte, tal vez algo en cierto modo similar a su “lánguida” madre, mezclado con su miedo a la pérdida, lo cual había cerrado la puerta a algunos de estos asuntos más cargados. No puedo decir que la Srta. B necesitaba que le contara, pero parece que yo necesitaba contarle. El Dr. G. tenía razón: era correcto para la Srta. B que le contara –incluso tal vez para mí.⁶

No presento este material como un argumento más amplio en favor de revelar asuntos personales a los pacientes. Comparto con ustedes una instancia particular para considerarla y debatirla, reconociendo, también que hablarlo públicamente de esta manera podría tener un impacto sobre otros pacientes, lo cual requiere una mayor cautela y reflexión. Me había visto atrapada en un acontecimiento doloroso durante

6. De tanto en tanto, oímos sobre casos en los cuales algo especialmente eficaz ocurre luego de una auto-revelación del analista; pero podemos preguntarnos si el cambio tuvo lugar a causa de la ganancia de información por parte del paciente, o si la revelación en sí misma reflejó un cambio en la posición del analista en relación con el paciente –una vuelta al camino del trabajo.

demasiado tiempo, evocando una postura en mí que se ajustaba con sentimientos viejos y poderosos en mi paciente. Tal vez fui conducida a contarle como una representación, racionalizada por medidas aparentemente objetivas. Sin embargo, la Srta. B y yo trabajamos juntas durante algunos años y sentí, conociéndola, que podría manejar lo que le contara. (Algunos entre ustedes podrán pensar que no debería haber esperado tanto tiempo. Ella también lo dijo.)⁷

Podrán preguntarse entonces, sobre el impacto de mi propia historia de vida. ¿Acaso me había dejado tan sensible a temas de abandono y traición (de que no me hubieran dicho “la verdad”) que les di una prioridad infundada, o acaso me habrá permitido escuchar estos temas de manera más absoluta? La historia personal puede aumentar la sensibilidad de una persona y puede también apagarla. Los sentimientos evocados por la naturaleza de mi enfermedad actual pueden haber contribuido igualmente a mi apartamiento en connivencia con respecto a su sexualidad, o me ayudaron a encontrarla nuevamente. Tal vez mi capacidad cambiante para escuchar a la Srta. B refleje, a vistas claras, un aspecto ubicuo de interacción analítica –las vicisitudes continuas de nuestra capacidad para tomar parte de manera profunda en el mundo de otra persona. Nuevamente, tomando una expresión prestada de esta paciente, el analizando y el analista pueden estar, en diferentes momentos “viajando afectivamente solos”.

El “problema de la auto revelación” (Renik 1995) ha pasado a un primer plano como tema de interés y debate, y ha inspirado a un creciente cuerpo de literatura. Tal vez nuevamente, un antiguo debate, como el de Freud y Ferenczi, haya resurgido. La cuestión de cuánto revelar sobre nosotros mismos (sentimientos con referencia al paciente, respuestas contratransferenciales, hechos de nuestras vidas) constituye una preocupación central, técnica, ética y epistemológica. Después de todo, estamos aquí para explorar la realidad interna del paciente –que incluye su visión sobre nosotros. El hecho de que existan maneras incontables y continuas en las cuales compartimos implícitamente aspectos de nosotros mismos, a menudo más evidente para el paciente que para nosotros, es un asunto diferente con respecto a lo que contamos de manera explícita y consciente. Ese es otro campo de discurso y observación. Y, con seguridad,

7. La Sra B. ha leído lo que escribí sobre ella. Aunque algunos sentimientos complejos puedan removerse, y ocurrió en su caso, he encontrado que compartir con los pacientes lo que podría presentar de nuestro trabajo puede ayudarnos a ver si, en diferentes niveles, la visión del paciente de lo que se ha revelado, y lo que importa del mismo, coincide con la mía. Mucho se puede aprender, y fue aquí el caso, del significado de cualquier diferencia –pero eso nos lleva en una dirección que escapa al alcance de este trabajo.

lo que creemos haber revelado y lo que el paciente siente surge de dos puntos de ventaja diferentes.

Puede haber sido un mito el pensar en el analista como una pantalla en blanco o una detrás de la cual el mismo puede esconderse; el abandono de ese mito se ha transformado en una llamada fuerte y segura. ¿No es acaso un mito igualmente el pensar que si revelamos algo nos volvemos más genuinos, más reales? Aún estamos eligiendo y seleccionando, aún obligados con respecto a nuestro propio proceso inconsciente.

Pensé que sabía cómo había abandonado a la Srta. B –a causa de mi enfermedad y mi preocupación con respecto a la misma. Eso fue lo que le dije. De ese modo no consideré que tal vez la abandoné en maneras que no conocía, que ella había sentido un tipo de abandono diferente del cual debería aún tomar conocimiento. Estaba tan centrada en mis preocupaciones sobre nuestra interacción que no presté atención, de manera sostenida, a algo más (*perteneciente a ella*) –su iniciativa (su “valentía”), su sexualidad, su impulso hacia delante.

Me sigo asombrando ante las maneras misteriosas y poderosas en que nos interrelacionamos. El dilema de la Srta. B. (su ¿exterior-realidad o interior-realidad?) destaca este misterio. Y existe siempre aún otra dimensión autónoma además, algo que proviene del interior de cada uno de nosotros y que nos pertenece en exclusividad). La puesta de atención en nuestra dualidad no debe suplantar a la escucha de nuestra individualidad.

Con el reciente interés en la auto-revelación ha aparecido una creciente literatura sobre la enfermedad del analista y sus secuelas clínicas. Balsam y Balsam (1974) han escrito de manera conmovedora sus pensamientos en referencia a estos asuntos en la psicoterapia. Los trabajos elocuentes y en varias formas innovadores de Dewald (1982) y Avenid (1982) se han transformado en clásicos en esta materia –sobre decir o no, y sus significados complejos. Otros, escribiendo en una recopilación sobre el tema (Schwartz y Silver, 1990), defienden con ahínco la necesidad de más contribuciones del estilo. Entre ellos se incluye un removedor trabajo de Arlow que refiere su propia experiencia con la enfermedad y su negación en sus comienzos. Morrison (en el mismo libro) y, más recientemente, Clark (1995) escriben intensamente sobre el manejo del cáncer de mamas con sus pacientes, en tanto que Clark hace un llamado a que se preste atención al bienestar emocional del analista ante tales serias preocupaciones.

En estas instancias, la enfermedad del analista requirió una ausencia prolongada y a menudo inesperada; en algunos casos, la apariencia del analista se vio evidentemente alterada. Vi a mi propia circunstancia *de* otra manera. A pesar de que estos autores escriben de manera convincente sobre factores psíquicos importantes en juego en su caso igualmente, mis preocupaciones sobre cuándo y si contar, se vieron incitadas específicamente por mi potencial ausencia psicológica, no física.

Abend (1995), escribiendo sobre su propia enfermedad, describe la presencia de poderosas fuerzas inconscientes en el analista que llevan a la transmisión de material fáctico, sin importar cuán aparentemente objetiva (o justificada) pueda ser la *razón* que justifique contar: “En lo que respecta a los actos conscientes y deliberados de la auto revelación, es sabio... tener en mente la posibilidad de que podamos estimar realizarlos por razones diferentes a las que nos damos a nosotros mismos. No deberíamos sentirnos obligados a construir justificaciones teóricas para permitir que nuestras propias naturalezas y necesidades afecten a la manera en que trabajamos, dado que no tenemos opción al respecto; después de todo, sólo podemos aspirar razonablemente a hacer lo mejor que podamos por nuestros pacientes” (p. 210). Mi experiencia con la Srta. B. me lleva a estar de acuerdo con esta afirmación. La observación del Dr. G. reconoce este hecho, que debe haber elementos, incluso escondidos para mí, que tengan que ver con mis necesidades y que no puede haber otra manera.

De este modo, también pido su indulgencia para las razones presentadas para revelar estos temas personales a ustedes. Lo hago sintiéndome al menos en buena compañía, alentada por los inspiradores trabajos de autores como Calder (1980), Eifermann (1987), Gardner (1983), Jacobs (1991), McLaughlin (1987, 1993) y Silber (1996), así como por los participantes del estudio *de* Kantrowitz (1996). Al compartir sus propias historias personales y reflexiones interiores con colegas, nos han guiado hacia nuevos caminos de la exploración psicoanalítica. Pero entonces Freud, a pesar de argumentar en contra de realizar auto revelaciones deliberadas a los pacientes (y a pesar de que existen llamativamente pocos informes sobre el efecto de su propia enfermedad en sus pacientes)⁸ había ofrecido hace ya mucho tiempo un modelo para utilizarse a sí mismo, a su propia persona, en el desarrollo de sus ideas y en la comunicación de sus hallazgos

8. Schur (1972) escribe sobre la carta de Freud a Marie Bonaparte disculpándose por haber permitido que la preocupación por su cáncer le haya evitado reconocer cierto fenómeno de transferencia en su análisis (p. 382). Asimismo, cuenta sobre la advertencia que Freud realizara a una paciente (Eva Rosenfeld) para que no revelara la conversación sobre su enfermedad.

a su audiencia. Continúa con nosotros, vivo en nuestro pensamiento, hasta el día de hoy. ¿Estamos en el medio de un cambio de paradigma? Podemos reírnos nuevamente con la caricatura de Zippy, en tanto dejo esta cuestión a ustedes.

Resumen

Preguntándose si no hemos ingresado en un nuevo paradigma “bipersonal”, la autora comparte una experiencia personal traumática, considera el impacto de la misma sobre su trabajo con una paciente y analiza algunos dilemas clínicos y epistemológicos de la auto-revelación.

Summary

Questioning whether or not we have entered a new “two-person” paradigm, the author shares a traumatic personal experience, considers its impact on her work with a patient, and discusses some clinical and epistemological dilemmas in self-disclosure.

**Descriptores: NEUTRALIDAD / PARADIGMA / ENFERMEDAD /
MATERIAL CLÍNICO**

Bibliografía

ABEND, S. (1982). Serious illness in the analyst: Countertransference considerations. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 30:365-375.

_____ (1955). Discussion of Jay Greenberg's paper on self-disclosure. *Contemporary Psychoanalysis* 31:207-211.

ARLOW, J.A. (1990). The analytic attitude in the service of denial. In *Illness in the Analyst*, ed. H.J. Schwartz & A.-L. S. Silver. New York: International Universities Press, pp. 9-24.

BALSAM, R.M., & BALSAM, A. (1974). *Becoming a Psychotherapist*. Chicago: University of Chicago Press.

CALDER, K. (1980). An analyst's *self-analysis*. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 28:5-20.

CLARK, R.W. (1995). The pope's confessor: A metaphor relating to illness in the analyst. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 43:137-149.

DES PRES, T. (1976). *The Survivor: An Anatomy of Life in the Death Camps*. New York: Oxford University Press.

_____ (1988). *Praises and Dispraises: Poetry and Politics, the Twentieth Century*. New York: Viking Penguin.

DEWALD, P. (1982). Serious illness in the analyst: Transference, countertransference, and reality responses. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 30:347-363.

EIFERMANN, R.R. (1987). "Germany" and "ther Germans": Acting out fantasies and their discovery in self-analysis. *International Review of Psychoanalysis* 14:245-262.

GARDNER, M.R. (1983). *Self Inquiry*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.

JACOBS, T.J. (1991). *The Use of the Self: Countertransference and Communication in the Analytic Situation*. Madison, CT: International Universities Press.

KANTROWITZ, J.L. (1996). *The Patient's Impact on the Analyst*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.

McLAUGHLIN, J.M. (1987). The analyst's insights. *Psychoanalytic Quarterly* 57:341-369.

_____ (1993). Work with patients: the Impetus for self-analysis. *Psychoanalytic Inquiry* 13:365-389.

MORRISON, A.L. (1990). Doing psychotherapy while living with a life-threatening illness. In *Illness in the Analyst*, ed. H.J. Schwartz & A.-L. S. Silver. New York: International Universities Press, pp. 227-250.

RENIK, O. (1995), The ideal of the anonymous analyst and the problem of self-disclosure. *Psychoanalytic Quarterly* 64:466-495.

SCHUR, M. (1972). *Freud: Living and Dying*. New York: International Universities Press.

SCHWARTZ, H.J. & SILVER, A.-L.S., eds. (1990). *Illness in the Analyst*. New York: International Universities Press.

SILBER, A. (1996), Analysis, reanalysis and self-analysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 44:491-362

Comentario al trabajo de Evelyne Albrecht Schwaber: “Viajando afectivamente sola...”

*Beatriz de León de Bernardi*¹

Evelyne Schwaber, figura destacada en el pensamiento actual norteamericano, ha desarrollado su obra en forma ininterrumpida durante los últimos 20 años. Perteneciente al grupo psicoanalítico de Boston, tuvimos el gusto de conocerla cuando ella vino a Uruguay antes de concurrir al Congreso Internacional de la IPA de 1991.

Ha investigado las formas particulares en las cuales se va estableciendo la interacción analítica con cada paciente, atendiendo a los aspectos inconcientes de la misma. En su visión el aporte central de Freud al descubrir la teoría del fantasma “situó el campo de la investigación psicoanalítica en la realidad psíquica por oposición a la realidad material” (Schwaber, 1983).

Sin embargo, el contactarse con la realidad psíquica inconciente del paciente no resulta una tarea sencilla. Una temática reincidente en el desarrollo de su pensamiento ha sido su reflexión acerca de las dificultades del analista para formular una interpretación. El analista puede quedar muy fácilmente ubicado en la posición de quien representa el punto de vista objetivo y verdadero, corriendo el riesgo de guiar al paciente según sus propias perspectivas. Se hace necesario explorar la perspectiva del punto de vista del paciente lo cual contribuye en su visión, a evitar los saltos deductivos en los cuales el analista recurre a criterios de autoridad basados en sus supuestos teóricos o sus puntos de vistas personales. Esto permite a la vez abrir el campo de observación del analista hacia fenómenos vivenciales del paciente más profundos y significativos. Recientemente ha señalado la importancia de los aspectos no verbales de la comunicación analítica.

En el trabajo que hoy comentamos Schwaber plantea un tema de indudable interés: el de la auto-revelación del analista, en especial la referida a situaciones traumáticas de su

1. Miembro Titular de APU.
Santiago Vázquez 1140. 11300 Montevideo. E-mail: bernardi@chasque.apc.org

vida ocurridas durante su desempeño como analista. Como ella señala, éste no es un tema nuevo en psicoanálisis. Ya en el año 1959, por ejemplo, Paula Heimann nos cuenta de un momento en el que confiesa su situación de perturbación personal a su paciente. Poco antes de la sesión se ha enterado de la muerte de un analista colega de su misma generación, por lo cual se siente profundamente afectada. Piensa en suspender la sesión, pero ya es tarde. En el transcurso de la misma la analista no puede seguir las asociaciones de la analizada y dos veces le pregunta qué es lo que había dicho. La paciente en ese momento se disculpa, le dice a su analista que debe haber sido poco clara y que algo debe andar mal en ella. Heimann le dice entonces que el problema no era de la paciente sino de ella misma. Le da la noticia de la muerte del analista y le confiesa que se encontraba fuertemente perturbada por el hecho. El tema del análisis gira alrededor del duelo de la analista, pero posteriormente se orienta hacia la historia de la paciente que había perdido a su padre cuando era niña. El análisis se centra finalmente en la tendencia de la paciente a culpabilizarse.

Si bien Heimann piensa que su conducta no ha provocado daño a la paciente –en la medida en que el trabajo analítico se ha orientado en función de las fantasías que este hecho (era un analista que también la paciente conocía) ha despertado en la paciente, Paula Heimann considera que su confesión a la paciente constituye “una desviación de la sana técnica analítica” (Heimann, 1959). El tema planteado por Heimann quedó para ella cerrado en ese momento.

Quizás hoy en día tengamos más posibilidades de tratar estos episodios en la comunidad analítica. A pesar de las dificultades que el planteo de estos temas trae, creo que es necesario consideraren nuestras elaboraciones teóricas y clínicas, no sólo el nivel normativo de nuestra función, sino también la dimensión de nuestros comportamientos más reales, de manera de que no queden excluidos como tema de indagación analítica. Al mismo tiempo pienso que la mirada analítica cuenta hoy con más instrumentos de percepción que a mediados del siglo pasado.

El método analítico se apoya en parte en la necesidad de mantener la reserva de los acontecimientos y de la vida íntima del analista, lo cual, se supone, permite un despliegue más libre y sin interferencias de la problemática del paciente. Sin embargo, el desarrollo del psicoanálisis ha mostrado que el supuesto de que el analista es meramente una pantalla proyectiva para el paciente no corresponde a la realidad. Todos tenemos también experiencia de momentos en los cuales situaciones personales han sido

conocidas, por distintas razones, por nuestros pacientes. En algunos casos es el mismo paciente que trae datos de nuestra vida y de acontecimientos que nos pueden haber ocurrido. En general tendemos a explorar estos aspectos en relación con las vivencias del paciente. En otros casos optamos por dar algún dato de nuestra vida real, cuando pensamos que el no darlo interfiere en la comunicación con el paciente, favoreciendo procesos de negación en el análisis. Pero hay poca elaboración sobre estas distintas posturas clínicas, y sobre las distintas conductas que adoptamos según el paciente, según el tipo de relación establecida con él y según el momento del proceso analítico. En este sentido, el trabajo de Evelyne Schwaber plantea algunos problemas teórico-clínicos implícitos en el hecho de la auto-revelación del analista que creo interesante puntualizar.

El primer problema que plantea el relato de Evelyne es el de la relación compleja entre el contexto vital del analista en el cual ha ocurrido un episodio que reviste características traumáticas, la percepción que el paciente tiene del analista y, en último término, su transferencia inconsciente.

La analista cuenta un momento especialmente impactante de su vida en el cual su enfermedad actual y la indecisión médica la dejan en una situación de riesgo y aislamiento. Se reactivan recuerdos en relación a la enfermedad y muerte de su madre, y la situación presente se conecta en la analista con situaciones traumáticas de su niñez.

Se siente naturalmente preocupada por la repercusión de su estado físico y de su estado de ánimo, y quiere garantizar el espacio de la mejor atención a sus pacientes, buscando reserva en el manejo de sus problemas personales con los pacientes y también con sus colegas.

Sin embargo, de la totalidad de sus pacientes hay uno, la Srta. B., que pasa por un momento particularmente difícil. Antes de la separación de ‘as vacaciones de verano la evolución favorable del análisis parece detenerse y la paciente entra en una regresión importante. El movimiento del análisis, que había permitido una mejoría en varios planos, parece detenerse. Inesperadamente la paciente ha perdido la capacidad de pensar y de pensarse en el análisis, y muestra una actitud auto agresiva:

“Es como si me estuvieran pegando repetidamente en la cabeza con un martillo y la única escapatoria fuera darme la cabeza contra la pared o suicidarme”.

La analista se preocupa por esta paralización: ¿se trata de un impasse, de una reacción terapéutica negativa?

La exposición muestra la secuencia interpretativa que sigue E. Schwaber para explorar las posibles conexiones entre su estado personal y el de la paciente. Esta secuencia supone el desarrollo sucesivo de interrogantes que la analista busca responderse tomando como puntos de referencia la confrontación de sus propias vivencias, con las respuestas de la paciente. A la vez, cada uno de estos momentos implica para la analista, un importante proceso de elaboración y selección interno.

El primer dato que toma en cuenta es el de la coincidencia entre sus preocupaciones personales, originadas en su sensación de sobrecarga ante la ausencia de una decisión médica, y las dificultades de la paciente E. La base para esta conexión se encuentra, sin duda, en el hecho de que E. aparece como una paciente especialmente sensible a los matices que implica la presencia del otro, en el pasado su madre y en la actualidad su pareja y su analista. Esto lleva a la analista a estar atenta y a explorar la vivencia transferencial de la paciente.

Las asociaciones posteriores de la paciente, sus afectos y actitudes muestran cómo se ha sentido distanciada de su analista, abandonada y *“viajando afectivamente sola”*. Esta primera imagen de la analista alegada, se convierte, a partir del sueño de la paciente, en la de una mujer mercenaria, que no ayuda y es indiferente y que sólo puede generar desorden y desamparo.

Pero el punto que hace pensar a la analista en la posibilidad de decir a la paciente lo que le está ocurriendo es la importancia que el tema del secreto, o de lo no dicho, ha tenido en la vida de la paciente. Este aspecto irrumpe a través del recuerdo que tiene B:

“Antes de que naciera mi hermano menor, mi madre tuvo un cáncer de piel para el que necesitó tratamiento de radiación... Debe haber habido una gran ansiedad, pero no se dijo nada al respecto”.

La analista siente que: *“mucho de lo que mi paciente estaba evocando podía haber sido evocado por el sentimiento de que algo no dicho estaba mal en el análisis”*.

Este punto es el que lleva finalmente a la analista a comunicar a la paciente lo que le estaba pasando.

La analista piensa que el revelar su “secreto” encauzará nuevamente el análisis. Sin embargo esto no sucede. La analista comienza entonces una búsqueda retrospectiva de lo que ella había anotado en las sesiones antes de la separación del verano y antes de que tuviera la noticia de su enfermedad. Entonces, por la relectura de sus anotaciones, toma conciencia de que en esos momentos la temática sexual de la paciente ocupaba un primer plano, desapareciendo posteriormente.

“Algo de donde ella (la paciente) había estado antes de la separación del verano pasado había quedado fuera de la visión de la analista.”

El análisis de la problemática sexual y el deseo vital de la paciente de alguna manera habían quedado postergados, de manera coincidente con la distancia de la analista motivada en su importante preocupación por su estado físico.

Cuando estos aspectos se verbalizan algo empieza a cambiar en el análisis. En la visión de Schwaber un aspecto que contribuye de manera importante al mismo es el reconocimiento por parte de la analista de que algo andaba mal en ella y que esto podría haber afectado como había estado con la paciente.

Una de las interrogantes que plantea la decisión de la analista es si en este caso la autorrevelación no sirve para aplacar el movimiento agresivo de la paciente expresado principalmente en la imagen de la mujer mercenaria del sueño, lo cual llevaría a bloquear el análisis de estos aspectos que están en el centro de la problemática de la paciente.

Sin embargo, creo que en este punto es necesario que nos ubiquemos en la perspectiva de Schwaber. Como señalamos anteriormente su interés central es el de no imponer sus propios puntos de vista al paciente. En su perspectiva es sólo la exploración de cómo el paciente vive la relación con su analista, la indagación de cómo éste la ha percibido lo que ofrece un camino más seguro en el camino de comprensión de la realidad psíquica del paciente.

Lo que vemos entonces en el relato de Schwaber es lo que ella llama su “esfuerzo de relocalizar en ella” lo que condujo a la Srta. E. a percibirla como lo había hecho, y a provocar esa regresión tan importante en el tratamiento. En este caso no se trata de evitar los sentimientos negativos de la paciente, sino de poder contextualizarlos en relación con las vivencias de la paciente, y no a partir de supuestos teóricos o impresiones generales del analista. Lo que el desarrollo del análisis muestra es cómo la

exploración de la percepción que la paciente tiene de su analista facilita la exploración de la vivencia transferencial anclada en su historia infantil. Pero sobre todo permite *indagar mejor la forma específica en la cual se sintió abandonada, y el aspecto de sí misma –su experiencia sexual–, que fue dejado de lado en esta vivencia de aislamiento.*

Así, el reconocimiento de una realidad compartida y aceptada por analista y paciente: de que la analista no había podido ver y hacer lugar en determinado momento del análisis al impulso vital y sexual de la paciente, facilitó la exploración y el establecimiento de una base de datos más segura para investigar el sentido particular de la vivencia inconciente de la paciente.

Un segundo tema que plantea el material clínico es si estamos, como se pregunta Schwaber, en un momento de cambio de paradigma. Es decir: ¿teorizamos el proceso analítico como un proceso en el cual el analista trabaja sobre la realidad psíquica individual del paciente radicalmente diferente a la del analista y a la cual se aproxima desde una experiencia individual; o en el proceso analítico estamos inmersos en una experiencia que es en esencia intersubjetiva?

“Uno o dos en psicoanálisis es y a un tema clásico, que nace en el problema de la existencia de dos en la seducción o de la unicidad de la fantasía”...

Pienso que este momento clínico muestra la alternancia de los dos movimientos en el análisis: la importancia de reconocer momentos de afectación mutua, y momentos de individualidad ineludible.

En efecto, el relato muestra cómo se da un proceso de intrincamiento de las vivencias del analista y paciente en el cual los aspectos no verbales de la comunicación juegan un papel central. La analista supone que su vivencia traumática ha sido transmitida a través de sus actitudes de preocupación o distancia, las cuales han resonado en las vivencias infantiles de la paciente de distancia de su madre y de que algo no dicho estaba ocurriendo. Esto ha sido un proceso que fue más allá de sus intenciones concientes o de las verbalizaciones explícitas. En este caso, entonces, la autorrevelación aparece como una consecuencia técnica de que existía un saber inmediato implícito en la paciente. Esta inferencia aparece apoyada en el material que va dando cuenta progresivamente del profundo malestar de la paciente.

Pero vemos también en este material clínico, momentos de trabajo en soledad del analista, un trabajo de autoanálisis, que permite también la diferenciación de realidades y experiencias internas-externas, de analista y paciente. Surgen recuerdos y sueños que le permiten procesar su situación en relación con su propia historia. Se amplía su comprensión de lo que le pasa a ella, lo que le pasa a la paciente, y es en ese momento que puede decir lo que piensa útil para el trabajo analítico. Esto permite que el proceso se reacomode.

Es interesante la similitud que se da entre el movimiento de relocalización que busca la analista y la noción de “segunda mirada” sobre el campo analítico que han desarrollado W. y M. Baranger y Marta Nieto en nuestro medio.

Sin embargo el material muestra las dificultades a las que nos vemos enfrentados para poder mirar con cierta distancia, neutralidad, y objetividad lo que nos ocurre en determinadas circunstancias, cuando es nuestra propia subjetividad la que se pone en juego con el paciente.

El relato muestra claramente dos momentos. En el primero Evelyne aparece inmersa en la situación y creo que sólo puede explorar superficialmente el punto de vista del paciente, cuando la paciente le dice que la ve mal. Creo que es sólo en un segundo momento en que puede abordar el tema, después de un trabajo de revisión de lo ocurrido en ella y en el proceso analítico. Es en ese momento que recién puede “relocalizar” en ella lo que probablemente había ocurrido.

Un último punto al cual quisiera referirme es el del alcance adjudicado a la autorrevelación del analista. Un riesgo es sin duda el de la extensión exagerada e indiscriminada de este recurso técnico, lo cual llevaría a poner en primer plano la problemática del analista y a descuidar la del paciente lo cual iría en contra de la finalidad fundamental del análisis.

Es necesario hacer notar que en este caso la decisión de comunicar a la paciente un aspecto de la vida del analista especialmente significativo, aparece como una excepción meditada, no como una actuación impulsiva, ni como una regla general. Schwaber se plantea el problema, con una paciente en especial, en un contexto particular, pero sobre todo se lo plantea en función de poder entender la problemática inconciente de la paciente y como forma de procesar las interferencias que ha motivado su enfermedad en

el vínculo con ella. Este proceder técnico replantea para al psicoanálisis la necesidad de reelaborar nociones como las de la neutralidad y abstinencia.

Pero en mi visión para poder evaluar la significación de estos recursos técnicos debemos contar también con estudios clínicos más detallados de su efecto en el paciente y en el proceso de análisis posterior.

Abril de 2000.

**Descriptores: AUTOANÁLISIS / INTERACCIÓN COMUNICATIVA /
TRANSFERENCIA / CONTRATRANSFERENCIA /
NEUTRALIDAD**

Referencias

HEIMANN, P. (1961-62): Contratrtransferencia. Rev. Uruguay de Psicoanálisis, t. IV, n. 1:137-149.

SCHWABER. W. (1983): Psychoanalytic listening and psychic reality. Int. Journal Psycho-Anal., 10,379.

Reseña y miscelánea especulativa

(A propósito de “Travesía hecha afectivamente sola”
de Evelyne Albrecht Schwaber)

Juan Carlos Capo¹

I

Primero se reseñan algunos puntos analíticos de sumo interés de esta ponencia; segundo, se exponen algunas reflexiones a modo de miscelánea.

(Se procurará que el todo no vaya en desmedro de la coherencia expositiva).²

Evelyne Albrecht Schwaber complementa el título de su comunicación: **“un desvío (“derailment”) personal en la escucha analítica”**.

Ella parte del mito de la neutralidad en análisis. Se pregunta si no estamos asistiendo al fragor de un cambio de paradigma. ¿No es acaso el narcisismo de cada generación, se pregunta, el que nos lleva a creer que el paradigma imperante en nuestro tiempo, será ese sí el paso nuevo y verdadero? Recuerda la polémica Freud-Ferenczi, y caracteriza sendas posturas como la solución vienesa o la solución húngara. Aquella priorizaba lo intrapsíquico, la fantasía; ésta la seducción, lo interpersonal.

Ella agrega, criteriosamente, que el debate se eleva desde la filiación subjetiva del material, y adquiere dimensiones filosóficas y científicas.

Ubica enseguida la cuestión y reseña la literatura existente sobre el **qué decir al paciente cuando el analista está enfermo**. Agrega que no hay precedente para este dilema particular de revelar y compartir cosas del analista mismo, lo que se conoce como “*self disclosure*” (descubrimiento propio) del analista.

Ella se pregunta si es que se adaptaba, al proceder del modo en que lo hizo, a los cambiantes tiempos actuales. El cambio de paradigma al que la autora se refiere consistió en revelar detalles a una paciente de su estado de salud, la salud de la analista, afectada en grado considerable. Este procedimiento que podía volverse de rigor en

1. Miembro Titular de APU. Soca 1395/901. 11300 Montevideo.

2. Todos los destacados en negrita pertenecen al autor de la reseña.

algunos casos, ¿sería aceptable? ¿Respondía acaso a una presión exterior? ¿O es que las motivaciones presionaban desde adentro de ella misma? Y entonces, lo exterior forma parte siempre de lo interior. ¿O no?

Un cáncer de mama, en etapa local, es detectado en la analista, que describe las angustias del hallazgo, las consultas, los pasos programados, los encuentros y desencuentros con médicos tratantes, con colegas, consejeros y amigos. Se inicia una marcha de pasos difíciles, laboriosos y vacilantes, marcha signada por la negación y la postergación. También se conecta la experiencia a recuerdos: el recuerdo de su madre que murió de un cáncer invasor, hace 28 años, cuando su madre tenía edad más joven de la que ella tiene ahora. De pronto brilla en la analista la luz de la decisión y tiene claro qué pasos dar, y en otro momento, su capacidad de comprensión se oscurece y aparecen sentimientos de soledad, de desamparo y traición. Este estado afectivo la llevó por los caminos de la memoria a su niñez de judía austríaca exiliada, cuando el nazismo obligó a que se separaran sus padres de ella, y la familia se refugió en Suiza.

Ella también confiesa que, inicialmente, su reticencia en contarle a su paciente la naturaleza de la enfermedad estaba basada en su deseo de protegerla de una ansiedad innecesaria. A eso contribuía la red de dimes y diretes, comidillas y rumores, tan extendida en los propios colegas, pero también en los pacientes y en el orbe analítico, ya que están en tratamiento unos con otros, en un ámbito donde todos se conocen y todo se sabe.

Pero, ella admite también que así preparó el escenario, **para un aislamiento afectivo personal.**

En una segunda referencia a Freud, Albrecht Schwaber recuerda el aforismo analítico: “el inconsciente de una persona comunica con el inconsciente de otra”. De allí que sostenga que en su trabajo analítico debía ser cautelosa, para que la atmósfera clínica entre ella y la paciente no se viera invadida por su problema personal: la enfermedad que ella padecía.

Los avalares inquietantes que vivía, como se aprecia, no alcanzaban sólo a los pasos médicos personales que debía dar, sino también a los pasos propios de la tarea analítica. Consulta a sus supervisores quienes le aconsejaron, en coincidencia con ella en esto, que, en principio, era mejor no decir nada y no **descubrirse** ante la paciente.

Pero la historia tenía más hilos en su trama, ya que se entrelazaban dilemas curativos a dilemas técnicos y éticos.

Cuando le contó a una tía muy querida, austríaca como ella, acerca de cuán confusa estaba acerca de qué hacer, de cómo había deseado que una oncóloga en quien había depositado muchas esperanzas, la hubiera apoyado y guiado, la tía le replicó que esa doctora la había abandonado, como también lo había hecho el cirujano. La conversación con la tía destapó muchas cosas de su pasado y le trajo aspectos olvidados de su madre. Ella se decidió entonces por la mastectomía y terapia radioactiva, y después que tomó esta decisión, al cabo de mucha pérdida de tiempo y postergaciones, se sintió mejor, y sacó la conclusión que ahora hasta su trabajo clínico debería también encarrilarse.

Porque la paciente Ms. B. la preocupaba. Esta es una artista de treinta y pocos años, muy atractiva, alta y de largos y trenzados cabellos negros, dotada de una inteligencia aguzada, una apreciación imaginaria para lo poético, y un don de reconocimiento relevante. Ante su novio, Ms. B. reprimía su rencor, le venía un sentimiento de ser ruda, o inepta, un temor desesperado de pérdida de aprobación y rechazo. Aunque Ms. B. era talentosa y tenía motivaciones, estas dificultades comprometían su capacidad de sostener la atención en su trabajo. Tenía un sentimiento indefinido de que las cosas no eran lo que parecían, no podía discernir qué era lo que procedía de adentro, y qué era lo que procedía de más allá, pero sí sabía que algo estaba mal.

Y lo cierto era que a la analista se le dificultaba poder escuchar analíticamente a la paciente, y se produjo el consiguiente atascamiento: la analista no encontraba qué decir, cómo decirlo, y más aún: al principio negaba que la paciente estuviera tan mal como afirmaba. Al poco tiempo Ms. B. se permitió hablar de sentimientos sexuales, y de que podía sentir tales sensaciones adentro de la sesión, y se acompañaba del sentimiento de que su cuerpo se volvía más vivo. Al hacer el amor, Ms. B. le reveló un día a la analista, que ella se había vuelto más libre, más sensual. Ella Podía arriesgar ahora, dijo, ir hacia “los lugares que asustaban” y ella sentía que la analista estaba allí. “Estar allí”, aclaró la analista, significaba decir “palabras fundadas”, “el decir simple de las palabras ciertas”.

Y sin que la analista le hubiera manifestado nada, en las sesiones siguientes a los comienzos del tratamiento del cáncer de la analista, la paciente expresó preocupaciones por un cambio de hora y porque la analista se mudara lejos, y que ella no pudiera

encontrarla. Era una alarmada voz la que Ms. B. oía en su interior, y esa voz pronunciaba estas palabras: “¿Dónde está usted?”.

En las sesiones siguientes las asociaciones fueron con temas sexuales y con sueños, los cuales habían ocupado, otra vez, el primer plano. Y luego de la pausa de verano, cuando la paciente volvió, se quejó de que no sentía la ayuda de la analista, que le parecía que ella no quería oír lo mal que ella se sentía.

La paciente sentía que “viajaba afectivamente sola”, así fue la frase de poética cadencia que usó.

La analista se preguntó entonces qué fue lo que llevó a que la paciente la percibiera como lo había hecho. La analista no había reconocido esto en ella misma, pero admite que llegó a reconocer luego que era cierto, y que logró aprenderlo con Ms. B., con ella, y desde ella. Admite que había glaseado la búsqueda del problema y lo había ubicado no por donde el problema realmente pasaba, y **reconoce que entonces ella también pudiera haber hecho “la travesía afectivamente sola”.**

La analista sostiene que el problema técnico tenía que ver con su estado interno, no con su estado físico, no con su ausencia física, sino con el potencial y prolongado desvío (“descarrilamiento”) en su escucha analítica. Siente que ese algo no dicho, a lo que aludía reiteradamente la paciente, era malo para el análisis.

Es que todo ocurría, según Albrecht Schwaber, como si Ms. B. hubiera estado al tanto de la marcha de la enfermedad de ella.

Entonces se decide a contarle a la paciente la naturaleza de su mal. Porque le parecía que la muerte estaba en el aire, agrega. Pensó que ese era el centro de la angustia de la paciente, quizás también de ella misma.

En la sesión siguiente a la confesión de la analista, la paciente dijo que seguía mal. La analista compartía ahora con Ms. B. el hecho de que habiéndole contado su situación médica personal, **había hecho que aflorara la angustia, pero también los contenidos sexuales.** Todo estaba (y venía) de antes de la pausa de verano, cargado con mucha ansiedad. La paciente cuenta entonces un sueño sexualmente vivido de la noche pasada: eran conflictivas imágenes de mirar y no mirar el pene de un hombre, “algo extraño acerca de eso”, y pensamientos que iban a la infancia y se unían a los días actuales. En otra sesión, Ms. B. cuenta un sueño con dos edificios y un espacio entre ellos. Ms. B. estaba en uno y quería llegar al otro, pero era difícil. Había agua jabonosa entre ambos,

y tenía que alcanzarlo a través de un vano de puerta muy estrecho y delgado. Ms. B. reconoció la imaginería de aberturas, de falos. **Sus asociaciones fueron con la masturbación y también con insinuaciones fantaseadas de escena primaria.**

La analista reconoce que el análisis continuó siendo de difícil curso, con afluentes complejos y fantasiosos. No era tanto el miedo de perderla a ella, a la analista, por la enfermedad, le confesó Ms. B., era algo más tangible y más real: un terror oscuro de quedar sola y abandonada; la experiencia interna que marchaba con esto era todo ‘farfuleo y lágrimas’: las palabras se hacían difíciles de encontrar, no las había.

La analista sentía ahora que se había recobrado, y que había recobrado la capacidad de mantenerse en el camino con Ms. B. Era un creciente y renovado sentimiento de convicción.

El material de este análisis, a punto de partida de la enfermedad de la analista o, mejor dicho, **a punto de partida de una de sus interrogantes, que para Albrecht Schwaber es central** (“¿se lo digo, no se lo digo?”), tomó un nuevo giro. El análisis se abocó entonces a encarar **la muerte que había invadido la sesión (“una atmósfera de muerte”)**, con el **entrelazamiento consiguiente a la vida y a las pulsiones sexuales de ambas: de la paciente y de la analista.**

Albrecht Schwaber muestra este ensamblado en términos dramáticos, poéticos, complejos y abiertos. **A veces en términos muy simétricos;** en otras atenúa los énfasis. No sólo cuestiona así la técnica y la ética del análisis, sino que pone sobre la mesa paradigmas y fundamentos “comunes”, o pretendidamente comunes a los analistas.

De esto resulta una invitación al debate, y esta reseña no puede sino recoger el guante de este desafío.

2

Este trabajo desacomoda porque hay puntos en que se hace difícil acompañar a su autora. Son puntos a debatir y se espera que den lugar a más consideraciones críticas.

Sobre algunas palabras

El poeta argentino contemporáneo Roberto Juarroz, fallecido en 1997, ha dicho que hay palabras que disminuyen la capacidad respiratoria. Los términos “cognitivo” y “motivacional”, así como expresiones del tipo “*Just do it!*” (“¡Simplemente, hazlo!”),

pueden producir un efecto así. Una escucha analítica podía esperar asistir a sinsentidos y paradojas. Pero en cambio estas palabras testimonian de una filiación pragmático-conductual, deudoras de una voluntad consciente, y tributarias, tal vez, de una psicología del Yo, lo cual hace que Albrecht Schwaber muestre una suerte de candor teórico desarmante, en lo que tiene que ver con algunos de los paradigmas con que se maneja. Por ejemplo:

Sobre la soledad

El punto referido a la travesía hecha afectivamente sola trae a la memoria el artículo de Donald Winnicott, “La capacidad de estar solo” (1958), y el de Melanie Klein “Sobre el sentimiento de soledad” (1962). Phyllis Grosskurth, biógrafa de esta última, sostiene que se desprenden concepciones opuestas de ambos trabajos. En el primero, hay una apuesta a la soledad como camino a la integración y a la madurez. Se podría decir que el tono de ese escrito es esperanzador, y en definitiva, la tesis winnicottiana trasunta optimismo. El de Melanie Klein, con intuiciones fulgurantes, como la de afrontar el resultado inevitable –en el decurso de un análisis–, de que los encantos inevitablemente se han de romper, apunta a la soledad en su faz más despojada y dura, la de estar solo, aún en compañía, aún recibiendo amor. Este estado es el resultado del anhelo generalizado de un estado interno perfecto inalcanzable. Y el paradigma de ese estado, es el de la relación con la madre buena, prototipo (o paradigma) de una situación ideal que ya no se puede recobrar, ni reproducir. Esta es la base de un sentimiento irreparable de soledad que no se puede mitigar (Klein, transcrita –bien– por Grosskurth).

Pero no se debe olvidar que también la soledad, tiene otros aspectos quizás no tan fusionales, quizás no tan enajenantes. Según las palabras de Freud a Fliess, en los orígenes del análisis, en la correspondencia con su amigo berlinés, se puede encontrar la expresión: el “magnífico aislamiento”, entendido como condición imprescindible para emprender la ciclopea tarea que Freud se había propuesto. Ese es otro ejemplo de travesía hecha en soledad.

En otra vertiente, la de la creación literaria y poética, uno de los fundadores de la novela moderna, el escritor francés Marcel Proust, escribió que... “existimos solos. El hombre es el ser que no puede salir de sí mismo, que sólo en sí mismo conoce a los demás, y, si dice lo contrario, miente”.

Las líneas que conforman esta miscelánea están hechas desde la soledad, desde “la fortificante soledad” (Proust, otra vez).

Y al fin y al cabo a Evelyne Albrecht Schwaber de poco le sirvió la compañía de supervisores, colegas o analistas de más experiencia. Fue finalmente ella y su enfermedad, ella y el trabajo con la paciente, ella y el atascamiento en que se hallaba con el análisis de Ms. B, los que la decidieron a dar, en soledad, el paso que dio.

El todo, inclusive su ponencia, fue encontrado, devanado, encarado y resuelto desde y en la soledad.

El afuera y el adentro. La dialéctica intersubjetiva. El “entre”

La separación forzada del afuera y el adentro, a noventa años de las primeras comunicaciones fenomenológicas, que zanjaron esta cuestión, o debieran haberlo hecho, es de resultado opaco en la ponencia, si se lo enfoca en términos de instrumentación clínica, y en términos de valor demostrativo, también.

Safranski, biógrafo alemán contemporáneo de Heidegger y de Schopenhauer, resume, en forma concisa, el pensamiento del fenomenólogo Husserl, esencial para captar esta oposición entre el adentro y el afuera:

“Por lo general se pone en juego aquel esquema en el que se contraponen entre sí un espacio interior subjetivo y un espacio exterior objetivo, para preguntar luego cómo se pueden unir los extremos artificialmente separados, cómo el mundo llega al sujeto y el sujeto llega al mundo.

“La fenomenología muestra que nuestra percepción y nuestro pensamiento no transcurren tal como acostumbramos creer; muestra que la conciencia es un fenómeno del “entre”, según la expresión del fenomenólogo francés Maurice Merleau-Ponty” – quien, por otra parte, consideraba a Melanie Klein, como “una fenomenóloga empírica natural”, justipreciándola en un contexto valorativo, y muy valorativo–.

Justamente los analistas kleinianos, rioplatenses, sobre todo, pero también los norteamericanos, parecen incurrir en excesos parecidos en sus análisis de la dialéctica intersubjetiva del retículo personal del “aquí y ahora”, tanto que en ambas márgenes del Plata, como es sabido, se sigue acudiendo a la fórmula consagrada del “entre dos” del

campo analítico. (Willy y Madeleine Baranger, en la primera etapa de sus aportes teóricos, 1961.)

Sobre la afectividad

Entre el uso de invocaciones cognitivas que se oponen, antinómicamente, a las afectivas, y las invocaciones a una psicología del Yo, la analista pide disculpas al lector por “la desventaja a su favor” de un bagaje teórico que parece sentir injusto, no se entiende bien por qué. Tal vez porque se atribuya a la teoría y al intelecto la vacancia de estados afectivos. Pero la teoría, y el intelecto, están cargados de afecto.

Ante todo, qué duda hay que el intelecto excita y se excita, hay excitaciones intelectuales, bueno es tenerlo presente en los siguientes ejemplos. Piénsese en los debates de las Jornadas analíticas, piénsese también en la superstición, en el entusiasmo, –enlazable al fanatismo, al furor, al amor– piénsese en los dogmas religiosos, políticos, y en los delirios, tan cercanos a las creencias, sin olvidar los dogmas teóricos analíticos. Piénsese en los duelos y en los amores imposibles. Todos se sostienen en el corazón, en el afecto, y también en pensamientos equivocados, ilevantables lápidas raigamente implantadas en la realidad psíquica.

Una comunicación poética, que no tiene por qué hacer colisión con el ángulo analítico, plantea el problema desde una dimensión tanto sentida, como pensada.

Fernando Pessoa, lírico portugués contemporáneo, enfocó de cerca la intrincada red de pensamientos y sentimientos. Se transcriben solo algunos versos:

*“Tengo tanto sentimiento
que es frecuente persuadirme
de que soy sentimental (...)
una vida que es vivida
y otra vida que es pensada”.*

La distancia entre la mente y el corazón puede ser grande. No es imprescindible, analíticamente, partir **exclusivamente** del territorio afectivo, puesto que los contenidos de ambos territorios, el del corazón y el de la mente pueden estar, y quizás siempre estén, suficientemente mezclados. Tanto que cabe hablar de pensamientos apasionados

y no implicara eso un error. El ya citado Juarroz, plantea el problema en estos términos: “se podría hablar de un *eros* del pensamiento. O mejor quizá de un *amor de pensamiento o un pensamiento que ama*”. “Es esto lo que muchos no pueden comprender: ese más que está en el pensamiento como reconcentrada efusión”. Piera Aulagnier, sostiene que “Se debe postular la coalescencia de una representación del afecto que es inseparable del afecto de la representación que la acompaña”. (...) Y también que “no existe sentimiento separable de la posibilidad de expresarlo mediante un enunciado”.

Enfermedad y muerte. Los analistas médicos

Philippe Ariès cita a G. Gorer en un artículo: *Pornography of Death* (Pornografía de la muerte) (1950), y luego en un libro: “*Death, Grief and Mourning*” (1963), (Muerte, Aflicción y Duelo). En ellos los autores citados muestran que la actitud mental en el siglo XX es que la muerte y el duelo constituyen una obscenidad de la que es mejor no hablar, tópico vergonzoso y prohibido como la masturbación, como el sexo en la época victoriana. Muerte y duelo son tratados con la misma mojigatería. Muerte y sexualidad convergen en el lugar odiado: la tumba, el cuerpo propio.

Freud, que tuvo que lidiar con su cáncer de mandíbula durante quince años, ejemplifica, y E. Schwaber no lo olvida, de que las primeras actitudes denegatorias que Freud tuvo al comienzo, cuando decía: “Tengo una leucoplasia en la boca”, fue sustituida después, cuando dejó caer el velo de la retórica engañosa, por: “Debo tener un epiteloma”. Esta actitud, estas palabras, demostraban que no suscribía una postura modesta, compasiva, ante su tumor de boca; por el contrario, insistió siempre ante sus médicos, de que le dijeran la verdad. El sabía, el sueño de la monografía botánica lo revela, de la dificultad que tienen los médicos a ser tratados por sus pares, la difícil posición de médico entre médicos, en esos momentos. Más allá de si era por el cobro de honorarios o por la exención de honorarios, la fantasía diurna transportaba el qué decir y el qué callar, en esas dramáticas circunstancias.

Quizás no sea difícil no pensar que desde la anotación de Freud, de cuán difícil es para un médico enfermar y consultar –algo parecido a lo ocurrido a Evelyne Schwaber– se pueda llegar a la comprobación de que estos oficiantes de la vida sean los primeros afectados por los efectos psíquicos de la enfermedad y la muerte. Los médicos con sus

miedos y angustias levantan sobre el cimiento de sus fantasmas, el llamado erótico de su quehacer, la invocación que los guía, la vocación que se les revela. Y al fin y al cabo la elección de su oficio pasa por el caminar sobre los tizones encendidos de sus miedos y angustias. Por eso cuando es un médico el que enferma se asiste a una inquietante, imposible, real pero irreal, sensación de extrañeza. Es que hay una transferencia idealizada extendida: el médico debe ser inmortal. Por eso pareciera singular cuesta arriba para un médico enfermar, y quizás más si se conjugan en la misma persona –así el acontecimiento que afectó a Evelyne Schwaber– el médico y el analista.

Necesarias y fecundas ambigüedades

La comunicación de Evelyne Schwaber inquieta al estudioso y práctico del análisis, estimula y es, también, angustiadamente veraz, comprometida y comprometedora. Responde a un modo de pensamiento analítico norteamericano y a la mentalidad norteamericana: concreta, pragmática, inmediatesta y apremiante, unida, en este caso, a una sensibilidad y mentalidad europeas. Esto no es pura conjetura, ya que se verificó que el lugar de nacimiento de la autora es Viena. Entonces, su método quizás incluya, por mixtura europea, el vacilar y volver sobre pasos ya dados, la reflexión no exenta de dudas, y también el acudir a puntos de vista diversos, eventualmente contradictorios.

A los fines analíticos, Evelyne Schwaber se recobra de la cortedad teórica en tramos de su ponencia y acude también, por suerte, a interrogantes promisorias, en donde se habla del misterio, de la paradoja, de lo indeterminable y de lo inefable. Estos “hallazgos” con los que ella chocó en el marco de la sesión de análisis, le hicieron ver en determinado momento que las palabras no alcanzaban, pudo asistir a la conversión de lo irreal en real, por el recubrimiento de este por aquel. La analista pudo así captar esa acción silenciosa de la muerte, que las trabajó –y trabó– a ambas, paciente y analista, libidinalmente.

Evelyne Schwaber, sostiene centralmente **LA** clave de su trabajo analítico con esta paciente en el “*self disclosure*” (**descubrimiento personal**) que ella llevó a cabo. Esta reseña no cuestiona este procedimiento técnico, primero porque la comunicación inconsciente de analista y paciente es preciso tenerla en cuenta siempre. Segundo, porque la analista ya no podía sostener el ortodoxo empaque de *un setting* neutral, disimulado, engañoso, en vista que el supuesto secreto a salvaguardar, la paciente lo

sabía y lo conocía, aunque no lo hubiera expresado ni pensado en eso.³ Tercero, porque era de suponer que el tal secreto era un secreto a voces que había tomado estado público, y corría por el vecindario analítico. Cuarto, porque también los resultados de su procedimiento fueron útiles para reincidir la marcha del análisis que se había atascado.

En cambio es cuestionable que el “*self disclosure*” analítico con su paciente, Evelyne Schwaber lo considere, hiperbólicamente, cifra y síntesis de su análisis. Y parece un exceso caracterizarlo como un paradigma actual para nuestro tiempo.

¿Una solución vienesa, entonces? No, quizás una solución más húngara que vienesa.

**Descriptor: SOLEDAD / INTERSUBJETIVIDAD / ENFERMEDAD /
PSICOANALISTA**

Referencias bibliográficas

AULAGNIER, P. La violencia de la interpretación. (1975) Amorrortu editores. Bs. As. 1997 (Cuarta reimpresión).

ARIÈS, Ph. El hombre ante la muerte. 1977. Taurus. Madrid. 1990.

BARANGER, M., BARANGER, W. La situación analítica como campo dinámico. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Montevideo, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 1961-62. Tomo 4, pte. 1: p. 3-54.

FREUD, S. La interpretación de los sueños. (1900) T IV. Obras Completas. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979.

GROSSKURTH, Ph. Melanie Klein. Su mundo y su obra. (1986) Testimonios. Paidós. Barcelona. 1990.

JUARROZ, R. Décimo cuarta poesía vertical. Fragmentos verticales. (1997) Emecé. Bs. As. 1998.

PESSOA, F. Obra completa. 1981. T I. Ediciones 29. Barcelona. 1990.

3. Cf. Bollas, Ch. La sombra del objeto. Psicoanálisis de lo sabido no pensado (1987). Amorrortu editores. Bs. As, 1991.

PROUST, M. La fugitiva, en En busca del tiempo perdido. Alianza Editorial. Madrid. 1996.

SAFRANSKI, R. Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo. 1994. Biografía. Tusquets Editores. 1997.

SCHUR, M. La mort dans la vie de Freud. 1972. Paris. nrf. Éditions Gallimard. 1975.

WINNICOTT, D. De la pédiatrie a la psychanalyse. 1935-1963. Payot, París, 1969.

Actuaciones: cuerpo y transcripciones en transferencia

Laura Veríssimo de Posadas^{1,2}

La sesión analítica ha sido pensada, desde Freud, sobre el modelo del sueño. Esa traspolación ha rendido, sin duda, muchos frutos pero, tal vez, la aseveración de que “la llave de la motilidad permanece cerrada” se ha convertido, sin que nos demos cuenta, en un obstáculo a la recepción de lo motor como elementos discursivos. Y esto a pesar de que la clínica freudiana es rica en ejemplos que Freud trabaja finamente, ya sea la acción sintomática de Dora con el monedero, o el hombrecito de pan, entre otros. Es cierto que también con Freud aprendemos que, en ocasiones, los actos mismos determinan una salida de la escena analítica, su desmantelamiento, como ocurre en su relación con Dora. “Yo sabía que ella no regresaría. Fue un inequívoco acto de venganza... (...). De tal modo actuó (*agieren*) un fragmento esencial de recuerdos y fantasías, en lugar de reproducirlo en la cura” (6).

En “Psicopatología de la vida cotidiana” (7), verdadero tratado sobre las acciones, Freud muestra una serie de ejemplos en los que la intención consciente de realizar determinada acción es interceptada y sustituida por otra que responde a otros “designios”, “oscuros propósitos” que no estaban destinados a su admisión consciente. Freud destaca el carácter simbólico de todas esas operaciones fallidas en las que el cuerpo tiene un luchar protagónico en la expresión de “ilaciones inconscientes de pensamientos”. Distingue a esas acciones de otras “casuales”, que para irrumpir no se apoyan en una intención consciente, sino que aparecen como pura acción, “automáticas”, dice Freud. En el capítulo que a ellas dedica me ha intrigado el hecho de que luego de descartar manifiestamente que sean “casuales” para reconocerlas como

-
1. Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Martí 3235. C.P. 11300. E-mail: lverissimo@uyweh.com.uy
 2. El presente trabajo recoge y discute algunos aportes recibidos con motivo de la discusión de una versión anterior presentada en A.P.U. en 1997 y sigue la línea de reflexión iniciada en dos trabajos anteriores (12), (13). La discusión consecutiva a ambos, me ha incitado tanto a continuar la reflexión sobre el actuar como a estar más atenta a las distintas modalidades de actuación de los pacientes.

“sintomáticas” insiste, sin embargo, en seguir denominándolas “casuales o sintomáticas”. Me he preguntado si no hay matices diferenciales en los distintos ejemplos de Freud, que el autor pasa por alto a fin de cumplir con el proyecto que subyace a su trabajo: demostrar que a las operaciones motrices y sus desaciertos se les puede aplicar la misma concepción que a los olvidos y equivocaciones al hablar y que todas ellas son producto del conflicto entre deseos y defensas.

Mi propósito es recorrer un camino que, creo, Freud deja abierto: en un momento que intenta una clasificación de las “acciones casuales y sintomáticas” (7, pág. 190) distingue las que aparecen habitualmente que “casi pueden servir para caracterizar a la persona en cuestión, lindan con los múltiples movimientos de tic y merecen ser considerados en el mismo contexto que estos últimos” de otras que surgen “bajo ciertas circunstancias”. Respecto a estas últimas reconoce que tras ellas se esconde un sentido al que se le “deniega otra expresión”, algo que el sujeto “no quiere decir directamente, y las más de las veces ni sabe decir” (ídem, pág. 191).

En ambos casos estamos ante mociones pulsionales que se imponen sin pasar por la palabra y el procesamiento preconiente, pero se trata de dos registros distintos: uno, el de acciones a las que la represión les “deniega” otra vía de expresión y otro del orden de lo indecible al que algunas remitirían, que se han hecho cuerpo al modo del tic. Freud finaliza ese apartado diciendo “Las interpretaciones, de estas pequeñas acciones casuales, así como sus pruebas, se obtienen en cada caso, con seguridad creciente, a partir de las circunstancias que rodean a la sesión del tema que en ellas se trata y de las ocurrencias que advienen cuando se orienta la atención hacia esa aparente casualidad” (7, pág. 191).

El propósito de este trabajo es tratar de ver de qué están hechos los gestos, las acciones –todo aquello que compromete el aparato locomotor– a que nos enfrenta el trabajo analítico con adultos. Tomo de Assoun (1) la propuesta de tratar de entender mejor, no la esencia del acto –que dejaríamos a los filósofos–, ni la función general de la locución misma –a cargo de los lingüistas– sino el proceso de la puesta en acto y la estructuración inconsciente que subyace.

Debo a los analistas de niños de nuestro medio y a los autores franceses que han trabajado sobre el “*agir*” en la adolescencia la ampliación en la comprensión del actuar y su revalorización. Todos ellos destacan el poder convocante del acto a la respuesta del

otro. Y como “no hay acción sin reacción”, diría que este trabajo es reacción a los actos y gestos de mis pacientes.

Decía que al comparar la escena analítica con la del sueño hemos traspulado con un carácter de imperativo que “la llave de la motilidad permanece cerrada”. Tal vez eso hace que sea poco frecuente que pongamos en común cuánta presencia tiene y cuánto entran en juego –en el trabajo con los adultos– el cuerpo, los actos, los gestos y no sólo del paciente sino también del analista.³ Intercambios de saludos, miradas, a veces regalos del paciente, aceptación de nuestra parte, torpezas motoras, un suspiro, una sonrisa o una inflexión de la voz, expresar pésame o asombro, o usar el humor, son parte de lo cotidiano tanto como pueden serlo las actuaciones que clásicamente se han agrupado en “ataques al encuadre”. Más aún, me parece que bajo esta expresión derogatoria se nos puede haber ido el niño con el agua de la bañera, en muchas ocasiones.

Pensarlo de este modo supone quitarle a las actuaciones el carácter peyorativo con que tantas veces se las connota así como no considerarlas, a priori, como resistencias – como ataques al trabajo analítico– sino como expresiones de un plus a la búsqueda de ser dicho. (Algo así como un personaje a la búsqueda del autor.) Esos actos o gestos que operan sobre el cuerpo y a través del cuerpo pueden así ser recibidos como algo en procura de engarzarse en conexiones de sentido.

Esta opción teórica determina consecuencias técnicas: nos pone en una actitud de disponibilidad representacional y afectiva a dar cabida en el espacio y tiempo de sesión, tanto a lo que el paciente dice como lo que hace. Decir y hacer, pensamiento y acción no son, entonces considerados como antinómicos sino como modos de comunicación y representación que se suceden, se revelan convergen o se contradicen. Al no desdeñar las acciones y los gestos como productos indeseables en el paciente adulto, sino como emergencias de esos bordes del discurso que sólo de ese modo pueden hacerse presentes, damos lugar a que algo singular, más cercano a las marcas de cada uno, pueda encontrar tanto su despliegue y sus transformaciones (en lo imaginario) como su

3. Una excepción, en nuestro medio, es el trabajo de Marta Cárdenas de Espasandín “El acting-out, un acontecimiento de la transferencia”, quien ofrece muy buenos ejemplos de su práctica con adultos, se interroga sobre sus propias respuestas a la vez, que se pregunta por la función del analista. A raíz de la presentación en APU, antes mencionada, tomé conocimiento del libro “Acto, acting-out y discurso Infantil” de Myrta Casas de Pereda y colaboradores, donde aparece dicho trabajo y una rica elaboración por parte de las autoras, así como nuevos caminos de investigación en relación a este tema.

límite (en lo simbólico), habilitándose nuevos cercamientos de lo real. O bien, en términos freudianos, digamos que buscaríamos acercarnos a aquello del analizando que, incorporado –hecho cuerpo– impacta a la mirada del analista con la fuerza de la imagen. Si el analista puede dar sentido a esos signos se producirían inscripciones y se promoverían transcripciones que al establecer renovadas conexiones de sentido, habilitarán procesos de sustitución que encontrarán en el encuadre y la función del analista la referencia simbólica habilitadora de la aceptación de la pérdida y de lo imposible. Porque tanto enriquecimiento como renuncia son requisitos del proceso de simbolización.

Desde el comienzo es una angustia o una pregunta lo que hace al paciente venir a decirse ante el analista. Actuación primera que funda un proyecto en el que la palabra no basta, el “verbo se hace carne” es decir, transferencia.

La postura teórica que vengo sosteniendo nos lleva, también, a preguntarnos por nuestra participación en esas producciones sostenidas por la transferencia. Participación que silenciamos, tal vez por pudor, o por la tensión que suscitan esos momentos de encuentro dual con el paciente, tan necesarios como riesgosos. Digo dual porque si bien la palabra –lo triádico– como disponibilidad está presente en esos momentos se diluye a favor de complicidades narcisistas.

Nos lleva, también, a estar atentos a la fuerza de acto de nuestras propias palabras. Ya Ferenczi (5) mostraba el potencial figurativo que algunas palabras poseen. Además, según el momento transferencial o las características del paciente, las palabras son escuchadas como vehiculizando acciones: de seducción, invasión o contención, por ejemplo. Y por último, pero no menos importante, también nosotros decimos y hacemos siempre en un más o en un menos de lo que podemos darnos cuenta.

En todos mis últimos trabajos –y tal vez desde los primeros– me acosa y he estado tratando de cercar ese lugar de los actos –tanto del paciente como del analista– a la búsqueda de aproximarme a esos bordes del discurso. Digo “borde” para ubicarlo como lenguaje, aunque no palabra; porque estaría en el borde de lo representable en tanto algo busca allí representarse y convoca al otro para ello, mostrándose gracias a la tendencia del inconsciente a la exteriorización. Los he pensado como productos del lado mudo, cristalizado, oscuro, resto de toda experiencia significativa, su lado traumático, el más resistente del trabajo analítico. Los vinculo con marcas a las que no se ha podido dar

sentido, que “mueven” pero no han podido ser retranscriptas (según el modelo de la carta 52). Y donde el cuerpo se constituye en el primer operador de transcripción, pero en tanto haya otro que mire, que ofrezca representaciones y sentidos que, así, entran en circuito de simbolización. Así entiendo a Myrta C. de Pereda cuando dice que se trata del “cuerpo en busca de significación” (2).

Algo me interpela, como analista, en mi práctica cotidiana, por ese lazo fundante, estructurante, que el psicoanálisis establece entre inconsciente y relación con el otro. Ya en el modelo de la acción específica dentro-fuera, sujeto-objeto quedan relativizados y complejizados, acción y pasión en interjuego. Allí, por el desamparo, el otro entra en la escena del inconsciente “otro maternal que va a mediar, a inscribirse, en ese tiempo de tensión entre la necesidad y la acción” (1).

Es desde ese modelo que voy a trabajar del modo cómo un acto de un paciente fue usado para ser incluido en la trama transferencial.

Se trata de un paciente hombre, depresivo, en quien la dependencia y vivencias de ser rechazado y de no tener lugar aparecen, insistentemente, en primer plano. Algo desarmado en sus movimientos, al caminar, dice de las fallas del investimento materno así como de su no poder sostenerse solo. De la madre sólo recuerda palizas, control; tiene la convicción de no haber sido querido, como sí lo fueron sus hermanos y no puede recordar un sólo episodio de intercambio afectuoso con ella.

En cuatro años de trabajo con él parece ausente, de su mundo representacional, el interjuego de impulsos y prohibiciones respecto a objetos amorosos y rivales. Sus dilemas parecen contextuarse siempre en situaciones donde lo que se juega es el reconocimiento. Como si no tuviera un lugar y sólo pudiera reivindicar por ello, quejarse y provocar situaciones a través de las que sí se siente siendo alguien pero, por la negativa, “chivo expiatorio”, “salvador crucificado” dando, así, satisfacción a metas pasivas masoquistas. Todo lo activo, viril parece desde siempre jaqueado por este destino de volver hacia él transformado en descalificación o “paliza”.

En la transferencia oscila entre la queja resistente –que por momentos me fastidia– y la exigencia de ser ayudado. Tanto ha intentado pasivizarme en un sentimiento de impotencia, como me ha provocado a que le de respuestas que lo alivien de la carga que siente que lleva.

La resistencia a interpretaciones transferenciales –que en ocasiones yo misma he sentido forzadas– es radical. Soy una analista, lo que en él equivale a un ser abstracto, sin sexo. No quiere –ni puede– pensarme como persona y menos como mujer. Reiteradamente tengo la impresión de que lo que hemos trabajado juntos se pierde, no hace marca, no hace trama.

Sin embargo tras todo eso y su aparente pobreza libidinal algo se venía gestando y me sorprende. Al terminar la última sesión de la semana (quinto año de análisis) el paciente se acerca a mi escritorio, mete la cabeza en un ramito de jazmines, huele, me mira, se ríe. Al comienzo de la sesión siguiente vuelve a reírse ante su ocurrencia de que en mi casa “a todos se les obliga a rasquetear o a rasquetearse” (ha visto una persona trabajando en una puerta). Al señalarle que se ríe como la sesión anterior cuando olió las flores, hago entrar en escena el gesto que él querría reivindicar como casual o inmotivado. Algo de mi contratransferencia (tal vez mi deseo de un analizando-hijo-activo-viril) me llevan a no dejar pasar la oportunidad y a hacerla producir. A su vez, la risa, como hilo conductor, me da pie para ello.

“Este... se me ocurre...como que sos casi humana... que sos capaz de poner una flor encima del escritorio, que son cosas que aterrizan...”

Interpreto dándole un sentido sexual al *acting*, enganchándolo con impulsos hacia mí, con lo que, a la vez, desarticulo sus intentos de control habituales que le llevan a pensarme como “alguien”, impersonal, abstracto, sin sexo. La interpretación opera como disparadora de una sucesión de producciones: Recuerda un sueño que consideraba olvidado: “Soñé que empezaba a pintar un cuadro. Yo le pedía una cartulina a alguien, alguien me ofrecía ‘toma de las mías’. Y me daba una hoja grande de color verde. Me pregunta ‘¿Querés otra?’ ‘Sí’ Y las engomé de modo que queda una superficie grande para pintar. Y recuerdo que me froté las manos...como qué rico, como aprontarse...”

Tanto el sueño como sus palabras tan especialmente impregnadas (rasquetear, engomar, frotar, aprontarse) traen a primer plano el cuerpo erógeno y sus fantasías de las que había intentado huir merced al olvido, por acción de la represión.

A los efectos de lo que aquí me interesa, la importancia de esta sesión radica en lo que, *après-coup*, nos permite ¿inferir?, ¿construir? de la anterior, de esa secuencia de

gestos de Jerónimo, que parecen haber oficiado como resto diurno del sueño que, después de la interpretación, podrá recordar.

Esa aparición fugaz del acto la pienso, ahora, como un momento en que, en la trama transferencial algo inesperado irrumpe: secuencia de movimientos que ponen en juego al cuerpo y sus órganos sensoriales (olfato, mirada) y en el que sin la mediación de la palabra, en un intercambio cié miradas, el paciente ausculta en la analista una respuesta, un sentido a su acción. Momento dual en que algo originario se reedita y en que su acto provoca un mío: la participación de un elemento gestual de mi parte pude pensarla mucho después. A raíz de la presentación de un trabajo de Laks-Eizirik, en APU (10), recordé, de pronto (¿o pude decírmelo?), que yo había sonreído cuando nuestras miradas se encontraron.

Coreo-grafía (8) a través de la cual se operarían desbloques y nuevas transcripciones: de aquel cuerpo mal articulado, que impactaba mi mirada con su andar desarmado, a este cuerpo en acción que provoca mi mirada cómplice y mi sonrisa con las que algo le digo, sin saberlo en el momento y sin palabras, de su cuerpo y sus impulsos eróticos.

Su actuación tiene lugar al terminar la última sesión de la semana. A la vez que muestra algo de sí parece querer sustraerlo del trabajo de análisis, con lo que yo podría haber quedado seducida y castrada en mi deseo de analizar. Al señalarle, en la sesión siguiente, su risa y ligarla con la anterior hago entrar en escena y en proceso no solo su *acting* sino también el mío. Pero sobre todo lo llevo allí de donde él quiere sustraerse como sujeto del Inconciente. Porque respecto a sus síntomas (de los que se queja), a sus recuerdos (reconocidos como propios), a sus sueños el analizando se reconoce implicado y pide saber de ellos. Lo que caracteriza al *acting*, por el contrario, es que allí el sujeto no sólo no sabe lo que dice, ni siquiera sabe que con eso está diciendo algo, “el *acting-out* habla pero lo hace tan bien en impersonal que el sujeto desconoce habitualmente que eso tenga sentido” (11, pág. 98). Es ese lugar del sujeto lo que hace que esta producción del inconciente no pueda considerarse equivalente a aquellas.

En este caso el *acting* parece constituir el acto inaugural que las posibilita. Tal vez necesitó decirse de ese modo –provocador de respuesta– para que el circuito de repetición mortífera dejara paso al circuito de la repetición libidinal, restaurando el principio del placer, la productividad de las formaciones de compromiso y el cambio en

la posición subjetiva, ya que en ellas sí se reconoce. Cambio que es resultado de todo un proceso: la mirada y la sonrisa cómplices como respuestas que me “roba” y la interpretación que sólo podrá venir *après-coup*. Coincidimos con Colette Soler en que “el *acting* es interpretable pero no se debe interpretar porque su interpretación no es recibida por el analizante. Sin embargo el analista tiene que responderle porque mientras el analizante está *en acting-out*, no está en posición analizante” (11, pág. 99).

Durante la sesión, cuyo epílogo es el *acting*, el paciente ha hablado de sueños que no recuerda, de los que solo puede decir que trataban de robos ¿Olvido de sueños por acción de la represión o “sueño indisponible” en el sentido de Winnicott? (14). “Cuando los sueños se han vuelto indisponibles se puede sentir la necesidad de recapturarlos actuando impulsivamente” Según Laurent, citado por Gaugain (9) Winnicott introduce ese término para distanciarse de la relación olvido-represión y dar cuenta, así, de un material de otro orden. Lo interesante es que Winnicott relaciona esos sueños “indisponibles” con actos impulsivos. Desde mi punto de vista la posibilidad del paciente de retener, al menos, la idea de “robo” sugiere un proceso en curso, un trámite que pide ser llevado a su conclusión cabal. Ese es el sentido fuerte de la partícula “*out*” en la expresión inglesa “*to act out*”. Desde esta perspectiva su *acting* sería el modo de “*to act out*”, de llevar a su total exteriorización, aquello de lo que, en el momento, no dispone, “ni sabe decir” porque está “*out*”, fuera de la esfera de sus recuerdos, “fuera de la esfera de lo que se dice” (11, pág. 95). Pero que puede “entrar en conversación” interpretación mediante a diferencia de aquello que, encarnado en su “andar desarmado” no es interpretable no entra en conversación, lo que no impide que haya sido afectado, modificado, por los años de trabajo analítico.

D. Chauvelot (4) considera que el *acting-out*, en el análisis está atado del mismo nudo que la transferencia, de la que no es más que un aspecto. Sigue a Lacan en la propuesta de que la transferencia sin análisis –por ausencia o desfallecimiento del analista– da lugar al *acting-out* que así “festonea el borde de la situación analítica” (ídem, pág. 111). Añade que no es un síntoma del analizando o del analista sino un signo de la conducción de la cura y que, significando lo que allí ocurre, “dice la verdad”. En nuestro caso se trata de una mostración dirigida al analista, un juego, una puesta en escena de mociones pulsionales que no han podido circular en la esfera de los recuerdos y las palabras y necesitan tomar el camino del *agieren*: la elaboración preconiente vinculada al conflicto entre sus deseos de acercamiento a la mujer y la

prohibición –en tanto implican “robar” la mujer del padre– parece sortearse. Es, justamente, esta ausencia de procesamiento preconciente y el enajenamiento del sujeto con respecto a su acto lo que caracteriza esta producción del inconciente. Esas características han llevado a algunos autores a cuestionar los mecanismos de defensa en juego. Entiendo que no se refieren a los mecanismos de defensa que sostienen la estructura psicopatológica del paciente, sino a los que se ponen en juego en el proceso de la puesta en acto y que hacen a la peculiaridad de este producto.

Gaugain (9), a cuya exhaustiva revisión remito, sostiene que para la mayoría de los autores el *acting* no está ligado a la represión sino que se vincula con un agujero en la cadena significante, lo “sustraído” de Lacan, lo “indisponible” de Winnicott. Chauvelot (4), por su parte, señala que se trata de otra escena que la del sueño, o la de lo dicho en el terreno de la transferencia, porque el discurso ha devenido otro y es, justamente ese cambio, lo que produce el pasaje de la transferencia al *acting*. No se trataría, entonces, de producciones que podamos pensar con el modelo de la represión. Serían otros los mecanismos en juego, según esta autora, un “inaprensible” lugar entre la *Verwerfung* (repudio) y la *Verneinung* (negación). Para Chauvelot “un elemento simbólico rechazado a nivel del lenguaje aparece transitoriamente en lo real en forma de comportamiento inquietante, escénico”. Luego de cumplido ese rol transitorio deja la escena de lo real “donde ha trepado por necesidad” (por la sordera del analista) y se reintegra a su campo propio, el de lo simbólico. Es ese retorno lo que habrá de promover el analista recuperando su rol de interpretante.

Jerónimo, entonces, ¿habrá estado diciéndome de sus deseos y yo no he podido escucharlo? ¿Lo he desconocido pasivizándolo rechazantemente igual que la madre? Si es así, sería, en respuesta a ese desfallecimiento del analista en su posición de interpretante que el paciente necesita poner en acto lo que ya no puede decir. En relación al “*fading*” del analista Chauvelot sostiene que da cuenta de que “al deslizarse de tiempo en tiempo de su sillón, el analista testimonia que es, él también, efecto de lenguaje”. Y concluye diciendo: “Que la frontera del campo analítico esté festoneada de mostraciones a interpretar, que lo real venga, ni prohibido, ni obligado a hacer marca sobre el sentido, deja al analista la libertad de no ser un robot de escucha, y al analizando la (libertad) de, de tiempo en tiempo, inaugurar” (4, pág. 125/6).

Ese momento de confrontación imaginaria y luego su interpretación llevan al paciente a “pivotar” a otra escena, la del deseo y la prohibición; el cuerpo erógeno

puede hacerse sueño y relato. Sitúo entre ambos momentos el valor de esa secuencia, se necesitan recíprocamente en su triple interjuego entre lo real, lo imaginario y lo simbólico: la actuación como “un real transitorio, un real de teatro” (4, pág. 119), articulado con lo simbólico –en tanto los gestos están codificados en cada cultura– necesita del encuentro especular. Pero éste, con su riesgo de captura que podría prolongarlo hasta el infinito, necesitará su límite en la misma palabra que lo nombra, palabra que no es mera nominación sino función de mediación, relato, fuerza que relanza, donde los objetos sustitutos (la sonrisa, por ejemplo) son respuestas metonímicas que impulsan nuevos movimientos y aperturas. Por qué si vengo aquí a saber de mí quiero saber de ti?” se preguntará el paciente en otro momento, apertura que señala la falta, haciéndose pregunta.

Se producen nuevas ligazones, nuevas articulaciones entre lo real, lo simbólico y lo imaginario: de la mirada rechazante de la madre, siempre paranoidamente recordada, a la aquiescencia –que tal vez leyó en mi mirada (“le pedía a alguien” y “alguien me decía: toma de las mías”). Ahora puede poner sus deseos en escena onírica y transferencial, porque lo simbólico hace marca. Subjetivación del deseo hecha posible por su anclaje en la “realización del deseo” de reconocimiento, investimento narcisista necesario a la reinstauración de la capacidad fantasmática.

Considero que es la puesta en acto de la transferencia por parte del analista –sus deseos sexuales inconcientes– lo que hace de esos momentos en que algo ocurre, de forma azarosa en gran medida, un hito significativo, deseable en todo análisis.

Cuánto de los efectos –siempre inciertos– debemos a estos hitos y cuánto al engorroso proceso de su entramado, es algo también incierto. Lo que sí es seguro es que sólo a través de ambos algo nuevo podrá producirse.

Resumen

El trabajo destaca el lugar otorgado a las acciones en la enseñanza freudiana. Se propone que la comparación de la escena analítica con la del sueño habría operado como obstáculo a la recepción de lo motor como elementos discursivos en el trabajo con adultos.

Se retoma la distinción entre acciones a las que subyace un sentido oculto cuya expresión la represión deniega, de otras vinculadas a marcas hechas cuerpo que no han accedido al registro de la fantasía y lo decible.

Se las considera en ambos casos como mociones que se imponen sin pasar por el procesamiento preconciente, destacándose el valor de comunicación de algo que no puede ser dicho más que de ese modo.

A través de ellos se busca desentrañar el proceso de la puesta en acto y los mecanismos en juego.

Una breve viñeta ilustra el modo como un acto del paciente es tomado para ser incluido en la trama transferencial, revelando el análisis del material, la participación del analista en estas producciones.

Summary

This paper underlines the importance of acts in Freud's teachings. It sustains that the comparison of the analytic scene with that of the dream would operate, in adult treatment, as an obstacle to the reception of the motor activity and gestures as discursive elements.

It also engages into the difference between actions with an underlying hidden sense, whose expression is stifled by repression from other actions referred to marks that have not reached the level of fantasy and of what is speakable. In both cases they are considered as motions that appeared without passing through preconscious process, underlining the communication as value of something that cannot be said otherwise. The purpose of this paper is to unravel the process at stake in the enactment and its defense mechanisms.

A brief vignette illustrates the way in which a patient act is included in transference experience, showing the analyst's participation in these productions.

**Descriptorios: ACTO / ACTUACIÓN / CUERPO / INTERPRETACIÓN /
MATERIAL CLÍNICO**

Bibliografía

- (1) ASSOUM, P.L: “De l’acte chez Freud” Nouvelle Revue de Psychanalyse. N° 31, 1985.
- (2) CASAS DE PEREDA, Myrta: Confrontaciones. Acerca del gesto y la palabra. RUP N° 65, 1987.
- (3) CASAS DE PEREDA, Myrta (coordinadora), Martha Cárdenas de Espasandín, Cristina López de Cayaffa, Ma. Cristina Martínez de Bagattini, Aída Miraldi, Clara Uriarte de Pantazoglu: Acto, acting-out y discurso infantil. EPPAL, Montevideo, Uruguay, 1992.
- (4) CHAUVELOT, D: “L’acting-out, réalisation d’une reponse, production de l’inconscient”. En lettres de l’école. N° 19.
- (5) FERENCZI, S: “Les mots obscènes”. En Œuvres Completes, vol 1 Paris, Payot, 1990-1994.
- (6) FREUD, S: Fragmento de análisis de un caso de histeria. Dora. A.E. Tomo VII.
- (7) FREUD, S: Psicopatología de la vida cotidiana. A.E. Tomo VI.
- (8) GARCÍA, J: “Coreografía. Inscripciones arcaicas”. IX Jornadas de Psicoanálisis de APU.
- (9) GAUGAIN, M: “El acting-out, el pasaje al acto y la transferencia analítica”. En Los límites de la transferencia. Nueva Visión. Buenos Aires.
- (10) LAOS-EIZIRIK. C: “Entre la escucha y la interpretación, un estudio evolutivo de la neutralidad psicoanalítica”. Presentado en APU en junio 1995.
- (11) SOLER, C: Finales de análisis. Ed. Manantial.
- (12) VERÍSSIMO DE POSADAS, L: La emergencia de la interpretación en la situación analítica. Inédito.
- (13) VERÍSSIMO DE POSADAS, L: La temporalidad en la práctica analítica. IX Jornadas de Psicoanálisis de APU.
- (14). WINNICOTT, D: Clínica psicoanalítica infantil. Buenos Aires. Hormé, 1980.

Transferencia y maldición babilónica⁴

Juan Carlos Capo⁵

“El Génesis recupera, y de manera muy explícita, el tema lingüístico en 11, 1 y ss. Después del Diluvio, ‘toda la tierra tenía un solo lenguaje y unas mismas palabras’, pero la soberbia llevó a los hombres a querer competir con el Señor construyendo una torre que llegara hasta el cielo. El Señor, fiara castigar su orgullo e impedir la construcción de la torre, decide: ‘¡Ea!, pues, bajemos y una vez allí confundamos su habla, de modo que unos no comprendan el lenguaje de los otros... Por esto se la llamó con el nombre de Babel, porque allí confundió Yahvé el habla (...), y de allí los dispersó Yahvé sobre la superficie de toda la tierra... (...) ‘Si las lenguas ya se habían diferenciado después de Noé, ¿por qué no habrían podido diferenciarse incluso antes? Nos encontramos aquí ante una incoherencia en el mito babilónico. Si las lenguas no se diferenciaron por castigo sino por tendencia natural, ¿por qué hay que interpretar la confusión como una desgracia?’”

Umberto Eco (La búsqueda de la lengua perfecta) (6)

I) Introducción

La palabra alemana *Übertragung* (Transferencia), se abre a significados múltiples: transmisión, transposición, contagio, infección, transcripción, versión, cesión, endoso, delegación, traslado y transporte.

En el principio del análisis fue el mesmerismo, y luego la hipnosis, visión “cientificista” y científica, del neurólogo francés Jean Martín Charcot. Freud tuvo acceso al “hecho nuevo” en la Salpêtrière, en 1885. Las enfermas histéricas que Charcot

4. Trabajo presentado y discutido en agosto c1996. Agradezco a María Bordaberry la traducción del resumen al Inglés, y a María Claudia García por su paciente colaboración en las referencias bibliográficas. Los puntos de vista conceptuales se mantienen. Se han reescrito algunos párrafos con vistas a su publicación.

5. Miembro Titular de APU. Feo. Soca 1395/901.C.P. 11300.
E-mail: juanccapo@netgate.com.uy

llamó clownescas, contorsionistas, aletargadas, hicieron posible el nacimiento de una simiente que se alojó en la cabeza de Freud.

En el discernimiento del análisis psíquico, que Freud empezó a avizorar, mucho tuvieron que ver, pues, las pacientes histéricas de Viena y de la Salpêtrière.

Freud estaba, por otra parte, ya “en transferencia”, contaminado por el relato que le hiciera Josef Breuer, mentor y amigo, sobre una paciente singular.

Berta Pappenheim, más conocida *como Anna O.* (7), hizo saber a Breuer de una suerte de terapia “*sui generis*” que ella acuñara, catarsis aristotélica que llamó “limpieza de chimenea” y, también, “cura por la palabra”.

Anna O. fue, “la mujer que inventó literalmente el psicoanálisis, invención hecha en ingles, en una joven que olvidó el alemán, y hablaba en varias lenguas extranjeras” (24).

Freud también viajó a Nancy y habló con Bernheim. Bernheim le reveló que en el corazón de la hipnosis yacía la sugestión. Y también le confesó su impotencia con determinados pacientes, a los que llegó al extremo de rogarles, decepcionado, “¿Qué hace usted, pues? Vous vous contrasuggestionnez!” (“¿Usted se contrasuggestionna!”).

Freud recordó años más tarde, que se esbozó en su mente, ya en aquel entonces, plantearse el problema así: “Si Cristóbal llevaba a Cristo y Cristo llevaba al mundo entero, ¿en dónde apoyaba el pie Cristóbal?” (12).

2) Un poco de historia

En el itinerario de esta búsqueda se halla el encuentro de Freud con lo que él llamó, en aquel tiempo temprano, “transferencias”, y se asistió en las primeras publicaciones a un brotar y rebrotar de “transferencias”, que no es todavía la noción más compleja, que él conceptualizó luego como la “Transferencia”.

En los orígenes se encuentra la “transferencia neuronal”, que Freud cita en el “Proyecto”, o la “transferencia simétrica” de una mitad del cuerpo a otra, en el trabajo sobre las parálisis motrices orgánicas e histéricas.

Sigue en “*Die Traumdeutung*”, cuando Freud cita las experiencias infantiles más antiguas de una soñante, de esas que no tenemos ya más como tales, y dice que son reemplazadas en el análisis por “transferencias y sueños” (9).

En “Estudios sobre la histeria” se hallan estas palabras reveladoras: la relación personal del paciente con el médico se adelanta hasta el primer plano de manera abusiva (el subrayado no está en el texto de Freud), y aún parece que esa ingerencia fuera condición insoslayable para abordar el problema (7).

Freud colocaba de este modo los cimientos esenciales de la Transferencia, fundamento axiomático del método, palanca terapéutica de su teoría e instrumento conceptual, explorador y verificable a diario en la práctica analítica (ref. 9 a 17).

La transferencia es anfibia en su esencia, móvil en su configuración, hecha de amor y odio, y también de resistencia a saber de sí. Las palabras no alcanzan a cubrir la complejidad real de las pasiones amatorias, recelosas de la economía libidinal narcisista y de la respuesta agresiva con la que el paciente se resiste, ni tampoco recubren la complejidad de las pasiones del odio, con la necesaria inclusión en éste, de la indiferencia y el desprecio. Vale lo mismo para el amor, porque detrás de su máscara puede ocultarse el hechizo, la fascinación, y la locura persecutoria. Pero hay que decirlo: es de esa noción anfibológica, tanto para el amor como para el odio, de ese amor y de ese odio, entrelazadamente ceñidos, que se forma el núcleo de la transferencia.

También se puede encontrar transferencia en el mundo de la familia o en la vida social, en la adhesión (o repulsa) que despiertan ídolos deportivos, políticos o religiosos. También en esos ámbitos se muestra la transferencia, con las correspondientes manifestaciones de sugestión e identificación, y por último, pero no menos importante, en las comunidades analíticas, con inextricables redes y zonas de cruce. Ni se puede omitir la referencia a la medicina, y/o a la psiquiatría, en donde la transferencia se presenta, muchas veces, en forma distorsionada, silvestre, y la transferencia despunta en forma de remedo vicario no menos eficaz: sea como sugestión terapéutica, sea como dependencia idealizada, o como temor a la consulta, y al abandono de un tratamiento. Subyace a la identificación el lazo afectivo y quedan enlazadas ambas con el sello real de un componente transferencial (12).

Los requerimientos o demandas de las primeras pacientes de Freud, –incluida la acepción de exigencia y querella que la palabra “demanda” arrastra– tenían que ver con el Amor, con la dependencia, con el sentirse relegadas, y con el temor a que afloraran en ellas deseos hacia la persona del analista.

Digresión sobre el amor

Según el mito griego, Amor tiene origen humilde, Pobreza fue su madre, pero Amor se enriquece con las artimañas de Recurso, su padre. (Se parafrasea aquí el relato que Diótima hiciera a Sócrates en el Banquete.) (23)

El requerimiento erótico de una paciente era una acción resultante de una perspectiva errónea, de un enlace falaz, que tenía y no tenía que ver con el médico, pero la tela era la misma de la relación amorosa, como Freud comprobara en su práctica y teorizara a propósito de ello en “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (15). De falso enlace también, de compulsión a asociar o “*mésalliance*”, denominó Freud a esta asociación desacertada, centrada en la vida y persona del médico como *resto*. Y esta errónea asociación iba a demostrar enseguida su alcance. De ahí la referencia al mito relatado por Diótima. En uso de licencia expositiva puedo decir que Eros, ciego y pobre, llama a la puerta del consultorio, junto con el (la) paciente. Se alinean Eros y transferencia, una compañía obligada que al tratar de transferencia no se puede omitir.

3) La transferencia del amor

Freud, pues, iba a teorizar la transferencia analítica en el enclave de “la vida amorosa”. En la hoguera transferencial, el amor se hace presente apareado al odio. El amor es vehículo también del odio, noción de “ambivalencia”, concerniente a los sentimientos, que Freud tomó del psiquiatra suizo Eugen Bleuler, pero también de Platón (10). (En el historial de Ernst Lanzer conocido como “el hombre de las Ratas”, Freud trae la siguiente cita de Platón: Alcibíades: “Sí, a menudo tengo el deseo de no verlo más entre los vivos, y sin embargo, si ese deseo se realizara alguna vez, yo sé que me volvería mucho más desdichado aún: tan inerme, tan totalmente inerme estoy frente a él”) (10, 23).

En “Dora”, las transferencias duplican y multiplican con su par amor-odio el laberinto transferencial del cual Freud no pudo escapar, ya fuera debido a la contratransferencia, como sostiene Luisa de Urtubey (26), ya a una vislumbre tardía de la transferencia a secas. De estas vertientes brotaron los elementos que Dora esparció a lo largo de su análisis, pero que Freud no supo ver en su momento: el incendio, el

alhajero, la contemplación por Dora de la Madonna, la estación del tren, el cementerio, y los síntomas de tos y afonía.

La transferencia no fue examinada en el curso del breve tratamiento, dice Freud en las palabras preliminares del caso, y en el epílogo abunda sobre el no haber podido detectar mociones transferenciales, tanto eróticas, como hostiles, de Dora hacia él. Pero el personaje x, objeto sustentador del fantasma y del deseo oral de Dora era la señora K, con la “blancura *adorable* de la piel”, según las palabras de Dora, fantasma y deseo que Freud discernió tardíamente, cuando ya la joven había decidido dejar el tratamiento (25). Ese error demostró ser fecundo, para afrontar el enigma de aquella adolescente en su singular universalidad de mujer (13).

La transferencia con un hombre mostró ser distinta. El trabajo analítico, le dirá Freud, al “hombre de las Ratas”, en el comienzo del tratamiento, debía cumplirse, presentificando la ausencia: el padre muerto que retorna, la enfermedad neurótica ejerciendo efectos desde la infancia, los deseos infantiles reanimados, los pensamientos inconcientes de los que no se sabe mucho todavía, la apariencia inextinguible de los síntomas (12). Dicho historial importa porque ilustra cómo manejó Freud, de otro modo, la técnica analítica y la transferencia. Se podrá argüir que mucha agua corrió bajo los puentes desde entonces, pero el sostén transferencial, que tan útil le fuera a Freud en el tratamiento del joven universitario, contaba con “transferencias” y con la transferencia. Freud no trabajó, forzosa y forzosamente, al pie de ella. Aunque las diatribas del joven paciente eran crueles, groseras, incluso repulsivas, para con Freud, para con la madre de Freud, y para con su hija Matilde, Freud supo tomar distancia ante ese “grumus merdae”. Ese distanciamiento profesional se podría equiparar a la expectación de la que se muñe quien debe desarmar un juego de cajas chinas, o al talante de un cirujano, imperturbable y frío, que se inclina sobre su material y porfía en su trabajo, hasta llegar, a la manera de los movimientos del caballo en el juego de ajedrez, al núcleo patógeno, a los puntos nodales de contenidos y resistencia (7). Y esto fue lo que Freud hizo.

Más tarde, en “Sobre la dinámica de la transferencia” (11), Freud se refirió a la distinción de transferencia positiva y negativa, estado de cosas que hacía tener muy en cuenta a la transferencia como bastión de resistencia dentro de la cura. La operatividad de la misma estaría mediada por una transferencia negativa o una positiva de mociones eróticas reprimidas. De allí deriva el aprovechamiento, no exento de riesgos, de la transferencia positiva, ya que acechan en la misma desvíos eróticos, que pueden

tornarse en amor de transferencia y aún en pasión de transferencia, según feliz expresión de Piera Aulagnier. Desde allí a la transferencia hostil, incluso paranoica, no había sino un paso. Pero también de la transferencia negativa es posible extraer frutos. De ambos signos transferenciales es ocioso resaltar su utilidad, como también de las señales de angustia, indicadoras de la proximidad al núcleo de recuerdos, experiencias, ilaciones de pensamiento, que Freud señala en el capítulo de “Psicoterapia”, en “Estudios sobre la histeria” (7).

4) ¿Una biografía bibliográfica?

Sigmund Freud, Melanie Klein, Jacques Lacan, Donald W. Winnicott, Christopher Bollas (en menor medida Wilfred R. Bion), son los autores, que más han influido al autor de esta exposición.

Parece bastante claro que se corre el riesgo de incurrir en una enumeración taxativa, sospechosa de “tolerancia niveladora frente a cualquier saber” (definición de sincretismo que da Umberto Eco) (6).

No se podrá prescindir en estas líneas, como se verá, del contexto histórico cultural de una sociedad y de un grupo analítico: el grupo uruguayo, con sus afluentes regionales y universales.

Uno de los perjuicios de esta diversidad de lenguas es que se pueda privilegiar el objetivo de una *summa* imposible. Nietzsche, cuando producía, decía que no quería leer nada, para que las voces de los otros no fueran a interferir su propia voz. Freud sostuvo algo parecido, respecto a la lectura de Nietzsche, precisamente, y también respecto a Schopenhauer. El resultado fue que no pudo escapar a la influencia de ambos.

El relato de un trayecto biográfico en relación al psicoanálisis está hecho del saldo que arroja el análisis personal y de la experiencia propia del analista con su bagaje personal de vida y de formación teórica y clínica. La experiencia teórica, tópico criticado con frecuencia, procede del estudio de los textos y es de otro orden que la del contacto con la realidad de los pacientes, pero es experiencia vivida también. Los puentes entre una orilla y la otra, la teoría, la vida, son innumerables y se marcha por ellos a diario, siempre. Este menosprecio a la reflexión, y al trabajo teórico con los textos, está extendido y entiendo que implica desvíos y riesgos.

En suma, la experiencia teórica y clínica de un oficio, es siempre recomenzante, como ha sido dicho. (Aunque la expresión “recomenzantes” les cabe a los analistas, quizás importe recordar que esa denominación es de Husserl, que la aplicó a la fenomenología y a los fenomenólogos).

En esta recorrida “sui generis”, el lenguaje plantea problemas técnicos insoslayables. El lenguaje por ejemplo, que importa tanto para la técnica. Además, el lenguaje tiene también una condición anfibia y aloja siempre “opiniones encontradas”, que no son puntos de encuentro, sino de debate apasionado, las más de las veces.

Retomo el hilo del itinerario “biográfico-bibliográfico”.

Los motivos, las afinidades personales, las consecuencias de determinadas elecciones no son siempre transparentes. El bagaje personal de quien esto escribe lo llevó a estos autores y a su vez estos autores incidieron en su bagaje personal. El bagaje incluye: mociones pulsionales, deseos e ideales (sociales, culturales, políticos), lazos familiares, puntos ciegos, más los aportes de la literatura y la poesía, el cine, la música, la filosofía; y cuando el autor era joven, la medicina social, y ya de adulto, la psiquiatría (rasgo identificador que nunca dejó caer), más la huella indespegable de la lengua materna.

Freud encabeza la lista reseñada más arriba, pero por un pelo no fue Melanie Klein, por la impronta que tuvo su enseñanza en los fundadores del grupo rioplatense: Willy y Madeleine Baranger, pioneros y fundadores, que procedían de Francia, y de la filosofía, se radicaron en Buenos Aires, y tendieron lazos entrañables con Montevideo, y tuvieron incidencia capital en la fundación del grupo analítico uruguayo.

En el trayecto le toca ahora a Octave Mannoni que caracterizó la relación de Freud con Fliess como “Análisis original” (22). Esa relación no fue solamente epistolar, transcurrió en un periodo de considerable duración: 1887-1904, y es destacable que a estos encuentros Freud los llamara “Congresos”, y le manifestara a Fliess, que en ellos, él era su único público.

Ernst Jones, Peter Gay, en sendas biografías, y Didier Anzieu, en libro homónimo, dieron en cambio a esa relación, el nombre de “Autoanálisis”, palabra del idioma castellano que se las trae, al proponer “autoanálisis” como versión del original alemán “*Selbstanalyse*”. Resulta realmente problemático que se traduzca “*selbstanalyse*” como “autoanálisis”. “Autoanalizarse” queda presentado así como acción que emerge de un sujeto agente de discernimiento, dueño de su intención y voluntad, y que puede

reflexionar con libertad y claridad y se puede adueñar de un conocimiento de sí o de una acción que proceda de un yo conciente. Se emparenta esa acción de este modo, ya a una especulación filosófica, ya a una introspección psicológica, pero no al análisis. Freud descartó que el “selbstanalyse” fuera posible hacerlo desde la propia persona.

Aquel aforismo freudiano de que siempre necesitó un amigo a quien amar, y un enemigo a quien odiar, reflexión hecha a raíz de las desavenencias y trifulcas con su sobrino John, es convergente con la importancia de la relación de alteridad, alienación, enajenación, que subyace en todo ser humano y que fueron constantes en Freud. Ellas testimonian de la raíz de discordia, que se repitió luego en forma recurrente y sucesiva con Wilhelm Fliess, Carl G. Jung, y años más tarde con Sandor Ferenczi, en una amistad que se prolongó por más de veinte años, en términos tan agradables como tormentosos (8, 17).

“Triunfé allí donde el paranoico fracasa” –sentenció Freud, en frase dirigida a Ferenczi, en carta del 6 de octubre de 1910, reseñando la relación con Fliess. Esta frase no sólo parecía resumir el problema de la paranoia, sino que atañía también a la relación entre ambos y, probablemente, al fin del análisis de Ferenczi con Freud (5).

5) Las complejas relaciones de Freud con Ferenczi

¿Qué reclamaba Ferenczi de Freud? Un mejor análisis. Es el resultado esperable en cada análisis, podrá confesar, con cierta precaución, el analista. Quizá, cortando un poco grueso, se podría decir que Ferenczi, hubiera querido un mayor análisis de la transferencia negativa, y una mayor reciprocidad de Freud para con él. Esta actitud implicaba un borramiento de la asimetría (o disimetría) entre analista y analizando. Ferenczi confesaba a sus pacientes lo que sentía, y oía lo que el paciente podía decirle a este propósito. Después, él a su vez se aprestaba a oír la confesión del paciente. Esto hacía, decía Ferenczi, que el análisis fuera menos acartonado, menos sujeto a las asociaciones del paciente, y privilegiaba la condición de “encuentro humano” que el análisis debía tener.

En setiembre de 1931, Ferenczi le escribió a Freud: “Bien puede imaginar lo difícil que es empezar de nuevo, después de una pausa tan prolongada. Pero en el curso de su vida, usted ha encontrado tantas cosas humanas, que también comprenderá y perdonará un estado como este repliegue en uno mismo”. En este interregno, Ferenczi estaba

“sumergido en un difícil trabajo científico de purificación interna y externa” (carta de Ferenczi a Freud del 15 de setiembre de 1931). Freud contestó inmediatamente: “¡Por fin de nuevo un signo suyo de vida y amor! (...) No tengo ninguna duda de que, con estas interrupciones del contacto, usted está separándose de mí cada vez más. Espero que no se esté volviendo cada vez más extraño. (...) Según su propio testimonio, yo siempre he respetado su independencia” (carta de Freud a Ferenczi del 18 de setiembre de 1931). Pero a fines de ese año, la creciente incomodidad de Freud respecto de las innovaciones técnicas que estaba realizando Ferenczi se confirmarían. Las concepciones de Ferenczi sobre “terapia activa” buscaba superar la opresión del “lenguaje de la pasión”, que el adulto infligía al lenguaje del niño. Ese abonar la transferencia con la reciprocidad y la simetría entre paciente y analista, incluía el amor. “Como siempre, he disfrutado de su carta, de su contenido menos”, le dijo Freud a Ferenczi, en una extensa carta dedicada a un único tema: “la técnica psicoanalítica”. La ternura maternal de Ferenczi se apartaba de la regla: “La necesidad de una autoafirmación desafiante, me parece, es más fuerte en usted de lo que reconoce” (carta de Freud a Ferenczi del 13 de diciembre de 1931) (17).

La sagacidad analítica de Ferenczi y los problemas que dejó documentados con sus búsquedas herejes son de una riqueza tal que los interrogantes levantados siguen manteniendo su potencialidad de problemas técnicos irresueltos.

(Hay entre otros tantos un punto irresuelto del análisis, pero es preciso hacer una mención a él. Es la íntima relación existente entre la transferencia y el fin del análisis, y sobre todo, el análisis que Ferenczi llamaba el verdadero análisis: el análisis didáctico. Estas zonas de reflexión, si bien están implicadas y tocadas aquí, exceden los alcances de este trabajo).

6) Las ideas de Freud sobre la cura

Tampoco le importó a Freud confesarle a un paciente norteamericano –Abram Kardiner, psiquiatra y antropólogo, que se analizó con él en 1921, y a quien Freud le confesara sus pensamientos más íntimos– su opinión acerca de cuestiones atinentes a la idea de cura, transferencia y teoría. Kardiner le preguntó qué pensaba de su práctica y de sí mismo. Freud contestó: “Estoy contento de que me haga esta pregunta, porque, para decirlo francamente, los problemas más terapéuticos no me interesan demasiado. Me pongo

demasiado impaciente. Tengo ciertos handicaps que me impiden ser un gran analista. Entre otros soy demasiado padre. En segundo lugar me ocupo todo el tiempo de teoría, me ocupo demasiado de ella, de tal forma que las ocasiones que se me presentan me sirven más para trabajar mi propia teoría que para dedicarme a cuestiones de terapia. En tercer lugar no tengo paciencia para conservar mucho tiempo a la gente. Me canso de ellos y prefiero extender mi influencia” (24).

7) Transferencia-Contratransferencia: ¿un axioma incuestionable?

En la primera versión de este trabajo, en el ítem en torno al par Transferencia-Contratransferencia, el encabezado rezaba tímidamente, así: “antecedentes, derivaciones, divergencias, problemas, interrogantes”.

En la reescritura, el nuevo título del apartado acentúa el énfasis que no duda y cuestiona, en el sentido de no asentar y aceptar una posición única, una posición oficial sobre el tópico de la transferencia.

(Parece ocioso subrayarlo, además, dado que de la lista de autores mencionados, cualquiera de ellos puede merecer objeciones por el manejo distinto que hacen de la transferencia, según concepciones que tienen de ella, también diversas).

En las sesiones de análisis, fuegos y vientos pasionales se desatan, y el padecimiento alcanza, aunque tal vez no por igual, a paciente y analista. También ha sido dicho que un análisis es una borrasca en un diván, y las consecuencias de tal borrasca, pueden no ser evitadas. Si ellas se producen, no hay que extrañarse, ya que es propio del análisis que se produzcan. Pero si los sentimientos personales liberados, que pueden ser recíprocos, son apalabrados en esa “comunidad entre dos” (1), ponerse ante las palabras y las acciones del paciente, de un modo interrogativo que no rehúya hablar de eso, lleva a analizar lo concerniente a ese “entre dos”, todas las veces que sea necesario. Este punto de vista es distinto a remitir todo a UN único punto: los avatares del par Transferencia-Contratransferencia.

Es que la efectividad posible de la marcha de un análisis no se sustenta en una simetría, centrada en “lo mío, lo tuyo”, sino que el eventual avance implica erguirse ante esa intersubjetividad instalada plenamente de hecho en lo que se ha dado en llamar la “situación” transferencial (otro vocablo transplantado de la fenomenología).

Esa dinámica intersubjetiva puede crear problemas, como vimos a propósito del amor de transferencia. La propia experiencia de Freud en Dora, junto a los atascamientos de Jung y Ferenczi con sus pacientes: Sabina y Elma, debieron dar motivo al trabajo de Freud sobre el amor de transferencia.

En 1910, en “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”, Freud mencionó la “*gegenübertragung*” (contratransferencia: una traducción tan discutible como la de autoanálisis), que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconsciente. (...) Sobre la contratransferencia, Freud afirmó “no estamos lejos de exigirle (al analista) que la discierna dentro de sí y la domine” (14). Volvió a usar el término en dos o tres menciones más que hizo de la misma en “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” (15).

El vocablo “contratransferencia” pasó a tener en el ámbito analítico una relevancia equiparable al de “transferencia”, si no tuvo más. La fuerza que toma prestado del prefijo “contra”, arrastra una indudable connotación “defensiva”, y embarca al análisis, doctrinaria y técnicamente, en una dirección: el trabajo de las defensas, sobre las defensas, con las defensas.

Traducir “*Gegenübertragung*”, como “Contratransferencia” no es incorrecto, se encuentra en el original alemán, y es lingüísticamente irreprochable. Pero no son menos correctas otras posibles traducciones: transferencia recíproca, transferencia al lado, transferencia enfrente, transferencia con, transferencia para con, transferencia hacia...

Freud volvió a hablar de “contratransferencia” en “Puntualizaciones sobre el amor de transferencia” y se explaya respecto a que el enamoramiento de la paciente ha sido impuesto (al analista) por la situación analítica y no puede atribuirse a que esto sea por las excelencias de su persona. Se pronuncia, además, en contra de propiciar artificialmente estas condiciones, sabe que está escribiendo para médicos que tienen que luchar con dificultades serias. Luego, en “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), acuña la siguiente fórmula, él, que era renuente a darlas... (el médico) “debe volver hacia el inconsciente emisor del enfermo su propio inconsciente como órgano receptor” (11). La metáfora del teléfono, como la del espejo, incluida en el mismo trabajo, levantó polvareda, y la continúa levantando. Otro tanto con la ficción del espejo, entendida en el sentido que la persona del analista no se haga transparente para

el analizando, y que el analista ofrezca su persona como superficie de azogue, lo más bruñida y fiel posible, para reflejar el inconsciente del paciente.

La virtualidad aniquilante del espejo evoca, por añadidura, la duplicación y la multiplicación. En un cuento de Borges se lee: ... “los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres” (4). Se conjuga en el hallazgo borgiano, erotismo y muerte. Aunque el espejo evoca también la mirada de la madre, dando lugar a una “estrategia de ilusión”, que trae ecos de Winnicott, y también de Eco.

Si pensamos cómo fue el trato de Freud con “el hombre de las Ratas”, o el análisis con Kardiner, veremos que la fábula del espejo, con su meta de opacidad instrumental para un mejor manejo terapéutico, era un ideal, una aspiración imposible de llevar a cabo.

De modo que Freud no rechazó, así lo entiendo, la idea del analista metido en el análisis, y menos que menos que el analista fuera un espectador que estuviera *incluido afuera*. Freud comprendía que el analista estaba radicalmente implicado en lo que allí se desenvolvía, e instalado en el ojo de la tormenta de la relación transferencial.

“El psicoterapeuta analista debe librar así una lucha triple: en su interior, contra los poderes que querrían hacerlo bajar del nivel analítico (...) sabe que trabaja con las fuerzas más explosivas y que le hacen falta la misma cautela y escrupulosidad del químico”... sostiene Freud en “Puntualizaciones”... “Deberá trabajar con arte, con hierro y con hielo”, así de compleja es su tarea y así de envuelto está en ella, dice Freud también (15).

8) Avatares del par Transferencia-Contratransferencia

La complejidad de la dialéctica intersubjetiva –la fenomenología, otra vez– del par analista-analizando (1) y la ya referida noción de “contratransferencia” se puede rastrear en Melanie Klein.

En el trabajo de Klein “Los orígenes de la transferencia” (20), la autora plantea que “el amor y el odio, las fantasías, angustias y defensas, operan *ab initio*, inextricablemente ligadas a las relaciones de objeto (...) y la transferencia se origina en esos mismos procesos (...) Así pues el análisis de la transferencia negativa, que ha

recibido relativamente poca atención en la técnica analítica, es una condición previa del análisis de los niveles más profundos del psiquismo. (...) El análisis de la transferencia negativa como el de la transferencia positiva y la interconexión de ambas es (...) un principio imprescindible para el tratamiento de todo tipo de pacientes, tanto niños como adultos”. Y más adelante: ...”los relatos de los pacientes acerca de su vida de cada día, sus amistades, sus actividades, no sólo dan una comprensión del funcionamiento de su yo, sino que revelan –si exploramos su contenido inconsciente– las defensas contra las angustias despertadas en la situación transferencial” (el subrayado es mío).

El corolario de enunciado doctrinario de Melanie Klein lleva inexorablemente a lo que Christopher Bollas en 1983 llamó “la revelación del aquí y ahora” (3), entendida la palabra revelación en su acepción mística, de militancia religiosa. Bollas, analista norteamericano, radicado en Londres, extrajo esta noción de “revelación” del pensamiento kleiniano. El pensamiento de Klein se contraponía a la doctrina del Grupo independiente de la Sociedad analítica británica. “El recurso kleiniano, resume Bollas, “consistía en que todos los objetos narrativos, eran forzosamente metáforas de la relación paciente-terapeuta”. “Escuche lo que dice el paciente” –insistían a su turno los kleinianos”, cuenta Bollas– “habla de usted y de él (...) cambie su discurso en interpretación de la transferencia” (subrayado mío). De este modo, concluía Bollas, el analista está constantemente ocupado en traducir cada fragmento de material en referencia a él.

Pienso que del artículo kleiniano transcrito más arriba, que centraba el trabajo en la situación transferencial!, en la pesquisa de la transferencia negativa, de cómo el inconsciente del analista se entendía con la misma, de cómo repercutía en él, en su inconsciente ante todo, y de ahí dar un paso más hasta el “aquí y ahora”, como pivote de la tarea, había un muy pequeño paso a dar, y ese paso se dio, porque entiendo que hay una organización de la materia teórica así planteada, con esos parámetros de continuidad de contenido y de acción técnica resultante.

En un dilatado artículo sobre contratransferencia, editado en el boletín de la Sociedad Psicoanalítica de París, en 1994, Luisa de Urtubey, tributaria en su formación del pensamiento de Racker y de Willy y Madeleine Baranger, desprende la noción de contratransferencia de la situación analítica. En el resumen hecho para la revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina, comienza por hacer una (larga) enumeración de la contratransferencia que se podrá manifestar, dice (no directamente) “a la conciencia

como signo a descifrar no identificado ni comprendido de inmediato” (...) “que surge bajo forma de afectos, sentimientos, asociaciones, representaciones, fantasías, imágenes, lapsus, actos fallidos, interpretaciones o intervenciones surgidas de manera impensada”, y continúa: “sueños, proyectos, metáforas o comparaciones inesperadas, todos fenómenos que son o bien retoños derivados del inconsciente, o bien expresiones directas del mismo, tales como algunos afectos invasores”.

No aparece la contratransferencia como que afectara a uno solo de los integrantes de la pareja. De acuerdo a Racker, la autora entiende la contratransferencia como una situación que afecta a ambos, y aquí está incluido el “entre dos” de “Willy Baranger.

Luisa de Urtubey caracteriza a Racker como formulador de la teoría moderna o totalista de la contratransferencia, expositor de los puntos de vista más interesantes y válidos sobre la misma, dice, y bastante distintos de los de Paula Heimann, agrega.

Las hipótesis de Racker comprenden: la participación del analista en la situación analítica; la necesidad de comprender la transferencia, gracias a la contratransferencia; la descripción de dos tipos de identificación del analista a su paciente; la búsqueda de solución al problema de la fuente de energía de la contratransferencia, en referencia al papel de la k. señal de angustia; la noción de neurosis de contratransferencia.

La interpretación principal, sostiene Racker, dice de Urtubey, es la de la transferencia, que surge de la contra transferencia. Ella afecta la capacidad del analista, y Racker sostiene que la contratransferencia influye P (e incluye) al paciente también, y sobre todo a su transferencia, pero es “ “la toma de conciencia por el analista” (las comillas son mías) de su contratransferencia (la del analista), lo que permite romper los círculos viciosos (...) Existe un paralelismo entre la situación psíquica del analista v y la del paciente: ambos en interrelación, ambos en asociación, con la diferencia de que el primero tiene más recursos para conscientizar (el subrayado es mío) sus asociaciones y el analista toma conciencia (subrayado mío) de la contratransferencia latente, dinámica, por medio del autoanálisis (subrayado mío).

La noción de contratransferencia queda reservada para el analista, la de transferencia, para el paciente.

El pensamiento de Racker es una pasamanería de muchos ornamentos. Añade a la neurosis de transferencia de Freud, una neurosis de contratransferencia; a la transferencia positiva y negativa, le agrega una contratransferencia positiva y negativa,

a las identificaciones del paciente con el analista (yo o superyó), le suma las identificaciones del analista con el yo, con el ello, con el superyó de su paciente, y aún otras.

En 1949, Paula Heimann escribió un célebre artículo, “Acerca de la contratransferencia” (19). En él conceptualizó la contratransferencia como “la totalidad de los sentimientos que el analista vivencia hacia su paciente” Esto, continúa, no lleva a la conclusión que la contratransferencia sea un factor de perturbación y que el analista deba abstenerse de sentirla y prescindir de ella, sino que debe utilizar su respuesta emocional como una llave hacia el inconsciente del paciente. Paula Heimann se pronunció en sentido contrario a que esto implicara una respuesta o confesión a hacerle al paciente, como lo entendieron Sandor Ferenczi, Alice Balint, Money-Kyrle, entre otros. El artículo de Paula Heimann mereció la desaprobación expresa de Melanie Klein, para quien la contratransferencia era algo en principio que debía merecer un autoanálisis relámpago e inmediato. La contratransferencia interferiría por insuficiente “autoanálisis” la buena marcha del proceso. Ella sería causa del malestar del analista, contribuiría a las interpretaciones erróneas, verdadera simiente de acting-outs y debiera ser ubicada como resultado de una estructura prototransferencial (Neyraut, Luisa de Urtubey) yuxtapuesta o contrapuesta a la estructura de la transferencia.

Lo que sostuvo Heimann pasó a integrar, de todos modos, el corpus teórico kleiniano, dice Phyllis Grosskurth, biógrafa de Klein, pero no es seguro que entre los kleinianos se suscriba en forma unánime la afirmación de Grosskurth (17).

Winnicott, en cambio, dio su aprobación a Paula Heimann en otro artículo revelador: “Hate in Counter-Transference”, donde dice que si el paciente busca odio objetivo o justificado, debe ser capaz de encontrarlo; y en sentido contrario no debe sentir que puede encontrar amor objetivo (17) (28). Importa consignar que en este artículo Winnicott se refería a pacientes psicóticos. Pero también, es válido preguntarse: ¿hasta dónde esta reflexión no es útil para los pacientes neuróticos?

En el artículo de Winnicott “La contratransferencia” de 1960, el autor hace otras puntualizaciones, a saber, la de que el analista tiene necesidad de proseguir su análisis, pero advierte sobre la extensión posible que puede tomar la palabra contratransferencia. Se extiende entonces en lo que denomina la actitud profesional del analista que, por supuesto, se edifica sobre una base de defensas, inhibiciones, disciplina obsesiva (...).

Winnicott entiende que el analista está particularmente bajo tensión porque toda estructuración de las defensas de su yo disminuye su aptitud para enfrentar la situación nueva en análisis” (...) pero pone de relieve la actitud profesional que compara al simbolismo en el sentido que supone una distancia entre el analista y el paciente. El símbolo está en la distancia entre el objeto subjetivo y el objeto que se percibe objetivamente (...). Ponía así nuevamente de relieve que entre el paciente y el analista se encuentra la actitud profesional del analista, su técnica, el trabajo que efectúa con sus facultades intelectuales. Agregaba que no temía decirlo porque no se consideraba un intelectual, sobre todo porque entendía que trabajaba con su yo corporal, pero además: “Me vienen ideas, aparecen sentimientos, se estudian y se pasan por el tamiz, antes que una interpretación sea hecha. Eso no significa que los sentimientos no se tengan en cuenta. Puede pasar que esté mal del estómago, lo que no afecta generalmente mis interpretaciones, o que esté algo estimulado, en sentido erótico o agresivo por una idea evocada por el paciente, pero eso no afecta por lo general mi trabajo de interpretación, ni lo que digo, ni como lo digo, o el momento en que lo digo” (28).

Bion en “Atención e interpretación” (1970), afirma lo siguiente: “En una carta a Lou Andreas-Salome, Freud sugirió su método para lograr un estado mental que le diera ventajas para compensar la oscuridad cuando el objeto investigado era peculiarmente oscuro. Habla de encegarse de una manera artificial. Como método para lograr esta ceguera artificial he señalado ya la importancia de evitar la memoria y el deseo. Para continuar y extender el proceso incluyo la comprensión y la percepción sensorial entre las propiedades que deben evitarse. La suspensión de la memoria, el deseo, la comprensión y las impresiones sensoriales puede parecer imposible sin una negación completa de la realidad, pero el psicoanalista está buscando algo diferente de lo que normalmente se conoce como realidad (...)” (2).

Lacan critica el término contratransferencia, como también cuestiona el término “situación”, implicado en el “entre dos” barangeriano, y al famoso par, analista-analizando de la dialéctica intersubjetiva, le desliza el desafío de un tercer término, el gran Otro, representante del orden simbólico. Este orden comprende el lenguaje, lugar de palabra, pensamiento, sentimiento, del paciente, y del analista, e instrumental teórico y práctico para la acción esclarecedora, eventualmente curativa. Es un lugar donde también a menudo se falta a la palabra, o donde cuando falta la palabra, las acciones toman el lugar de aquella. El orden simbólico es el lugar desde donde “se cucharea” el

lugar imposible del real o de lo real (“una irreal realidad”, como la caracterizó precisamente Melanie Klein), y es una de las ramas del ternario lacaniano. El registro imaginario es el lugar de la imagen, y de los personajes imaginarios, queda adscripto al narcisismo y a la agresividad. De acuerdo a Lacan existirá siempre un saber ignorado del analista. El análisis se yergue por y a través del inconsciente de alguien que se dirige al inconsciente de otro. Se descuenta por lo tanto una comunicación de inconsciente a inconsciente, lo que implica un sinsentido, ya que no se trata de una mayor o menor comunicación, meramente. Lacan sostiene que la contratransferencia queda implicada en la transferencia, por lo que concluye que ese término le sobra como herramienta teórica útil.

CODA

La búsqueda de la *lingua perfecta* (Eco) fue el punto de partida de este recorrido. El mito de la torre de Babel, se yergue como torre de confusión, e historia de un fracaso por el insano empeño de los hombres en alcanzar el cielo; y un más allá del cielo de un saber. Eco sostiene que cada teoría puede ser entendida y ubicada como un ejemplo *de felix culpa*. Muchas de las prácticas sobre las que teorizamos, desde las taxonomías de las ciencias naturales, a la lingüística comparada, de los lenguajes formalizados, a los proyectos de inteligencia artificial, y las investigaciones de las ciencias cognitivas, él dice, han nacido como *efectos colaterales* de una investigación sobre la lengua perfecta. Hasta aquí, Eco.

En el análisis, también podríamos aventurar que de la historia de los fracasos de cada uno de los intentos de la teoría, puede resultar, por el contrario, consecuencias favorables.

Nuestros teóricos, más concreta y localmente, los pioneros del grupo uruguayo y argentino merecen y tienen nuestro reconocimiento. Ellos nos dieron instrumentos con los que se nos iluminó parte del camino. Puede pensarse, hay derecho a hacerlo y a manifestarlo, que esos instrumentos, para algunos, no sean hoy lo que esperamos, y no corresponde a cómo pensamos, a cómo trabajamos. Así ocurrirá mañana con lo que hoy nosotros pensamos.

Los analistas se caracterizan porque saben menos de lo que algunos les atribuyen, o de lo que ellos mismos pueden creer que saben. Es esta condición menesterosa y

declinante, de la que los analistas adolecen, donde radica, paradójicamente, la virtualidad promisorio del análisis.

Este recorrido atravesado de ideas (e ideales) psicoanalíticos, en el que se revelaron pensamientos amalgamados a amores y odios, puede equipararse a la historia de un análisis. Más aún: quizás quede a salvo la esperanza de que en esta historia de amores y odios, no necesariamente el final no pueda ser, al fin y al cabo, un buen final.

Resumen

El epígrafe de Umberto Eco es acerca de la búsqueda de la lengua perfecta y se cita el mito babilónico de la Torre de la confusión. Esta *confusio linguarum* lleva a relaciones ulteriores sobre la transferencia. El punto de partida está en Freud, Breuer y su célebre paciente Anna O.

El testimonio queda enmarcado en una perspectiva “biográfico-teórica” de un analista, en un país, y grupo analítico, que tuvo la influencia de Melanie Klein, desde los comienzos.

Se cuestiona el par Transferencia-Contratransferencia, y su dinámica fenomenológica del “aquí y ahora”, como axioma incuestionable.

Se reseña, someramente, la ilustrativa relación Freud-Ferenczi, como ejemplo de atascamientos transferenciales, y en donde se patentizó de candente forma, el problema del fin de análisis.

El autor, finalmente, hace un balance, luego de un recorrido hecho por diversos teóricos (Freud, Klein, Heimann, Winnicott, Bion, Lacan, entre otros), y concluye que el saldo que este panorama arroja no es de fracasos, sino de efectos colaterales promisorios para el análisis.

Summary

Umberto Eco's epigraph refers to the search for a perfect language and the babelic myth of the Tower of Confusion is quoted. This “*confusio linguarum*” leads to further relations about transference. The starting point is Freud, Breuer and the famous patient Anna O.

A “biographical-theoretical” perspective of an analyst in a country and an analytical group, who had Melanie Klein’s influence from the beginning, provides the setting for the testimony.

The pair Transference-Countertransference and its “here and now” phenomenological dynamic as an unquestionable axiom is argued about.

The enlightening relationship between Freud and Ferenczi is briefly described as an example of obstacles in transference and where the problem of the end of analysis became evident.

Finally the author, after surveying several theories (Freud, Klein, Heimann, Winnicott, Bion, Lacan among others), draws up a balance and concludes that the remainder of this outlook is not one of failures but of collateral effects, promising for analysis.

Descriptores: TRANSFERENCIA / RESEÑA / CONTRATRANSFERENCIA

Bibliografía

- 1) BARANGER, M., BARANGER, W. La situación analítica como campo dinámico. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Montevideo, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, 1961-62. Tomo 4, pte. 1: p. 3-54.
- 2) BION, W. R.: Atención e interpretación. 1970. Paidós. Buenos Aires. 1974. p. 45.
- 3) BOLLAS, Ch.: La révélation de l’ici et maintenant. Nouvelle Revue de Psychanalyse. Numéro 27. Printemps 1983. p. 262-272.
- 4) BORGES, J.L.: Ficciones. 1941. Alianza Emecé. Barcelona. 1985. p. 14.
- 5) CHAWKI, A.: J’ai réussi là où le paranoïaque échoue. Editions Denoel. Paris, 1991. p. 167.
- 6) ECO, U.: La búsqueda de la lengua perfecta. (1990-93). Crítica. Grupo Grijalbo-Mondadori. Barcelona. 1994. p. 20-21; p. 23.

- 7) FREUD, S. BREUER, J.: Estudios sobre la histeria. (1893-1895). Amorrortu editores. Tomo II. Bs. As. 1979. p. 55; p. 273; 294-295.
- 8) FREUD et FERENCZI, S.: Correspondance, I. (1908-1914): Calmann-Levy. Paris. 1992. p. 3, p. 603.
- 9) FREUD. S.: La interpretación de los sueños. (1900). Obras completas. Tomo IV. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 199.
- 10) FREUD. S. A propósito de un caso de neurosis obsesiva. (1909). Obras completas. Tomo X. Amorrortu editores. Bs. As. 1979. p. 127-194.
- 11) FREUD. S.: Sobre la dinámica de la transferencia. (1912). Obras completas. Tomo XII. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 102-103.
- 12) FREUD, S.: Psicología de las masas y análisis del yo. (1920) Obras completas. Tomo XVIII. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 85; p. 110.
- 13) FREUD, S.: Fragmento de análisis de un caso de histeria. (1901). Obras completas. Tomo VII. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 98-107.
- 14) FREUD, S.: Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica. (1910). Obras completas. Tomo XI. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 136.
- 15) FREUD, S.: Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. (1914). Obras completas. Tomo XII. Amorrortu editores. Bs. As. 1979. p. 164-174.
- 16) FREUD, S.: Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. (1912) Obras completas. Tomo XII. Amorrortu editores. Bs. As. 1980. p. 115-117.
- 17) GAY, P.: Freud. Una vida de nuestro tiempo. (1988) Paidós. Barcelona. 1988. p. 643-651.
- 18) GROSSKURTH, Ph.: Melanie Klein. Su mundo y su obra. (1986). Paidós. Barcelona. 1990. p.397-398.
- 19) HEIMANN, P.: Acerca de la contratransferencia. Rev. Uruguay de Psicoanálisis. IV (1) 1961-62, p. 129.
- 20) KLEIN, M.: Los orígenes de la transferencia. Obras completas. VI. Paidós. Hormé. Bs. As. 1980. p. 261-270.
- 21) LACAN, J.: LE SEMINAIRE. LIVRE VIII. Le transfert. (1960-61). Seuil. Paris. 1992. P. 215-231.

- 22) MANNONI, O.: La otra escena. Claves de lo imaginario. Amorrortu editores. Buenos Aires, 1973. p. 87.
- 23) PLATÓN: Simposio (Banquete) o de la Erótica. Editorial Porrúa. México. 1989. p. 370-378.
- 24) ROUDINESCO, E.: La batalla de los cien años. Historia del psicoanálisis en Francia. 1. (1885-1939). 1986. Editorial Fundamentos. España, 1988. p. 25; p.134-135.
- 25) SAFOUAN, M.: La transferencia y el deseo del analista. Paidós. Bs. As. 1989. p. 39.
- 26) URTUBEY, L. de: Le travail de contre-transfert. 1994 Rev. Franç. Psychanal. N° 31. 1994. p. 1-187.
- 27) URTUBEY, L. de, Sobre el trabajo de contratransferencia. Rev. de Psicoanal. V. 51, n° 4; 1994. p. 719-727.
- 28) WINNICOTT, D, W,: De la pédiatrie a la psychanalyse. 1935-1963. Payot. Paris. 1969. p. 48-58; p. 229-266.

Fragmentos hacia lo natal

Edmundo Gómez Mango¹

Nacemos, por así decir, provisoriamente en algún lado. Poco a poco, componemos en nosotros el lugar de nuestro origen, para nacer después en él y cada día más definitivamente.

(R.M. Rilke)

1.

La investigación etimológica es una actividad a la vez erudita y salvaje. Pretende llevar el vocablo a un antes de sí mismo, hacerlo salir de sus costumbres demasiado educadas, sacudir el polvo que sobre él ha depositado el uso, salvarlo del desgaste que la costumbre provoca. El etimologista obliga al vocablo a recordar el presente olvidado que lleva, ignorado, en él mismo; pretende revelar, poner al desnudo aquello que el vocablo ha olvidado por haberlo sabido en exceso: “ignorado de tanto sabido”, dice el refrán español. Deshacer esta ignorancia inscrita en el saber y el sabor de las palabras podría ser una divisa del psicoanálisis, una caracterización casi exacta de la interpretación, en este sentido siempre y necesariamente “salvaje”.

Octavio Paz, recientemente desaparecido, evocaba con amor la etimología del nombre México: *Meztli* quiere decir “luna”, *xictli* “ombligo”, *co* “lago”. México: el ombligo del lago de la luna. En su escucha, la expresión náhuatl *atl tlachinolli*, un hieroglífico que se encuentra inscripto a menudo sobre los monumentos aztecas, resuena como una rememoración, una reminiscencia: *Atl* quiere decir agua o sangre, *tlachinolli* quemado o fuego; el agua que quema, la sangre en llamas. Para el poeta se trata de una metáfora originaria: expresa la fundación de la ciudad de México. Un texto del siglo XVI, el Codex Ramírez, La relación del origen de los indios que habitaban la Nueva España, cuenta así: “Atl tlachinolli”: la fuente muy clara y linda aquel día manaba muy

1. Miembro de la Asociación Psicoanalítica de Francia.
150 Av. du Mainc, 75014 Paris.
E-mail: Edmundo.Gomez@wanadoo.fr

bermeja, casi como sangre, la cual se dividía en dos arroyos y en la división del segundo arroyo salía el agua tan azul que era caso de espanto” (1).

El poeta se apropia de esas figuras de una salvajería escondida y originaria, las hace suyas en el ritmo de su canto:

La lluvia no te moja / eres la llama de agua

La gota diáfana de fuego / Derramada sobre mis párpados.

La convicción radical del poeta es la siguiente: estamos hechos de palabras, como todas las creaciones humanas, como las ciudades, los imperios o los Estados (3). El poema avanza hacia el encuentro de un estado primordial de la lengua, de las palabras del comienzo, de su violencia desnuda y salvaje, apenas domeñada por la forma y el ritmo del canto. El poema quiere hablar en lenguas, alcanzar una especie de Pentecostés originario, de antes de Babel, fiesta de la lengua en un estado de **traducción primordial**, que precede a la multiplicidad de lenguas. La palabra del poeta, sin cesar de ser ella misma, es también la del otro. Decir la lengua del otro, la del extranjero, en la suya, es el encanto que el poema logra cuando habla en lenguas. El núcleo del poema – como quizás el del sueño– es un objeto pre-traducido animado por el espíritu de la glosolalia creadora. Es lo que explica el milagro de resurrección de la traducción de poemas: si el traductor-poeta alcanza ese estado de la lengua que constituye el fondo de la palabra poética, vuelve a la suya propia después de haber sido fecundado por la del otro y, como en una resurrección natal, se produce en ella.

2.

¿Por qué el adjetivo natal se asocia espontáneamente al país, a la tierra, pero también a la lengua? ¿La calidad de lo natal caracterizaría un vínculo particular entre la tierra y la lengua? Derivado del latín *natus* participio de *nasci*, nacer, natal designa primeramente todo lo que concierne al nacimiento. Forma así parte de la familia de palabras reagrupadas en torno a nacer, nacimiento, y de adjetivos tales como nativo, naciente. En viejo francés se utilizaba el masculino plural natales para designar las cuatro festividades cristianas en relación al nacimiento o el renacimiento: Navidad, Pascuas, Pentecostés, Día de todos los Santos. Natalidad y natividad son dos nombres que se refieren a lo que pertenece al nacimiento, a la época o al número de nacimientos; una “natividad” es un cuadro que representa el nacimiento del niño-dios mítico. Jesús;

natalicio es la conmemoración del cumpleaños, del día del nacimiento; nato e innato lo que está allí desde el inicio; natura y naturaleza también derivan de *nasci*; nativo designa la relación al sitio, el vínculo de una persona a su lugar de nacimiento, pero también: nativo es lo que pertenece por origen al objeto, y puede hablarse de la luz nativa de Sino. El oro nativo es el que se encuentra en el seno de la tierra, en estado puro. El nativismo era una corriente de ideas que insistía sobre el valor de lo innato, de aquello que el alma o el hombre poseen nativamente. Para los latinoamericanos el nativismo, cercano al criollismo, era una corriente literaria del comienzo del siglo que jerarquizaba los valores del campo y de sus habitantes, las costumbres tradicionales, oponiéndolos a la literatura de la ciudad, al cosmopolitismo, orientado hacia la modernidad (4). “Yo soy nacido nativo de...” dice el pleonismo popular (“Yo soy nacido nativo de Ferrara”, escribe Beaumarchais), lo que evoca la frase célebre de Pablo Neruda: Para nacer he nacido. Lo natal, así abierto a lo nativo, lo naciente, la natividad y la natalidad, toma origen en el nacimiento, señala el nacimiento como un horizonte donde se despliega lo viviente. El “ser para la muerte” ha sido considerada como un “existencial” característico de la vida humana; el “ser para nacer”, un ser del hombre para el nacimiento, para lo naciente, podría ser considerado como un polo de la actividad creadora de la cultura humana. No se trata de denegar lo trágico de la finitud, de las figuras de la muerte y de lo mortífero, de las que el siglo que se acaba ha sido tan pródigo y fecundo (si cabe imaginar una fecundidad siniestra de la muerte); pero la puesta en relieve en la lengua de las imágenes o metáforas que conciernen al *status nascendi* de la palabra poética y del pensamiento, comporta una tensión, una puesta en relación dinámica con otras figuras y metáforas del lenguaje filosófico: podría así oponerse a la Historia como caída o decadencia inevitable, la Historia como renacimiento, al destino como fin o derrumbe, el destino como incesante transfiguración y metamorfosis, como resurrección poética.

3.

El sitio natal es también el tiempo del engendrar, el instante de un surgir primero en y de la lengua; en nativo, escuchamos lo nuevo de los comienzos. El país natal evoca a la vez un paisaje particular, una tierra determinada (playa y mar para algunos, bosque y colina para otros, o la gran extensión, el campo abierto, el infinito horizontal de la pampa, expresión, creo de Roger Caillois). A veces el suelo natal se reduce, en la memoria

individual y afectiva, al barrio, a un pueblo, o a un hogar, el interior de una vieja casa, la sombra de un cuarto, capaz de retener cautiva el alma y la resonancia de toda una ciudad. Pero esta evocación de lo natal existe en la medida en que es representada y dicha por lengua del punto de partida: la partida inicial es también una llegada, casi un retorno original en lo humano, solo puede hacerse en una lengua nativa. La aproximación entre lengua y tierra concierne el nacimiento: se habita inicialmente en una tierra y una lengua, lo nacido nativo en una tierra se vuelve humano en la morada (o en la estancia) de una lengua.

El pensamiento de Freud se aproxima del *Heim* (del home inglés, el hogar, lo familiar, lo de entre-casa), próximo de *heimisch* (del país), cuando pretende caracterizar su contrario, *l'Unheimliche* (la inquietante extrañeza, lo inquietante) (5). No es un azar si para describir y comprender ese núcleo de representaciones elige el largo camino, el gran rodeo de la lengua. Es sabido que el *Unheimliche* que es primeramente una experiencia psíquica y estética, se constituye en un aspecto central del psicoanálisis. La inquietante extrañeza, esa cualidad de la angustia que surge inopinadamente del seno de un objeto familiar, es una manifestación privilegiada del “íntimo extranjero” que nos habita. La atención con que Freud considera la lengua –que en este ensayo se transforma casi en su protagonista, su heroína– es aquí ejemplar: esta atención es un verdadero acceso al conocimiento del objeto que la lengua designa. “Investigar cual es la significación que la evolución de la lengua ha depositado en la palabra *Unheimlich*” es para Freud tan necesario como proceder a la paciente colección de datos o de situaciones particulares donde el fenómeno se manifiesta. Y esa atención es ejemplar aún por esto: para tratar de aprehender la experiencia misma de ese extraño fenómeno por el cual un objeto desde hace mucho tiempo conocido y familiar se vuelve súbitamente aterradorante, Freud se torna primeramente hacia las lenguas extranjeras, el latín (*locus suspectus*), el griego (*xenos*), el inglés (*incomfortable, uncanny ghastly*), el francés (*inquietant, sinistre, lugubre*), el español (sospechoso, lúgubre, de mal agüero); evoca el árabe, el hebreo donde *Unheimlich* coincide con lo demoníaco. La evocación cosmopolita de las lenguas extranjeras hace aparecer la extrañeza de las lenguas. El horizonte de su traductibilidad se hace cargo del objeto mismo de la investigación: la palabra familiar y conocida puede volverse extranjera, hasta angustiante, como si el intenso investimento de la lengua y de las lenguas al cual Freud se entrega desde el comienzo al fin de este ensayo, quisiera acentuar y poner en un primer plano un

Unheimlich propio del lenguaje mismo, inscripto en la relación íntima, pero extraña, que el hombre mantiene con su propia lengua. Una **angustia de lengua** o **en la lengua**, doblaría así la angustia ocular, la angustia de los ojos o “en los ojos” (Fierre Fédida), uno de los motivos más poderosos de la producción del *Unheimliche* que Freud explora en este ensayo en compañía de Hoffmann y de sus criaturas literarias.

Si escuchamos el decurso temporal del texto de Freud como una metáfora de lo que desarrolla de manera conceptual, podría decirse: la evocación del tiempo de la traducción es el preludio, el preámbulo necesario para ir hacia la lengua propia. Para alcanzar lo natal de una lengua, su capacidad de hacer nacer, de engendrar significaciones, es necesario hacer primeramente “la prueba (experiencia) del –o de lo– extranjero” (Antoine Berman).

La inquietante extrañeza es un verdadero diálogo de Freud, el pensador, con la *Dichtung* la actividad, la fuerza “poética” de la lengua. El ensayo está verdaderamente “habitado”, “visitado” por los escritores: dejando de lado los muy numerosos autores evocados en las referencias de los diccionarios y sus ejemplos, se pueden enumerar, por orden de aparición: E. T. A. Hoffmann, Shakespeare, Hans H. Ewers, Heinrich Heine, Mark Twain, Schiller, Albrecht Schaeffer, Goethe, cuentos anónimos y novelas cortas de revistas, Hauff, Andersen, el Nuevo Testamento, Dante, Schnitzler, Nestroy, Oscar Wilde. Casi toda la obra de Freud está extrañamente visitada por la literatura, pero en este ensayo –central en el pensamiento freudiano– es de la familiaridad misma de su escritura con la literatura de donde surge la inquietante extrañeza: *la Dichtung* –del pensamiento de Freud y de la obra poética– se muda aquí en la cosa *unheimlich*, por excelencia.

Para explicar el surgimiento de lo inquietante, más allá del simple miedo a lo nuevo invocado por la psicología clásica, Freud descubre, en el origen mismo de la desorientación angustiante e inquietante, lo sexual reprimido, desalojado. Ha bien retenido, en su paciente escucha de la lengua, los dos grupos de representaciones recubiertos por el término *heimlich*: lo familiar, lo confortable, lo de entre-casa, y lo que está escondido, disimulado, oculto. Retuvo ese momento poético fecundo de la evolución de la lengua, creado por Schelling, donde lo inquietante irrumpe cuando aquello que debía quedar escondido alcanza a manifestarse. Siguió con atención el movimiento de esa palabra en la lengua, que le hace migrar en la dirección de una ambivalencia para llegar al fin a hacerla coincidir con su contrario. Lo sexual aparece a

la luz del día en la relación con lo inquietante, primeramente con la angustia infantil de perder los ojos, luego con el motivo del doble asociado al del reconocimiento del otro y de sí, con el retorno de lo mismo y la repetición demoníaca, y finalmente, con la pulsión de muerte. La *Heimat*, la tierra natal, aparece explícitamente en el texto de Freud para cerrar una serie de ejemplos evocadores de la inquietante extrañeza. La tierra natal, la primera, es la última de la serie, para mejor acentuar, a través de la construcción misma del texto, la presencia activa de la transposición o vuelco metafórico: el último elemento puede ser el primero, lo que está muerto puede volver a estar vivo. Freud recuerda que algunos hombres neuróticos declaran que el sexo femenino es *unheimlich* extrañamente inquietante:

*“Ahora bien, lo extrañamente inquietante es la puerta de acceso a la antigua tierra natal (Heimat) de la criatura humana, el lugar en que cada quien ha morado una vez en el comienzo”. El amor es el sufrimiento por volver al país –la nostalgia, el deseo doloroso por el país perdido– se dice en broma, y cuando el soñante, todavía en sueños, piensa acerca de un lugar o de un paisaje: “Me es familiar, ya una vez estuve ahí”, la interpretación está autorizada a reemplazarlo por los genitales o el vientre de la madre. La inquietante extrañeza es, también en este caso lo doméstico, lo familiar de antaño. Pero el prefijo **un** por el cual la palabra comienza es la marca de la represión”.*

El amor de la tierra y de la lengua natal no es más que una transferencia del amor que la criatura humana profesaba a su madre, su primera residencia hablante.

Estamos acostumbrados a esta ambivalencia de las producciones del inconsciente: los contrarios, los opuestos se expresan a menudo por un solo y único elemento. El sexo femenino puede ser el símbolo del deseo, del amor, de lo naciente, o símbolo de lo espantoso y de la muerte. La *Heimat* la tierra natal del pequeño de hombre, es sentida en la misma ambivalencia: lugar de nacimientos y de comienzos, y lugar fantaseado de la muerte, morienda natal, lugar de la madre bienhechora y lugar de las Madres, las diosas ctonianas que desencadenan el caos y la destrucción.

4.

Sabemos en qué derivas mortíferas puede extraviarse el amor de lo natal, del sentirse tan bien en casa, con los de la misma tierra, el mismo suelo y la misma sangre. Cómo el amor de la *Heimat*, del terruño, cómo el contentamiento de estar cómodo en el confort del hogar y la apología de la preferencia nacional pueden, de un golpe –pero un golpe casi siempre largamente preparado– convertirse en el odio destructor del no-semejante, del extranjero.

No pueden leerse sin temblar las páginas que Heidegger dedica a la tierra natal. Fue primeramente el texto intitulado: “¿Por qué nos quedamos en provincia?” (7), dónde el filósofo expone, cuando era rector de la Universidad de Friburgo (setiembre 1933), las razones de su rechazo al ofrecimiento de nombramiento en la cátedra de filosofía de la universidad de Berlín. En este breve texto –difundido por la radio, publicado integralmente por el diario nacional-socialista del país de Bade *Der Allemane* – encontramos una descripción de la famosa cabaña de Todtnauberg, una descripción del paisaje de lo alto visto por los ojos contemplativos del “veraneante”, del turista. Lo esencial de estas páginas es la identificación entre el mundo del trabajo del filósofo y el mundo del trabajo del campesino. El pensador y el campesino no contemplan el paisaje: lo experimentan, lo sienten. Cuando la violenta tempestad de nieve se desencadena alrededor de la cabaña, cubriendo y oscureciéndolo todo, “es, **entonces**, el gran tiempo de la filosofía”. La impresión de las palabras es similar a la resistencia que los pinos oponen a la tempestad. El trabajo del filósofo es “de la misma especie” que el del joven campesino que pilotea el trineo pesadamente cargado por los leños haya en el peligroso descenso. El trabajo del pensamiento encuentra así una pertenencia inmediata e íntima, un arraigo secular único, que “por nada puede ser suplantado, en el terruño alemánico y suabo”. El pensador se aúna con el campesino, ambos confrontados con el habitante de la ciudad, el que viene de lejos, el intruso, el extranjero. Los habitantes de la ciudad son solo estimulados por el paisaje, no conocen más que el aislamiento de las ciudades y no la soledad activa de la montaña. El profesor de Friburgo escucha lo que los bosques y los valles, lo que el viejo paisano de 75 años le dirán a propósito del ofrecimiento de nombramiento en la universidad de Berlín. El filósofo, el paisaje y el campesino responden al unísono, con una sola voz: “¡inexorablemente no!”.

El paisaje evocado se vuelve por la misma época el sitio de la realización del “campo científico” modelo, organizado por el rector Heidegger para alcanzar la camaradería en

el combate político y el encuentro del obrero y del estudiante. El primer “campo de Todtnauberg” tuvo lugar del 4 al 10 de octubre de 1933. La *Heimat* se transformaba en “campo” de instrucción. Los estudiantes debían llegar a pie, en disciplinado orden; debían llevar el uniforme SA o SS o el de los Cascos de acero con brazalete. Heidegger escribía a los profesores que él había autorizado a participar:

“El éxito del campo depende de la capacidad de mostrar un coraje nuevo... voluntad de fidelidad, de sacrificio y de servicio. Solo de estas fuerzas nace un verdadero espíritu de obediencia. Solo así se constituirá y se afirmará una verdadera comunidad alemana” (8).

El paisaje es el mismo: el de la prueba, la experiencia del pensador, y el de la experiencia del campo científico. Desde la ventana de la cabaña de Todtnauberg no es la “luz filosófica” la que se manifiesta en la claridad del día, aquella que contemplaba el poeta Hölderlin envolviendo su morada, calmamente loco, cuando miraba desde la torre el río Neckar.

En 1948, Heidegger vuelve sobre la cuestión del terruño natal. En el célebre “El camino de campaña”, la comarca está habitada por el encanto infantil y paradisíaco del villorrio materno, en ella todo es proximidad y el espacio “no iba más lejos que los ojos y la mano de una madre”; esta evocación nos conmueve todavía por la celebración o el lugar del nacimiento y del pensamiento del filósofo. El camino silencioso conduce los pasos del hombre que piensa a través del paisaje; el pensador escucha el crecer del árbol, que se abre al cielo y hunde sus raíces en la tierra. La encina dice su crecer al camino. La palabra del camino acoge y dice lo Mismo y lo Simple: pero solo en lo que su lenguaje no dice Dios es verdaderamente Dios, señala el viejo maestro Eckhart, el que enseña a leer y a vivir. Este habla solo para quienes nacieron en el aire que envuelve al camino, y solo en la medida en que esos hombres son capaces de escucharle. Los “nativos” son los “siervos” del origen y no “los esclavos del artificio” (9).

Esta insistente evocación de lo Mismo y de lo Simple excluye lo otro y lo compuesto, lo diferente y lo extranjero. El círculo del nativo de Messkirch y de la tierra natal alemana se cierra así hermenéuticamente. La “serenidad”, el poderío tranquilo que emana de esta evocación está habitada para el lector de nuestros días por una extrema inquietud: este texto, como el Dios del viejo Maestro Eckhart, habla en aquello que no dice. Se puede por un lado reubicarlo en el contexto inmediato de su

composición. Hugo Ott lo describe así: –después de 1945, Heidegger se sentía menospreciado, las humillaciones que le fueron impuestas (confiscación parcial de su casa, amenazas sobre su biblioteca, afectación a tareas de limpieza en las calles de Friburgo) culminaron con la decisión definitiva del gobierno militar francés revocación acompañada de la interdicción de enseñar. En 1946 Heidegger tenía 57 años. El mismo historiador comenta:

“Que los alemanes no habían todavía naufragado y debían aún atravesar la noche para poder luego volver a poner de pie: Heidegger debía todavía estar compenetrado de esa convicción en 1946, él que consideraba todo a largo plazo, confiante en lo lejano esclarecedor, tal como se manifestaba ante sus ojos en la cabaña, sobre las laderas de Todtnauberg: visión lejana sobre las cadenas alpinas de Suiza. Cada vez más, Heidegger fue relegado a ese lugar de la montaña, a ese asilo. Le consagró en 1947 el opúsculo ‘La experiencia del pensamiento’” (10).

También es posible leer este elogio de lo Mismo y de lo Simple como el manifiesto de un pensamiento de lo único, de una ideología mítica. La violencia salvaje de lo natal esta aquí olvidada: lo originario no es más ambivalente, el nacimiento no es más desgarrador, ruptura; la *phusis*, la eclosión inmediata de la vida no es estremecedora, ya no pierde ni extravía, solo reasegura. La idealización extrema de lo originario como lo puro, lo auténtico, lo salvo, olvida el desamparo de los comienzos, el abandono inicial, lo originario como ambivalencia fundadora entre la intimidad tierna y tranquilizadora y la extrañeza de la familiaridad escalofriante de la primera morada. El amigo, para Heidegger, no puede ser otro que el ancestro, que el mismo, el “amigo de la casa”, Hebbel por ejemplo, el autor de las **Poesías alemánicas** que cantan la nostalgia del encanto mágico del país natal (11); el amigo no puede serlo quien viene de lejos, de un más allá, del extranjero. La cabaña no conoce un huésped verdadero. No hay palabra para el extranjero: el poeta que viene de lejos, atravesado por el crimen de los campos de concentración, escribe en el libro de los visitantes una “línea de espera”, la de la “palabra que vendrá/ al corazón” y que nunca vino (12).

Esta visión del país natal, esta concepción de una relación primera y primordial a su tierra, cerrada sobre ella misma, en la hermenéutica de un sentido inmanente, quizá sagrado, es el núcleo del relato mortífero del nacional-socialismo. Es el zócalo sobre el que reposa la edificación de una entidad cerrada, que niega una articulación significativa

esencial: la del duelo y la de la deuda en relación con el origen. Se puede detectar, en esta visión del paisaje natal, la presentificación activa de una fantasmática de la identidad arcaica y todopoderosa. La afirmación radical, que no admite crítica, de ese núcleo aglutinante de lo idéntico a sí mismo, que sobrevuela toda vicisitud histórica, se pone así al abrigo de toda amenaza de cambio o de transformación.

La fascinación hipnótica provocada por ese idéntico originario es una denegación del sufrimiento de la pérdida, un rechazo del duelo y de la deuda inherentes al devenir histórico. La *Fredemhas*, el odio al extranjero, más que la xenofobia, es quizá el mecanismo proyectivo que anula la cuestión del duelo, de la duda y de la deuda en relación a los orígenes, de los cuales no se quiere aceptar el carácter ambivalente y turbio. Para esta concepción ideológica, y no poética, de lo natal, el origen no está ensombrecido por el crimen, lo natal es lo auténtico, lo intacto, lo invulnerable, insensible a la moda, a lo efímero, a lo pasajero. No hay mancha en esta concepción del nacimiento puro, que evita así el cuestionamiento responsable de la culpa.

La ideología racista y nacional proclama una pseudo-identidad sin fallas, integrada, poderosa, que fascina sobretudo a los sectores marginados y frágiles de la población, los que sufren de un debilitamiento de sus repères de identidad, y que se sienten amenazados por su propio derrumbe. Lo originario de la *Heimat*, como presencia entera e inmediata, excluye todo cuestionamiento responsable de la Historia y del acontecimiento. Lo originario está fuera del tiempo, no tiene necesidad del duelo. Puede convertirse en una pulsión anti-duelo. El otro puede ser excluido, exterminado: no es necesario responder (ni **a** ni **de**). En el camino del paisaje inicial y eterno, ningún paso del pensador puede conducirlo hacia la responsabilidad de la culpa: está enceguecido por una luz sin sombra, no ve más que lo Simple y lo Mismo, sin fin.

5.

En el poema intitulado **Vuelta** (y no simplemente “retorno”, vuelta lleva implícita la violencia que aparece por ejemplo en revuelta), el poeta deshace el camino hacia lo que ha abandonado; camina sin avanzar, “rodeado de ciudad”. El retorno-vuelta no se da bajo el signo del reencuentro sino de la falta (“El aire me falta, el cuerpo también me falta”). El retorno al país natal no puede evitar la violencia política y económica que lo asoló, ni la violencia íntima de la memoria (“Germinación de pesadillas,... en el sexo

del templo y del colegio/ en el cine”.) El origen está quebrado, la fuente natal para siempre contaminada por el crimen:

Escrituras hendidas

lenguajes en añicos

se quebraron los signos

atl tlachinolli

se rompió

agua quemada (13)

6.

El joven colombiano, todavía casi un adolescente, me había sido enviado por el equipo de un centro de atención para los solicitantes de asilo político, situado en las afueras de París. Residía allí desde su llegada a Francia, hacía unos diez meses. Grande, corpulento, algo torpe, los rasgos de su rostro indicaban un mestizaje indígena. Habla lentamente. Desde hace un tiempo, se siente mal, desgano, sin fuerzas; se aísla, evita las reuniones, no asiste a sus cursos de francés. No es, actualmente, la situación traumática, la violencia sufrida de la partida, lo que parece estar en juego. Evoca, sí, nostálgico, el pueblito donde vivía, cerca de la selva, con su familia. Está preocupado por su padre y su madre: habían decidido de la noche a la mañana huir con sus hijos sin haber podido explicarles casi nada. Esa noche habían estallado bombas, algunos vecinos fueron masacrados, el ejército había llegado y comenzaba a desalojar a los habitantes. Al alba, partieron velozmente hacia la gran ciudad. Gracias a la intervención de una organización de defensa de los derechos humanos el joven colombiano pudo abandonar el país y llegar a Francia. Había podido sobreponerse, difícilmente, de la ruptura violenta con los suyos. Pero desde hace un mes se sentía triste. Tres compañeros del centro, que se volvieron sus amigos, casi de la misma edad, habían partido: una joven de la ex Yugoslavia, un turco, un muchacho proveniente del Mali. El tiempo de residencia en el hogar había expirado, y habían sido asignados a residir en otras instituciones similares. El joven colombiano acababa de recibir una carta de la chica que vivía actualmente en Estrasburgo. Su discurso se anima, evoca el pasatiempo preferido que compartía con ellos: habían decidido entenderse y comunicarse entre ellos con la ayuda de gestos y de palabras. Sin casi darse cuenta empezaron a inventar vocablos,

expresiones. Una nueva lengua nacía en sus juegos, hecha de palabras y gestos que provenían de culturas lejanas, y del francés, que empezaban a aprender en el hogar. Nombraban, por ejemplo, diferentes partes de sus cuerpos, en sus lenguas de “partida”, digamos maternas, y las repetían luego por turno. A menudo, una palabra compuesta, de compromiso, que retenía en el acento del francés las tonalidades y los sonidos que venían del turco, del malí, del serbio tomaba forma, les hacía reír, y quedaba para ellos, desde entonces, como la manera secreta de decir cabeza, pie, brazo, pierna o boca.

Este pequeño teatro de la traducción en lenguas –porque, para jugar a las lenguas, se volvían actores, mimos atentos de la gestualidad del otro– parecía convocar formas de organización interhumanas muy antiguas, actividades de intercambio y de recreación primitivas y primeras. A través de la evocación del juego, y de lo que ella me dejó como resonancia imaginativa y reflexiva, me parecía escuchar, actualizadas en el presente de ese encuentro, energías fundadoras del lenguaje y del juego. El espacio y el tiempo lúdicos de esas sesiones del juego de las lenguas –se reunían todos los días, con horarios previstos y concertados– estaban constituidos por lo que, viniendo de lo íntimo de cada uno, se volvía lo familiar, lo compartido con los otros, con el otro. El juego de la lengua y de la traducción retomaba ese movimiento de metamorfosis, constitutivo de toda identidad, individual o colectiva, que hace lo mío con lo tuyo, lo suyo en lo mío, que es transferencia de lo íntimo en lo público y apropiación de lo extranjero por la singularidad de lo mismo. Se trataba de una inversión del movimiento –una “vuelta”– del *Unheimliche*: era la aparición súbita, deslumbrante, de lo familiar en la extrañeza de la situación que los reunía.

No podemos imaginar o reconstituir la verdad de esta escena sin el ruido de fondo del furor guerrero, político, tan a menudo reavivado por la intolerancia, el integrismo religioso, el fanatismo racista. El odio y la violencia los habían reunido en ese lugar, apenas un lugar, de tránsito, un espacio de asilo temporario donde solo podían pasar. Los cuatro jóvenes traductores habían quizás compartido el sentimiento, al inventar su juego, de reorganizar por lo menos en algo sus existencias, de poder decidir en común y libremente una actividad, de sobreponerse así, en la fragilidad efímera de sus sesiones lúdicas, el flujo caótico del desorden que los había arrancado de sus orígenes y que los llevaba no sabían dónde. Haciendo equipo, constituyendo el círculo de su juego, se mantenían todos a una, ligaban y tejían en común, se oponían a las poderosas fuerzas que desunen, que desatan, que dispersan y desgarran.

Enlazaban y tejían en el juego de la lengua de exilio sus diferencias, sus idiomas, sus cuerpos marcados por los trazos y las costumbres de sus razas biológicas y de sus culturas. Se reconocían diferentes y semejantes en el impulso erótico del juego, en el deseo amoroso de aproximarse los unos a los otros. La pequeña sociedad secreta de traductores lúdicos recreaba a su manera las cuestiones graves de la alteridad y la “ipseidad” (de Ípsilon, letra del alfabeto griego, “ye” de yo en el nuestro), de la identidad y de la alienación, de la apropiación y de la pertenencia. Cada uno decía “yo” (la ipseidad) a su manera, pero en la escucha y en el envío al *alter*. Eran mensajeros, portadores de signos enigmáticos que despertaban en ellos, no ya el deseo de huir de la diferencia o de borrarla, sino de retomarla en el trabajo de la traducción. Ponían así en evidencia el fondo de traductibilidad que anima y sostiene todas las lenguas.

En este reencuentro en la lengua, los jóvenes refugiados trataron de sobreponerse a la angustia de la lengua, huían del fantasma melancólico de una afasia definitiva. La traducción, más allá de esta situación particular, anima siempre la actividad de la lengua. No podría concebirse una lengua no traducible: la traductibilidad es la condición misma de la lengua. Podría pensarse que una especie de traductibilidad primaria o primitiva está en el origen de las lenguas. El mito de una actividad traduciente originaria sustituiría así el mito de la lengua adámica, la lengua Una del comienzo.

La lengua se apropia de la pertenencia más íntima, pero es al mismo tiempo el lugar de la alienación más extrema, aquella que en el juego amoroso de la traducción, se desposee de sí misma para convertirse en la otra. Esta conversión (histeria viva de las lenguas), este pasaje integral de la vida de una lengua en la otra, es una perspectiva ideal. La traición acecha, habita el trabajo del traducir. Lo intraducible y su contrario, el deseo de traducción, son llevados por la corriente de fondo de cada lengua.

7.

Escucha voces en su cabeza. Las oye claramente pero no las comprende. Cree que se dirigen a él, pero tiene la impresión que las voces se expresan en una lengua que él no conoce. Su vocación es la pintura pero debe ganarse la vida desde hace un tiempo como pintor en la construcción. Un día, asombrado, logra identificar la lengua que le interpela: se trata del quechua, lengua indígena que su abuela materna hablaba corrientemente. Trata de retener las voces utilizando un grabador, piensa pedirle a un

amigo, profesor de la universidad, que se las traduzca. Pero no puede atraparlas: las voces no quieren o no pueden ser grabadas. De todos modos está convencido de que sus mensajes son intraducibles, que esa lengua quiere confundirlo hasta hacerle perder la suya, para que no pueda decir más nada.

La lengua ancestral se ha transformado en la del delirio. Es la negación misma de la lengua: es intraducible, está hecha de significantes para siempre de-significados, o de representaciones de cosas que han perdido todo contacto con las representaciones de palabras. Como si una represión masiva, un defecto radical de traducción hubiera alcanzado cada palabra de la lengua antigua, y como si el delirio no fuera más que el hundimiento, la derrota definitiva de la lengua. El retorno a lo natal es aquí una vuelta, una irrupción violenta. Estamos lejos de la dulzura, de la nostalgia, de lo que el portugués llama *saudade* (esa intraducible ternura de la ausencia). La lengua intraducible y ancestral es una suerte de *Grundsprache*, lengua aún más primitiva y deformada que la del Presidente Schreber, pero como ella, lengua salvaje animista y sexual, lengua del inconsciente, lengua loca de atar, una no lengua de la desligazón.

8.

Siempre, yo me decía: ¿qué hacer? No es a pesar de todo la lengua alemana la que se volvió loca. Y en segundo lugar: nada puede reemplazar a la lengua materna.

Son éstas declaraciones de Hannah Arendt en una entrevista publicada bajo el título: “¿Qué es lo que queda? Queda la lengua materna.” La *Muttersprache*, la irremplazable, la insustituible, la que está allí para siempre, siempre. El fondo, lo que funda la identidad del sujeto.

La angustia de lengua, la angustia en la lengua aparece cuando esta vacila, cuando puede perderse, cuando el sujeto hablante la abandona, cuando ella se desprende de él, o cuando él se separa de ella. Es inherente a –pero no exclusiva de– la situación de exilio, en tanto que experiencia de un trastorno profundo de la identidad psíquica y del investimento narcisístico que la sostiene. El hombre de pensamiento, necesariamente hombre de palabra, oral o escrita, no solo resiente esta angustia de modo privilegiado, sino que además posee los medios, en el objeto mismo que teme perder, para poder expresarla.

“Todo aquí parece bastante extraño, difícil y a menudo desconcertante, pero es éste a pesar de todo el único país en el que podemos vivir, Francia siendo para nosotros imposible a causa de la lengua”, escribe Freud a María Bonaparte (14) cuando huía de la Alemania nazi, de la ideología de la preferencia nacional y racial. Y a Saussure, en el mismo año, 1938:

“Quizás desdeñe Ud. un punto que vuelve la experiencia de la emigración tan dolorosa. Es, no puede decirse de otro modo, la pérdida de la lengua en la cual se vivía y se pensaba, y que no podrá jamás ser reemplazada por otra a pesar de todos nuestros esfuerzos y nuestra intuición. Con una comprensión dolorosa observo cómo expresiones habitualmente familiares me faltan en inglés y como Ello [Es] trata incluso de resistir a la escritura gótica” (15).

La pérdida de la lengua –desprenderse de ella, ser abandonado, dejado por ella– es una metáfora intensa de la angustia de la castración psíquica.

Paul Celan, él también un escritor judío de lengua alemana, dice, en esta página célebre, la palabra esencial de la lengua de la angustia:

*“Accesible, próxima y salvaguardada, en medio de tantas pérdidas, no quedó más que esto: la lengua. Ella, la lengua, fue salvaguardada, sí, a pesar de todo. Pero tuvo entonces que atravesar su propia falta de respuestas, atravesar un mutismo espantoso, atravesar las mil tinieblas de los discursos asesinos. Atravesó y no encontró palabras para lo que pasaba, pero atravesó ese pasaje y pudo al fin resurgir en la luz, **enriquecida** de todo aquello. En esos años y en los años que siguieron, intentó escribir poemas en esa lengua para hablar, para orientarme, para indagar el lugar en el que me encontraba y el lugar dónde hacia el cual yo era arrastrado, para esbozarme una realidad. Era, lo ven Uds., acontecimiento, movimiento, marcha, era la tentativa de encontrar una dirección” (16).*

La lengua no aparece solo como la que sostiene la relación con el otro es, fundamentalmente, la no-perdida, la “salva”, capaz de atravesar el desastre aún cuando no encuentra las palabras para nombrarlo; es la relación fundadora del sujeto consigo mismo, es ella, quien, hablando, esboza la realidad, orienta el encaminarse. Podemos

preguntarnos en que falta abismal de la lengua se hundió Paul Celan cuando se quitó la vida.

Estas consideraciones, esta perspectiva abierta por la palabra poética nos conducen hacia la lengua como íntima pertenencia, como lo más propio de la identidad subjetiva, porque es la única capaz de fundarla y sostenerla (la “salvaguardada”). ¿Nos alejamos acaso, siguiendo esta dirección, de la traducción? Esta proximidad sin límites con la intimidad más propia de una lengua –la que solo se revela en el poema– ¿nos separa de la lengua extranjera, la del extranjero, aquella que no nos pertenece?

Por el sesgo –ejemplar– de las lenguas, nos aproximamos de –o nos cuestionamos sobre– la relación de lo propio y de lo extranjero y, más precisamente, sobre el amor de lo propio y el amor de lo extranjero. El modelo de la traducción –que es tan frágil, a la vez efímero y durable por que se mantiene, a pesar de todo, como un ideal esencial de la civilización– nos ofrece el ejemplo de una posibilidad de superar la contradicción de las dos tendencias, el amor de lo propio, de lo natal, y el amor de lo otro, de lo extranjero, de la tierra de la comarca (con sus marcas) y del cosmopolitismo y del error. La traducción es un verdadero encuentro de lenguas. El sitio de la traducción es la diferencia que aproxima y separa: lejos de abolirla, la traducción se hace en ella. No pretende transformar la originalidad de una lengua en la extrañeza de la otra, pero descubre en la original la apertura y el llamado hacia lo extraño. Paul Valéry lo dijo con la precisión inigualable de la poesía: “En el abrazo amoroso de la traducción, las lenguas, como los amantes, estrechan aquello que ignoran”.

Podemos pensar nuestro trabajo clínico –al menos un aspecto de éste– como una actividad traductiva. Estamos a la escucha de la lengua “extraña” que trata de hablar en el delirio, en el síntoma; tratamos de descifrar esa lengua de fondo, primordial, salvaje, primitiva; habla el afecto, dice lo sensorial, es esencialmente sexual. Se expresaba desnuda en el grito del guerrero, en el grito del gozo. Es necesario traducir y “reprimir” esta lengua para apropiarse del lenguaje. Pero no hay que olvidarla: sin ella, sin su hontanar, el lenguaje corre el riesgo de descaecer, y no hablaríamos sino lenguas muertas.

9.

¿Debemos, como Freud lo hacía en **El porvenir de una ilusión**, descuidar la diferenciación entre *Kultur* y *Zivilisation*? Jean Starobinski da una interpretación de esa actitud de Freud: él quería reencontrar en el seno del campo unitario de que llama “cultura” el conflicto pulsional, primordial, originario entre la pulsión de vida, Eros, y la pulsión de agresión y muerte (17). Freud deja así al margen un conflicto conceptual, civilización-cultura, para volver sobre el conflicto pulsional de vida y muerte que se encuentra tanto en el “subsuelo del edificio” como en sus más bellas fachadas. Ese conflicto, verdadero “motor primero” de la existencia de la Naturaleza, de Psique o de la sociedad, es el movimiento mismo de toda “formación” cultural: de *la cultura animi*, primeramente, la formación psíquica de cada individuo, la construcción del yo íntimo, la cultura de sí; de la formación de la cultura de una masa o de un pueblo, luego, con las características propias de una evolución histórica y geográficamente determinadas; de la cultura, en fin, en su acepción más general y abstracta, como proceso en obra en no importa que grupo social, de cualquier etnia o región geográfica. El conflicto es inextinguible, no hay lugar para un tercer término a la Hegel, que sobrepasaría los dos primeros. No a la ilusión: el conflicto, el reino de Polemos, la guerra de los contrarios es sin fin. Ese conflicto no admite progreso: está siempre en proceso. “La oposición, verosímilmente inconciliable, de las pulsiones originarias, Eros y muerte.” (18). El conflicto entre el individuo y la sociedad, o entre el proceso de cultura y el que se desarrolla en el seno mismo del individuo, es de otra naturaleza al conflicto que opone sin tregua a las dos pulsiones; en las dos circunstancias primeramente evocadas, la discordia se da en el campo de la economía de la libido, es, dice Freud, comparable a la disputa amorosa entre los objetos y el yo en relación con el investimento libidinal. Pero el conflicto amor/muerte, pulsión de vida y pulsión de destrucción y de autodestrucción, es radicalmente **inconciliable**. Lo originario de las dos pulsiones es lo inconciliable mismo. La **salvajería originaria** de cada pulsión, de la pulsión está allí: la pulsión, de vida o muerte, quiere cumplirse ella misma, se afirma, indómita, sin ningún reparo por las consecuencias de su cumplimiento. Rehúsa todo amaestramiento, evita toda tentativa de domesticación. Es, en este sentido, heroica: más que alcanzar el objeto, lo que le interesa es cumplirse a sí misma y a partir de sí misma; su único destino es la hartura o la saciedad de su propia fuerza. La pulsión sexual de vida puede así ser tan salvaje como la pulsión de muerte. Lo salvaje es lo originario, lo primitivo de cáela pulsión, lo sexual

mismo de lo pulsional: avanzaren la búsqueda de su propia satisfacción hasta el agotamiento de su íntimo impulso.

La civilización estaría, también ella, en el campo de la libido, por encima de ese conflicto ambivalente que constituye el fondo de cada cultura. Para decirlo esquemáticamente, la cultura, cada cultura, necesariamente marcada por el conflicto pulsional originario, es el amor de sí y de lo propio, el despliegue de lo que diferencia y limita, de lo que, en cada forma particular –una obra, una lengua–, necesita cultivarse, preocuparse por su potencia propia para que ella se afirme y se vuelva ella misma. La civilización es el amor de lo extranjero, la curiosidad por el otro, la deferencia hacia lo diferente, el respeto y la consideración por lo heterogéneo. La civilización es la coexistencia y el diálogo productivo de diferentes culturas. En la medida en que una cultura hace suyo el ideal cosmopolita de la civilización, se aleja de lo salvaje íntimo para aproximarse al intercambio y la deferencia civilizada. Solo la vida de la traducción puede asegurar, sin demasiadas pérdidas, evitando el riesgo del amaestramiento y la domesticación, lo originario de las lenguas y de las obras, en el paso, la mediación de la civilización (19).

No es un azar si, al final del penúltimo capítulo de **El malestar en la civilización** y aún en el párrafo final del mismo texto, Freud evoca el *Wilhelm Meister* de Goethe. Esta obra, como el Fausto, le acompañó hasta su muerte, permaneciendo una forma abierta e inacabada: es el prototipo, el ideal mismo del *Bildungsroman*, de la novela de formación. La novela cuenta la formación íntima de un individuo que se confronta a la sociedad, que acepta la ley y el respeto de la comunidad y que se vuelve el tipo de hombre de acción idealista, conciliando el arte y la vida práctica, la vida privada y la vida colectiva. Pero Freud recuerda al arpista, un personaje demoníaco y romántico, que dirige su canto a las “poderes celestes”:

Nos introducís en la vida

Hacéis que el desgraciado se vuelva culpable

Después lo abandonáis al tormento

venga en la tierra.

El canto triste y angustiado del viejo, ese “genio protector y tutelar”, su queja desgarrante, parece aunarse a la reflexión de la sabiduría freudiana: el pensador, el hombre teórico, pero también el analista, el hombre que trabaja con lo psíquico, pueden

poco ante “los poderes celestes”, el amor y el odio, Eros y el deseo de muerte y autodestrucción. No se trata de una visión pesimista, sino de una constatación trágica. Esta no conduce al renunciamiento; la pasión de Freud por la obra de cultura persiste indemne. Ni siquiera necesita satisfacerse por resultados, tampoco se inspira de la trascendencia religiosa o de la ilusión de alcanzar algún bien. No se justifica más que por sí misma, solo pretende cumplirse en el movimiento de su propio trabajo. Ante la violencia originaria de los hombres el pensamiento se indigna y denuncia. Pero ¿por qué?, ¿cuál es la motivación mayor de esa reacción? “La razón mayor por la cual nos indignamos contra la guerra es que no podemos hacer otra cosa” (20).

10.

Los chipayas creían ser los únicos sobrevivientes de los urus. Estos últimos constituían el cuarto de la población del altiplano boliviano antes de la colonización española. Los urus fueron diezmados por sus eternos enemigos, los aymarás, y luego, como tantos otros indígenas americanos, por los conquistadores. Durante siglos los chipayas lucharon contra los aymarás, los “hombres secos” que habitaban el norte, una zona árida y elevada. Los chipayas, confinados en el sur, en una zona húmeda y baja, eran los “hombres del agua”. Actualmente los chipayas poseen un territorio bien delimitado, campos y ganados. Hablan todavía la lengua de sus ancestros urus, el puquina. Saben que casi todos los urus han desaparecido. Sin embargo, hay quien cuenta que ha encontrado otros willi-willi, “comedores de flamencos”, como ellos mismos. Se trata en efecto de los moratos, también descendientes de los urus, reducidos a una quincena de familias. Son muy pobres, no poseen nada, viven de la caza y de la pesca. Ya no hablan la lengua de los urus, solo conocen el aymara, la lengua de sus antiguos vencedores. Los aymarás los han obligado por la violencia a abandonar su lengua de “salvajes”, que no era, para los oídos de los vencedores, un lenguaje humano. Solo una anciana recordaba la lengua de los ancestros. Un etnólogo francés, que conocía desde hace mucho tiempo a los chipayas, tuvo la idea de hacer posible un encuentro entre los dos grupos descendientes de los urus. Acompañado de dos chipayas visitó a los moratos. Cuando los hermanos olvidados se encontraron, solo podían comunicarse en la lengua aymara, la de los vencedores. Se reconocieron sin embargo por algunos gestos, algunas costumbres comunes: utilizaban los mismos instrumentos de pesca y caza, el mismo sistema de lazos aéreos. En honor de los visitantes los moratos se reunieron en

asamblea. El presidente pronunció un largo discurso recordando los sufrimientos de los ancestros y la solidaridad que unía a todos los urus. Los visitantes respondieron retomando los mismos temas. Cuando llegó el momento del adiós, los moratos forman un círculo alrededor de los visitantes. Les suplican hablar, antes de retirarse, en su lengua, la antigua lengua uru, que ellos habían olvidado. Los dos chipayas comienzan a hablar. Los moratos escuchan, retiran sus sombreros e inclinan sus cabezas. Oyen piadosamente, sin comprender. Sollozan en silencio. Se pusieron en fila, y todos, uno a uno, abrazaron a los dos hermanos reencontrados, agradeciéndoles.

Resumen

El autor realiza un recorrido psicoanalítico que conduce a diversas construcciones sobre los orígenes y la identidad. Junto con aportes de la historia, la literatura y la filosofía, interroga lo natal. La articulación entre lengua y lugar es trabajada desde el texto freudiano sobre lo “unheimlich” La madre se instituye como “primera residencia hablante”. Tanto el amor por lo natal como sus desbordes mortíferos son ampliamente tratados e ilustrados desde la obra heideggeriana.

La clínica con pacientes exiliados enriquece esta perspectiva donde la lengua –como lo más propio de la identidad subjetiva, su “salvaguarda”– se experimenta como perdida y en este sentido metáfora de la angustia de castración psíquica.

El autor postula el carácter de traductibilidad como condición misma de la lengua y así plantea la hipótesis de que una especie de traductibilidad primitiva está en el origen de las lenguas.

Este modelo de la traducción permitiría entonces superar la contradicción entre las dos tendencias: el amor a lo propio o natal y lo diferente, cosmopolita.

Summary

The author carries out a psychoanalytical journey that leads to various constructions concerning origins and identity. Together with contributions from History, Literature and Philosophy, he questions the natal origins. The articulation of language and place is worked out from the “unheimlich” text of Freud. The mother is instituted as the “first speaking residence”.

Love for the natal origins and its deadly outbursts are widely dealt with and illustrated from Heidegger's work.

Working with exiled patients enriches this point of view, where language –the subjective identity's essence, its "safeguard"– is experienced as a loss and, in this sense, is a metaphor of the psychic castration anxiety.

The author proposes the possibility of translation as a condition of language itself, and so states the hypothesis that a kind of primitive possibility of translation would be at the origin of languages.

This model of translation then would make possible to overcome the contradiction in terms, of both tendencies: love for one's own or natal origins, and what's different, cosmopolitan.

Descriptores: LENGUA / IDENTIDAD / LO SINIESTRO

Notas

1. Citado por, L. Bravo, "Agua encendida", en Brecha, 24.07.98, Montevideo.
2. O. Paz, "Viento entero", Ladera este, Teatro de signos, Madrid, Editorial Fundamentos, 1974.
3. O. Paz, El arco y la lira, México, F. C. E., 1956, p. 13.
4. He seguido las indicaciones del Littré, para el francés, y del Diccionario de los usos de M. Moliner, para el español.
5. S. Freud, "L'inquiétante étrangeté", L'inquietante étrangeté et autres essais, Gallimard, traductions nouvelles, 1985, p. 209 (mi traducción al español).
6. S. Freud, Ibid, p. 252.
7. Publicado en el Magazine littéraire dedicado a Heidegger, n° 235, noviembre, 1986, y en M. Heidegger, Écrits politiques, Gallimard, 1995.

8. Cf. el capítulo “Le projet du camp scientifique”, del libro de Hugo Ott, Martin Heidegger, Payot 1990 (existe versión española), del que utilizo citas e informaciones.
9. M. Heidegger, “Le chemin de campagne”, Questions III, op. cit., Gallimard, 1996.
10. H. Ott, Martin Heidegger, op. cit., p. 354.
11. M. Heidegger, “Hebbel, l’ami de la maison”, Questions III, op. cit., p. 45. 12. P. Celan, “Tocltnauberg”, Strette et autres poèmes, Mercure de France, 1990, p. 110.
13. O. Paz, “Vuelta”, Le Feu de chaque jour, edición bilingüe, por Claude Esteban, Gallimard, 1979.
14. S. Freud, Carta del 4 de octubre 1938, Correspondance, Gallimard, 1966.
15. Citado por J. Amati Mehier, “Le glossaire du point de vue du Comité des langues”, Psychanalyse en Europe, 1997.
16. P. Celan, “Discours de Brême”, Poèmes, traducción de J. E. Jackson, Editions Une, 1987, p. 16 (mi versión española).
17. J. Starobinski, “Le mot ‘civilisation’”, Le Temps de la Reflexión, n° IV, Gallimard, 1983, p. 43.
18. S. Freud, Malaise dans la civilisation, Œuvres complètes, T. XVIII, PUF, 1994, p. 328.
19. Sobre la articulación de esta dialéctica entre cultura y civilización, cf. el excelente artículo de Denis Kambouchner, “La culture”, Notions de Philosophie, T. III, Gallimard, 1995.
20. S. Freud, “Pourquoi la guerre?”, Œuvres complètes, op. cit. , T. XIX, 1995, p. 80.
21. N. Wachtel, Le retour des ancêtres, Gallimard, 1990, p. 227.

Imaginación y regresión en la perspectiva postkleiniana

Guillermo Bodner¹

En uno de sus trabajos sobre técnica, Freud (1912, pág. 115) aconsejaba al analista tener una actitud receptiva a las asociaciones del paciente y orientar “hacia el inconsciente emisor del enfermo su propio inconsciente como órgano receptor”. Freud sugiere que el analista no sólo escucha, sino que *recoge* una amplia gama de elementos que forman la experiencia subjetiva.

La investigación de las relaciones de objeto en la transferencia, revela diversas comunicaciones que acompañan a las palabras pero van más allá de ellas. Por lo tanto, la actitud del analista debe facilitar que su inconsciente no sea sólo un “aparato receptor” de las asociaciones sino un lugar de acogida para las emociones y las identificaciones inducidas por el analizado y que afectan nuestra subjetividad. Este campo receptivo ampliado se relaciona con la llamada “situación total” (Klein, M. 1952; Joseph, B. 1985).

En este trabajo deseo hacer algunas reflexiones sobre la subjetividad del analista y su función como “inconsciente receptor”. Considero que una actitud analítica adecuada cumple una *doble función simultánea*: a) acoge las comunicaciones del paciente y b) se diferencia de las identificaciones inducidas por ellas, para elaborar su sentido. Sugiero que la fase de acogida, sólo es posible si el analista se permite un cierto grado de **regresión**, mientras que la diferenciación, que es una desidentificación, opera a través de **la capacidad imaginativa**. Para buscar un apoyo conceptual, revisaré brevemente algunas ideas sobre la fantasía inconsciente y la imaginación, así como acerca de la regresión normal y patológica.

Entre la fantasía inconsciente y la imaginación

1. Sociedad Española de Psicoanálisis.
Josep Irla i Bosch 2, 7-2, 08022, Barcelona, España. E-mail:argui@intercom.es

La extensión del término de fantasía inconsciente, tal como lo acuñaron Klein e Isaacs, determinó un cambio de nivel respecto al modelo freudiano. La idea de que las ansiedades primitivas o sus defensas subyacen a todos los procesos mentales modificó la forma de entender el proceso analítico.

El concepto kleiniano de “fantasía inconsciente” plantea problemas teóricos importantes. El trabajo de S. Isaacs fue escrito en 1943, para las “*Controversial discussions*” y aunque fue publicado en 1948 no se revisó de modo sistemático, para integrarlo a los desarrollos que implicaban las nociones de posición esquizoparanoide, identificación proyectiva (Klein, M. 1946), la envidia y sus defensas (Klein, M. 1957). Considero que el concepto mantiene toda su validez, para designar aquellos procesos que desde el punto de vista de un observador son considerados “psíquicos”, pero que desde el punto de vista del sujeto no tienen el carácter de producciones mentales, porque son vividos como datos inmutables de “su realidad”, no disponibles para la crítica. En ello radica su cualidad concreta y “omnipotente”.

M. Brierley (1945) pensaba que al unir en un solo concepto la *fantasía* de incorporación con el *proceso* de introyección, se confundía *la experiencia subjetiva* y *el pensamiento objetivo*, una falacia que podía llevar a conclusiones erróneas. Esta crítica se basa en argumentos sólidos, pero en el funcionamiento mental inconsciente nos encontramos *realmente* con ese ámbito en el que la experiencia subjetiva y el pensamiento objetivo no tienen un límite claro. Si esto es así, la confusión no es un defecto de la teoría kleiniana de la fantasía, sino un reflejo de cómo son vividas las experiencias subjetivas en los niveles primitivos del desarrollo o en ciertas formas del funcionamiento normal.

Más allá de algunas elaboraciones de H. Segal y otros trabajos más recientes, los autores kleinianos no han revisado de manera sistemática el trabajo clásico de Isaacs. Por lo tanto, sus ideas no se han integrado con la teoría de las posiciones plenamente desarrollada, y tal vez no se haya clarificado la diferencia entre la fantasía que funciona al servicio de la realidad, de la que opera para evadirse de ella. Algunos autores han señalado que el énfasis de M. Klein en que la realidad psíquica y la realidad externa son subjetivamente reales, podría confundir sus diferencias, porque el funcionamiento psíquico se dirige en parte hacia la realidad externa y en parte a las construcciones defensivas idealizadas.

Britton piensa que en las “Controversial Discussions”, se habría perdido un aspecto importante, que es “la diferenciación entre las fantasías infantiles que acompañan a las experiencias actuales y las fantasías infantiles conjuradas para negar la experiencia” (Britton, R. 1998, pág. 110). El tema es importante, porque el análisis no busca solamente mejorar la prueba de realidad del paciente con sus experiencias objetivas sino también, frente a su experiencia subjetiva.

La necesidad de recuperar la distinción entre fantasía y realidad fue una de las razones por las que Winnicott (1945) y Milner (1952) introdujeron el concepto de ilusión. Algunos autores utilizan la palabra “imaginación” para designar el proceso de elaboración, organización y configuración de las imagos que favorecen el proceso secundario y reservan el término fantasía para el uso de las imagos por el proceso primario. Según Rycroft (1968), esta precisión tiene dos ventajas: a) hace más clara la diferencia entre proceso primario y proceso secundario, sin ignorar que todo pensamiento realista está sostenido por las “fantasías inconscientes” descritas por Isaacs; b) concibe la imaginación como un requisito esencial en la aprehensión de la realidad.

Rycroft enfatizó que los procesos secundarios son realistas, cuando se relacionan con objetos a través de las emociones. Dice que “el proceso secundario es la forma de actividad mental que corresponde al componente autopreservativo de la adaptación, mientras que el proceso primario es la forma de actividad mental que corresponde al componente libidinal de la adaptación” (Rycroft, C. 1968). La aplicación disociada del proceso secundario a las relaciones afectivas no es realista ni adaptativa. Clínicamente se presenta como una defensa intelectual; del mismo modo, la aplicación disociada de los procesos primarios a la naturaleza externa, manifiesta un pensamiento prelógico animista. Cuando la ligazón libidinal se deteriora, la capacidad imaginativa se disocia de la realidad externa y opera en un ámbito psíquico en el cual las imágenes dejan de *representar* a los objetos externos y se convierten en *sustitutos* de ellos.

Creo adecuado mantener el concepto kleiniano de fantasía inconsciente para designar la función organizadora de las estructuras básicas del psiquismo y de sus relaciones dinámicas. Pero, del lado del analista y de su función mental, es conveniente designar otro nivel en el proceso de abstracción, en la construcción del concepto y del símbolo.

H. Segal (1991) sostiene que si bien la fantasía inconsciente subyace a todas nuestras actividades, incluidas las más realistas, existen fenómenos que expresan más directamente el simbolismo de las fantasías inconscientes. Entre ellas Segal incluye la *imaginación*, que produce modificaciones a partir de percepciones de la realidad, “la imaginación, a diferencia de la ensoñación, necesita de cierto abandono de la omnipotencia y el enfrentamiento de la posición depresiva” (pág. 104). En este trabajo H. Segal distingue entre la imaginación que funciona creando el espacio “como-si” de la ensoñación diurna, de la imaginación basada en “que-pasaría-si”, una actividad destinada a anticipar lo que ocurrirá si se modifican algunos parámetros de la realidad. “Este tipo de imaginación no niega la realidad sino que explora posibilidades” (pág. 107).

V. Rosen (1960) dice que el prototipo de la capacidad para imaginar en el yo temprano, está conectada con el desarrollo de la “constancia objetal”. Las perturbaciones en la capacidad de imaginar, expresan: una incapacidad relativa para abandonar imágenes y conceptos una vez formados; dificultad de retener los elementos de una imagen descompuesta a través de una serie de transformaciones; una perturbación en la función sintética; una incapacidad para la ‘ilusión controlada’ o ‘hacer suposiciones’, debido a la intolerancia de la ambigüedad perceptiva.

La imaginación sería una constelación de funciones, que tiende a llenar el vacío de la ambigüedad con una nueva estructura conceptual, base de futuras exploraciones del mundo externo e interno, al mantener una posición equidistante entre la realidad externa y la realidad psíquica (Rosen, V. 1960). La aprehensión de la constancia del objeto permite este estado, que se describe como “ilusión controlada” y que es una condición para el análisis. La constancia del objeto hace abandonarlo con la expectativa de una reconstrucción activa, mientras que la ansiedad excesiva obstaculiza el desarrollo de la imaginación productiva.

Rosen piensa que la capacidad para formular conjeturas, requiere de una movilidad entre lo representacional y lo ilusorio, manteniendo el contacto simultáneo con la realidad y la fantasía. La imaginación estimula el reconocimiento por parte del niño de la existencia de una realidad extra sensorial. La prueba de realidad incluye “la expectativa de una realidad más allá del horizonte espacio-temporal de la cognición habitual” (Rosen, V. 1960). La maduración de los aparatos perceptivos, trae consigo el descubrimiento de los objetos, sus atributos y sus relaciones. Es posible que esto

prepare al adulto para descubrir las limitaciones de sus sentidos y proporciona una imagen corporal más sofisticada, así como un concepto de espacio, tiempo y relaciones que ninguna prueba de realidad “práctica” podría conseguir.

El reconocimiento de la realidad psíquica, de las relaciones de objeto que están más allá de lo perceptivo, requiere tolerar la ambigüedad, la ausencia de sentido, el desconcierto. En términos kleinianos, aceptar cierta regresión a lo esquizoparanoide, a la espera de la conjetura sin “saturar” la comunicación.

Cuando el analista escucha, debe darse cuenta del papel que el paciente le hace desempeñar inconscientemente. Para diferenciarse de las identificaciones inducidas por las proyecciones del paciente, el analista pone en juego su capacidad imaginativa. Se trata de mantener el contacto entre fantasía y realidad, “explorar posibilidades” de sentido para elaborar una hipótesis plausible acerca de la realidad interna del paciente en ese momento de la relación transferencial. Para esta función considero adecuado el concepto de imaginación, que designa la función del analista que atribuye un sentido simbólico a la fantasía inconsciente del analizado.

La función imaginativa del analista es una función que permite entender las comunicaciones del paciente como *fantasías*, como actividad mental dramatizada, que al ser interpretada puede perder su condición omnipotente. Cuando el paciente tolera una interpretación adecuada, su fantasía puede dejar de ser un hecho inmutable, y convertirse en un elemento de observación.

Steiner (1996) utiliza el término de “imaginación constructiva”, tomado de Coleridge, para designar el movimiento que implica “dejar de estar atrapado en una identificación y poder usar la imaginación”. Es una zona inevitablemente oscura en la que los esfuerzos por conceptualizar, no nos permiten escapar de las penumbras. La función que trato de describir, ocurre en los límites de la conciencia, y reúne, sintetiza y da sentido a la multiplicidad de recepciones cognitivas, sensoriales y emocionales, pero *no es* la fantasía inconsciente, sino que es algo que *funciona sobre la fantasía inconsciente*. Kant, indagó las condiciones que hacen posible la síntesis de la sensibilidad y el entendimiento, reuniendo la variedad de lo múltiple en un único pensamiento. Esta síntesis, dice, es un mero efecto de la *imaginación*”, a la que define como “una función anímica ciega, pero indispensable, sin la cual no tendríamos

conocimiento alguno y de la cual, sin embargo, raras veces somos conscientes” (Kant. I. 1787, pág. 112).

La regresión: de la psicopatología al encuadre

La captación de la fantasía inconsciente sólo es posible si la pareja analítica tolera cierto grado de regresión. Freud utilizó el término desde sus primeros escritos hasta darle un nivel conceptual en la “La interpretación de los sueños”. (Freud, S. 1900). En la primera tópica y la teoría del desarrollo libidinal Freud diferenció tres formas de la regresión: a) tópica: considerada desde el aparato psíquico; b) cronológica: por la reactivación de formaciones psíquicas más antiguas; c) formal: cuando se sustituye el funcionamiento más evolucionado por otro más primitivo; concretamente, el proceso secundario por el proceso primario.

En la obra de Freud, la regresión se ubica en la línea de las etapas libidinales y la organización del yo y se relaciona con la formación de síntomas, con el sueño o con la realización alucinatoria del deseo. Pero también se vincula con la creatividad, cuando explica que el poeta muestra que cosas que en la realidad nos son indiferentes, se convierten en una fuente de goce mediante el juego de la fantasía (Freud, S. 1908).

Es de destacar la idea de que la identificación implica una regresión. En “Duelo y Melancolía” (Freud, S.1917) describe una identificación que sustituye a un objeto perdido: “la identificación narcisista con el objeto se convierte entonces en sustituto de la investidura de amor” y agrega que este proceso “corresponde a la *regresión* desde un tipo de elección de objeto al narcisismo originario” (pág. 247). Así, todo cambio en las identificaciones del yo, que sustituye a una relación con un objeto, implica un componente regresivo que no supone necesariamente patología sino que forma parte del desarrollo normal

M. Klein utilizó el concepto de regresión tal como lo había recibido de Freud y Abraham, hasta que el desarrollo de su propio modelo le dio un sentido diferente. Sin embargo, en el artículo de S. Isaacs y P. Heimann (1943) hablan de la regresión hacia los puntos de fijación del desarrollo libidinal, aclarando que “el movimiento regresivo de la libido y los instintos destructivos debe ser considerado dentro del contexto de la experiencia emocional y la vida de fantasía”. Cuando la integración se concibe como la

elaboración de las ansiedades primitivas, la regresión no refleja sólo la inversión del recorrido libidinal sino el movimiento desde lo depresivo hacia lo esquizoparanoide.

La psicología del yo ha estudiado la regresión en el proceso analítico V en el encuadre. La atmósfera de privación del encuadre analítico pondría en marcha una regresión, al limitar la relación con el objeto. Algunos autores creen conveniente favorecer esta regresión para que surjan los aspectos infantiles del paciente a los que se les ofrece una nueva oportunidad en su desarrollo (Macalpine, I. 1950; Loewald, H. 1960). Etchegoyen (1986) sostiene que el encuadre no produce la regresión, sino que el paciente viene con ella, “su enfermedad *es* la regresión”; piensa que “la idea de *holding* de Winnicott o de continente de los autores kleinianos, explica la dinámica del proceso analítico” (pág.505).

La diferencia radica en considerar que el encuadre *promueve* la regresión o que no hace más que *permitir* que se manifieste una regresión que ya existe. E. Kris (1936, 1939, 1950), acuñó el concepto de “regresión al servicio del yo”, al considerar que el yo puede regresar activamente y enriquecerse en contacto con el proceso primario.

Loewald (1960) señala que el paciente que puede sumergirse en la crisis regresiva de la transferencia sostenido por su relación con el analista, podrá llegar al “nuevo descubrimiento de objetos”. No se trata de “descubrir nuevos objetos” sino de la oportunidad de “redescubrir” los caminos primitivos del desarrollo.

Winnicott (1955) sostiene que la única forma de corregir los trastornos graves del desarrollo es brindando al paciente la oportunidad de hacer una regresión con toda la profundidad necesaria para reemprender el proceso desde el punto en el que había quedado “congelado”. Winnicott considera que la regresión “no se dirige sólo a puntos buenos o malos en la experiencia instintiva del individuo, sino también hacia puntos buenos y malos en la adaptación del ambiente a las necesidades del yo y del ello en la historia del individuo” (pág. 19). Winnicott, pone el acento en el desarrollo y la dependencia del yo, en cuyo caso la regresión se refiere a la adaptación ambiental con sus éxitos y fracasos.

A mi modo de ver, la comprensión del paciente en términos exclusivos de desarrollo libidinal es parcial. El concepto de “posición” acuñado por M. Klein, abrió un camino para reflexionar cómo las mismas experiencias pueden ser frustrantes o gratificantes según el estado mental predominante, esquizoparanoide o depresivo.

Los trabajos de Heimann (1950), Rosenfeld (1971, 1987), Bion (1962a, 1962b), Meltzer (1966) y Racker (1958), ilustraron diferentes formas de identificación proyectiva, y sus consecuencias sobre el estado mental del analista. Considero que la recepción por parte del analista de las identificaciones “inducidas por proyección” requiere cierto grado de regresión.

J. y A. M Sandler han descrito una “función anti-regresiva del yo” (1994) que opera a lo largo del desarrollo y en la vida cotidiana. Las personas que no pueden relajar esta función se encuentran en situación de riesgo psicológico. La regresión provoca una pérdida transitoria de los límites entre las representaciones del *self* y las representaciones de objeto, mientras que la función anti-regresiva tiende a restablecer los límites perdidos. Estos autores consideran que los objetivos del tratamiento psicoanalítico se obtienen cuando es posible mantener un proceso en el cual “el paciente pueda permitirse de manera creciente, relajar la función anti-regresiva al servicio del análisis y sentirse seguro mientras lo hace” (Sandler, J; Sandler, AM. 1994, pág. 436).

La exageración de los términos en que se priva o se gratifica al paciente, implica el riesgo de la seducción o la persecución con sus consecuencias indeseables. El acento puesto actualmente en la interacción y la intersubjetividad, así como el papel real del analista, si bien aporta matices enriquecedores, no debería modificar los aspectos básicos del encuadre. La flexibilidad no debe ser incompatible con el rigor, diferente de la rigidez, porque sólo un marco riguroso puede sostener las dificultades del trabajo.

Regresión, equilibrio y cambio psíquico

La idea de Freud de que la identificación comporta un elemento regresivo; el concepto de Kris de una regresión al servicio del yo; la hipótesis de Sandler sobre el relajamiento de la función anti-regresiva o las observaciones de Winnicott, sugieren que no toda regresión es patológica. Por el contrario, muchas veces el sufrimiento expresa la dificultad del paciente para *permitirse regresiones*.

Observando la psicopatología a la luz de la transferencia, se obtiene una comprensión dinámica de su sentido actual. El concepto de “organizaciones defensivas patológicas” (Rivière, J. 1936; Rosenfeld, H. 1971; Joseph, B. 1982; Steiner, J.1987, 1990), describe la situación de pacientes atrapados en sistemas defensivos, altamente organizados.

Según J. Steiner (1993) la idea del “*psychic retreat*” señala una compleja organización que protege contra ansiedades paranoides y depresivas. Bajo esta organización, los pacientes no pueden tolerar la pérdida de objetos por el riesgo depresivo que supone, pero tampoco pueden incorporar nuevas experiencias por las ansiedades paranoides, confusionales o riesgos de descompensación del equilibrio patológico. Es decir, el riesgo de fragmentación psicótica por un lado y la carga insoportable de culpa por otro (Joseph, B. 1989; Steiner, J. 1990).

Por lo tanto, si la estabilidad puede estar al servicio de la organización patológica y la regresión puede ser útil para el desarrollo, veremos algunas consecuencias que estos matices implican sobre nuestros modelos teóricos.

La teoría de Bion sugiere que no sólo las pulsiones o las relaciones de objeto organizan el psiquismo sino que los propios pensamientos impulsan la estructuración del aparato mental. Bion (1963) cree que para que un pensamiento emergente alcance contención, forma y significado, debe permanecer en “estado esquizo-paranoide” un tiempo suficiente que permita la ocurrencia de un hecho seleccionado que conduzca a una nueva integración “depresiva”.

El pensamiento creativo implica necesariamente el dismantelamiento de creencias anteriores. Sólo es posible acceder a otra manera de pensar, si se tolera la destrucción del sistema previo y la vivencia subjetiva de alguna catástrofe psíquica. El momento de destrucción, es vivido como un movimiento hacia lo esquizoparanoide mientras que la creación de un pensamiento nuevo, va hacia una *nueva* posición depresiva.

Esto significa un cambio en el modelo unidireccional de Klein, en el que la elaboración de la posición depresiva, se podía entender como un feliz “punto de llegada”. El modelo de Bion, significa que la vida psíquica experimenta constantes fluctuaciones, hacia “delante” y hacia “atrás”. El pensamiento creativo requiere tolerancia a la desintegración sin que se pongan en marcha de modo automático las defensas omnipotentes. Klein describió los movimientos desde lo depresivo hacia lo esquizoparanoide, como una defensa contra la culpa y la preocupación insoportable por la suerte del objeto. Las propuestas de Bion, amplían estas ideas, describiendo *formas de regresión no patológica* desde lo depresivo a lo esquizoparanoide.

Desde esta perspectiva, las posiciones esquizoparanoide y depresiva, pueden designar: a) fases del desarrollo de las relaciones de objeto, b) formas de estabilidad

patológica o c) movimientos normales del psiquismo. No me extenderé sobre la fase del desarrollo de las relaciones de objeto, porque corresponde a la descripción kleiniana clásica. Las formas de estabilidad patológica, corresponden a las organizaciones defensivas mencionadas más arriba. En cambio, haré unas reflexiones sobre el movimiento PsD, en el funcionamiento normal del psiquismo y su aplicación en la comunicación de la fantasía inconsciente.

La actitud receptiva reclama del analista una disposición a abandonar la seguridad de su estado mental y dar lugar a nuevas experiencias de incertidumbre. A partir de una situación estabilizada, en el paciente o en el analista, cualquier aprehensión de algo totalmente novedoso amenaza el equilibrio anterior. Es un retorno, transitorio y normal, a un tipo de posición esquizoparanoide, que desorganiza *las creencias* pero no *la personalidad*, y además *contiene y no disocia el hecho novedoso que provocó la desorganización*.

Britton (1998) denomina a esta situación “posición postdepresiva”, que se configura como un punto de partida de reorganización mental. Si relacionamos estas ideas con el modelo del repliegue psíquico de Steiner, veremos que no siempre está abierto el paso de una posición a la otra. Hay formas de D y de Ps que se configuran como *repliegues no disponibles* para un ulterior desarrollo.

De acuerdo con Britton podríamos describir la “posición esquizoparanoide normal” como el estado en el cual las ideas están presentes pero no hay una *estructura integrada de creencia*. Es un estado de expectativa o esperanza que se puede acompañar de un sentimiento de euforia o de temor. En la situación analítica corresponde a la recepción de las comunicaciones del paciente, pero sin entender su significado. Sentimos la presión de precipitarnos en una interpretación que puede tener un efecto asegurador para nosotros mismos o para el paciente. Si podemos tolerar la incertidumbre, permanecer un tiempo en el estado esquizoparanoide normal, podrá surgir el “hecho seleccionado” que ayude a integrar lo que estaba disperso y acceder a una nueva integración “depresiva”, que ya no es idéntica a la anterior porque contiene un incremento de experiencia.

Cuando en análisis aparece un hecho nuevo, al recuperar aspectos reprimidos o disociados, se perturba la coherencia del sistema anterior. Subjetivamente puede ser vivido como una amenaza de incoherencia, que induce a formas patológicas de regresión, para recuperar el equilibrio y la coherencia, dejando de lado la experiencia

nueva. Tanto el paciente como el analista pueden sentir la necesidad de reasegurarse, rechazando lo inquietantes y retornar a una coherencia, que no es la anterior, porque niega lo nuevo y configura una **falsa certeza**. Este camino regresivo patológico da lugar a formas estables de organización defensiva. Las viejas creencias son adoptadas como dogmas, como ideas irreductibles cuya manifestación delirante puede ser más o menos manifiesta, con vivencias que oscilan entre la omnisciencia maníaca o formas melancólicas de desesperación omnipotente.

La posibilidad de aceptar la nueva experiencia, representa la confianza en que la futura integración producirá un resultado que, aunque nos sea desconocido, se acompaña de esperanza. Confianza en el analista que acepta la desconfianza; esperanza en un proceso que es capaz de contener la desesperación; confianza en la constancia del objeto que no elimina las dudas del sujeto sino que ayuda a contenerlas.

Si el sentimiento de pérdida puede ser tolerado, la experiencia nueva da lugar a una regresión desde la posición depresiva hacia lo esquizoparanoide al servicio del crecimiento mental, porque existe una nueva experiencia añadida y tolerada. Este movimiento regresivo es esencial en esta perspectiva del modelo postkleiniano, porque es una regresión al servicio de la integración, de la comprensión y del desarrollo.

La actitud mental del analista

Para J. Arlow (1993) el entendimiento mutuo deriva de “la capacidad del lenguaje humano para crear en la mente del que escucha, **estados mentales** semejantes al del emisor”. Considera que los estados mentales que permiten compartir fantasías inconscientes son “una dimensión inexorable de todas las experiencias sociales, particularmente la experiencia estética. Es uno de los componentes esenciales de la experiencia analítica”. Arlow llama **fase estética**, al primer momento, constituido por la identificación, la empatía, la intuición y la introspección. Ésta se complementa con una **fase cognitiva** que abarca desde la recepción al *insight*.

Para D. Beres (1957), “lo que se comunica es una creación del analizado, que se convierte en algo así como un artista creativo. El analista es la audiencia a quien se comunica la creación pero su papel en el proceso no es puramente pasivo, porque la actividad del analista tiene el efecto de reunir una disociación en el funcionamiento del paciente”. En diversos trabajos (Beres, D., 1957, 1960), este autor insiste en diferenciar

los *procesos* de pensamiento de los *productos* del pensamiento. El pensamiento tiene sus propios estadios de desarrollo, desde los momentos precoces mágicos hasta el uso de la lógica, la abstracción y la causalidad. Se desarrolla a partir de las expresiones tempranas de procesos imaginativos y utiliza sus productos, las representaciones mentales, para enlazar las energías pulsionales y postergar la descarga.

La semejanza con la experiencia estética es adecuada, si la tomamos en su sentido más amplio. Si por “estético” entendemos todo lo relativo a los sentidos, la idea de que existe un momento estético en la recepción analítica, complementa las observaciones más “objetivas” para captar el lado subjetivo de la experiencia.

Desde la perspectiva postkleiniana, Meltzer (1988) ha descrito el “conflicto estético” al descubrir el interior del objeto y las emociones que estimula. Desarrollando las ideas de Bion sobre los vínculos de amor, odio, conocimiento y sus variantes “negativas”, Meltzer considera que en esta experiencia el placer y el dolor están unidos. Este conflicto, debe encontrar su representación simbólica para hacerse disponible para los pensamientos del sueño y para su transformación en lenguaje verbal.

Este aspecto de la recepción analítica, ocurre en los límites del campo de la conciencia. Se adquiere a través del desarrollo gradual de una sensibilidad receptiva, de la regulación intuitiva de la distancia emocional y de la integración de elementos del campo transferencial. Pero también por la capacidad de tolerar la incertidumbre, la ambigüedad y el desconcierto, sin recurrir precipitadamente a fuentes aseguradoras. Tal vez, eso intentaba proponer Bion, con su fórmula “sin memoria ni deseo”. En este aspecto de la actitud analítica, se recurre con frecuencia al arte y a los poetas para describirla recepción de la “otra realidad” del inconsciente.

En efecto, las descripciones más logradas de ésta actitud corresponden a poetas como Coleridge, o Keats. Pienso que no es un hecho casual, sino que los románticos ingleses, se encontraron en una encrucijada que tiene importantes relaciones con el psicoanálisis. Ellos se enfrentaron a la pasividad de la filosofía de Locke, a los límites de las condiciones de la posibilidad del conocimiento de Kant y se sentían atraídos por el idealismo trascendental de Schelling que, en su anhelo de lo absoluto, buscaba la subjetividad en los objetos. La idea de “capacidad negativa” de Keats, o la “suspensión transitoria de la incredulidad” de Coleridge son logros conceptuales que ilustran la frontera entre “la sensibilidad y el entendimiento”.

Los románticos creían que la imaginación tenía una relación esencial con la verdad y la realidad. No consideraban que la imaginación se refiriera a lo que no existe, sino que revelaba una forma de verdad, para la que la inteligencia ordinaria es ciega. Cuando se explican los juicios mentales como mera experiencia objetiva, se pierde una parte de su validez, porque su único fundamento reside en la existencia de una verdad objetiva. Este modo de validación no es apto para la experiencia subjetiva. Los románticos pensaban que su tarea consistía en descubrir por medio de la imaginación un orden trascendental que explicara el mundo de las apariencias y que nos revelaría no sólo la existencia de las cosas visibles, sino también sus efectos en nuestro ser, los latidos de nuestro corazón en presencia de la belleza y la convicción de que la fuerza que nos mueve no puede ser sólo una ilusión. “En su quehacer se comportaban como metafísicos, pero no se apoyaban en la lógica sino en la intuición” (Bowra, C., 1969).

Pero ha sido el psicoanálisis que aportó las primeras bases sistemáticas al concepto de imaginación. Bajo la forma del inconsciente hizo de la imaginación, algo diferente a cualquier concepción anterior (Kernan, A., 1979). En el espacio común del pensamiento freudiano y el arte romántico, la simbolización es el modo primario de expresión. Si bien las palabras no son conocidas por el Inconsciente, y son necesarias para la poesía, los románticos las utilizaban también para crear sonidos y objetos. Es decir, algo parecido a lo que hoy reconocemos como los elementos no verbales que acompañan a la comunicación por medio de las palabras.

Pero el momento estético, no es más que una fase transitoria en la comunicación analítica. La elaboración del material, requiere superar esta situación ilusoria, para no quedar atrapado colusivamente como un objeto más de la organización defensiva. Entre la recepción estética y el *insight*, entre la captación empalica y la interpretación, existe un momento, que se detecta por la investigación del “enactement”² transferencial inducido por la identificación proyectiva.

H. Racker (1958) señalaba el progreso en la comprensión de *la secuencia* del material asociativo y nuestra atención a los “roles que el analizado desea sean aceptados y realizados por parte del analista, según las imagos que éste representa para el

2. Mantengo la palabra “*enactement*” en ingles, porque no me satisface actuación, ni “*acting out* o “*acting-in*”. El “*enactement*” sugiere poner en escena, pero también promulgar, dar valor de ley. Es una forma inconsciente de inducir un rol en el otro.

analizado según sus asociaciones latentes” (pág. 90). Feldman (1997) observa que cuando el analista se ve confrontado a estas presiones, puede sentirse impulsado a disminuirlas actuando unas relaciones con el paciente que sirven para reasegurar a ambos. Como señala este autor, en estos casos no se trata del pensamiento ordinario, sino de la proyección omnipotente de los contenidos mentales y además *de la capacidad de pensar* en ellos. En este caso la fantasía implica al analista como un objeto inmediatamente receptivo para las proyecciones del paciente, con lo que se libera de una fuente de ansiedad.

Es importante reconocer la presión hacia el “enactement” tanto en el paciente como en el analista. Sólo de esa manera logra la “supervivencia de la función analítica” (Feldman, M. 1997). En este punto se articula la relación entre la proyección omnipotente en un objeto que se adapta a la fantasía y lo que ocurre cuando este objeto se diferencia, en una interacción no omnipotente. Si la proyección se hace sobre un objeto alucinado o que asume el rol que se le atribuye, el paciente no puede contrastar fantasía y realidad, ni las diferencias entre él y sus objetos.

Sólo si el analista logra diferenciarse de las proyecciones omnipotentes, ayudará al paciente a confrontar su realidad psíquica, sus objetos y relaciones arcaicas con las actuales. Este movimiento del analista, es un paso intermedio entre la recepción y la comprensión y requiere de su **capacidad imaginativa**, para salir de la escena dramatizada y recuperar su capacidad reflexiva.

A menudo la aparición de un elemento inesperado ayuda a relacionar hechos dispersos. Estas observaciones llevaron a Bion a adoptar el concepto de “hecho seleccionado”. En el pensamiento del analista hay “una evolución, una reunión, debido a una intuición repentina precipitante, de una masa de fenómenos incoherentes, aparentemente no relacionados, a los que se les da una coherencia y significado que no tenían antes” (Bion, 1967, pág. 127).

La elaboración de las ansiedades depresivas del analista, permite tolerar la ausencia del objeto o la ambigüedad del sentido, hasta que surge la expectativa, vivida como un espacio psíquico potencial. Según las ansiedades y defensas que predominen este espacio potencial puede ser una esperanza confiada de comprensión o de ansiedad persecutoria.

Para Britton la disponibilidad mental del analista es una versión de la situación edípica temprana y de la elaboración de la posición depresiva. Si el vínculo entre los padres, percibido con amor y odio, es tolerado en la mente del niño, brinda el modelo de una relación de un tipo distinto en la cual el sujeto es testigo. Aparece entonces una tercera posición, desde la cual pueden observarse las relaciones entre los objetos y que también permite “ser observado”. “Esto nos da la posibilidad de observarnos a nosotros mismos en interacción con los otros y tener en cuenta otro punto de vista, mientras mantenemos el nuestro... () llamo a la libertad ofrecida por este proceso “*espacio triangular*” (Britton, R. 1998, pág. 42). Si la hipótesis presentada es correcta, la finalidad del tratamiento psicoanalítico no sería sólo la de hacer consciente lo inconsciente, o incrementar la fuerza del yo, sino de restablecer la conexión entre funciones psíquicas disociadas, escindidas y proyectadas, para que el paciente deje de sentir que existe un antagonismo insuperable entre sus capacidades adaptativas y sus posibilidades imaginativas.

Ilustración clínica

Para ilustrar algunas de estas ideas presentaré una breve viñeta que corresponde a la última de las cinco sesiones de una semana, de una paciente en su sexto año de análisis. Elena, es una mujer soltera de unos cuarenta años que acudió al análisis porque no estaba satisfecha con su vida ni con sus relaciones. Tenía una profesión universitaria, que no se decidía a ejercer. Sus parejas eran inestables, con hombres con quienes establecía vínculos de mucha dependencia.

Elena conectaba fácilmente con sus fantasías, pero tendía a quedarse *adherida* a ellas. Por otro lado, su contacto con la realidad, tomaba con frecuencia un matiz paranoide o hipomaniaco. El movimiento entre sus sueños, fantasías, ensoñaciones y la realidad, a veces se bloquea por la amenaza de ansiedades persecutorias y depresivas.

Esa semana habíamos podido analizar satisfactoriamente sus rumiaciones obsesivas. El viernes comentó que había pensado en las veces que trataba mal a algunas personas, porque le costaba pensar en los sentimientos de los otros, después recordó algunas anécdotas relacionadas con esto y se preguntó cómo ocurría esto en su relación conmigo. Finalmente comentó “*me imagino que Ud. puede ser alguien muy fuerte y*

entender lo que está pasando, pero también puede ser una situación dura, difícil para Ud., es mejor un clima de entendimiento”

Siguió hablando del clima de entendimiento en las sesiones y recordó un sueño en el que iba *“prisionera en un avión,... había mucho ruido y hacía frío, pero al final conseguía ponerme cómoda, me daban de comer y de beber, pero el avión se convertía en un torpedo, volaba bajo y veía en la tierra cantidad de militares que estaban en guerra..., el torpedo tenía un objetivo, penetraba en el interior de una casa para destruir a alguien que intentaba resistir hasta que lo mataba... lo curioso era que el torpedo volaba en medio de un silencio absoluto, muy seguro del objetivo que debía cumplir”*. Después de un rato dijo: *“el torpedo es para acabar con alguien que está indefenso...”* y en un tono de admiración añadió que *“era una maquinaria bélica invencible, pensaba en sus interpretaciones que me penetran por todas partes, abren puertas, me siguen hasta...”* y se interrumpió. Yo pensé que su fantasía de que mis interpretaciones la persiguen hasta matarla, la hizo interrumpir la frase.

Me pareció que la mezcla de idealización y persecución en su forma de recibir mis señalamientos era clara. Sin embargo no dije nada, porque pensé que si completaba la frase *“me siguen hasta...”* hubiera sido persecutorio y tenía interés de ver cómo seguía la sesión.

Para mi asombro, volvió a repetir el sueño, describiendo una y otra vez cómo volaba y que a pesar de ser una prisionera se sentía cada vez más tranquila; explicó cómo se acomodaba en el avión-torpedo y que *“poco a poco empezaba a hablar con otras personas que también viajan en ese torpedo, les explicaba cómo me las arreglaba para sobrevivir..., sigo hablando y descubro que es una situación difícil, pero que me produce placer”*. De forma pausada y tranquila, describía los detalles del torpedo, el camuflaje de su pintura exterior, la decoración interior y su vuelo bajo y silencioso.

El relato se prolongaba y al observar que repetía fascinada su sueño, en una voz inusualmente baja, comprendí que Elena *en ese momento* “volaba” rodeada de mi silencio, escenificando en la sesión en contenido de su sueño; entonces pensé que podía inquietarle la fantasía de que yo *hubiese quedado destruido*.

Para explorar esta idea le dije que ella sentía que mis señalamientos eran útiles y que había un clima de entendimiento, pero al mismo tiempo podía vivirlos tan certeros que la perseguían hasta destruirla; para evitar esos sentimientos creaba un clima tan

confortable que yo no tenía nada que decir. Pero mi silencio, le hacía temer que yo hubiese quedado dañado.

El reconocimiento de mis intervenciones, se va convirtiendo en una situación cómoda y silenciosa. De pronto “descubro” mi silencio, que es un “hecho seleccionado” que toma un nuevo significado si es ella quien busca silenciarme, mientras “vuela” cómodamente metida en su aparato camuflado. Pero mi intervención altera el equilibrio porque agrega algo que estaba dejado de lado.

Cuando Elena habla del clima de entendimiento reconoce sinceramente que ha transcurrido una semana provechosa. Sin embargo en su sueño, lo acertado de mis señalamientos se representa de un modo violento, aunque ella se “acomoda” a viajar como prisionera y obtiene cierto placer en ello, lo que insinúa el repliegue en un espacio pequeño, su manera de “acomodarse” a relaciones difíciles, que habíamos analizado como una fantasía subyacente a sus rumiaciones obsesivas.

Mi primer sentimiento fue sentirme “excluido” mientras Elena seguía fascinada en los detalles de su sueño. Luego me di cuenta que yo iba construyendo interpretaciones basadas en ese sentimiento de exclusión. Después, al relacionar otros elementos de su relato, de mis sentimientos y de mis percepciones, comprendí que en realidad estaba “incluido” dentro del repliegue de la paciente y que la serenidad de ese momento, correspondía a que los dos nos habíamos instalado cómodamente *dentro* del sistema defensivo.

Cuando ella empezó a explicar su sueño y a elogiar mis interpretaciones, sentí que efectivamente había sido una semana de buen trabajo analítico y durante un rato, estuve cómodo en esa creencia, que seguramente corresponde a la realidad. Sin embargo, mi identificación con un buen objeto, no corresponde *sólo* a la satisfacción por el trabajo y la comprensión de la paciente. También es un soporte para mi equilibrio personal como analista y por lo tanto, apoyarme excesivamente en ello, significaría una colusión entre las tendencias tranquilizadoras de la paciente y las mías.

Diferenciarnos de una identificación con un objeto de nuestro mundo interno, necesario para nuestro equilibrio, es algo difícil y poco confortable. Supone alejarnos de la serenidad de una creencia y afrontar una nueva incertidumbre. Requiere del abandono activo de *nuestra* posición depresiva, evitando hacer de ella “un feliz punto de llegada” y aceptar cierto grado de desorganización de la creencia que hasta entonces nos

sostenía, todo lo cual expresa el movimiento hacia lo esquizoparanoide en la mente del analista, movimiento imprescindible para una recepción integradora. Rosenfeld (1987, pág. 40) escribía que “una de las maniobras defensivas a través de las cuales el analista maneja sus ansiedades es entrar en una colusión excesiva con un aspecto de la personalidad del paciente para mantener otros problemas perturbadores fuera del análisis”.

Junto al el reconocimiento sincero de nuestro trabajo y existe el sentimiento persecutorio ante el cambio. Una manera de manejar sus temores es reducirme al silencio, camuflando su ataque. No pretendo desarrollar aquí este aspecto, pero es posible pensar que el impulso que moviliza su *'enactement'* es la envidia, entendida como fantasía inconsciente, que tiende a negar la dependencia del objeto y quitarle, de hecho, parte del valor que por otro lado se le reconoce. Me refiero a la envidia, como hipótesis metapsicológica y aunque no considere oportuno interpretarla como tal, en un momento en el que predomina el reconocimiento. Señalo no obstante, el momento en que la comprensión se convierte en una nueva defensa, por quedar excesivamente adherida al objeto idealizado. Por el contrario si yo como analista soy capaz de diferenciarme de mis propios objetos ideales que me confortan, podré entender y ayudar a la paciente a comprender su tendencia a adherirse una vivencia satisfactoria, frente a la amenaza de persecución. Esa función que tiene lugar en la mente del analista y que le ayuda a diferenciarse de las identificaciones inducidas por el paciente, corresponde a la imaginación. La capacidad imaginativa del analista, recoge la fantasía inconsciente del paciente y la integra con los datos de su experiencia subjetiva, para ofrecer una interpretación y una experiencia de comunicación entre la subjetividad del paciente y la del analista.

Resumen

En este trabajo se trata de describir la receptividad del analista frente a las comunicaciones del paciente a la luz de los aportes postkleinianos. El autor considera que una condición para la receptividad en el analista es tolerar cierto grado de regresión y después diferenciarse de la identificación inducida por las proyecciones del paciente. Este último movimiento es posible gracias a la capacidad imaginativa. Previamente se

discuten algunos aspectos teóricos acerca de la fantasía inconsciente y la imaginación, así como la regresión en la psicopatología y en encuadre.

Summary

In this paper, the author tries to describe the analyst's receptivity of the patient's communications, in the light of the post-Freudian approaches. The author considers that the analyst must tolerate some regression and then differentiate himself from the identification induced by the patient's projections. In this latter shift an imaginative capacity is needed. Previously, some theoretical issues about unconscious phantasy and imagination, are discussed, as well as some aspects of regression in the psychopathology and in the psychoanalytic setting.

Descriptores: REGRESIÓN / FANTASÍA INCONSCIENTE / ILUSIÓN / MATERIAL CLÍNICO

Bibliografía

- ARLOW, J. (1993) Discussion of "The mind of the analyst", *Int. J. Psycho-Anal.*, 74, 1147-55.
- BALINT, M. (1968) *La falta básica*, Ed. Paidós, Bs. Aires, 1989.
- BERES, D. (1957) Communication in Psychoanalysis and in the Creative Process: a Parallel, *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 5:408-423.
- BERES, D. (1960) The psychoanalytic psychology of imagination, *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 8:252-69.
- BION, W.R. (1962a) A theory of thinking, *Int. J. Psycho-Anal.*, 43:306-310.
- BION, W.R. (1962b) *Aprendiendo de la experiencia*, Ed. Paidós, Bs. Aires, 1966.
- BION, W.R. (1963) *Elementos de psicoanálisis*, Ed. Paidós, Bs. Aires, 1966.
- BION, W.R. (1967) *Volviendo a pensar*, Ed. Paidós, Bs. Aires, 1977.
- BOWRA, C.M. (1969) *La imaginación romántica*, Ed. Taurus, Madrid.

- BRIERLEY, M. (1945) Further notes on the implications of Psycho-Analysis: Metapsychology and Personology, *Int. J. Psycho-Anal.* 26:89-114.
- BRITTON, R. (1998) *Relief and imagination*, Routledge, London.
- ETCHEGOYEN, R.H. (1986) *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Amorrortu Ed. Bs. Aires.
- FELDMAN, M. (1997) Projective identification: the analyst's involvement, *Int. J. Psycho-Anal.* 79, 227.
- FREUD, S. (1900) *La interpretación de los sueños*, Cap. VII, OC. Vol. IV, Amorrortu Ed. Bs. Aires, 1987.
- FREUD, S. (1908) *El creador literario y el fantaseo*, OC. Vol. IX, Amorrortu Ed. Bs. Aires, 1987.
- FREUD, S. (1917) *Duelo y Melancolía*, OC. Vol. XIV, Amorrortu Ed. Bs. Aires, 1987.
- HEIMANN, P. (1950) On countertransference, *Int. J. Psycho-Anal.*, 31:81-84.
- ISAACS, S. (1943) The nature and function of phantasy, en *The Freud-Klein Controversies 1941-45*, Ed. P. King & R. Steiner, London, Routledge, 1991.
- ISAACS, S; Heimann, P. (1952) Regression, en *Developments in Psycho-Analysis*, Hogarth. London.
- JOSEPH, B. (1982) Addiction to near death, *Int. J. Psycho-Anal.*, 63, 449-56.
- JOSEPH, B. (1985) Transference: the total situation, *Int. J. Psycho-Anal.*, 66:447-54.
- JOSEPH, B. (1989) *Psychic change and Psychic Equilibrium*, Routledge, London.
- KANT, I. (1787) *Crítica de la razón pura*, Ed. Alfaguara, Madrid, 1993.
- KERNAN, A. (1979) Romantic aesthetics and freudian psychoanalysis, *Int. R. Psycho-Anal.*, 6, 209.
- KLEIN, M. (1946) Notes on some Schizoid Mechanisms, en *Envy and Gratitude and Other Works*, The Hogarth Press, London, 1993.
- KLEIN, M. (1952) The Origins of Transference, en *Envy and Gratitude and Other Works*, The Hogarth Press, London, 1993.
- KLEIN, M. (1957) Envy and Gratitude, en *Envy and Gratitude and Other Works*, The Hogarth Press, London, 1993.

- KRIS, E. (1936) The psychology of caricature, *Int. J. Psycho-Anal.* 17:285-303.
- KRIS, E. (1939) On Inspiration. Preliminary notes on emotional conditios in Creative States, *Int. J. Psycho-Anal.* 20:377-389.
- KRIS, E. (1950) On preconscious mental process, *Psych. Quarterly*, 19:540-60.
- LOEWALD, H. (1960) On the therapeutic action of psycho-Analysis, *Int. J. Psycho-Anal.*, 41:16-33.
- MACALPINE, I (1950) The development of the transference, *Psych. Quarterly*, vol. 19.
- MELTZER, D. (1966) The relation of anal masturbation to projective identification, *Int. J. Psycho-Anal.*, 47:335-42.
- MELTZER, D. (1988) *The Aprehension of Beauty*, The Roland Harris Educational Trust, Oxford.
- MILNER, M. (1952) Aspects of symbolism in comprehension of the not-self. *Int. J. Psycho-Anal.*, 33.
- RACKER, H. (1958) Sobre técnica clásica y técnica actuales del psicoanálisis, en *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Ed. Paidós, Bs. Aires, 1973.
- RIVIÈRE, J. (1936) A contribution to the analysis of the negative therapeutic reaction, *Int. J. Psycho-Anal.*, 13:414-24.
- ROSEN, V. (1960) Some aspects of the role of imagination in the analytic process, *J. Amer: Psychoanal. Assn.*, 8:229.
- ROSENFELD, H. (1971) A clinical approach to the psychoanalytic theory of the life and death instincts: an investigation into the aggressive aspects of narcissism, *Int. J. Psycho-Anal*, 52:169-78.
- ROSENFELD, H. (1987) *Impasse and Interpretation*, New Library of Psychoanalysis, London.
- RYCROFT, C. (1968) *Imagination and reality*, Maresfield Library, London, 1987.
- SANDLER, J, SANDLER, AM. (1994) Theoretical and technical comments on regression and anti-regression, *Int. J. Psycho-Anal.*, 75:431-41.
- SEGAL, H. (1991) *Dream, Phantasy and Art*, Routledge, London.

STEINER, J. (1987) The interplay between pathological organisations and the paranoid-schizoid and depressive positions, en *Melanie Klein Today*, vol. 1, Routledge, London, 1988.

STEINER, J. (1990) Pathological organisations as obstacles to mourning: the role of unbearable guilt, *Int. J. Psycho-Anal.*, 71:87-94.

STEINER, J. (1993) *Psychic Retreats*, Routledge, London.

STEINER, J. (1996) *Identification and imagination*, West Lodge Conference.

WINNICOTT, D. (1945) Primitive Emotional Development, *Collected Papers*, Tavistok, London, 1958.

WINNICOTT, D. (1955) Metapsychological and clinical aspects of regression within the psycho-analytical set-up, *Int. J. Psycho-Anal.*, 36:16-26.

Sobre los vínculos padres-hijo en el fin de siglo y sus posibles repercusiones en el desarrollo del niño

*Víctor Guerra*¹

Introducción

Las ideas que abordaré en este trabajo configuran un tema sin duda polémico, sobre el que intento exponer mis interrogantes y reflexiones.

Considero, que un campo tan vasto como el de los vínculos en la primera infancia, no puede ser abordado únicamente desde una perspectiva psicoanalítica. Sabemos que los aspectos histórico-sociales toman un peso importantísimo a la hora de buscar determinantes en las conductas de relación entre los sujetos. Si bien siempre habrá un recorte particular de significación subjetiva de los acontecimientos, no podemos negar la evidencia de que las coyunturas culturales en el que la familia está inmersa establecen pautas, que hacen marca en los vínculos y en la estructuración psíquica del niño.

Siguiendo estas reflexiones, me permito suponer que a la hora de pretender “trabajar” con un niño y sus padres, resulta fecundo poder cuestionarse cuál es el peso de ciertas pautas culturales en la apreciación que estos padres tienen de su hijo y de sí mismos como padres (y de nosotros mismos con relación a ellos).

El intentar un acercamiento histórico-social de las modificaciones que estos dos aspectos han tenido a lo largo de los años en la cultura, nos permite abrir una perspectiva diferente de la escucha del discurso de los padres (y del niño).

1. Miembro Adherente de la APU.
Atanasio Lapidó 2830 A.303. 11300 Montevideo. E-mail:factori@adinet.com.uy

Aspectos históricos

Así que pretender trabajar la idea de cuál es lugar del niño en nuestra cultura, lleva a una serie de preguntas: ¿Qué se espera de él? ¿Cuáles de sus actitudes están investidas por los padres y cuáles no? ¿Esto ha sido siempre igual, o a lo largo del tiempo ha habido variaciones?

Las interrogantes abren un camino de reflexión que me lleva en primer lugar a pensar en qué ha pasado con el “lugar” del niño en algunos momentos puntuales de la historia.

Una de las formas para acercarnos a la imagen del niño en el pasado es apelar a las manifestaciones artísticas.

F. Dolto (1991) plantea que durante el siglo XV y aún en el XVI el niño disfrazado de adulto era una constante en la pintura. Los niños aparecían con ropas y gestos de adultos o ancianos, tal cual lo atestigua algunos de los grabados de Durero. En algunas de las pinturas de Bruegel por ej., los niños son “modelos reducidos” del ámbito adulto. Cuando son investidos por los adultos parecen ser más tomados en valor de objeto que de sujeto y no se trasunta por ej. el dolor ante la pérdida.

Ariés, P. (1993) sostiene más intensamente que durante mucho tiempo no se tuvo la noción de infancia. “Salidos de las faldas de su madre o su nodriza, los niños eran lanzados, sin la transición que conocían las sociedades primitivas, al mundo de los adultos y allí se confundían con ellos y eran tratados como tales. No había jóvenes hombres sino hombres jóvenes. La edad adulta comenzaba pronto, antes de la pubertad y acababa también pronto, poco después de los 30 años”.

Señala también Gélis, J. (1989) que en la sociedad medieval no existía la noción del infante con derecho a una existencia, en más de un sentido era un “niño público”, pertenecía mas al tronco de la comunidad que a su propia familia. Podríamos decir que uno de los motivos por el cual la investidura del niño poseía estas particularidades era la alta tasa de mortalidad. Este investigador señala que es sobre finales del siglo XVI que comienzan a aparecer ejemplos de una preocupación por darle un *status* diferente, que

se manifiesta por la preocupación y el deseo por la sobrevivencia individual del niño, unido a nuevas muestras de afectividad.²

Gélis entiende que el cambio –que se fue dando paulatinamente– estuvo también sostenido por el papel de la Iglesia, que difundió dos modelos de infante: el del niño místico y el del niño-cristo.

Brindando un modelo de niño cercano a Dios, era necesario temprar y dominar su espíritu ante los excesos de los impulsos, y según este autor fue éste uno de los motivos por el que la educación del niño pasó a ser dominada por el estado y la iglesia.

De todas formas se observa cómo al entrar en juego la educación fuera del ámbito del hogar, parece cambiar el concepto de infancia.

Como aspecto central de esta somera revisión histórica deseo recalcar como Aries sostiene que es recién en el siglo XVI que se da comienzo a un proceso por el que se llega al concepto de infancia –tal cual la conocemos hoy–, y que esto se debió fundamentalmente a la escolarización progresiva de la educación.

Resulta sumamente interesante puntualizar como aparece unido socialmente el concepto de infancia con la búsqueda de un saber y un conocimiento.

“Una niña del presente”

Luego de realizar este rastreo preliminar sobre la historia, pensemos en el presente, cuestionándonos los posibles perfiles del niño hoy en día. Para aproximarnos a ello recurriré a un ejemplo de mi práctica.

2. Vigarello, G. (1995) refiere asimismo como elemento substancial que hay que tener en cuenta: “la medición de la victoria sobre la muerte para comprender las actitudes hacia la infancia”. Así, más adelante, hacia el 1750 se produce un descenso importante de la mortalidad en el niño y en el adulto, ya que las expectativas de vida pasan de los 30 a 40-45 años. Este cambio lo refiere a una transformación de las actitudes familiares, con mayores cuidados higiénicos, mayor vigilancia, aislamiento contra las epidemias, etc. Pero aún en el siglo XVIII coinciden actitudes opuestas. Por ej. en algunas personas de la alta burguesía aparece una fascinación por el bebe y por su cuidado. Así como su opuesto, “En 1780, el lugarteniente de la policía Lenoir constata no sin amargura que sobre los veintiún mil niños que nacen por año en París, apenas mil son criados por sus madres. Otros mil, privilegiados, son amamantados por nodrizas en la casa paterna. Todos los demás pasan del seno materno al domicilio más o menos lejano de una nodriza a sueldo. Son muchos los niños que morirán sin haber conocido nunca la mirada de su madre” (Badinter, E. 1990). El niño permanecía en la casa de la nodriza por un espacio de 2 a 5 años, y estaba expuesto a “ser ahogado, aplastado, dejado caer, sufriendo una muerte prematura; o puede ser devorado, mutilado o desfigurado por un animal salvaje, un lobo o un perro, y la nodriza, temiendo ser castigada por su negligencia, puede poner a otro niño en su lugar” (L. de Mause 1982). Como vemos el proceso de cambio fue dándose de una manera progresiva y contradictoria.

No tomaré para ello una expresión de patología instaurada, sino del trabajo desde el campo de la prevención, en este caso de mi labor como Psicólogo (Psicoanalista) en una institución de educación preescolar.

En una reunión de trabajo grupal que solicitaron los padres con relación al tema de los “límites”, una madre comentaba las dificultades con su hija de 2 años, ya que sus resistencias para no aceptar los frenos que ellos le planteaban terminaban por desorientarlos. La convivencia se transformaba en una auténtica lucha que terminaba por dejarlos agotados. Esta niña no sólo no aceptaba los frenos de tocar todo lo que ella quería, sino que incluso cuando no satisfacían inmediatamente sus deseos, estallaba en una rabieta e incluso le pegaba al padre o a la madre. Esto fue comentado jocosamente al grupo y este hizo eco de dicha situación, donde algunos padres comentaban situaciones similares, confesando también algunos, que en ocasiones, al sentirse desbordados reaccionaban dándole una “palmada” a su hijo.

Al realizarles la pregunta de que hubiera sucedido si ellos de niños le hubieran hecho eso a sus padres; la respuesta fue unánime: era algo impensable. Siguió a estos una serie de comentarios sobre los cambios en esta época. Algunos decían que los niños son más activos, más inteligentes y se desarrollan más rápido que antes porque tienen más estímulos y agregaban que sabían que eso era muy importante, pero que el problema se creaba con “los límites”. ¿Cuándo ponerlos?, ¿hasta dónde dejarlos?, ¿cuándo pueden ser perjudiciales?; ¿Está bien que el hijo elija, por ejemplo, los programas de televisión que mira, aún cuando ellos (los padres) se queden –a veces– sin elección?

Todas estas interrogantes (que en mi experiencia son las cotidianas en la infancia temprana) promovieron una acalorada discusión, que por momento llevaba a que irremediablemente, en estos tiempos es muy difícil ser padre y madre.

En un momento el padre de dicha niña puso como ejemplo una pirámide, y decía que la familia es como una pirámide, donde en el vértice antes estaba la figura del abuelo por el que había un respeto incondicional. Ejercía la autoridad en su familia y su opinión era sumamente valorada, y además agregó: *“en cambio ahora me parece que es al revés, lo que puedan decir los abuelos no importa tanto y ahora arriba de la pirámide esta la nena, fíjate que hasta nos pega!”*.

Hasta aquí el ejemplo, el cual puede ser muy rico en múltiples vertientes.

Vemos como se entrecruzan diferentes vectores, pero deseo jerarquizar el hecho que dentro de las múltiples lecturas posibles nos encontramos con que lo que se inicia como un discurso individual, termina generando un eco en los demás padres. Este hecho nos hablaría de dificultades en común, de situaciones que trascienden lo peculiar para tornarse un elemento repetitivo del vínculo padres-hijo del presente.

Estos ejemplos y muchos otros de consultas terapéuticas,³ me han inclinado a pensar que en el trabajo con la primera infancia y el vínculo padres-hijo, resulta más enriquecedor realizarlo con una escucha de la historia infantil de los padres y de la reactivación de su constelación edípica en la relación con su hijo, pero también con una escucha ampliada hacia las representaciones y modelos que provienen desde la cultura.

Hecho que podemos resumir en dos preguntas básicas:

- 1) ¿Qué lugar parece ocupar el niño en la cultura y en la familia?
- 2) ¿En qué lugar quedan posicionados los padres?

Especialmente ¿qué tipo de imagen de padre comienza a circular en el imaginario social?

Aspectos culturales: la subjetividad en el fin de siglo

También el ejemplo nos puede servir como punto de partida para reflexionar sobre el tema central de los vínculos padres-hijo. Si bien tenemos múltiples aristas, tomaré en este momento el comentario de los padres de que en los tiempos actuales las cosas cambiaron y que los niños y los padres son diferentes a los de antes. Sin olvidar los aspectos individuales, podríamos tomar esto como una expresión de cambios vinculares y familiares que provienen del particular momento cultural en que vivimos y que tienen sus efectos en la conformación de la subjetividad.⁴

3. En mi trabajo en el Jardín de Infantes “Maternalito”, durante más de diez años de labor, he atendido alrededor de quinientos casos de consultas de niños entre los seis meses y cinco años de edad. En un porcentaje muy alto (más del 60%) los motivos de consultas giran en torno al tema: “dificultad con los límites”, y “agresividad”. La edad de mayor consulta se da entre los dos y tres años de edad, donde el motivo central de inquietud en los padres lo configuran los aspectos ya señalados.

4. Tomo aquí a la subjetividad como: “la forma en la que el hombre vive y estructura su experiencia como sujeto” (Bernardi, R. 1997).

Tomaré como guía para tratar de entender algunos aspectos socioculturales que vivimos en la actualidad, los aportes de diversas disciplinas realzando algunos puntos que partiendo de las influencias sociales, inciden en éste aspecto.

Conformación de la subjetividad

1) Papel del consumo. Dice el filósofo M. Andreoli (1996) que: “el pasaje del centro de gravedad de la cultura contemporánea a la esfera del consumo lleva que el individuo progresivamente deje de definirse por la unidad de dirección del esfuerzo orientado a la realización de una vocación y tienda, en cambio a construir su subjetividad desde los modos de gratificación que elige. Su identidad dependerá en parte del tipo de cosas de las que obtiene placer que de lo que hace como trabajo”.

2) Hedonismo. “Ciertas formas de vida hedónicas, que antes habían sido privilegio de algunas *élites*, se convierten en la forma dominante de la orientación vital de capas más amplias de la población.

Asimismo, la búsqueda del éxito del individuo ya no está tan ligada al reconocimiento en la vida y los intercambios con los otros, sino que se sustentaría más en el plano de la afirmación personal.

Se sentarían así algunas bases para la formación de individualidades menos dispuestas a la postergación de la satisfacción.

La supresión de las inhibiciones en favor de una expresividad más amplia de elementos hasta entonces reprimidos llegó a ser un signo de la liberación individualista” (Andreoli, op. cit.).

Quiero entonces intercalar una reflexión en ese punto, donde la construcción de la subjetividad parece estar cimentada en la búsqueda del placer y en un ideal de no postergación de la satisfacción. Esto se nos aparecería como esperable y estructurante en el interjuego narcisista de los tiempos iniciales y fundantes de un psiquismo que sin la investidura y la “ilusión” de completud no existiría la noción de individuo. Pero el problema que plantea nuestra cultura es que parece haber una tendencia a extenderlo más allá de los inicios, para ser un valor a “cultivar” a lo largo de la existencia del ser humano.

3) Cambio del modelo corporal. Señala Vigarello, G. (1995) que hay una nueva importancia atribuida al cuerpo y sobre todo al cuerpo joven y delgado. Plantea que: “la caída de los ideales trascendentes, políticos, morales o religiosos, aumenta la importancia de la conciencia corporal, sentirse mejor, agudizar la sensibilidad, no envejecer”. Pero ese cuerpo que aparece como más “liberado” –en lo sexual por ej.–, queda atado a ideales sociales coercitivos. El tema de las “dietas” que atormentan al individuo de este fin de siglo. Poseen un *status* de exigencia superyoica como tal vez lo tenía antes el control de la sexualidad. (¿Podríamos pensar sarcásticamente que si antes el enemigo era la “carne”, ahora lo es la “grasa”?)⁵

4) Modelo identificadorio juvenil. Señala también Andreoli –y en correlación con el punto anterior– que toma privilegio la preocupación por el cuerpo como nuevo anclaje de la subjetivación, habiendo un predominio de modelos identificadorios juveniles que se acompaña de nuevas exclusiones. En la cotidianidad “se separa” cada vez más la vejez y la dimensión afectiva de la enfermedad y la muerte. Calende, E. (1997) señala como “el modelo hegemónico es el de ser joven. La infancia actual parece acortarse, los niños en período de latencia y los púberes toman los modos y costumbres de los jóvenes a los que tienen como modelos de identificación”.⁶

5) Temporalidad. En cuanto a la temporalidad, mientras que: “en las comunidades tradicionales los discursos legitimatorios y las identificaciones sociales remitían al pasado, definiendo a los titulares de los poderes por la estirpe, la modernidad emergió privilegiando el futuro, buscando la comprensión tanto de la historia colectiva como de las vidas individuales en términos de metas a realizar. Por el contrario, en la fase actual que se vive en las zonas centrales de la cultura capitalista, los anclajes biográficos y las legitimaciones radican cada vez más en el presente” (Andreoli, op. cit.).

5. Más allá del sarcasmo coincidimos con Vigarello (op. cit.) cuando señala que “No han desaparecido las viejas referencias a la depuración del cuerpo, muy por el contrario, solo son más trabajadas, más eufemizadas: cambian las palabras y las imágenes, se habla de grasas y no de deshechos, de ‘almacenamiento’ y no de descomposición”. Las grasas focalizan los nuevos rechazos... las nuevas fórmulas revelan la fuerza de este modelo: “limitar el aporte calórico, quemar las grasas, depurar el organismo, eliminar la celulitis”. C. Martínez de Bagattini (1997) también ha señalado el papel de los aspectos culturales en los casos de anorexia nerviosa, “la sociedad y la cultura de la imagen tienen el poder de hacer estallar, en forma de patologías tales como la anorexia y la bulimia, los aspectos mal constituidos de lo femenino”... “Poder social que se expresará en la forma de patologías que se asocian con los paradigmas que cada época impone. Así la histeria de principios de siglo asociada a la represión de la sexualidad, como la anorexia hoy, asociada a un ideal femenino de delgadez”.

6. Personalmente creo que esto también opera en los adultos de diferentes maneras, como un factor que proviene desde la cultura.

M. Casas (1998) expresa que “la primacía del presente muestra la historización flaqueante. Importa poco el pasado o las raíces, y el futuro se da por añadidura”. Así sólo tienen sentido las metas próximas. Entonces un presente signado por la búsqueda de gratificaciones es especialmente discontinuo. Las vivencias logradas se extinguen y el placer que debe ser renovado una y otra vez, no puede dotar de unidad de sentido a la existencia (Andreoli, op. cit.)

Aunque cabe también consignar que esto obra como empuje en la búsqueda de logros, los que parecen estar más próximos para el sujeto.

6) Reubicación de lo público y lo privado. Diferentes autores se cuestionan este aspecto. Un grupo de historiadores y antropólogos uruguayos plantean: “¿qué ha venido sucediendo en forma paralela con el espacio privado, con la vida privada en este último tramo del siglo? Los medios de comunicación implosionan sobre el espacio de la intimidad, transformando a la vez, aquella protegida subjetividad alojada o guarecida puertas adentro, invadiendo sus espacios de reflexividad y de libertad y, de manera intrusiva y obsesiva.⁷ Generando lo que ha dado en llamarse una subjetividad ‘posmoderna’, modelada por un mundo privado interferido o encimado por espacio público”...”el análisis de los sistemas de valores radicados en ese tipo de subjetividad ‘externalizada’ da como resultado que se trata de valores predominantemente concernidos por la imagen de sí mismo, con una marcada acentuación de rasgos narcisísticos”.⁸

La subjetividad, volcada entonces hacia afuera, se proyecta en los objetos, la tecnología, las actuaciones sociales, así como en otras apropiaciones materiales y

7. Creo que es válido aquí insertar las reflexiones de Calvino, I. (1994), cuando al respecto dice: “Vivimos bajo una lluvia ininterrumpida de imágenes, los “media” más potentes no hacen sino transformar el mundo en imágenes y multiplicarlas a través de una fantasmagoría de juego en espejos: imágenes que en gran parte carecen de la necesidad interna que debería caracterizar a toda imagen, como forma y como significado, como capacidad de imponerse a la atención, como riqueza de significados posibles. Gran parte de esta nube de imágenes se disuelve inmediatamente, como los sueños que no dejan huellas en la memoria; lo que no se disuelve es una sensación de extrañeza, de malestar”.

8. R. Bernardi (1996) con relación a cómo el hombre a fin de siglo estructura y vive su experiencia como sujeto, dice “En su hambre por tener relaciones el ser humano ha caído en cierta confusión entre al esfera pública y la privada, pretendiendo que la esfera íntima pueda transparentarse en el dominio de los roles sociales. Es así que cada vez más se siente insatisfacción ante la expresión parcial de la intimidad que es posible lograr a través de los roles sociales”. Señala además que: “Sin la función contenedora de las formas y rituales sociales consistentes, el yo encuentra más difícil estructurar sus necesidades narcisistas, y éstas tienden a desbordar sobre la esfera de las relaciones objetuales, dificultando los procesos de integración y delimitación de la identidad”. Según su punto de vista esto puede favorecer el despliegue de fantasías grandiosas, la difusión de la identidad, y la denominada patología del vacío.

simbólicas que pueden otorgarle “valor” al sujeto y conectarlo al mundo de los demás” (Barran, J., Caetano, G., Porzecanski, T. 1996).

A su vez Baudrillard sostiene que sólo en apariencia hay un perfeccionamiento de la intimidad. “La actividad del ocio da la clave de la pseudoprivacidad de la nueva esfera de la desintimización de la llamada intimidad” (op. cit.).

7) Ansiedades ante el nuevo siglo. Desde hace algunos años (y últimamente más) he venido observando cómo cada nuevo avance en las tecnologías y sobre todo en el plano de la comunicación y la computación, produce un efecto fascinante e impactante en muchos padres (y en todos nosotros). Ante el vértigo que implica la renovación permanente y la rapidez con que algo que es actual dentro de unos meses pasa a ser obsoleto, la herida narcisista es inevitable. Esto día a día nos enfrenta a nuestros propios límites y la finitud (como figura de la castración), y creo que todos estos cambios nos sacuden nuestros aspectos narcisistas de tal manera que difícilmente esto puede ser tramitado simbólicamente y cobra una vía de expresión en la relación con los hijos.

Galende, E. (1997) dice: “Se expresa en la angustia constante de ser sobrepasado por el progreso técnico-científico que deja caducos los conocimientos y las prácticas adquiridas, y amenaza con el desempleo o la desocupación profesional que agrega un elemento más de ansiedad y angustia cotidiana”. Señala también en ese sentido Gomel, S. (1993) “las veloces transformaciones de la realidad imprimen un grado de aceleración por el cual la brecha generacional se agiganta”.

En las consultas que recibo, escucho cada vez más a los padres hablar de que muchas veces su pequeño hijo (de 2,3 o 4 años) se “agiganta” ante sus ojos (y ante mi escucha), cuando por ejemplo los deja maravillados con su capacidad de manejo de la computadora, o de la información que proporciona la TV, o de los electrodomésticos en general.

De esta manera les queda la gratificación de que este hijo se está “preparando” bien para el futuro incierto e inesperado del nuevo siglo. Algunos padres llegan a decir: “y bueno ellos (los niños) siempre fueron el futuro pero ahora es diferente, ellos van a ser los dueños del nuevo siglo, nosotros ya somos del siglo pasado. Es bueno que se prepare y que tenga carácter y personalidad en un mundo tan difícil y con tanta competencia”.

Deseo aclarar –que desde mi perspectiva– todos estos cambios no tienen porqué tener necesariamente un contenido negativo, ya que todo depende de cómo esto se

anude con el deseo de los padres y con las características de la estructura familiar. En la medida en que se den dificultades importantes en las funciones materna y paterna, podemos pensar que los cambios culturales podrían potenciar diferentes dificultades del desarrollo del niño (aspecto que desarrollaré más adelante). De lo señalado, en este trabajo quiero ahora ocuparme de las “dificultades” en la función paterna.

Dificultades en la función paterna

Entonces, en muchos padres aparece una confusión en torno al “lugar” en que ubicarse con relación a ese hijo. Guiados por esa vivencia de que en el hijo debe primar la imagen de fortaleza y vitalidad, les resulta sumamente conflictivo ponerle frenos, límites, enfrentarlos a la frustración de una prohibición, ya que temen que tenga efectos muy negativos en su “desarrollo”. Retomando el ejemplo de la “pirámide” y la ubicación de la niña en el vértice, en muchos casos parece que es el niño y **“el desarrollo máximo de sus potencialidades” el eje que, aparentemente, sostiene la estructura familiar.**

Parecería que estuviera en entredicho el aspecto estructurante de la función paterna, por lo que algunos autores llegan a hablar de declinación de la misma. Este hecho creo que debe significarse en relación a una polaridad, ya que si “declina” la función paterna (y el papel del padre), ¿que se eleva en su lugar? Si se limita la castración simbólica proveniente de lo paterno, ¿en su lugar no aparecerá la imagen de la completud fálica en ese “proyecto” de hijo, dando lugar a una renegación de las diferencias de los sexos y de las diferencias de las generaciones, quedando confusos los lugares simbólicos en la familia? Sabemos que la función de corte del padre lleva a una instauración de *I* la represión estructurante como marca del psiquismo en el niño, en tanto *i* su pulsión se ve acotada y por lo tanto derivada y abierta.⁹

9. Coincido con los planteos de M. Casas (1994) cuando dice: “Y en el espacio-tiempo de “lo que no se puede” o “no se debe”, presentificando al mismo tiempo lo que se habilita, en esas rutinas de lo cotidiano, acontece una imaginarización encarnada de un acontecimiento inconciente capital cual es la represión: trabajo de un No como límite al placer que hace presente la defensa nodal de la neurosis. El No a las demandas, límite al placer, va desde vivencias de frustración a elaboración de límites y organiza, en el lenguaje freudiano, los diques que prefiguran una instancia psíquica: el superyó”.

Sin embargo en muchos casos se aprecia una atadura del niño a un goce imposible, donde el valor parece ser que el hijo detente un poder casi supremo, quedando “en suspenso”, el lugar del padre.¹⁰

Deseo aclarar que cuando hablo de “lugar del padre” puedo referirme tanto al padre como a la madre (como opera la prohibición fundante del incesto en ella misma), ya que estoy hablando de quien realiza una función de límite, corte, ante el deseo del niño de alcanzar una completud imposible. Además, desde lo concreto, entiendo tal como lo plantea M. Casas (1994) a: “la función del padre, como función ordenadora, es la que en última instancia pone de relieve al diferencia de los sexos y da lugar a la organización identificatoria, donde circulan los diversos lugares que ocupan los progenitores en la peripecia singular de la organización psíquica”. Y agrega: “las carencias y fallas en el ámbito de la prohibición, que es en última instancia prohibición del incesto, constituyen la base de numerosos efectos patológicos” (1992).

Asimismo sostengo que es muy importante estar atento a que también estos padres se encuentran impulsados y hasta presionados por la cultura a ubicarse en el lugar de padre-amigo del hijo, desde donde poder decir “no” a las exigencias del infante termina muchas veces por ser un punto de controversia de los padres y de culpas y dudas.¹¹ En mi experiencia suele ser común escuchar decir que se encuentran en una situación inesperada y con la sensación que el hijo se les va de las manos.

Todo esto abre sin duda un sin número de interrogantes. Entre ellas el tema de las identificaciones. ¿Con quienes se identifican los padres, y con quien identifican al hijo? ¿Cómo operan los fenómenos de idealización en estos vínculos?

10. Desde una perspectiva lacaniana y una interpretación personal de diversos fenómenos sociales C. Calligaris (1996), analiza este aspecto en el Brasil, donde desde su punto de vista observa muchas situaciones donde aparece en los padres una imposibilidad de reprimir (en el sentido de interdicción) “que parece testimoniar un verdadero fantasma relativo a la infancia. Donde el niño muchas veces debería realizar el sueño paterno de un goce sin límites. Y un goce sin límites es un proyecto que implica la anulación de cualquier significante paterno”.

J. Assandri (1996) señala también estos aspectos presentes en nuestra cultura, hablando del “tiempo en que llega a ser (el niño) introducido como pilar de la familia, llega a un estado casi sublime, el niño del todo-posible. Darle al hijo lo que no se tuvo en la propia infancia es uno de los movimientos por donde se hace evidente el asunto, en el supuesto que eso que faltó al padre, en tanto hijo, al ser dado a su hijo, éste va a aprovecharlo. Allí donde el padre debería darle al hijo su falta, le embute (coloca) algo indigerible.

11. Este mismo aspecto fue también observado y planteado por Cortezzi Reis, C. (1995) como un hecho cada vez más común en la relación padres-hijo en el Brasil.

Identificaciones, ideales, y representaciones parentales

En la actualidad diferentes autores que han trabajado el tema de las relaciones iniciales padres-bebé, han prestado especial atención al tema de las representaciones que los padres (en principio la madre) tienen de su hijo. Existe un concepto fundamental planteado por Kreisler, L. y Cramer, B. (1985), que es el de interacción real-interacción fantaseada. Resumiéndolo diremos que la forma en que la madre fantasea la relación con el hijo (identificándolo con alguna figura conflictiva de su pasado infantil) determina la forma en que interaccionan con él, lo que lleva a la constitución o no de relaciones patógenas. Mas actualmente Cramer, B. junto a Palacio Espasa, F. (1995) elaboraron el concepto de Secuencia Interactiva Sintomática, que es “una estructura repetitiva de intercambios madre-hijo, focalizando la patología típica de la díada y relacionada causalmente con un conflicto central de la madre. Es un síntoma actuado a dos, en el cual se entrelazan las contribuciones intrapsíquicas e interpersonal al nivel de la interacción. Permite descifrar el conflicto presente de la díada, en términos de un conflicto nodal de la madre con los objetos privilegiados de su pasado infantil”.

Esta forma de observar y analizar las interacciones (y las identificaciones) pautan actitudes en la clínica ya que estos autores toman como eje de su trabajo el modificar las representaciones que de su hijo tiene la madre (y el padre). Rastrean el posible origen de dichas representaciones, haciendo un trabajo elaborativo a partir de la interpretación de la reactivación del pasado infantil de la madre en la relación con el hijo. Observan muchas veces la presencia duelos no resueltos y la ubicación de los padres en un lugar “ideal”, es decir ubicándose en el lugar de los “padres ideales” que ellos vivenciaron no tener (Palacio Espasa, F. 1997).¹²

En el plano clínico-terapéutico D. Stern (1996) plantea el análisis de diferentes formas *de* terapia de acuerdo a dónde estén priorizadas las vías de abordaje y de cambio –partiendo también de una mayor integración de la figura del padre a partir del concepto vertido por Lebovici de “*triadificación*–, y señala cómo en el modelo psicoanalítico de estos autores, la vía de entrada son las representaciones que la madre tiene de su hijo.

12. Asimismo juega su contraparte, buscar que el hijo logre lo que ellos mismo no pudieron lograren su momento. Tiene plenas vigencias lo planteado por Freud, S. (1914) cuando decía: “El niño debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esa necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de las voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. His Majesty the baby, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres”.

En lo personal hace ya un tiempo que me vengo cuestionando qué es lo *que ocurre con las representaciones de sí mismos como padre y madre y qué efecto tiene esto en la constitución del síntoma de un hijo pequeño.*

Es mi parecer, que es fundamental rastrear este tipo de imágenes mentales por cuanto está en juego el narcisismo parental.

Entonces surge la pregunta de *¿cómo constituyen los padres las representaciones de sí con relación a ese hijo?, Y ¿qué utilidad clínica tiene esto?*

En primer lugar creo que la imagen que de sí mismos tienen como padres se constituye por múltiples vertientes, algunas de las cuales serían:

- 1) *las vicisitudes de su relación edificada con sus padres, fundamentalmente desde la perspectiva de su vivenciar pulsional, con el resultado de diferentes posibles identificaciones.*
- 2) *el peso de lo transgeneracional como lo señala por ej. Faimberg (1985) y otros.*
- 3) *las pautas de apego adquiridas y reactualizadas en el hijo.*
- 4) *los sucesos y vivencias actuales en torno a la paternidad y la maternidad de ese hijo. Por ej. la presencia o no de duelos en ese momento, situaciones traumáticas en torno al embarazo y el parto, enfermedades, internaciones, etc. que siempre se resignifican (après coup) con su pasado infantil.*
- 5) *las imágenes o representaciones que transmite el entorno socio-cultural del que forman parte los padres y que conforman una determinada imagen de padre y madre, y que se integra al ideal del yo.*¹³

13. D. Gil (1994), en su análisis sobre la familia en el fin de siglo, y las características de la función paterna, plantea que "...más allá del plano estructural, e incidiendo en la dimensión fantasmática, va a operar la imagen del padre que predomina en la mentalidad de la época (en su imaginario social) como elemento nada desdeñable de la constitución del superyó".

S. Gomel (1993) plantea que "aún cuando ésta familia presenta una especificidad irrepetible y se recorta con un perfil diferencial, existe una estrecha relación entre los ideales familiares y los propuestos por el discurso cultural de una época. Dicho discurso se define como el lenguaje predominante de una sociedad que opera en la mente a modo de discurso identificador y vehiculiza contenidos inconcientes. Es transmitido por el lenguaje común y por las instituciones sociales, la escuela, las leyes, los medios masivos, la familia".

Representaciones culturales sobre la parentalidad

De estos posibles 5 puntos intentaré en este momento jerarquizar el último, porque se une a mi inquietud sobre el tema de qué imagen de padre y madre transmite la cultura, lo que llamaré *representaciones culturales sobre la parentalidad*.

Creo que estas representaciones forman parte de todos nosotros y parece ser una pauta que se transmite consciente e inconcientemente sobre un modelo esperado de conducta parental. Operando desde el imaginario social, hace cuerpo en el espacio psíquico familiar (e individual), generando sentidos y actitudes específicas en su “ser padres”.¹⁴

Lo podemos tomar como un aspecto de la integración del sujeto a su entorno cultural, dentro del plano de lo transubjetivo. Podemos imaginar lo difícil que resulta definir dicha gama de representaciones, porque indudablemente existe una diversidad muy grande, y pretender abordarlas unilateralmente suena más a un desborde de omnipotencia, que a una precisión “científica”.

Pretendo simplemente *plantear algunas tendencias* que observo en torno a estas representaciones que provienen de mi experiencia de trabajo con familias de clase media, media alta, donde aparecen ciertas pautas que iré volcando aquí.

Tomando además como fuente de información algunas expresiones sociales tales como, cine, televisión, propagandas, etc., observamos como va instaurándose una tendencia de lo que de un padre (y madre) se espera:

- *que sea amigo de su hijo, borrando las diferencias generacionales.*
- *que no tenga una actitud directriz, ni directamente dominante, siendo el niño el que muchas veces “dirige” su desarrollo.*
- *que se aleje lo más posible de la imagen de un padre autoritario.*

14. Desde un ángulo diferente, otros autores han investigado la conformación de las llamadas representaciones sociales y su incidencias en los sujetos y los grupos (Jodelet, D. “Representaciones sociales: un campo en expansión”, y Kaës, R. “Psicoanálisis y representación social”). Si bien plantean diferentes puntos de sumo interés, quiero resaltar la definición que da D. Jodelet, de dichas representaciones sociales, entendidas como: “Una forma de conocimiento socialmente compartido, que tiene un sentido práctico y que converge en la construcción de una realidad común a un conjunto social”. Siendo además: “un sistema de interpretación que rige nuestra relación con el mundo y los otros, orientan y organizan las conductas y las comunicaciones sociales”. No es mi objetivo en este trabajo desarrollar estos aspectos sino dejarlos abiertos como punto de discusión.

- *que a veces anteponga los deseos del niño a sus propios deseos, para evitarle sufrimientos o traumas en su desarrollo.*
- *que delegue precozmente en otros técnicos parte de la educación del hijo, y no en las experiencias de sus mayores (abuelos), ni de sí mismos como padres.*¹⁵

Estos puntos que más que ítems son ensayos de preguntas sobre el tema podrían dar una idea de “padres-víctimas” de los hijos, donde quedan en una posición pasiva, y donde la “actitud activa” y hasta “agresiva” está únicamente del lado del niño. No pienso que esto sea así.

Porque a su vez todos estos elementos terminan siendo un punto de gran exigencia sobre el hijo. Exigencia que termina siendo una forma más de intrusión-agresión, ya que lo que parece ser dejado de lado es darle su tiempo y estilo de ser.

Podríamos plantearnos que en los casos en que parece que estos padres quedan sometidos al hijo en realidad están *sometidos al ideal que está proyectado en el lujo, y están a su vez sometiendo al hijo a la violencia de ser desalojado de su lugar de hijo en la cadena de generaciones.* Situación que es uno de los pilares de la estructuración psíquica.

Retomando otro punto, quiero señalar cómo estas R.C.P. así como las representaciones culturales sobre el niño (que pasaré a detallar), pueden ser herramientas o caminos clínicos que podemos tomar como “puertas de entrada” (como señala Stern) para modificar el vínculo que los padres tienen con su hijo pequeño.

15. El sociólogo C. Filgueira (1996) plantea que la “perdida de funciones de la familia es uno de los rasgos más notables de las tendencias sociales de nuestro tiempo. Históricamente muchas de las funciones tradicionales que en el pasado se asociaban a la unidad familiar han sido transferidas total o parcialmente a otras instituciones especializadas de la sociedad. Por ej. ha habido una transferencia de buena parte de las funciones de socialización y educación hacia otras instituciones específicas. Y dentro del seno mismo de la familia el historiador L. de Mause (1982) plantea que a partir de la segunda mitad de este siglo se fue dando un cambio en las relaciones paterno-filiales, donde se da la idea de que el niño sabe mejor que los padres lo que necesita en cada etapa de la vida e implica la plena participación de ambos padres en el desarrollo de la vida del niño, esforzándose por empatizar con él y satisfacer sus necesidades peculiares y crecientes. No supone intento alguno de corregir o formar “hábitos”. A diferencia de otras épocas no se tiende a darle golpes ni reprimirlos. Se buscaría responder continuamente a sus necesidades, jugar con él, tolerar sus regresiones, estar a su servicio y no a al inversa, interpretar sus conflictos emocionales y proporcionar los objetos adecuados a sus intereses en evolución.

El autor entiende que es muy difícil para los padres “llenar” todos estos requisitos, pero personalmente entiendo que apunta a un “perfil” cultural o posibles “representaciones culturales de la paternidad”, que hace efecto en los “padres modernos”, Algo que me parece interesante y coincidente con mi visión es que, según este autor, se espera que con esta “educación ideal”. “Su resultado es un niño amable, sincero, que nunca está deprimido, que nunca tiene un comportamiento imitativo, de voluntad firme, y en absoluto ¡intimidado por la autoridad.”

Me he encontrado con algunos casos con que la posibilidad de trabajar más directamente con “lo reprimido” (el deseo edípico y sus vicisitudes) reactivado en su hijo, no fue posible por diferentes motivos. Pero sí fue tolerable para ellos (y tal vez para mí) en ese momento, “meternos” en su mundo psíquico y modificar en algún aspecto las representaciones de sí como padres y las de su hijo (y por la tanto la interacción fantaseada), viendo como en ellos se instalaba ésta gama de representaciones culturales que terminaban por distanciarlos del “niño real” y sus necesidades y deseos particulares.

Esto, sin duda, configura un terreno a investigar.

Representaciones culturales sobre el niño

En correlación a todo esto es evidente que también ocupará un lugar las *representaciones culturales sobre el niño (R.C.N.)* que serían las imágenes que transmite y privilegia una cultura sobre el niño y que al igual que las R.C.P. condicionan actitudes y formas de estructurar los vínculos.¹⁶

De este punto me he venido ocupando a lo largo del trabajo y como ya lo hemos visto al hacer la introducción histórica la imagen de la infancia o como la llamamos ahora R.C.N., han ido teniendo una variación substancial. Del niño que aparece como un adulto en miniatura en las pinturas del Dodero, al niño que observamos en por ej. “Mi pobre angelito”, o en los cortos publicitarios existe una diferencia por así decir, abismal.

Si tuviéramos que definir en pocas palabras lo que aparece como una de las imágenes deseables –en determinado ámbito social– del niño pequeño en este comienzo de siglo, nos inclinaríamos a pensarlo como:

- *activo*
- *espontáneo (casi transgresor)*
- *explorador*
- *persistente*
- *autónomo*

16. Este concepto es en parte una reelaboración de la idea que planteamos junto a A. Cardozo y S. López (1993, 1994) sobre “el bebe fantaseado de la cultura”, donde intentábamos comparar la imagen del niño ideal de principio de siglo, con la del niño ideal de fin de siglo.

- *precoz (motriz e intelectualmente)*
- *conectado (en casi permanente interacción).*

Pero, ¿esta es la única imagen que se observa en nuestra cultura sobre el niño? Por supuesto que no. Existe si se quiere, la imagen opuesta a la señalada. También es un hecho de nuestra cultura la situación de niños (sobre todo en áreas marginales) en los cuales no se privilegia su desarrollo como un pilar estructurador. Niños que son víctimas de violencia y maltrato (y no sólo entre población marginal) en diferentes planos, como el del abuso sexual, hecho que como señala Hoffman, M. (1996) es muchas veces tratado con aburrimiento, ignorancia y falta de respuesta. En muchos países y sectores sociales han aumentado el trabajo y la explotación sexual de los niños.

Considero que es tan parte de la realidad la niña-pirámide que “pega” a sus padres, como el niño que es castigado y explotado por sus padres. Todo esto configura una alternancia de situaciones que demuestra la complejidad de los fenómenos sociales e individuales que vivimos.

La potencialidad de un maltrato infantil es algo que forma parte de todos nosotros, pero deseo insistir también con el hecho de que el niño que (en mi experiencia) queda desalojado de su “lugar de hijo” sufre la “violencia” del abandono psíquico, y de quedar librado por su cuenta a la difícil tarea de gobernar sus pulsiones, o en otros casos de buscar formas substituías de autosostenimiento.

Algunas posibles consecuencias

Los cambios que he venido señalando del lugar de los padres y el niño en la cultura no implican que todos los niños y todos los padres sean iguales, y tiene también sus aspectos a favor. Por ejemplo, L. Osorio (1997) señala que: “Tal vez el gran cambio en la relación padres-hijos en el mundo de hoy sea justamente el abandono de alternativas de prohibir o permitir para el surgimiento de una actitud de negociar y dialogar, lo que *incrementa la confianza recíproca y la tolerancia mutua en las relación entre las generaciones*”.

Coincido con esta perspectiva en tanto se pueda dar una estructura familiar donde las funciones y las diferencias de los lugares simbólicos no caigan en el campo de la renegación.

De todas maneras, yo quiero pensar algunos casos en que aparecen ciertas dificultades, donde éstas tendencias culturales (junto a dificultades personales) generan una distorsión en los vínculos con diferentes efectos en la estructuración psíquica del niño pequeño.

Vida M. de Prego (1997) se plantea una serie de interrogantes al respecto: “¿Puede el niño-hombre de hoy metabolizar la vertiginosa carrera de logros científicos, tecnológicos, socio-culturales, etc., que se le imponen? La multiplicidad de estímulos a que está sometido el niño, ¿no podría determinar una perturbación en la capacidad de discriminar?”.

En lo personal son estos aspectos los que me preocupan. Cómo esa imagen de niño que transmiten los medios empuja a un desarrollo precoz, donde se ve limitada la experiencia de dependencia tan necesarias en el bebe. Bebes que demuestran como característica una actitud de exploración, pero con un grado de inquietud casi desmedida. Algunos de ellos son “diagnosticados” como hiperactivos antes de los 2 años. Observando el desarrollo de algunos niños me he planteado si no incidirá que el movimiento y la inquietud tienen un valor especial en la constitución de su *self*.

Pero en forma muy resumida, diré que en algunos casos es como si el bebe o el niño cambiara la dependencia del objeto materno, por una forma de autosostenimiento motriz, que podríamos denominar “*falso self motriz*” (Guerra, V. 1995 y 1998), para diferenciarlo del falso *ye//*” intelectual que describe Winnicott (1960). Estos niños son descritos como muy activos desde el principio y muy intensos en sus reacciones. Por diferentes motivos se dan dificultades en lo que Winnicott (1945) denominara “desarrollo emocional primitivo”, ya que por ejemplo, las experiencias de *relajamiento o no integración* no aparecen privilegiadas (la mayoría de las veces por falta de un “*holding*” adecuado).¹⁷

17. Considero que esto también puede estar atravesado por el imaginario cultural. Si las R.C.N. apunta prioritariamente hacia el tema de la actividad y la interacción, no queda mucho lugar para privilegiar realmente los momentos de relajación-no integración y repliegue del niño, ya que muchas veces supone un peligro. Algunas madres dicen; “si se mueve es porque está sano”. Asimismo queda poco espacio para lo que M. Khan (1978) denominara la capacidad de “estar en barbecho” (*lying fellow*) definido como “Un modo de emparentarse con una quietud despierta y con una conciencia receptiva ligera”, que para él da el sustrato energético de la mayoría de los esfuerzos de creación, siendo el necesario anverso del trabajo mental organizado.

También incide que existe desde los padres o *una investidura especial de las señales de vitalidad del bebe o una tendencia exagerada a la autonomía, que hacen que el bebe haga de madre de sí mismo a través del movimiento pero moviéndose demasiado.*

Si como dice Winnicott (1949) el bebe con el uso de su mente convierte el ambiente bastante bueno en un ambiente perfecto compensando así las fallas maternas, en estos casos plantearía que lo hace con el trabajo de su aparato motriz y con el movimiento.

El problema es que esto muchas veces se confunde con una *actitud de espontaneidad y exploración, que como valores culturalmente aceptados (R.C.N.), terminan por consolidar algo que conduce a lo que algunos llaman “síndrome hiperactivo”, o más directamente hacia trastornos de conducta en la edad escolar (cuando no preescolar). Y este niño no puede aceptar los límites, porque (entre otras cosas) el movimiento está al servicio de la sensación de seguridad interna, y/o en función del deseo materno de un hijo potente e independiente, estando las funciones parentales confusas y conflictuadas.*

Un niño en tratamiento me decía: “¿sabes lo que pasa?, yo me tengo que mover, es más divertido y así soy como ‘Tasmania’ el dibujito, que se mueve rápido, tiene mucha fuerza y no precisa de nadie”. Cabe consignar que en este “no precisar de nadie” se esconde una historia de depresión que es enmascarada por el síntoma y actualizada en el trabajo transferencial.

Creo que este tipo de casos constituyen uno de los tantos puntos que desde la clínica, hoy en día, interpelan nuestra labor psicoanalítica con niños. Y a su vez, el poder observarlo desde un lugar “limítrofe” de lo individual, en cruce con las influencias socio-culturales, puede abrirnos una escucha y una posibilidad de intervención diferente.

Resumen

Desde una perspectiva intersubjetiva intento en este trabajo abrir un camino de reflexión sobre los cambios culturales, el fin de siglo y las modificaciones que creo se configuran en las denominadas representaciones culturales sobre la parentalidad y sobre el niño. Los padres están atravesados por un imaginario social que delimita funciones, expectativas y anhelos en la constitución de “su majestad el bebe”, que difiere de lo esperado idealmente en otros momentos de la historia de la humanidad. Estos puntos me conducen a ensayar algunas interpretaciones sobre ciertas características que aparecen

en los vínculos padres-hijo tales como: la dificultad con los límites y la inquietud motriz del niño; que se han ido convirtiendo en temática común en aquellos que nos consultan por sus hijos pequeños (tempranos).

En relación a esto es que reflexiono –desde una perspectiva winnicottiana– sobre la constitución del falso self, y establezco una distinción entre el falso self intelectual y el falso self motriz, como forma de intentar dar cuenta de ciertas peculiaridades (y dificultades) en la estructuración psíquica del niño.

Summary

From an intersubjective perspective I intend in this paper to open a path of reflection about the cultural changes, the end of the century and the modifications I believe have taken place in the nominated cultural representations concerning parenthood and being a child. Parents are taken by a social imaginary that delimit functions, expectatives and yearnings in the constitution of “his Majesty the baby”, which differ of what was ideally expected at other times of the history of humanity. These matters lead me to rehearse some interpretations about certain characteristics that appear in the bonds parents-child such as: the difficult with limits and the restlessness of the child; that have become a common topic in those that consult for their little children.

In relation to this is that I meditate –from a Winnicott’s point of view– about the constitution of the false self and I establish a distinction between the intellectual false self and the motor false self, as a means to show certain peculiarities (and difficulties) in the psychic structuration of the child.

**Descriptores: INTERSUBJETIVIDAD / CAMBIO / SOCIOLOGÍA /
RELACIÓN PADRE-HIJO / RELACIÓN MADRE-HIJO /
IMAGEN CORPORAL / MATERIAL CLÍNICO**

Bibliografía

ARIÉS, P. (1987) “El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen”. Ed. Taurus.

- ARIÉS, P. (1993) "Ensayos de In memoria". Ed. Vitral.
- ANDREOLI, M. (1997) "Pérdida de vínculos comunitario e identidad", en "Los vínculos en la sociedad actual". Ed. Roca Viva.
- ASSANDKI, J. (1997) "Clínica infantil: territorio; y abordajes". Ed. Roca Viva.
- BADINTER, E. (1991) "¿Existe el instinto maternal?". Ed. Paidós.
- BARRÁN, J., Caetano, G., Porzecanski, T. (1997) "Historias de la vida privada en el Uruguay". T. I y II. Ed. Taurus.
- BERNARDI, R. (1997) "Salud mental y subjetividad en nuestro fin de siglo". Inédito.
- CALVINO, I. (1994) "Seis propuestas para el próximo milenio". Ed. Siruela.
- CALLIGARIS, C. (1996) "Helio Brasil". Ed. Escuta.
- CARDOZO, A., Guerra, V., López, S. (1993) "Bebes y padres de fin de siglo: ¿entre la precocidad y la hiperestimulación?", presentado en el Encuentro Internacional sobre la salud mental del lactante, el niño y el adolescente del siglo XXI. Punta del Este, Uruguay.
- CARDOZO, A., Guerra, V., López, S. (1994) "Comenzando los vínculos: los bebes, sus papas y el jardín maternal". Ed. Roca Viva.
- CASAS, M. (1994) "Función paterna en la familia en este fin de milenio". Rev. A.P.U. N° 79/80.
- CASAS, M. (1992) "Estructuración psíquica". XIX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Rev. A.P.U. N° 76.
- CASAS, M. (1998) "Del sujeto social y el sujeto de deseo. Nuestra contemporaneidad". Presentado en A.P.U.
- CORTEZZI REIS, C. (1995) "A criança de ontem e de hoje". Rev. Espaço Criança. Escritos Psiconalíticos. Vol I, N° 1. Instituto Sedes Sapientiae, São Paulo, Brasil.
- CRAMER, B., Palacio Espasa, F. (1995) "Técnica psicoterápica mãe-bebe". Ed. Artes Médicas.
- DOLTÓ, F. (1991) "La causa de los niños". Ed. Paidós.
- DE MAUSSE, L. (1982) "Historia de la infancia". Ed. Alianza.

FAIMBERG, H. (1985) "El telescopaje de generaciones: las genealogía de ciertas identificaciones". Rev. de Psicoanálisis, V. 42, Nº 5.

FILGUEIRA, C. (1996) "Sobre revoluciones ocultas: la familias en el Uruguay". Publicación de C.E.P.A.L.

FREUD, S. (1914) "Introducción del narcisismo". T. XIV. Ed. Amorrortu.

GALENDE, E. (1997) "De un horizonte incierto. Psicoanálisis y Salud Mental en la sociedad actual". Ed. Paidós.

GÉLIS, f. (1989) "La individualización del niño", en "Historia de la vida privada", T. 5, de Aries, P, y Duby, G. Ed. Taurus.

GIL, D. (1994) "La familia. Una aproximación genealógica en este fin de milenio". Rev. A.P.U. Nº 79/80.

GOMEL, S. (1993) "Panel sobre abordaje psicoanalítico de la familia". "Encuentro Internacional sobre la salud mental del lactante, el niño y el adolescente en el siglo XXI". Punta del Este, Uruguay.

GUERRA, V. (1995) "El papel de la mirada, y los cambios de posición corporal en los primeros seis meses de vida, y su relación con el desarrollo del self". Conferencia del X Congreso de Psiquiatría del niño y del adolescente. Curitiba, Brasil.

GUERRA, V. (1998) "Sobre diferentes aspectos del falso self. La conformación del falso self motriz". Inédito.

HOFFMAN, M. (1996) "La falta de un espacio: causales de violencia contra la infancia". Rev. A.U.D.E.P.P., T. IV, Nº 4.

JODELET, D. "Representaciones sociales: un campo en expansión".

KAËS, R. "Psicoanálisis y representación social".

KHAN, M. (1978) "Estar en barbecho", en "Winnicott", ed. Trieb.

KREISLER, L. y CRAMER, B (1985) "Sur les bases cliniques de la psychiatrie du nourisson", in S. Lebovici, R. Diatkine, M. Soulé, Traité de psychiatrie de l'enfant et de l'adolescent.

MABERINO, DE PREGO, V. (1997) "Los hijos de la nueva tecnología", presentado en el Congreso Internacional de Salud Mental, Canela, Brasil.

MARTÍNEZ DE BAGATTINI, C. (1997) “Anorexia nerviosa y bulimia. Su relación con lo perverso”. Rev. A.P.U. N° 84/85.

OSORIO, L. (1997) “Familia hoje”. Ed. Artes Médicas.

PALACIO ESPASA, F. (1997) “Os conflitos das parentalidades e as psicoterapias pais-bebe”. Conferencia del II Simposio Brasileiro de Observação da relação mãe-bebe. Canela, Brasil.

STERN, D. (1997) “A constelação da maternidade”. Ed. Artes Médicas.

VIGARELLO, G. (1995) “Lo sano y lo malsano”. Ed. Trilce.

WINNICOTT, D. (1945) “Desarrollo emocional primitivo”.

WINNICOTT, D. (1949) “La mente y su relación con el psique-soma”. Escritos de Pediatría y Psicoanálisis. Ed. Laia.

WINNICOTT, D. (1958) “La capacidad para estar a solas”. El proceso de maduración en el niño. Ed. Laia.

WINNICOTT, D. (1960) “Distorsión del ego en términos de verdadero y falso self”. El proceso de maduración en el niño. Ed. Laia.

El psicoanálisis en el vértigo de la mutación civilizatoria¹

La práctica psicoanalítica en el contexto actual

Marcelo N. Viñar²

Vista panorámica del siglo XX

Doce personas reflexionan sobre el siglo XX³

Isaiah Berlin (filósofo, Gran Bretaña): *“He vivido durante la mayor parte del siglo XX sin haber experimentado –debo decirlo– sufrimientos personales. Lo recuerdo como el siglo más terrible de la historia occidental”.*

Julio Caro Baroja (antropólogo, España): *“Existe una marcada contradicción entre la trayectoria vital individual –la niñez, la juventud y la vejez han pasado serenamente y sin grandes sobresaltos– y los hechos acaecidos en el siglo XX... los terribles acontecimientos que ha vivido la humanidad”.*

Primo Levi (escritor, Italia): *“Los que sobrevivimos a los campos de concentración no somos verdaderos testigos. Esta es una idea incómoda que gradualmente me he visto obligado a aceptar al leer mis escritos al cabo de algunos años. Nosotros, los supervivientes, no somos sólo una minoría pequeña sino también anómala. Formamos parte de aquellos que, gracias a la prevaricación, la habilidad o la suerte, no llegamos a tocar fondo. Quienes lo hicieron y vieron el rostro de la Gorgona, no regresaron, o regresaron sin palabras”.*

René Dumont (agronomo, ecologista, Francia): *“Es simplemente un siglo de matanzas y de guerras”.*

Rita Levi Montalcini (premio Nóbel, científica, Gran Bretaña): *“Pese a todo, en este siglo se han registrado revoluciones positivas ... la aparición del cuarto estado y la promoción de la mujer tras varios siglos de represión”.*

1. Congreso de Lima, abril 1998. “En el Umbral del Milenio.”

2. Joaquín Núñez 3946. E-mail: maren@chasque.apc.org

3. Tomado de Eric Hobsbawm.

William Golding (premio Nóbel, escritor, Gran Bretaña): *“No puedo dejar de pensar que ha sido el siglo más violento en la historia humana”*: Ernest Gombrich (historiador del arte, Gran Bretaña): *“La principal característica del siglo XX es la terrible multiplicación de la población mundial. Es una catástrofe, un desastre y no sabemos cómo atajarla”*.

Yehudi Menuhin (Músico, Gran Bretaña): *“Si tuviera que resumir el siglo XX, diría que despertó las mayores esperanzas que haya concebido nunca la humanidad y destruyó todas las ilusiones e ideales”*.

Severo Ochoa (premio Nóbel, científico, España): *“El rasgo esencial es el progreso de la ciencia, que ha sido realmente extraordinario ... Esto es lo que caracteriza a nuestro siglo”*.

Raymond Firth (antropólogo, Gran Bretaña): *“Desde el punto de vista tecnológico, destaco el desarrollo de la electrónica entre los acontecimientos más significativos del siglo XX; desde el punto de vista de las ideas, el cambio de una visión de las cosas relativamente racional y científica a una visión no racional y menos científica”*.

Leo Valiano (historiador, Italia): *“Nuestro siglo demuestra que el triunfo de los ideales de la justicia y la igualdad siempre es efímero, pero también que, si conseguimos preservar la libertad, siempre es posible comenzar de nuevo ... Es necesario conservar la esperanza incluso en las situaciones más desesperadas”*.

Franco Venturi (historiador, Italia): *“Los historiadores no pueden responder a esta cuestión. Para mí, el siglo XX es sólo el intento constantemente renovado de comprenderlo”* (E. Hobsbawm, 1995, pág. 11-12).

No me ocuparé de diferencias entre autores, teorías o escuelas psicoanalíticas, sino de algunos cambios que se están produciendo en esta sociedad mediática y tecnologizada y del lugar que ocupan hoy *la palabra y la narración*, en apariencia destituidas de su lugar privilegiado de subjetivación. Acertado o no, este abordaje es una elección que asumo. José Pedro Barran nos enseña que un texto (o documento) se ofrece, o informa, por lo que dice, pero también por lo que calla y omite. Texto que no sólo dice del tema y del autor, sino de la comunidad cultural –profesional y política– dentro de la cual el tratamiento del tema –(sus preguntas y respuestas)–, se insertan.

* * *

Que los cambios nos gusten o no, no es allí que radica el problema. Como señala A. Touraine, de estos cambios no podemos escapar, no vale la nostalgia ni es posible la autarquía. El único desafío es si al viaje ingresamos como viajeros o como galeotes. Y la disyuntiva no es fácil de encontrar.

¿O acaso estos grandes cambios en la estructura productiva y societaria no conciernen a la subjetividad y tiñen la psicopatología? La respuesta me parece afirmativa.

Yo soy malo en estadísticas e inexperto en epidemiología. Aún así, como clínico, puedo saber que nos llegan más y más anorexias y bulimias, drogadicciones y conductas adictivas, y trastornos graves de la personalidad con tendencia a conductas antisociales o una cierta forma de agencia moral.

Dice Julia Kristeva “...*los habitantes del planeta mediático, sometidos al estrés, las imágenes y los antidepresivos, padecen lo que he llamado las nuevas enfermedades del alma: el mismo espacio psíquico se encuentra amenazado, estamos a punto de perder el fuero interior en el que el hombre occidental amparaba en otro tiempo, con la plegaria y la introspección, su capacidad de representar y juzgar el cosmos y los otros; y esa pérdida desemboca directamente en la autopista de las enfermedades psicosomáticas, la corrupción y el vandalismo*” (Kristeva, J. 1966, Prólogo de “Historias del Mal”).

Y esta afirmación me parece más elocuente que la corroboración estadística.

La irrupción de la informática, la globalización de la economía y la masificación de los medios de comunicación *plantea nuevos y difíciles problemas identitarios a pensar desde una perspectiva ciudadana y democrática, también en nuestro espacio profesional. Es patente, aún a una mirada ingenua (si la hubiera) que el espacio interior no es hoy el de la cogitación de Descartes o Spinoza, ni la trémula mirada de Kafka o Proust, sino el vértigo del video-clip, en la música o en la guerra, donde no sabemos si vemos todo o nada, donde el acontecimiento ocurre a una velocidad que mal puede ser metabolizada. Llamamos acontecimiento –con Alain Badiou– al modo en que un sujeto percibe y se apropia de los sucesos del mundo.*

Sí, sabemos que la expansión tecnológica y sus efectos en la eficiencia productiva y la multiplicación exponencial de la información no han resuelto –y quizás haya empeorado– ni la desnutrición ni la guerra, ni los equilibrios en la convivencia, ni con

los otros ni con nosotros mismos. La ecuación freudiana de que a mayor civilización menor satisfacción, sigue siendo trágicamente vigente en diversos planos.

En lo que atañe al modesto recinto de nuestro oficio, resulta obvio que si queremos inspirarnos en Freud, el asunto no es sólo recitarlo, con más o menos erudición y rigor, sino explorar, tomando su ejemplo, las relaciones tan estrechas como complejas e ignoradas (a veces enigmáticas), entre cultura y psicopatología. Suponiendo que el cuerpo erógeno y la tormenta pulsional son (invariantes), o variantes menos sensibles al tumulto de la historia del presente, lo que importa es explorar la vertiente ¿relacional.

Gilberte García Reynoso tomaba la idea de Maurice Blanchot de que leí pensar, en su devenir, tiene un momento afirmativo, o transitivo, que coexiste con el acontecimiento, y un segundo tiempo, reflexivo que asimila y hace propio el acontecer. La memoria, señala Paul Auster, es el litigar donde algo ocurre por segunda vez. La subjetivación ocurre en el intervalo diferencial entre esos dos tiempos: el de captura y el de subjetivación. Sólo en el segundo tiempo hay un efecto sujeto, que se hace allí testigo y partícipe del acontecer. Sólo allí el sujeto piensa y habla en primera persona, y no queda diluido por la hipnosis en la masa. La fórmula de Blanchot es alambicada pero elocuente: “Yo no sé, pero sé que voy a haber sabido”. ¿Es a la carencia o supresión de este intervalo que llamamos cultura de la instantaneidad? Úselo y déjelo, esto vale tanto para el objeto perimible como para el suceso del día, que no se constituye en ¡acontecimiento. En todo caso, entre el remanso del sujeto de la narración y el vértigo del sujeto de la imagen, se crea un intervalo a problematizar.

* * *

En el largo trabajo histórico y personal de construcción del sujeto humano, se es hijo de ... Hijo de los padres, de la historia, de la cultura y de los códigos del grupo. Y no sólo de las determinaciones inconscientes del Complejo de Edipo. No soy revisionista del descubrimiento freudiano, sólo digo que su poder y hegemonía es hoy día de tal pregnancia, que vale la pena contrastarlo con otras secuencias causales inteligibles, so pena de quedar capturados en explicaciones reductivas y prefabricadas.

* * *

Don Quijote era hidalgo. Etimológicamente hijo de algo. Para Marcel Mauss no es sólo el parto de la persona singular, sino tener un lugar y un rol en el grupo. Tener destino y misión. Nombre propio y pertenencia al clan y una relación al pasado: un vínculo “explicativo” entre la peripecia o la pregunta actual y un tiempo previo, mítico, constituido como tiempo fundador. La pertenencia es una necesidad humana básica, tan constitutiva de la persona humana como su propio cuerpo. Atahualpa Yupanqui –que se llamaba originariamente Roberto Chavero– adoptó el nombre de un jefe indígena y el apellido que en lengua indígena significa indistintamente tú narrarás, o tú cantarás (simbiosis entre palabra y melodía que las lenguas actuales han perdido).

¿Será por la bruma en la noción de realización, que hoy hablamos de pérdida y dispersión del sujeto?

En todo caso este será el eje –columna vertebral– que adoptaré en mi desarrollo de hoy. Doy por sabido –como capital de conocimiento adquirido y aceptado– las ficciones o modelos psicoanalíticos sobre la constitución subjetiva, los desarrollos freudianos sobre estructuración psíquica. (Sélika Mendilaharsu (Acevedo de Mendilaharsu, S. 1995, pág. 61-62) y los 6 comentaristas uruguayos a la visita de Jean Laplanche (RUP N° 87. Visita de Jean Laplanche), hicieron una puesta al día bastante exhaustiva sobre el tema). Lo que ahora me interesa es proseguir la interrogación acerca de la interfase o frontera entre el sujeto que emerge o descubrimos en la experiencia freudiana (cuando esta puede o logra ser instituida en la situación analítica), con la crisis del actual sujeto histórico y político, tal como la piensan y describen algunos pensadores de la actualidad.

El sujeto actual no está mecánicamente determinado por el juego de las fuerzas sociales, ni tampoco es él sólo la clave de su propio drama: se trata de una figura mixta e inconclusa al mismo tiempo, dependiente y abierta. Pasaron 30 años y vemos como dialectizables, abordajes que otrora se nos impusieron como excluyentes. Hoy día afirmar la vigencia de la causalidad inconsciente y la importancia de las relaciones tempranas es llover sobre mojado. Más bien la tarea urgente de la actualidad es combatir una hegemonía reductiva de la metapsicología freudiana y confrontarla con la inteligibilidad de otros operadores en juego. De no buscar en esta dirección, nos

seguiremos quejando de la disminución de la disposición a analizarse y de la alta tendencia a la deserción de tratamientos.

* * *

Personalmente pienso que aún entendemos poco y mal el tránsito del hombre de la modernidad al de la post modernidad. Quizás estemos en la urgencia de vivir una transformación y nos falta la perspectiva para pensarla, y es desde el asombro y la perplejidad, que trazamos algunas inquietudes.

La ola de progreso y de confianza en la *razón*, del Siglo de las Luces, nos trajo la ilusión de una espiral ilimitada en el conocimiento del universo y la naturaleza humana. Para el hombre de la modernidad, el progreso de la ciencia y de la técnica fue la promesa de bienestar y de justicia social. Para el de hoy, el mismo empuje en la expansión del conocimiento –multiplicado exponencialmente– es amenaza y zozobra. De desempleo y marginación como efecto de la robotización administrativa I e industrial, del estallido demográfico y del desequilibrio ecológico (penuria en los recursos naturales, sobre todo el agua y la atmósfera), de la resurgencia de los fanatismos nacionalistas y étnico religiosos, y del temor a la manipulaciones genéticas.

Dice Edouard Glissant: *“El caos-mundo no es un mundo en desorden, uno impredecible. No podemos tener la pretensión de saber lo que va a suceder. La realidad nos sorprende cada día y hay que habituarse a la idea de construir sin la pretensión de orientar al mundo. Esto es difícil de concebir y aceptar, porque siempre hemos querido prever y predecir. Además, el mestizaje de culturas nos obliga a reformular la noción de identidad individual y colectiva. Ya no habrá identidad de raíz única que excluya a otras y no conciba nada fuera de ella, sino participación en común y búsqueda de una identidad rizomática”* (Glissant, E. 1988).

El hombre de la modernidad se asomaba al mundo para comprenderlo y transformarlo, como sentenciaba la famosa máxima de Marx: lo ya constituido en la naturaleza, en el orden social y las instituciones, estaban allí como puntos de resistencia y desafío al emprendimiento y la transformación. De allí que se pudiera hablar de ideales y discursos de utopía.

El de la postmodernidad toma a la realidad –señalan Cabanne y Petrucci– no sólo como lo efectivamente existente sino como lo inmodificable y lo único posible. Si los cambios vienen, será por obra del poder y/o de la ciencia y la tecnología. Vendrán ya pronto y lo sabremos por los medios masivos de comunicación, tan rápidos y eficaces. Lo que significa –ni más ni menos– que de actores y protagonistas, hemos pasado a ser espectadores y pasivos. Espectadores de un universo vertiginoso cuyos datos nos abruma y desbordan y parecen demostrar una lógica fatal de los acontecimientos: donde antes queríamos comprender algunas secuencias lógicas de lo real, hoy nos conformamos con registrar lo indispensable. O lo que nos imponen. ¿Por qué tengo que saber de Clinton y Mónica Levinsky, y que Lady Di se fue con un árabe y no un británico, o, al menos, un buen muchacho judío?

Y agregan los mismos autores *“El ser mass-mediático normal, para quien su destino será siempre decidido en otro lugar, por la manipulación de la ciencia y la informática de este mundo globalizado. De ser agentes transformadores del mundo al paraíso individual de la droga y del consumismo a la moda”*.

Y frente a la exuberancia de la información, ¿somos sujetos que eligen o títeres manipulados? Seguramente ambas cosas, que en la simultaneidad de una contradicción, tendremos que explorar.

Estos hechos no son ajenos ni están distantes del recinto intimista del consultorio. No es ya la censura y represión de los apetitos sexuales el temor que hace escándalo e impacto y atraviesa nuestro mundo interior, sino el vértigo informativo acelerado por los mass-media que además desordenan la frontera –antaoño bien pausada– de espacio público y privado.

* * *

También ha perimido el tabú de la virginidad y los parámetros de la iniciación y de la conducta sexual están bastante revueltos, ¿cuándo y cómo la desfloración? ¿Qué criterios para el apareamiento? Con la eficacia de los métodos anticonceptivos y el terror al SIDA, los planteos cambian. Allí donde hubo censura moral o rebelión libertaria, hoy reina una febril negociación donde la exuberancia –(en lo que podemos captar desde el atalaya de nuestra edad, nuestra profesión y nuestros prejuicios)– dice

argumentos múltiples y contradictorios que carecen de un *patrón medida nítido* –en sus criterios y fundamentos. Patrón al que oponerse o someterse.

La eficacia tecnológica, entre la realidad y la ilusión, desplaza el orden de lo posible. Frente a lo sagrado de la maternidad y la conservación de la especie, la interrupción voluntaria del embarazo y la planificación familiar se han hecho un “derecho” legítimo y una exigencia demográfica al que sólo se opone la iglesia retardataria. Pero, ¿qué efectos psíquicos tiene la separación o escancien de placer y procreación?

La cirugía y la endocrinología llevan a cabo el deseo explícito de los transexuales; en todo caso no es lo mismo soñar lo irrealizable que llevarlo a cabo en acto. ¿Se trata de un problema técnico de racionalidad instrumental o la tramitación a ese nivel oculta las dificultades para tramitarlo como conductas de valor y criterios de legitimación?

Es distinto estar en sumisión o rebeldía a una pauta establecida por el consenso y la tradición, que ser fundador, en la autarquía, de criterios, que hay que asumir como válidos y legítimos. La tradición era un mito a enfrentar, para acatarlo o combatirlo, hoy la barrera es embestir puertas abiertas. La exaltación del presente sin tener que combatir o superar las pautas del pasado y la tradición parece ser, para bien y para mal, uno de los caracteres originales del tiempo actual.

“La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. ...los jóvenes de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente, sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en que viven.”

(Hobsbawm E., 1995, pág. 13)

La referencia parental no parece sustentar el mismo poder y vigencia que antaño. En todo caso si el Otro de la Ley (Padre castrador o muerto por la horda) es en nuestros esquemas fundamento civilizatorio, cabe pensar qué efectos tiene en la organización subjetiva, la modificación imaginaria y/o simbólica de esta figura clave de la estructuración.

* * *

Podemos decir, simplificando, en la generación de los abuelos el consenso fue la condena del sexo y la lujuria por su carácter pecaminoso, en la nuestra el doble discurso de la legitimación en la relación privada y de ocultamiento y recato en la pública, los jóvenes de hoy proclaman y practican una libertad sexual, que, a veces, no siempre, disfrutan. La prohibición de la lujuria ha seguido un camino paralelo al del traje de baño, cada vez tiene menos tela y cubre menos superficie. Pero bien sabemos de la clínica, que ni la conducta reprimida y censurada, ni la actuada y libertina, resuelven el cogollo de nuestros conflictos con la sexualidad.

Yo tuve (y quizás tengo) un sentimiento de celebración por el éxito de estas posturas libertarias y el derrumbe de monstruos obsoletos y cavernarios de la tradición. Quizás el psicoanálisis contribuyó en esta transformación, pero no le demos un protagonismo exclusivo. El puritanicidio me parece un crimen saludable siempre y cuando se gesten en paralelo límites de recambio. No hay reforma sin propuesta, no es cierto que de la crisis brota axiomáticamente algo mejor. Es posible pero hay que construirlo. Ninguna generación se ahorra el trabajo de construir su historia.

Junto a la caída del tabú del sexo, vino el crecimiento exponencial de los divorcios, la aparición frecuente de familias monoparentales y cruzadas y de los discursos de legitimación de la homosexualidad, otrora objeto de oprobio y de condena, moral y jurídica.

El problema no es conservar o restaurar los valores de la familia tradicional, sino como romper con el puritanismo preservando claramente categorías oposicionales de discriminación. La moral victoriana era tonta pero clara (y su tontería sigue operando, aún en retirada). ¿Cómo preservar la discriminación y la lucidez sin caer en el maniqueísmo de oposiciones binarias? Porque en el movimiento del deseo, aquello que hace límite y contiene, aquello que prohíbe es condición del deseo mismo. Para el sediento es mejor el líquido en un vaso que lo contenga, que la mancha derramada en una superficie sin bordes claros... Es menester pues, poner un límite entre lo lícito e ilícito, lo permitido y lo prohibido, lo posible y lo imposible, aún para la supervivencia del desear, porque si todo está permitido, cesa el anhelo.

* * *

Es un hecho de constatación ordinaria que los *individuos* y las *comunidades* buscan una relación al pasado, al tiempo de los orígenes o de las fundaciones (“de que polvos vendrán estos lodos” dice el poeta) y la búsqueda comporta un *empeño de relación* causalista o explicativa de esos dos tiempos sucesivos. Para los psicoanalistas por ejemplo: la infancia (más precisamente) la sexualidad infantil es un tiempo *fundador*, donde enraízan los orígenes del sufrimiento (del síntoma) y de la arquitectura fantasmática.

La “causalidad” comprensiva o explicativa que se establece entre los tiempos del comienzo (tiempos fundadores) y la realidad actual, cuya comprensión se quiere profundizar, es materia de equívocos.

Se puede pedirle al pasado una potencialidad explicativa, análoga a la del árbol o del pichón de mamífero que en el tiempo desarrolla y despliega sus potencialidades sin cambiar nada esencial. El presente no innova, sólo despliega y explicita lo que estaba contenido en aquel tiempo originario. Esta hipóstasis del pasado como causa o explicación del presente cosifica una dinámica cuya inmutabilidad nos sujeta y sojuzga. La invención y el albedrío, la irrupción de lo nuevo son en este esquema una desviación a corregir. En lo opuesto, una fenomenología del presente que no reconoce génesis ni desarrollo, que no reconoce nexos con la tradición y los perfiles identitarios pretéritos y se concibe como un presente rupturista y revoltoso, autoengendrado, sin marcas previas. Como punto de síntesis entre estos extremos, Ignacio Leucowicz sitúa la operación historiadora en los *nexos de sentido, en la discontinuidad entre el momento pasado y el presente*, buscando la constancia y la alteración. El progreso en la inteligibilidad considera ver que es lo que permanece y que es lo que cambia y cuáles son los operadores de la transformación y la constancia.

* * *

La crisis de confianza en la religión y luego en la razón, nos obliga a construir nuevas referencias para localizar la región del Mal. Es difícil en este punto eludir la tentación de predicador y sucumbir a la tentación de anunciar la llegada del Apocalipsis, por el descaecimiento de los valores de la tradición, pero son estridentes los signos de “una gansterización del cuerpo social” (Sichere), en la amoralidad de una sociedad que se

funda más en la apariencia de sus funcionalidad y eficacia que en los mitos y leyendas que le dan un perfil distintivo y en la exaltación de sus valores. El lucro, que produce violentas desigualdades sociales, es tomado como criterio de legitimación. El delito y la marginalidad aparecen como objetos en sí, aislables y anónimos, desprendibles de las historias de vida de los sujetos protagonistas. El eslabón que nos falta es comprender como la historia singular de los infames se articula con las pautas dominantes del lazo social vigente. Las figuras de Astiz o Tróccoli contrastando con los Narcos o el Pelado, podrían ser emblemáticas para un análisis diferencial. Lo cierto es que esa irrelevancia del mal y de la iniquidad a gran escala, en nombre de la eficacia, infiltra, como la humedad el material en la sesión. (*Ver Pélenlo: "Ética e impunidad".*) Aquí también, en nombre de la eficiencia, de la racionalidad instrumental y de argumentos de real politik (política realista) se quiere dejar al margen toda consideración ética y axiológica de la conducta adoptada.

La voluntad amarilla de dejar sin castigo los crímenes de lesa humanidad durante la dictadura, los comentarios del Capitán Tróccoli (ejemplo de soberbia y pseudos dignidad de los Willing Perpetrators), de criterios de eficiencia o eficacia en la tortura, por sobre las consideraciones morales de llevar a un ser humano a la abyección; se consumen y digieren como pan caliente y nos hacen vivir en el simulacro de las "cosas saldadas" del pasado, cuando, más allá de voluntades personales estas historias se inscribirán en la transmisión entre las generaciones.

La dicotomía Individuo-Sociedad. La porosidad de lo macro y lo micro

En la tradición filosófica y sociológica occidental, la reflexión que opone individuo y sociedad fueron dominantes. La autarquía de un sujeto consciente de si y libre en sus determinaciones (assujettissements), como burbuja aislada del espacio público o la antecendencia y primacía de la sociedad y la cultura sobre la existencia individual, abrían vías de comprensión divergentes y poco dialectizables.

Marx y Freud partiendo del malestar (la disfunción) nos aportaron herramientas y marcos conceptuales para romper esta compartimentación. La búsqueda de como los acontecimientos colectivos marcan los destinos individuales y como el conjunto de los individuos construye la historia colectiva, constituye ahora un eje de investigación a desarrollar.

La contribución de Hanna Arendt con “Eichmann en Jerusalem o la banalidad del mal”, argumentando que el mal extremo es cometido por hombres ordinarios y refutando la hipótesis demoníaca de la personalidad perversa, configura un cambio axiológico decisivo en la acción política y en la investigación en ciencias humanas. En Kant con el mal radical (das radikal Böse) o Shakespeare (Ricardo III) la búsqueda se orientó hacia las profundidades del ser, en su dimensión diabólica o demoníaca interrogando las determinaciones en el espesor de la “motivación “. En esa perspectiva personológica y moralizante, se embarcaron la psicología y la psiquiatría modernas buscando en los laberintos del alma humana el perfil de la personalidad perversa cuya maldad esencial lo hacía agente del acto monstruoso.

Frente a esto Hanna Arendt afirma: *“La verdad, tan simple como aterradoramente, es que las personas que, en condiciones normales, hubieran podido quizás soñar crímenes sin jamás nutrir la intención de cometerlos, adoptaron en condiciones de tolerancia completa de la ley y la sociedad, un comportamiento escandalosamente criminal”* (Arendt, H. 1966).

Banalidad del mal no significa, entonces, minimizar lo más terrible del siglo que vivimos sino re-situarlo como el comportamiento colectivo de seres humanos comunes y ordinarios en la construcción del espacio de convivencia política. El mal es radical porque es banal y ordinario y ocurre en el impasse de una impotencia colectiva, cuando la capacidad de acción conjunta está destruida.

La pretensión de causalidad explicativa –dominante en ciencias humanas– es relegada. Ya no se trata de buscar la raíz de intenciones malignas, sino en hurgar la semiótica del espacio político, de cuya textura somos participantes y corresponsables. La falta de espesor y profundidad en la figura ejemplar de Eichmann (como paradigma del funcionario moderno), cuya eficiencia y funcionalidad reemplazan las referencias éticas del acto, más colectiva que individualmente emprendido⁴ es el modelo a explorar. El cambio axiológico entre la tesis demoníaca y la tesis arendtiana de la banalidad del mal como producto del hombre ordinario, arrasa la barrera oposicional entre sanos y perversos y busca la comprensión en el espacio relacional –construido colectivamente–, como el núcleo de lo político.

4. El modelo así configurado desde el totalitarismo nazi, converge con las tesis de Michel Foucault, sobre la institución correctiva y disciplinaria, donde el manicomio, el reformatorio y la cárcel, son productos históricos de la mentalidad y discursos del saber de cierta época y por esa mentalidad claudican de su vocación de rehabilitación para producir el horror carcelario del asilo.

La renuncia a la explicación en la motivación maligna de los individuos y su centramiento en la responsabilidad de la co-pertenencia, implica que no hay desimplicación posible ni alteridad radical con el mal de cada tiempo y lugar. Habrá que trabajar largo tiempo las consecuencias de esta reformulación.

Los aportes de Arendt contribuyen a superar la aporía entre el sujeto de la intimidad y el sujeto político. La investigación, otrora divergente, busca ahora las articulaciones y convergencias argumentando nuevas figuras del sujeto en la actualidad. Arendt muestra como el totalitarismo y otras formas de exclusión de la especie humana destruyen no sólo la esfera pública (jurídico política) sino también el psiquismo (capacidad de pensamiento y simbolización).

Construyéndose en la mediación de los primeros vínculos al Otro, el sujeto humano no sólo socializa su erotismo y su moralidad (como fue el énfasis de los hallazgos freudianos) sino que se construye además por la transmisión interiorizada de la historia y la cultura. Desde este hallazgo, la dicotomía entre lo social, concebido como exterior y lo sexual, paradigma de lo íntimo, se piensan hoy como una polaridad que tensa y ordena la existencia humana. El sujeto se modela en su relación a sí mismo (neurosis) y a los otros (lazo social, espacio político) en una simultaneidad que guía y determina la construcción, aprehensión e inteligibilidad del mundo propio.

* * *

Es a lo que precede (y a mucho más que no supimos o pudimos abordar) que llamamos mutación civilizatoria. Sacudimientos de certezas en las representaciones, normas valores y creencias. Tiemblan las columnas del templo de las viejas verdades y aún sabemos poco de las nuevas. Pérdida de un patrón medida al que uno podría someterse o rebelarse.

Podríamos ver en la mutación un momento saludable y creativo para pensar y celebrar lo nuevo. Pero una vez más en la historia, el consenso en la incertidumbre es de temor y zozobra, no de celebración. Es de desazón y amargura o de restauradores nostálgicos. Salvo quienes por necesidad profesional son heraldos del éxito: “Yo quiero vivir en el país de Menem, grita el desempleado, el jubilado y los nuevos panas y excluidos de la nueva organización productiva”.

Del imaginario instituyente de un sujeto sujetado a su unidad y coherencia, se da paso a la pregnancia de un sujeto disperso y en diáspora, sometido a la tensión e interacción de contrarios, como figura básica y dominante del imaginario colectivo. Pero esto no tiene sólo que ver con la división estructural entre consciente e inconsciente, sino con el estallido y la pulverización de los referentes que organizaban la noción de Ley (del mal y del orden).

Tal vez algo novedoso y saludable de estos tiempos nuevos sea que busquemos menos pautar algo categorial, universal y absoluto y nos resignamos a verdades más fragmentarias y efímeras, donde lo dogmático de la norma, ha cedido el lugar a un transitar en lo parcial y provisorio, al devenir de una dialéctica abierta a contrarios que se crean y se niegan en la metáfora cambiante de la vida.

* * *

Aunque parezca fuera de tema, creo que estoy en un cogollo de la práctica psicoanalítica actual, aunque no veamos claro todas las articulaciones y mediaciones entre estos problemas de escala macrosocial, entiendo que están modelando nuestra mentalidad y sensibilidad e incidiendo en la psicopatología que hoy prevalece. Explorar esta frontera me parece una arista relevante para estudiar nuestra práctica de hoy.

En mi voracidad de cinéfilo, he aprendido mucho de las películas de Danny Boyle (“Trainspotting” y “Tumba al ras del suelo”). “La ceremonia” de Chabrol y “La carnada” de Tavernier. Me parecen elocuentes para empaparse de la sensibilidad que habita y empuja a los jóvenes de hoy día, de una cierta anomia o agenesia moral que orienta sus lógicas, sus patterns de pertenencias y lealtades, distantes a los que dominaban en nuestra generación.

También sorprende como nuestra sensibilidad frente al cine, la música y la literatura sean tan abismalmente contrastantes entre una generación y la siguiente. Dejemos en suspenso si este intervalo (o abismo) es defecto o virtud (quizás aloje ambas valoraciones); lo que no podemos ahorrarnos es explorar y comprender como se opera una transmisión, mucho más en la ruptura y en el cambio, que en las generaciones precedentes.

* * *

Es una época donde la incidencia de la historia colectiva en el destino individual y las estrategias personales en el marco de lo social, parecen anudarse de un modo más estrecho que en tiempos precedentes. ¿Cómo superar la aporía individuo-sociedad y en nuestro oficio entender mejor la interiorización de las pautas colectivas?

Es relevante el hecho de que el concepto de identificación sea pivote en el marco de un libro donde Freud piensa la articulación entre la Psicología de las masas y el análisis del yo. La búsqueda de una Identidad unitaria (o una unidad identitaria) a la que apunta el yo en su función sintética es contradictoria o conflictual con la teoría del aparato psíquico donde el yo no es el pasajero solitario de este aparato. En la primera tópica; el inconsciente, en la segunda: las servidumbres del yo que lo hacen el clown de exigencias contradictorias. La articulación conflictual de las instancias o sistemas hace del punto de síntesis una utopía jamás armoniosa, sino siempre conflictual.

* * *

Volvamos ahora al recinto de nuestro quehacer, donde trabajamos con personas singulares.

¿Será necesario recordar que persona e individuo no son conceptos coincidentes? Que sólo el último es un objeto de la naturaleza, organismo viviente, con las características de la especie, mientras que persona es una construcción, un átomo de la cultura, un hecho discursivo. De consiguiente la persona no es un caso particular de un universal, sino una singularidad que subsume al conjunto, en el cual se incluye y del cual se distingue. Con esto lo que subrayo es que las relaciones son *de* inclusión, y no de inferencia. Este criterio diferencia la ciencias de la naturaleza de las del sujeto; una postura empírica de otra trascendental. La transposición de uno a otro criterio es fuente de confusión.

El psiquismo, como fenómeno de superficie –nos dice Freud– acoge o expulsa la información. Es una membrana de paraexcitaciones que selecciona y conserva, o se

efracciona. ¿Qué se escoge y retiene en un volumen de datos tan excesivo y desmedido como el que el mundo actual nos brinda cada día? La selección de lo que se registra, parece ser más importante que la calificación del contenido.

La función tradicional del narrador aparece reemplazada por una estética del shock. El relato de la tradición (leyenda colectiva), que se impone más allá de la autoridad intrínseca del narrador (Benjamín) está en crisis. Como reemplazo existe hoy día una plétora de información que se trasmite como facticidad sin sujeto, en una niebla de su finalidad. Se pierde la consistencia interna de la narración, se adelgaza al narrador. Su texto y la información así transmitida produce un sujeto maquinal, sin opinión ni espesor interior. Basta sintonizar diariamente el informativo televisivo para entender de qué hablo. Allí estamos como partícula browniana de un mundo globalizado, sin capacidad de generar experiencia, si así llamamos a la realización racional de un sujeto. ¿Qué destino puede tener el acontecimiento transmitido como no pensable y sin inscripción...? ¿Hay otra posibilidad que no sea la recurrencia de lo no pensable, una fatalidad sin causas que nos precipite en un universo de sin-sentidos...?

Resumen

La profundidad y rapidez de los cambios macrosociales (en la estructura productiva y el empleo, en la urbanización, los medios de comunicación y la informática, en la crisis de discursos y utopías) no pueden sino producir hondas transformaciones en el vínculo social y en la psicopatología, que debemos indagar desde nuestra perplejidad.

El contexto civilizatorio y el sujeto que consulta son distintos al del tiempo en que el psicoanálisis fundó las bases de su práctica y teorización.

El autor busca relevar y describir algunos rasgos de la cultura actual (que algunas disciplinas designan mutación civilizatoria) y se interroga sobre su impacto en la subjetividad y por consiguiente en la práctica psicoanalítica de hoy día.

Summary

The fast moving and radical changes that are taking place in this global society (in the structure of production and employment, in the urbanization, the mass media and computer technology, in the crisis of discourses and utopias) cannot but produce deep

transformations in the social relationships and psychopathology, that we should explore from our own perplexity.

The context of the civilization as well as the subject who is consulting is different from when psychoanalytic theory and practice began.

The author tries to identify and describe some of the features of the present culture (that some disciplines call civilization mutation) and asks himself about its impact on the subjectivity and therefore on current psychoanalytical practice.

Descriptores: SOCIOLOGÍA / ANTROPOLOGÍA / CAMBIO / SEXUALIDAD / SOCIEDAD / PSICOANÁLISIS

Bibliografía citada

1. ACEVEDO DE MENDILAHARSU, S. “Subjetividad y tiempo en el espacio analítico”. En “Lo arcaico, temporalidad e historización”. Montevideo, APU, 1995.
2. ARENDT, Hanna: “Eichmann a Jerusalem”. Ed. Gallimard, 1966. Col. Folio/Histoire, 1991.
3. GLISSENT, E. En: *El País Cultural*, N° 428. Montevideo, enero 18 de 1998.
4. HOBBSBAWM, E. “Historia del siglo XX”. De. Crítica. Grijalbo, Barcelona, 1995.
5. KRISTEVA, J. Prólogo de “Historias del Mal”, de Bernard Sichère. Ed. Gedisa SA. Barcelona, España, 1996.
6. Revista Uruguay de Psicoanálisis N° 87. Visita de Jean Laplanche.

Bibliografía Consultada

1. Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Lo arcaico, temporalidad e historización. IX Jornadas Psicoanalíticas en conmemoración de su 40° aniversario. Uruguay, 1995.
2. BERMAN, Antoine. L'Épreuve de l'étranger. Ed. Gallimard, 1984.

3. BERNARDI, Ricardo. La teoría de la seducción generalizada y la metapsicología. En: Revista Uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio-1998, pág. 33-42.
4. CASAS DE PEREDA, Myrta. (Discutidora) Los objetivos del proceso psicoanalítico. En: Revista uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio-1998, pág. 75-83.
5. DUMONT, Louis. Homo aequalis. Genèse et épanouissement de l'idéologie économique. Tomo I. Ed. Gallimard, 1977.
6. GARCÍA, Javier. Discusión de la conferencia de Jean Laplanche. En. Revista Uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio-1998, pág. 43-51.
7. GIL, Daniel. Hermenéutica y realidad en el pensamiento de Jean Laplanche. En: Revista uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio 1998, pp. 97-113.
8. LAPLANCHE, Jean. Psicoanálisis y biología: realidades e ideologías. (Conf.) En. Revista uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio 1998, pp. 125-136.
9. LAPLANCHE, Jean, La revolución copernicana: metapsicología y meta-antropología. (Conf. 29/10/1997). En: Revista uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio 1998, pp. 87-95.
10. LAPLANCHE, Jean. La Teoría de la seducción generalizada y la práctica. Metas del proceso analítico. (Conf). En: Revista uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio 1998, pág. 21-31.
11. SCHKOLNIK, Fanny. La teoría de la seducción generalizada y la práctica. En: Revista uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio 1998. pp. 67-74.
12. VIÑAR, Marcelo. Comentarios y reflexiones a la Conferencia sobre: "Psicoanálisis, Mitos y Teorías", del Prof. Jean Laplanche. En: Revista uruguaya de Psicoanálisis, n° 87, junio-1998, pp. 115-120.
13. WEIL, Dominique. Figures du sujet dans la modernité. Ed. Arcanes, París, 1997.

Investigación del proceso terapéutico en interacción temprana*

*Marina Altmann de Litvan*¹

*Sylvia Gril*²

Introducción

El vínculo temprano ha sido objeto de múltiples estudios dentro del psicoanálisis. Diferentes abordajes terapéuticos han sido implementados en función de dichos estudios. Actualmente, la integración de conocimientos que derivan de múltiples disciplinas junto a los aportes de la metodología empírica permiten agregar un nuevo lente con el cual estudiar el efecto de estos abordajes terapéuticos en las díadas madre-bebé.

Haremos una síntesis de distintas concepciones que hacen al desarrollo del concepto de apego y relación temprana. Luego presentaremos las metodologías que hemos utilizado en el marco de una investigación sobre proceso terapéutico con el objetivo de ilustrar el tipo de conocimiento que la investigación empírica puede aportar a la práctica clínica.

* Este trabajo forma parte de un proyecto en curso financiado por la Asociación Psicoanalítica Internacional (Altmann-Gril), llamado “Relaciones entre el intercambio verbal entre la madre y el analista y el intercambio no-verbal entre la madre y su bebé”. Estudio exploratorio basado en los componentes del modelo de los ciclos (Mergenthaler-Bucci) y la teoría del apego (Escala Massie-Campbell). Asesoramiento Dr. Erhard Mergenthaler (Universidad de Ulm). Autoridad Fiscal: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.

1. Fellow del Research Training Program .International Psychoanalytical Association
–University College of London (desde 1997)– Full Member de la Asociación Psicoanalítica Internacional y Coordinadora del Grupo de Trastornos Funcionales en el Vínculo Temprano del Departamento de Psicología Médica Facultad de Medicina, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. J. Ma. Montero 3096. E.mail: altmanli@chasque.apc.org
2. Fellow del Research Training Program .International Psychoanalytical Association
-University College of London (desde 1998). Psicóloga. Psicoterapeuta Habilitante de la Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica y Prof. Adjunta del Departamento de Psicología Médica Facultad de Medicina Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. Echevarriarza 3209/902. Uruguay. E-mail: sgnl@chasque.apc.org
Grupo de Investigación en Vínculo Temprano: Psicólogos: Beatriz Angulo, Eulalia Brovotto, Gabriela Nogueira, Alicia Perkal, Emilia Sasson, Elena González, Manuel Viera. Sociólogo: Analía Corti. Lic. en Matemática: Mario Luzardo.

Esta investigación es fruto del trabajo de un equipo interdisciplinario y tiene la particularidad, a diferencia de otros trabajos empíricos, de que parte del nivel de la clínica.

Destacamos entonces este modo de abordar el estudio del material clínico a través de aportes de otras disciplinas (psicoanálisis, metodologías observacionales, lingüística, informática, etología, psicología del desarrollo, sociología, estadística) los que nos provee de métodos de investigación que permiten observar y medir efectos de las intervenciones terapéuticas en el vínculo madre-bebé. Como consecuencia de este tipo de investigación se hace posible la implementación de los conocimientos obtenidos en programas de salud.

Veremos, a través de metodologías de investigación empírica el efecto de las intervenciones verbales en relación al sistema no verbal del apego a través de un estudio basado en el Modelo de los Ciclos Terapéuticos (Bucci, Mergenthaler) y los Indicadores del Apego (Escala de Massie-Campbell).

Para ello tomamos como objeto de estudio el proceso psicoterapéutico llevado a cabo en consultas psicoanalíticas breves con madres y bebés que padecen trastornos psicofuncionales.

Vínculo madre-bebé. Aportes teóricos

El vínculo madre-bebé ha sido uno de los ejes del pensamiento psicoanalítico, cuya capital importancia destacan diversos marcos referenciales. Distintas concepciones han ido integrándose en la comprensión de los factores determinantes del desarrollo del psiquismo infantil partiendo desde concepciones de Freud hasta las actuales teorías del apego. Haremos un sintético recorrido a través de estas teorías.

En la obra de S. Freud, la madre aparece como objeto de las pulsiones de autoconservación, como madre nutricia y como objeto de las pulsiones sexuales, estimuladora de la libido. Freud (1895) (1950) alucie al recién nacido en su indefensión, dada su incapacidad de emprender una acción coordinada y eficaz por sí mismo. La situación del bebé se describe como desamparo (*Hilflosigkeit*) ya que necesita de otro para satisfacer sus necesidades, poner fin a la tensión interna, dando lugar a la acción específica, que lo podrá investir narcisísticamente. La dependencia total del niño con

respecto a su madre implica que ésta influya decisivamente en la estructuración del psiquismo de aquél.

M. Klein (1952) plantea que el bebé desde el comienzo de la vida establece relaciones objetales. En este momento, fantasías tanto eróticas como agresivas están centradas en los pechos de la madre y gradualmente se van extendiendo al interior del cuerpo de la misma. Hará énfasis en las identificaciones proyectivas de la madre hacia el bebé.

W. Bion (1966) abordará la función materna a través del concepto de “*rêverie*”, el cual constituye no sólo la contención de sentimientos del bebé, sino también la metabolización (función alfa) de las ansiedades y emociones del niño. La madre debe pensar en cómo piensa el niño, para ayudarlo a pensar sobre sí mismo. La madre con su “*rêverie*” ordena el caos de sentimientos y emociones del niño y se los devuelve reordenados. Cuando la madre no es depositaria de los sentimientos del niño, lleva consecuentemente a una perturbación del vínculo niño-pecho; por lo tanto, a una perturbación severa de las introyecciones y proyecciones del impulso de la curiosidad (del que depende la capacidad de aprender).

D. Winnicott (1958) planteaba que no hay tal cosa como un bebé, refiriéndose a que lo que sí existe es un bebé con su madre. Distingue entre la función “madre-ambiente” y “madre-objeto” de la pulsión o instinto, postulando que en la primera el bebé es parte de una relación y que necesita de una “madre suficientemente buena” en el inicio de su proceso de desarrollo. En una primera fase de unidad madre-bebé (“dependencia absoluta”), la madre es quien constituye el medio ambiente facilitador para lo cual necesita apoyo (el padre, abuela materna, la familia y el medio ambiente social más inmediato). Las primeras interacciones se dan en el marco de la denominada “preocupación maternal primaria”, comprendida desde las últimas semanas del embarazo y las siguientes al parto, agrupando sus funciones en: sostén (*holding*), manipulación (*handling*) y presentación del objeto. La madre se instala y opera como presencia real sosteniendo, manipulando y presentando los objetos. El “allegamiento yoico” de la madre al presentar objetos en el momento que el niño necesita encontrarlos propicia el funcionamiento mental creativo del bebé.

Como ya planteábamos en un trabajo anterior (Altmann, Labraga, López de Cayana, Porras; 1996), si nos preguntamos qué es lo estructurante en los términos del psiquismo

humano, encontramos que en la obra de Freud lo estructurante para el aparato psíquico es la noción de Edipo; para Klein sería el vínculo con el pecho y el interjuego de las ansiedades y defensas. En cambio para Winnicott lo estructurante se juega en el terreno de la transicionalidad: objeto, fenómenos, espacio, necesariamente mediados por el ambiente facilitador.

El aprender-saber-conocer se inscribe para M. Klein en el contexto de la hostilidad y el duelo, la envidia y la reparación. Mientras que el conocer, el encontrar respuestas para D. Winnicott se inscribe en un contexto que habilita a la autorreflexión y a la búsqueda de “lo propio”.

S. Lebovici (1983, 1988) fue uno de los primeros autores que privilegió el estudio del funcionamiento psíquico a través de la observación de filmaciones de la madre o el padre con el bebé en sus brazos. Encontraba en la observación de este mundo interactivo, una manera de re-crear las interacciones imaginarias fantasmáticas, en relación con la transmisión intergeneracional; es decir, el “lugar” que ocupa el bebé en el devenir de las generaciones lo que muchas veces queda demostrado en la elección de su nombre. No es sólo el comportamiento del bebé que afecta a sus padres, sino las fantasías intergeneracionales que los padres tienen acerca de su hijo. Destaca la importancia del bebé imaginado durante el embarazo, basado en el impacto de la función parental y los deseos intergeneracionales.

Palacio Espasa y Manzano (1993), retomando consideraciones de la Escuela Kleiniana en el ámbito de lo intrasubjetivo, intentaron observar el vínculo madre-bebé fundamentalmente desde una postura teórica de relaciones objétales en donde se dan mecanismos de proyecciones, introyecciones e identificaciones. Toman en cuenta los síntomas del bebé o del niño como expresión sintomática de conflictos de la madre: el bebé asumiría el rol que la madre le adjudica en relación a personajes de su propia infancia con los cuales el vínculo no fue bien transitado. El trabajo terapéutico se centraría en los duelos mal elaborados de la madre y en su incidencia en el lactante.

B. Cramer (1998) ha abordado la modificación de la interacción en función de las terapias madre-bebé, tomando como base los conflictos de la historia de la madre, trabajando sobre la imagen que ella crea de su niño, teñida por sus conflictos.

P. Marty (1985, 1992), Kreissler (1985) y R. Debray (1987) han investigado los procesos de organización, desorganización y reorganización psicósomática que ocurren

en el marco de esta relación, el modo en que madre e hijo regulan los montos de estímulos pulsionales que circulan entre ambos. Los diversos acontecimientos y situaciones que se suceden en lo cotidiano entre la madre y el bebé producen impresiones en el mundo afectivo. Cada sujeto irá construyendo a través de las diferentes excitaciones una organización progresiva y peculiar de representaciones, a través de experiencias de placer y dolor. Se desencadenarán entonces excitaciones que serán tramitadas para algunos a través de comportamientos motores sensoriales ligados o no al trabajo mental; para otros, en cambio, se descargarán directamente a través de los aparatos somáticos. Esta construcción, pues, dependerá del grado en que la madre pueda acompañar afectivamente a su hijo (con exceso, carencia o insuficiencia de excitaciones), de la constitución de la familia (si la misma es numerosa, la madre difícilmente pueda ejercer adecuadamente su función), de la existencia de insuficiencias congénitas o accidentales tanto de la madre o del bebé que dificulten o impidan el despliegue de las funciones sensorio-motoras del niño, es decir, el funcionamiento perceptivo, base de las representaciones.

En el Río de la Plata, en Argentina, M. Hoffmann (1993) estudió el efecto de las distintas respuestas maternas a las manifestaciones de iniciativa y voluntad propia del niño. Se refiere a la iniciativa no como una descarga de tensión, sino como un primer paso en el proceso de organización de eventos psíquicos, uniendo gestos espontáneos, estados afectivos, información perceptiva, esquemas sensoriomotores “en la búsqueda del ser humano de lograr significación a sus vivencias”.

En nuestro país, Bernardi, Schkolnik y Díaz Rosselló (1982), han destacado cómo los ritmos y sincronías existentes desde los primeros contactos madre-hijo pautan la capacidad para coincidir, complementarse, alejarse y separarse, posibilitando a la madre y al pequeño diferenciarse, manteniéndose sin embargo juntos.

Mercedes Freire, Garbarino y cols. (1992) desde una conceptualización psicoanalítica parte de lo que denominó “estructura interaccional temprana”, unidad psicobiológica conformada por tres elementos: la imagen interna que la madre tiene de su bebé, el encuentro trófico de ritmos y sincronías, así como la semantización y decodificación que hace la madre dando sentidos, semantizando los gestos que realiza su bebé. Se jerarquiza narcisizar a la madre y reubicarla en tal categoría.

Apego

Bowlby (1967) y M. Ainsworth (1969) desarrollaron en un trabajo conjunto la teoría del apego, la cual constituye y se apoya en conceptos provenientes de disciplinas como la etología, la cibernética, el procesamiento de la información, la psicología del desarrollo y el psicoanálisis. La teoría del apego concierne a la naturaleza de las tempranas experiencias de separación de los niños y el impacto que tienen éstas en el posterior funcionamiento de su personalidad. Bowlby (1973) recuerda que los niños sufren situaciones reales de abandono, pérdida, separación y rechazo –y no son solamente fantasías– que resultan traumáticas y ejercen gran influencia en su desarrollo. Las patologías son a la larga, consecuencia de marcadas deficiencias en el cuidado recibido, la crianza incluye rechazo y privaciones, intrusiones, carencias y fracasos en la tarea de proveer imágenes identificatorias adecuadas.

Se ha demostrado que la mirada, la vocalización, el tacto, la sonrisa y el sostén tienen una importancia esencial para el desarrollo de una interacción recíproca entre la madre y el bebé (Bowlby: 1965; Ainsworth: 1967, 1960, Bell & Stayton, 1971). Las interacciones regulatorias son capaces de inducir a la búsqueda y el comportamiento de búsqueda de proximidad dirigido hacia un objeto cada vez más específico, que es el sello de la conducta del apego.

El apego es el proceso por medio del cual los niños establecen y mantienen un sentido de seguridad que se transforma en la base para las próximas separaciones de su madre y para la exploración de su entorno. Es un vínculo psicológico que crece a través de las relaciones mutuas que se dan entre la madre y su bebé por miradas, proximidad, tacto, sostén, que se dan durante la alimentación y otras interacciones. El concepto de apego (*attachment*) trata de “una relación singular y específica entre dos personas que persiste en el transcurso de la vida” (Klauss-Kennell, 1978), siendo de tal magnitud que lo constituye en el vínculo más sólido del ser humano. El apego se nos sugiere puente entre el desarrollo temprano y las relaciones sociales posteriores de la vida.

Existen ciertas interacciones específicas de gran importancia para la formación de los diferentes patrones de apego:

- 1) Contacto físico frecuente y prolongado
- 2) Interacciones recíprocas activas

3) Programación (*timing*) de la interacción de contacto basado en los ritmos y señales de comportamiento del propio bebé

4) Activación de la totalidad del rango de los sistemas sensoriales infantiles.

La sincronía es un elemento que se da en las secuencias de la interacción temprana, en la que el adulto debe adaptarse al comportamiento y a los ritmos del bebé.

Tomado empíricamente, la sincronía es un prerequisite esencial para establecer un apego seguro (Isabella et al., 1989; Lewis & Feiring, 1989; Isabella & Belsky, 1991; Isabella, 1993).

La sensibilidad materna (concepto descrito por Mary Ainsworth, et al, 1974) puede ser descrita como un componente de la sincronía. Mary Ainsworth la define como la capacidad de la madre de responder apropiadamente a la situación y a lo que el bebé comunica. Siguiendo a MacDonald (1992) se ha asumido que la calidez en los episodios sincrónicos seguidos de reconocimiento social (Emde, 1980c), contribuyen a la formación de los patrones de apego seguro, mientras que la no-sincronía aparece más como un tono negativo de experiencia de interacción que puede ser percibido como intrusión o inconsistencia en la interacción (Isabella & Belsky, 1991).

Resumiendo podemos decir que se trata de una teoría más interpersonal que intrapsíquica, donde importa el espacio entre la madre y su bebé, “donde la pregunta se podría plantear como: qué lugar estoy en relación a la persona que me quiere y me protege, qué puedo hacer o que me hacen a mí” (Eagle, 1955). Para este marco teórico el inconveniente es como un contenedor de representaciones del self, del objeto y de la interacción entre ambos (“Working Models”, Bowlby, 1973; Bretherton 1990).

Neurociencia

Se piensa que una marcada estimulación en los ciclos sincrónicos en la relación temprana, amplía la dimensión fisiológica de los estados emocionales. (Lemche 1997 a) Determina los sistemas neurotransmisores y la plasticidad dependiente de la experiencia en las proyecciones del sistema córtico-límbico (Schore 1994; 1996). También la forma de las oscilaciones biocíclicas (Fogel, 1993).

La sincronía tiene además la función de marcar los parámetros que regían el afecto en la interacción, de manera que pueda construir patrones recurrentes de intercambio

que se ajustan a los patrones emocionales del bebé (Lemche 1997). Determina los sistemas neurotransmisores y la plasticidad dependiente de la experiencia en las proyecciones del sistema córtico-límbico (Schore 1994; 1996) y también la forma de las oscilaciones biocíclicas (Fogel, 1993).

La sincronía tiene además la función de marcar los parámetros que repulan el afecto en la interacción, de manera que pueda construir patrones recurrentes de intercambio que se ajustan a los patrones emocionales.

La importancia del estudio de los sistemas no verbales también es destacada por D. Stern al referirse al sentido de la integración del *self* la cual se basa en cuatro estructuras emocionales básicas que operan en el sistema no verbal y contribuyen al desarrollo del self integrado (Agencia, Coherencia, Afectividad y Memoria). La Agencia se refiere a la posibilidad de tener control y voluntad sobre las propias acciones y tiene que ver con la experiencia que tiene el niño sobre sus acciones motoras y sus efectos sobre otros. La Coherencia refiere a la sensación de conformar una unidad y depende de factores como la ubicación, la estructura temporal, la intensidad de las experiencias (por ejemplo un sonido viniendo de la misma dirección que la imagen de un rostro). La Afectividad tiene que ver con experiencias con uno mismo asociados a estados emocionales. La Memoria tiene que ver con la continuidad de las experiencias que permiten mantener una historia del sí mismo (memorias, motrices, sensoriales y perceptivas).

Todos estos desarrollos han permitido disponer de un concepto que permite la investigación en la relación temprana en base a indicadores operacionalizables. Nos interesó estudiar, a través de nuestro proyecto, los cambios en el apego a partir de intervenciones terapéuticas psicoanalíticas y su relación con los intercambios verbales en procesos terapéuticos breves entre 3 y 4 sesiones.

Abordaje psicoterapéutico

A través de la experiencia clínica, es bien sabido que las consultas psicoanalíticas con madres y sus bebés que padecen de desórdenes psicofuncionales,³ no sólo ayudan a la madre a entender el trasfondo de la enfermedad de su bebé, sino que contribuyen a un mejor afrontamiento (*coping*) y manejo de la misma. El objetivo de las consultas

3. Entendemos los trastornos psicofuncionales como son definidos por Robert-Tissot, Rusconi-Serpa, Bachmann, Bresson, Cramer, Knauer, de Muralt, Palacio y Stern en "Le questionnaire Symptom Check List", 1991: trastornos para dormir, de la alimentación, digestivos, desórdenes respiratorios y alergias.

orientadas psicoanalíticamente con madres y sus bebés es ayudar a la madre a comprender sus emociones, especialmente cuando interactúa con su hijo en la situación terapéutica misma, pero también cuando desarrolla en forma retrospectiva narrativas que incluyen a su bebé.

Uno de sus objetivos es posibilitar que la madre (re)ajuste la relación con su bebé teniendo en cuenta las intervenciones no verbales de éste, conectando los gestos y comportamientos del mismo con emociones y expresiones verbales.

Partimos de una técnica psicoterapéutica que toma elementos del modelo dinámico y comportamental. Busca consideraciones del desarrollo integrando las iniciativas, juegos y gestos del bebé en el discurso de la madre (M. Altmann), no centrándose exclusivamente en el síntoma.

Tomando como referencia el aspecto comportamental, se apunta a la búsqueda de las iniciativas del bebé, de sus gestos espontáneos y sus juegos que puedan traer a la madre aspectos del self de su hijo, que la puedan ayudar a crear una relación creativa entre ambos, para superar la repetición y la enfermedad. Los aspectos no verbales son privilegiados en este modelo.

En relación al aspecto dinámico, consideramos la relación de la madre con aspectos de su infancia y duelos no elaborados en la relación con su bebé, huecos y vacíos en su vida transgeneracional, pérdidas, situaciones de desamparo. El terapeuta enfrenta a la madre con las identificaciones proyectivas que distorsionan su percepción de las manifestaciones del bebé. Para las intervenciones deben ser consideradas distintas variables que influyen en la interacción madre-bebé (factores sociales y familiares, hechos críticos en la vida de la madre, patrones de sus ansiedades y representaciones del apego y aspectos de la personalidad; factores biológicos del bebé, factores de riesgo médico, la calidad del apego, enfermedades luego del parto, etc.).

Por medio de nuestro proyecto buscamos investigar los factores específicos que contribuyen a los efectos observados clínicamente en la consulta, siendo de especial interés la relación entre el intercambio verbal entre la madre y el terapeuta por un lado, y las interacciones no verbales entre la madre y su bebé por el otro. *Se pone énfasis en los procesos emocionales y reflexivos y en la integración de estructuras narrativas en el discurso terapéutico.* La relación entre la madre y el bebé es evaluada utilizando conceptos de la teoría del apego.

Para el estudio del apego se utilizará la escala de Massie-Campbell (1983) y para el estudio de las narrativas se *utilizará el* modelo de los ciclos terapéuticos (Mergenthaler, Bucci).

Escala de Massie-Campbell (1983)

La escala describe sucintamente el comportamiento de madre e hijo a través de siete parámetros básicos: mirada, demostración de afecto, vocalización, tacto, abrazo del bebé, sostén de la madre y proximidad física entre ambos. Graduando estos componentes de acuerdo a la intensidad de la atracción o el rechazo entre la madre y el bebé, la Escala indica la adecuación o inadecuación de la respuesta de ambos y nos señala varios de los síntomas de los trastornos psíquicos que se dan en los primeros dos años de vida.

Tiene como finalidad contribuir a que se efectúen intervenciones terapéuticas tempranas, previniendo así el establecimiento de conductas familiares patológicas y trastornos en el desarrollo del niño.

Esta escala puede ser aplicada en cualquier situación en que madre e hijo se encuentren juntos. Las condiciones ideales de observación son durante y luego de un momento *de stress*, como por ejemplo un examen pediátrico de rutina, la reunión luego de una separación entre madre e hijo, o el baño del bebé, ya que son situaciones en las que la interacción entre ambos es más intensa y las conductas son más evidentes para el observador. Una clínica pediátrica es un lugar ideal para su aplicación. La escala A.D.S. fue diseñada para usarse con bebés de hasta dieciocho meses.

La escala incluye seis variables que están definidas operacionalmente:

- Sostén (*Holding*): El acomodamiento mutuo del infante y su mamá mientras el bebé es sostenido en brazos.
- Mirada (*Gazing*) El contacto de ojos a cara y su sostenimiento.
- Vocalización: (*Vocalizing*) La emisión de sonidos vocales para beneficio del compañero en la díada madre-infante. (Ejemplo: el llanto del bebé)
- Tacto (*Touching*): El contacto piel a piel iniciado tanto por la madre o el infante.
- Afecto (*Affect*): Las expresiones faciales señalando estados emocionales.

- Proximidad (*Proximity*): El estado de estar cerca o a lado el uno del otro. Se refiere al infante manteniendo contacto físico o visual con la madre, y ésta manteniendo contacto físico o ser inmediatamente accesible al infante.

Interacción verbal

Modelo de los Ciclos

El Modelo de los Ciclos está basado en la teoría de Código Múltiple de Bucci (1997) con su Ciclo Referencial y en la teoría del Ciclo Terapéutico con los Patrones de Emoción y Abstracción de Mergenthaler (1996). Es un método para el análisis del discurso que permite estudiar a través de métodos computarizados indicadores verbales del proceso terapéutico mediante la evaluación de la transcripción de sesiones de psicoterapia. Busca estudiar los efectos de la verbalización en psicoterapia, incorporando aspectos de la psicología cognitiva y psicodinámica en nuevos contextos.

Postula el desarrollo de ciclos durante la sesión así como durante la psicoterapia determinados por una activación subsimbólica de experiencias emocionales, seguida de procesos de simbolización que se expresan a través del lenguaje incluyendo la posibilidad de mediación verbal e *insight*. Se trata de un método diseñado para el análisis de protocolos verbales de sesiones psicoterapéuticas que permite monitorear la marcha del proceso psicoterapéutico. La visualización de los resultados es posible gracias al apoyo en un software que permite ordenar la información obtenida. (Mergenthaler, 1998). El modelo requiere de la transcripción textual de las sesiones, en base a normas predeterminadas (Mergenthaler, Gril, 1996). Permite identificar los “momentos clave”, entendiendo por tales, una o más sesiones de una psicoterapia o segmentos dentro de una misma sesión considerados como clínicamente importantes. El método se apoya en la identificación en el discurso, de patrones de Emoción-Abstracción (Mergenthaler 1996) y de la Actividad Referencial computarizada (Mergenthaler, Bucci, 1999).

Los patrones de Emoción y Abstracción se basan en dos medidas lingüísticas: el tono emocional que incluye palabras que reflejan un estado emocional o afectivo en el hablante y son capaces de provocar emoción en el oyente y la Abstracción, la cual tiene que ver con un fenómeno lingüístico que permite construir términos abstractos a partir de conceptos concretos. La Actividad Referencial se refiere al grado en que un esquema

emocional que incluye representaciones de eventos e imágenes es capturado en palabras.

El método analiza el discurso del paciente y del terapeuta siguiendo el criterio de la predominancia de tonos. Para ello segmenta el discurso en bloques de 150 palabras, entre las que se seleccionan, de acuerdo a listados previos, siguiendo criterios lingüísticos específicos, las que expresan tono emocional, aquellas predominantemente abstractas y aquellas correspondientes a textos con alta y baja actividad referencial. En función de la predominancia de tonos, el modelo de Mergenthaler postula la presencia de cuatro patrones: relax, reflexión, vivencia, conexión.



Figura 1. The four Emotion Abstraction Patterns based on z-scores. Emotion tone is black, Abstraction grey

La secuencia temporal da lugar al Ciclo Terapéutico que consiste de 5 fases.

1. Relax: momentos en que no se encuentra en el discurso mucha emoción o abstracción, un estado de transición de un tema a otro, o un momento de asociación libre.
2. Vivencia: la emoción aumenta, puede aparecer el relato de un sueño, un recuerdo, un episodio o una referencia a síntomas que aquejan al paciente.
3. Conexión: El paciente ya sea por sí mismo, o a instancias de una intervención del terapeuta, reflexiona sobre su experiencia emocional reciente y alcanza insight. Conecta el tono emocional y la abstracción.

4. Reflexión: A consecuencia del insight, la tensión emocional disminuye, los pacientes pueden reflexionar sobre su nueva experiencia sin verse sumidos en la vivencia emocional. Este patrón no siempre aparece luego de la conexión, como los demás, puede sobrevenir en distintos momentos, En dichos casos suele indicar la presencia de una defensa tal como la intelectualización.
5. El ciclo se cierra nuevamente con el patrón conceptualizado como Relax, la reflexión desciende, y puede comenzar un nuevo ciclo.

Bucci con su concepto de Actividad Referencial señala la importancia de la actividad narrativa –relatos de sueños, memorias tempranas, etc.– para el proceso terapéutico, en tanto se activan esquemas emocionales lo cual idealmente conduciría a un aumento de la tonalidad emocional del discurso que permitirán luego construir nuevas conexiones dentro del discurso verbal y examinar los significados de dichas narrativas, lo que correspondería al patrón Conexión o Insight (coincidencia temporal de Tono emocional y Abstracción en el discurso)

En la figura siguiente mostraremos la representación gráfica del Ciclo Terapéutico el cual se deriva de la secuencia temporal de los patrones mencionados y se basa en el supuesto de que estos patrones no ocurren en forma casual durante la sesión o en el curso de la psicoterapia sino en forma cíclica o periódica.

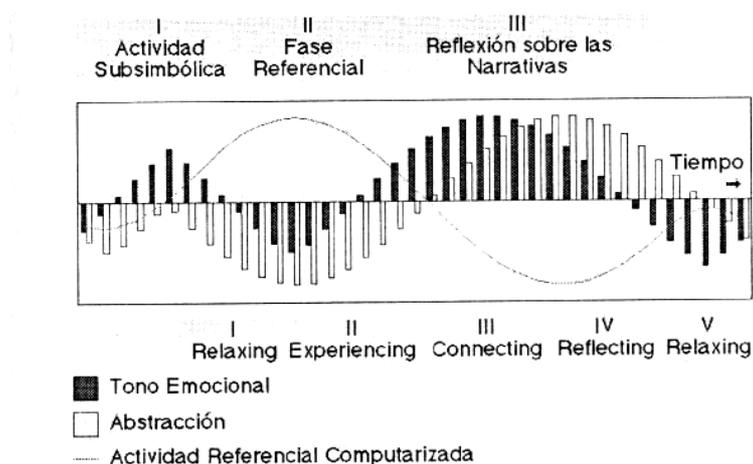


Figura 2. Modelo de los ciclos (Bucci & Mergenthaler)

Con el objetivo de ejemplificar lo planteado anteriormente mostraremos la relación entre el nivel empírico y clínico a través del material de una entrevista con una de las díadas que conforman la muestra del proyecto de investigación ya mencionado.

Desde la Clínica

Virginia, 8 meses acude con su madre a la consulta médica por trastornos en la alimentación. Es derivada por la pediatra a las entrevistas psicoanalíticas. La madre es una adolescente de aspecto muy agradable, que trae en sus brazos a su bebé quien impresiona por su mirada vivaz y curiosa.

Se ejemplifica a continuación con algunos fragmentos, la línea de abordaje en esta sesión donde el síntoma es comprendido en el despliegue de sus distintos significados en la díada.

La madre dice: *“se niega a comer..., se niega a digerir cualquier tipo de alimento... solamente pecho... las papillas las devuelve, devuelve todo y empieza a llorar y llorar y llorar y queda totalmente morada con los labios negros”...*

T – *¿Con qué vinculas estos problemas de alimentación?*⁴

P – *La verdad no se me ocurre nada... Yo cuando era chica era igual, tenía exactamente el mismo problema (bloque número 5).*

T – *¿Qué pasaba cuando tú eras chica? Contame.*

Mientras la madre va relatando distintos episodios en relación a la alimentación, Virginia mira curiosamente para todos lados...

La analista capta la avidez por incorporar todo lo que está a su alrededor: el espacio del cuarto, las personas, los juguetes.

T – *Tú (dirigiéndose a la beba) no comés la comida, “comés con tus ojos”.*⁵

P – *Sí, puede ser... (bloque 7) Mientras la madre habla, Virginia muerde y chupa los juguetes.*

-
4. Observamos que las distintas intervenciones tratan de aportar a la madre distintas representaciones de manera tal de favorecer el caudal asociativo de las representaciones vinculadas al síntoma.
 5. El “hecho psicoanalítico” para el analista no se realiza solo a través de los órganos de los sentidos, sino a través de su intuición, la cual se basa en una experiencia que no tiene un trasfondo sensorial. Consiste en la capacidad de captar, sobre todo los estados emocionales que forman parte de la “función psicoanalítica de la personalidad” (Bion).

T – *Se la ve con mucho placer poniéndose cosas en la boca.* La comida aparece en la historia de la madre, asociada a la relación de ésta con su propia madre. A su vez se depositan en la comida afectos sofocados de sus relaciones no sólo con su madre sino también con su marido, y las personas con que convive.

La madre continúa relatando “las mañas” de Virginia en la comida, vinculándolas con las propias cuando era pequeña.

P – *No comía... No comía nada... Mi madre pasaba siempre llevándome al médico... Lo que comía hacía arcadas y devolvía toda la comida también.*

Continúa haciendo un relato muy minucioso de su relación con la comida. Necesita de varias ingestas pequeñas durante el día que asemejan a las necesidades de un bebé.

T – *¡Tú sos como la bebé que necesita tener la teta acá!*⁶

A continuación relata la proximidad del vínculo con su madre, a la que visita diariamente. Los temas de conversación giran alrededor del horario, frecuencia y cantidad de las ingestas de Virginia.

T – *Por las cosas que tú relatas, me imagino tu casa, como que muchas de las maneras de vincularse tu mamá contigo, o tú con tus familiares, es a través de la comida. Parece que la comida es la única forma de vincularse contigo (bloque 16).*

P – *Sí.*

La terapeuta muestra a la madre nuevamente la actitud lúdica y placentera de su hija.⁷

P – *Yo, a veces me digo que mi cabeza empieza a maquinarse, como que a veces me obsesiono un poco, ¿no? Que me va a empezar a hacer mañas, me va a empezar a llorar, va a empezar a gritar y yo me pongo muy nerviosa.*

En ese momento Virginia protesta, muerde sus juguetes y la analista le señala a la madre la necesidad de comprender otros aspectos de su hija en relación a los desprendimientos.

T – *Tú me estas diciendo que le cuesta separarse de ti (bloque 21).*

6. Esta intervención señala a la madre el exceso de proximidad que mantiene con su hija a través de la comida.

7. Las intervenciones del analista apuntan a discriminar los conflictos de la madre con la comida de los de la hija.

Se trabaja posteriormente sobre las propias dificultades de la madre de desprenderse y diferenciarse de su hija.

T – De pronto tú tenés un montón de sentimientos que necesitas comunicarlos y los pones en la comida y no están ahí, están en tu persona (bloque 34).

P – Sí.

T – Estábamos hablando de vuelta de como te sentís en la casa y que tenés mucha angustia adentro porque te sentís extraña y sola ahí adentro

P – Sí.

P – Ella se aburre (refiriéndose a su hija)

T – Aburrida no se la ve para nada, si estuvo mirando, jugando, aburrida no mamá!!

T – (Dirigiéndose a la bebé y hablando como si fuera ella) “Estoy cansada, cansada, un poquito ahora porque estuvimos hablando de cosas que tu sentís que le duelen a mamá... Ahora te dormís.

La madre continua hablando de sus dificultades de vincularse con las personas que ella convive (familia del esposo) y lo rara que se siente.

Virginia toma un osito de felpa y lo comienza a chupar y dar besos.

Comienza a surgir la angustia de la madre porque se siente sola, aburrida.

T – Virginia necesita darle muchos besos a mama para que mamá se sienta mejor.

P – Sí.

T – Y no tan sola, como que Virginia tiene que llenar ese vacío que Ud. siente (37).

P – ¡Mmmm!

Desde la investigación empírica

En un segundo momento y en forma independiente del abordaje clínico, la investigación empírica trabaja con los datos provenientes de la filmación y transcripción textual de la sesión a través de metodologías específicas. Se produce así el encuentro con un *nuevo material clínico* el cual está limitado por el instrumento desde donde se lo observa. Es a través de la racionalidad de estos mismos instrumentos que a su vez se

posibilita el acceso a otras facetas del conocimiento clínico, lo cual se desarrollará a continuación.

Esta información puede proveernos de datos valiosos acerca del proceso terapéutico en el curso de la sesión y *en un nivel microanalítico*, orientándonos respecto a las modalidades de intervención.

De acuerdo al modelo de los Ciclos Terapéuticos podemos, en función de la distribución de las variables que este considera, esbozar algunas apreciaciones acerca del devenir de éste.

Observamos a continuación la representación gráfica de la sesión estudiada de acuerdo a tres variables:

- tono emocional (barra negra)
- abstracción (barra gris)
- actividad referencial (línea negra)

Se verá cómo se distribuyen estas variables a lo largo de la sesión constituyendo cada una de las celdas bloques de 150 palabras (esta sesión tienen un total de 31 de bloques).

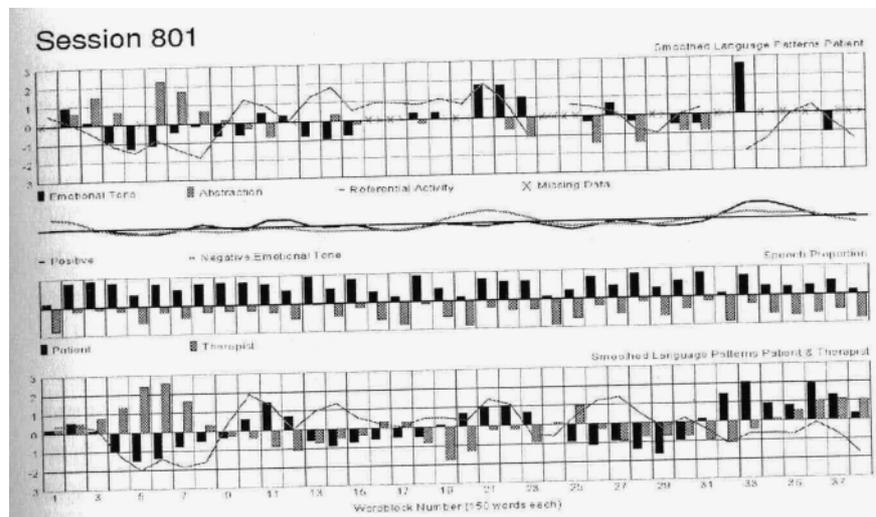


Figura 3

La gráfica superior muestra la distribución de estas variables en el discurso del paciente.

La gráfica inferior muestra la distribución de estas variables en el discurso del paciente y del terapeuta tomado conjuntamente. Finalmente en la gráfica del medio se puede ver la proporción del discurso del terapeuta (gris) y del paciente (negro) a lo largo de la sesión, o sea qué proporción de palabras tiene cada uno en cada uno de los bloques. En la parte superior de cada celda, en negro vemos la proporción de palabras del paciente y la barra gris, en la parte inferior muestra la proporción de palabras del paciente en cada bloque.

En primer lugar, si observamos en la Figura 3, la gráfica del medio que ilustra la proporción del discurso a lo largo de bloques de 150 palabras, vemos que tanto paciente como terapeuta intervienen en todos los bloques. En estos tratamientos el terapeuta es más participativo a diferencia de lo que ocurre en tratamientos psicoanalíticos con adultos en los que se busca una mayor participación del paciente.

Si observamos la gráfica superior que muestra la distribución de la *emoción*, *abstracción* y *actividad referencial* en el discurso del paciente vemos que la diferencia básica, al compararlo con la gráfica inferior (discurso del terapeuta y del paciente tomado en su conjunto), surge a partir del bloque 33. Allí en la gráfica inferior tiene lugar el patrón *Conexión* o *insight*, el cual no se observa en la gráfica del discurso del paciente. Este patrón obviamente constituye una contribución del terapeuta, es él quien introduce los elementos que dan cuenta de este momento de *insight*.

En cuanto a la calidad de este ciclo terapéutico (de acuerdo a un criterio elaborado en nuestra investigación por Gril y Mergenthaler 1999) nos encontraríamos con lo que llamamos “ciclo mínimo”: todos los componentes del ciclo terapéutico se encuentran presentes pero el ciclo es interrumpido o se da en una pequeña porción de la sesión (ver gráfica inferior).

La secuencia ideal de los patrones en el ciclo, tal como lo planteamos anteriormente, está dada por un momento inicial de *Relax* (*tono emocional* y *abstracción* bajos), la aparición de un pico de *Actividad Referencial* o narrativa seguida de la activación de emociones (*tono emocional* alto), posibilitando el momento de *insight* o *conexión* que luego suele seguirse de un momento de *reflexión* (*abstracción* alta) para finalizar en un momento de *relax*, en que *emoción* y *abstracción* descienden.

En esta sesión encontramos luego de un periodo de *reflexión* hasta el bloque 7, la aparición de emociones en el discurso, junto al desarrollo de una narrativa en los

bloques 10, 11, 12. La narrativa continúa pero entre el bloque 13 y 19 tanto *la emoción* como la *abstracción* descienden hasta que vuelve a ocurrir lo mismo: aumento de la *emoción* y la narrativa en los bloques 20 a 23, una interrupción en el ciclo dada por la aparición de palabras abstractas –cuando lo esperable de acuerdo a esta metodología era el momento de conexión– y nuevamente tanto la *emoción* como la *abstracción* descienden –*relax*–.

El ciclo terapéutico completo recién se inicia a partir del bloque 27 donde luego de la narrativa se activa el tono emocional en el discurso –bloques 32 y 33– para dar lugar a un momento de *insight* o *conexión* – coincidencia temporal *de abstracción* y *emoción* en el discurso.

Sería importante conocer el fenómeno que provoca la interrupción de la activación de esquemas emocionales en el discurso de la madre, lo cual tiene lugar en dos momentos durante la sesión, llevando a la interrupción del ciclo terapéutico.

La hipótesis a confirmarse que la interrupción del ciclo pueda ser producto ya sea de una defensa o algún otro fenómeno que tiene lugar en la sesión.

Asimismo es interesante observar qué es lo que posibilita el desarrollo del ciclo en el último tramo de la sesión y cuál es el contenido de las intervenciones que se dan en ese momento.

Las preguntas finalmente serían apuntarían a determinar porqué aún estando todos los componentes necesarios para el advenimiento de un momento de *conexión*, este no tiene lugar sino en el final de la sesión, a qué se debe la secuencia vivencia *emocional-relax* (*experiencing-relaxing*), o sea, por qué la aparición de emociones en el discurso no puede sostenerse y dar lugar a la conexión (*connecting*) hasta el tramo final de la sesión (figura 4).

Estudiando la sesión desde los indicadores del apego encontramos en la bebé puntajes bajos (1 y 2) en la *mirada*, la *vocalización* y el *tacto*, que comienzan a estabilizarse a partir del bloque 22 junto a los otros indicadores en valores de 3 y 4 salvo en la *proximidad* donde predominan valores de 5 (proximidad excesiva).

En la madre los valores comienzan a estabilizarse también a partir del bloque 22 salvo la *vocalización* con puntajes de 1 y la *proximidad* que oscila entre valores de 5 (excesiva) y de 4 (adecuada).

Nos preguntamos a que se deben los movimientos en los puntajes tanto en la madre como en la bebé a partir del bloque 22 y en particular a que se deben las fluctuaciones en el indicador *proximidad* en la madre. En resumen, a partir de los datos de investigación trataremos de respondernos las preguntas que siguen.

1. *¿A qué se debe que cuando aumenta el tono emocional en el discurso de la madre éste no se sostiene, no llegándose así al patrón de conexión sino en el tramo final de la sesión?*

Cada vez que en el discurso de la madre aparecen contenidos emocionales que la involucran surge la necesidad de transmitir a través de una narrativa muy minuciosa y concreta detalles de dichos contenidos. Esto podría explicarse por el surgimiento de defensas obsesivas que la llevan a no poder reflexionar sobre las emociones que acaban de surgir. En la gráfica esto se evidencia a través de un descenso del tono emocional que coincide temporalmente con el desarrollo de la narrativa. Lo veremos en el siguiente fragmento.

Puntajes	APEGO
5	Ansioso
3-4	Normal
1-2	Evitativo

Figura 4. Proceso a la luz de los *indicadores de Apego*. *Primera sesión (60 minutos) dividida en fragmentos de 150 palabras.*

T – Así que acá se están repitiendo muchas cosas como cuando tu eras chiquita (fin bloque 12) (inicio bloque 13).

P – Sí.

T – Chiquita como ella.

P – Si pero yo vivo con mi madre, vive a media cuadra de mi casa.

T – Sí.

P – Y yo voy todos los días, de tarde, y yo le cuento a ella y dice lo mismo que vos.

T – Mm...

P – Dice exactamente lo mismo que vos. Vos también hacías lo mismo y de repente parece, este... porque también tiene mimos...

T – Sí.

P – Porque por ejemplo, yo ayer... este... compré hígado e hice un churrasquito de hígado y se lo pique bien chiquitito, le hice un puré de papas, se lo entrevero todo así, se lo di y lo comió. A la noche si, entonces, digo, a veces tiene idas... (Sigue un relato minucioso de los alimentos que le da a Virginia, cómo los prepara, las horas en que se los da, la cantidad, etc.)

2. ¿Cómo se explica la interrupción del ciclo debida a un aumento en los bloques 24 y 25?

En esos bloques surge una intervención del terapeuta que es quien tiene una proporción mayor de palabras en ese momento, cuya formulación posee más palabras abstractas que emocionales de acuerdo a los criterios lingüísticos que este modelo emplea. Se trabaja en ese momento la misma temática que en los bloques anteriores con la diferencia de que anteriormente la formulación era en términos emocionales.

Cuando la intervención se vuelve más abstracta la tensión emocional del discurso descende y los procesos de *insight* no tienen lugar. Esto aparece como un elemento importante cuando pensamos en elementos que puedan dinamizar el proceso terapéutico en relación al acceso a momentos de conexión.

Mostraremos a continuación estos dos tipos de intervenciones, la primera, más emocional, la segunda, más abstracta; en ambas la temática abordada es la separación en la díada. Bloque 23 (*tono emocional alto*)

T – Empezamos a charlar, ahora nuevamente y ¡zácate! La agarraste como bien rapidito, y estábamos hablando justo ¿de qué? Estábamos hablando de que no te podías desprender. ¿Y qué le contestaste? “Shuck me la agarro porque me cuesta mucho de ti desprenderme” ¿Sería, no?

Bloque 25 (abstracción alta).

T – Además del pecho, del cuerpo de uno, porque a uno le afecta sobre su propio cuerpo. Cuando tú le das un alimento sólido, ¿viste?, ya hay como una distancia. Ya no está o está en tu falda o está sentadita pero tenés que empezar una pequeña distancia. Entonces la comida (el pecho) está como pegada al cuerpo, a tu olor, todo esto que habla de otra proximidad, entonces me parece que este aspecto de qué cercanía, qué posibilidades, qué distancia podes tener tu con ella es un tema central.

En esta intervención aumentan las palabras abstractas y en lugar de llevar a un momento de insight (*connecting*) conduce en los bloques siguientes (del bloque 25 al bloque 30) a un descenso en el tono emocional y la abstracción (*relaxing*) y a un cambio a otra temática.

4. *¿Qué es lo que permite el desarrollo de un ciclo terapéutico a partir del bloque 29?*

La madre se angustia y la terapeuta comienza a dar sostén y sentido a ese sentimiento integrando en sus intervenciones las iniciativas y gestos espontáneos de la bebé

simultáneamente. Es en ese momento que la madre, sostenida por la analista, puede tomar contacto con las emociones en juego y reflexionar sobre ellas.

T – Te vinieron ganas de llorar.

P – Esta bobería que tengo.

T – Llorar no es ninguna bobería.

M – No sé, porque casi siempre me pasa. Me da ganas de llorar. No sé, me vienen como angustias. No sé ni porque, a veces me siento sola y todas esas cosas.

T – Querés llorar, es un sentimiento que nos viene, son cosas muy importantes.

P – Yo a veces lloro y me hace sentir... me viene como no sé, cuando estoy así, y allí.

Virginia – ¡Aayyy!

P – No sé, me dan ganas de llorar.

T – De pronto tú tenés un montón de sentimientos que necesitas comunicarlos.

Virginia – ¡Aaayyyy!

T – A través de la comida y que no están en la comida, están en vos como persona.

P – Sí.

T – Es otra cosa, es otra cosa. Estábamos hablando de vuelta de cómo te sentís tú en la casa, y tenés mucha angustia adentro porque sentís, ¿cómo podes hacer para vincularte y no sentirte tan extraña y sola ahí adentro?

P – Y claro, porque a veces de repente, si yo estoy sentada con ellos ahí.

Virginia – ¡Aaayyy!

M – Ellos están hablando de...

Virginia – ¡Aaayyy!

T – A ver... a ver, ¿qué pasó allí, qué es lo que no te gustó, qué es lo que no te gustó, Virginia?

Virginia – ¡Aaayyy!

T – Yo me inclino a pensar que lo que pasó es que yo estaba hablando con mamá y Virginia siente que ella necesita que le den atención.

5. ¿A que se debe el cambio a puntajes de apego seguro (3,4) a partir del bloque 22?

La niña comienza a intervenir en los bloques 19 y 20 a través de vocalizaciones y miradas y la terapeuta verbaliza las iniciativas de ésta, estimulando una activación de los indicadores de la madre (bloque 22 y 23).

V – ¡Aaaaaaaainiinniaaaaaaaa!...

T – *¿A ver?, ¿qué es lo que querés, qué es lo que estas buscando, porque veo que estás protestando por algo, qué es lo que tú querés y le estás pidiendo a mamá?, creo que estás buscando algo que no encontrás... Ah, lo encontraste... además escuchaste que mamá empezó a hablar mucho, mucho, conmigo y de pronto vos te sentiste como que mamá te dejaba un poquito...*

V – ¡Aaaaa!...

T – *Tu madre me da la impresión como que está muy cargada de afectos y emociones que de pronto saturan la relación que pueda tener contigo.*

V – ¡Aaaaaaooooooo!

T – *En otro plano, ella nos frenó, ¿viste, mamá? y o quiero mostrarte otra cosa, digo, yo juego mucho (hablando por la niña), mucho, mucho.*

A partir de aquí se trabaja sobre las emociones de la madre incluyendo las de su hija. Esta integración en el nivel verbal de las iniciativas de la bebé lleva a que la madre modifique los indicadores no verbales del apego, a su vez que se da sentido a las conductas de su hija.

6. *¿Cómo se explican las fluctuaciones entre puntajes (4 y 5) en la proximidad de la madre?*

Cada vez que, en el nivel del discurso se tematiza la proximidad y distancia en la díada el indicador proximidad, en el nivel no verbal se modifica en una u otra dirección. Observamos que las intervenciones que apuntan a cuan próximo o cuan lejos están la madre y su bebé tienen un impacto particular e inmediato en el apego lo cual se puede observar en los puntajes del indicador *proximidad* en la Escala de Massie-Campbell. Estas intervenciones que apuntan a un nivel comportamental tienen impacto en la relación madre-bebé y su utilidad resulta validada a través de las metodologías empleadas.

Ejemplificaremos estos cambios con dos momentos que corresponden a estas fluctuaciones.

El siguiente fragmento corresponde al momento en que la proximidad pasa de ser excesiva a adecuada (bloque 16).

M – A veces son las dos de la tarde, las tres, y yo todavía no almuerzo porque de repente no me provoca, no me da hambre (bloque 15) y a veces, este.

V – ¡Auu!

T – ¡Ay!, ¡ah!, sí, toma (ruidos de juego).

M – A veces sí, si tengo apetito como... este... después de tarde me hago mi vaso de leche a la hora de la merienda, de vuelta y después a veces.

T – Tú sos como la bebé, que necesita tener la teta acá.

M – Je, je, aunque yo pecho por lo que me dijeron, digo, le doy muy poquito, después cenar sí (ruidos de juegos) ceno porque (inaudible) pila, este, a veces también este.

T – O sea que, te, te voy a preguntar algo, por las cosas que vos me vas contando yo me imagino cómo es en tu casa, como que muchas de las maneras de vincularse de pronto tu mamá contigo, con los familiares, es a través de la comida, parece que la comida es una manera de vincularse contigo.

M – Sí.

T – Entonces vos me describís lo que comés, cómo comés, la cantidad de días, o sea (bloque 16) que es el tema que de pronto todo el mundo habla (ruidos de juego) (inaudible), ¿puede ser?

M – Sí, más o menos.

T – Más o menos, entonces qué otra, que de pronto te pasa lo mismo ahora con Virginia.

M – Sí.

T – Todo gira alrededor de qué come, qué no come.

M – Sí.

En el fragmento que sigue la proximidad pasa de puntajes adecuados nuevamente a puntajes de apego ansioso (Bloques 36 a 39). Aquí se tematiza la actitud de la niña quien busca una mayor proximidad con la madre.

T – De vuelta mamá empezó a hablar y yo quiero que me den atención a mí, me parece, ay, se puso felpa en la boca, con el osito, al chupar se puso felpa, ja, ja. Mm. entonces Virginia necesita darle muchos besos a mamá.

M – Sí.

T – Muchas cosas a mamá para que mamá se sienta mejor.

V – ¡Aaaiii!

M – Sí.

T – Y no tan sola, como que ella le tiene que llenar mucho ese vacío que (E:WB) (37) (S:WB) está sintiendo.

M – ¡Mm!

Consideraciones finales

Hemos intentado, a partir de una consulta terapéutica de vínculo temprano, mostrar el abordaje de distintas líneas de investigación. Partimos desde la clínica a la utilización de metodologías derivadas de otras disciplinas, con el objetivo de abordar las relaciones entre el discurso verbal y no verbal a través de los indicadores del apego.

En el material clínico el trabajo giró en torno a aspectos del mundo interno y a las distintas fantasías alrededor del tema de la alimentación.

Desde lo empírico, utilizamos metodologías que consideran determinados indicadores del proceso de cambio terapéutico. En la comunicación verbal estos indicadores apuntan a la relación entre narrativa, lenguaje emocional y lenguaje abstracto y en la comunicación no verbal, se basan en las fluctuaciones de los indicadores comportamentales de búsqueda del otro en la díada.

Buscamos dar cuenta de los aportes que esta investigación empírica podría hacer a la práctica clínica. Concretamente, hemos visto a través del estudio de una sesión distintas variables que pueden incidir en el curso del proceso terapéutico.

El cambio desde el punto de vista clínico se da en el eje transferencia-contratransferencia, a través de las intervenciones del analista que permiten levantar las represiones de los afectos sofocados detrás del síntoma de la alimentación.

Desde los indicadores del apego el cambio a un apego normal se visualizan en un bloque (22), específicamente cuando el terapeuta verbaliza las iniciativas del bebé que activan los indicadores de la madre.

La visión clínica se complementa con la teoría del apego.

También hemos podido observar como la utilización de un lenguaje con características abstractas obstaculiza los procesos de insight.

Observamos la importancia de integrar en el trabajo terapéutico las temáticas de proximidad y distancia, lo cual del punto de vista empírico muestra ser muy sensible a las intervenciones, lo cual se demuestra a través de las fluctuaciones en el indicador proximidad.

Traducir conceptos psicoanalíticos y operacionalizarlos para que puedan ser examinados empíricamente es un problema complejo que a su vez trae la cuestión de la dificultad en la generalización de los hallazgos. Esto determina que parte de la

comunidad psicoanalítica tenga reparos respecto a la integración de esta otra fuente de conocimiento.

En síntesis, el aporte de estas metodologías, que incluyen la mirada de un tercero ajeno a la intimidad del proceso terapéutico, nos permite visualizar en un nivel microanalítico el impacto del lenguaje en la díada madre-bebé, a través de las intervenciones realizadas.

Estos aportes son indispensables cuando el psicoanálisis entra en diálogo con otras disciplinas más allá de los ejes terapéuticos básicos del trabajo analítico como son la transferencia-contratransferencia. De esta manera es posible limitar una hermenéutica desenfrenada a través del juicio consensual (S. Mendilaharsu) y multidisciplinario que aporta la utilización de metodología empírica.

Metodologías que, en esencia, también son parciales ya que se limitan a la consideración de un número limitado de variables. Si bien estas metodologías aportan conocimientos al manejo clínico, la riqueza del encuentro con el paciente es, en sí misma intransferible. Es, sin embargo, una buena práctica para el psicoanalista el poder observar y comprender los mismos fenómenos a través de distintas ópticas y a través de distintos métodos para lo cual debe poder enmarcarse en un trabajo colaborativo en la interdisciplina.

Finalmente, hemos intentado mostrar un abordaje en curso, que forma parte de un proyecto más amplio el cual nos va abriendo múltiples interrogantes, cuestionamientos y críticas sobre sus alcances y aplicaciones. Pero sobre todo nos permite desafiarlas teorías para cuestionarlas o redescubrirlas, confrontándolas con metodologías de investigación que permiten poder validar los hallazgos psicoanalíticos en la comunidad científica.

Resumen

El vínculo temprano ha sido objeto de múltiples estudios dentro del psicoanálisis. Diferentes abordajes terapéuticos han sido implementados en función de dichos estudios. Actualmente, la integración de conocimientos que derivan de múltiples disciplinas junto a los aportes de la metodología empírica permite agregar un nuevo lente con el cual estudiar el efecto de estos abordajes terapéuticos en las díadas madre-bebé.

Haremos una síntesis de distintas concepciones que hacen al desarrollo del concepto de apego. Luego presentaremos las metodologías que hemos utilizado en el marco de una investigación sobre proceso terapéutico con el objetivo de ilustrar el tipo de conocimiento que la investigación empírica puede aportar a la práctica clínica.

Tomaremos una sesión psicoterapéutica la cual será trabajada desde una perspectiva clínica psicoanalítica y a través de metodologías de investigación empírica con datos provenientes de la filmación y transcripción textual. Se utilizará el Modelo de los Ciclos Terapéuticos (Bucci, Mergenthaler) y la Escala de los Indicadores del Apego (Massie-Campbell) como instrumento para estudiar el efecto de las intervenciones verbales en la sesión en relación al sistema no verbal del apego.

El trabajo busca ilustrar el aporte que hacen a la práctica clínica la integración de conocimientos derivados de otras disciplinas tales como la lingüística, la informática, la psicología cognitiva, la neurociencia así como la utilización de metodología de investigación.

Abstract

Multiple studies within Psychoanalysis focused in the early relationship mother-baby. Those studies led to the implementation of various psychotherapeutic approaches. The current integration of other scientific domains and those coming from the empirical methodology allow to have a new lens in order to study the effect of the therapeutic interventions in dyads of mothers and babies.

We summarize different theories related to the concept of attachment.

We then present the empirical methodology we use for the study of the psychotherapeutic process in psychoanalytic consultations with mothers and babies, with the aim of showing and discussing the relevance of the results of this study to the clinical practice.

A session is presented both from a clinical and research perspective using videotaped and textual material. The Therapeutic Cycles Model (Bucci, Mergenthaler) and the Attachment Indicators Scale (Massie, Campbell) are used in order to study the relation between the verbal interventions and the attachment non verbal system during the session.

The article tries to show the type of knowledge that the use of research methodology and the integration of other disciplines (linguistic, informatic, cognitive psychology, neuroscience) can bring into the psychoanalytic practice.

**Descriptores: VÍNCULO / APEGO / INVESTIGACIÓN /
MATERIAL CLÍNICO / RESEÑA CONCEPTUAL**

Bibliografía

ACEVEDO DE MENDILAHARSU, S. Ponencia oficial Congreso de APU: La Neurosis Hoy.

AINSWORTH, M; BELL, S. y STAYTON: Infant-Mother Attachment and Social Development: Socialisation as a product of Reciprocal Responsiveness to Signals. Cambridge University Press, 1974.

ALTMANN, GRIL. Mergenthaler "Relationship between the verbal exchange of mother and analyst and the non verbal interaction between mother and baby". Presented in the First Latinamerican Conference of the International Psychoanalytical Association. Buenos Aires, 1998.

ALTMANN, GRIL. "Presentation of Research Project on narrative and Attachment" International Preconference of Research on Psychoanalysis (Chile) 1999.

ALTMANN, GRIL "Presentation of Research Project on narrative and Attachment" Fellows Day, Research Training Program, Londres, 2000.

ALTMANN De LITVAN M.; ANGULO de PIGNATO B, BROVETTO E., GONZÁLEZ M.E., NOGUEIRA G., PRÓSPERO S., SASSON E., VIERA M., Weingensberg de Perkal A., Corti A., 1998: "Proceso y cambio a través de dos metodologías: entre la investigación empírica y la clínica". Primer Congreso Uruguayo de Psicología Médica, Montevideo, Uruguay.

ALTMANN De LITVAN, M, GONZÁLEZ PÍRIZ, Ma. del Carmen; KIEPSCH, G.; PRÓSPERO, S.; SAPRIZA, Ma. Marta; SILVA, E.; VIERA, M.; Weingensberg de Perkal, Alicia: Intervenciones restablecedoras del equilibrio psicosomático con

patologías de alto riesgo. Un caso de asma de lactante. En: Primeras Jornadas Nacionales de Interacción Temprana. Ed. Roca Viva, Montevideo, Uruguay, 1993.

ALTMANN DE LITVAN, M.; ARCOS, Ma. T.; ESPINAL DE CARBAJAL, F.; GONZÁLEZ PÍRIZ, Ma. C.; NOGUEIRA, G.; KIEPSCH, G.; PRÓSPERO, S.; SAPRIZA, Ma. M.; SILVA, E.; VIERA, M.; WEIGENSBERG DE PERKAL, A.: Cindy. Algunas particularidades del funcionamiento mental en un caso de asma de lactante. Presentado en: Jornadas de Psicoanálisis de las Enfermedades Orgánicas, 1992 (Inédito).

ALTMANN DE LITVAN, M. Correlato entre el bebé observado e inferido. Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 86-87, Edición de la Asociación Psiconalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay, 1997.

ALTMANN DE LITVAN, M. Traumatismos y vulnerabilidad psíquica. Lo arcaico, temporalidad e historización. Ed. de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay, 1995.

ALTMANN DE LITVAN, M.; LÓPEZ DE CAYAFFA, C.; LABRAGA, R; PORRAS DE RODRÍGUEZ, L. Nuestro vínculo con las teorías. Relación y uso desde la perspectiva metapsicológica winnicottiana. En: Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 83, Montevideo, Uruguay, 1996.

ALTMANN M. et al (1998): “Juegos de magia y amor entre la madre y su bebé. La canción de cuna” Financiado por UNICEF y el Instituto Interamericano del Niño, Montevideo, Uruguay.

BERNARDI, R.; SCHKOLNIK, F.; DÍAZ ROSSELLO, J: Ritmos y sincronías en la relación temprana madre-hijo. En: Revista Uruguaya de Psicoanálisis N° 61, Montevideo, Uruguay, 1982.

BION: Aprendiendo de la experiencia. (1966) Ed. Paidós, Buenos Aires, 1975.

BOWLBY, J. Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida. Ed. Morata, Madrid, 1995.

BRAZELTON, TRONICK, ADAMSON, ALS, WEISE. Early mother infant reciprocity. En: Parent-Infant Interaction, CIBA Foundation Symposium, 33, 1975.

BRETHERTON, I. The Origins of Attachment Theory: John Bowlby and Mary Ainsworth. Attachment Theory, The Analytic Press, Inc. New York, 1995.

BUCCI, W. "The Power of the Narrative: A multiple Code account", in *Emotion, disclosure & Health*, James W. Pennebaker, editor, American Psychological Association, Washington, DC.

BUCCI, W. (1997). "Psychoanalysis and Cognitive Science: A Multiple Code Theory." New York, NY: The Guilford Press.

CRAMER, B. *Mother-Infant Psychotherapies: A Widening Scope in Technique*. En: *Infant Mental Health Journal*, Vol. 19, N° 2, Summer 1998.

DEBRAY, R. *Bébés/Méres en Révolte*. Ed. Paidós, Le Centurión, París, 1987.

EMDE, R.: *The Wonder of Our Complex Enterprise: Steps Enabled by Attachment and Effect of Relationships on Relationships*. En: *Infant Mental Health Journal*. Vol. 12, N° 3, Fall 1991.

FONAGY, P.; STEELE, H.; HOLDER, J.: *Attachment and Theory of Mind: Overlapping Constructs?* University College London, 1997.

FREIRE DE GARBARINO, M. y Cols.: *Interacción temprana. Investigación y terapéutica breve*. Ed. Roca Viva, Montevideo, Uruguay, 1992.

FREUD, S. *Inhibición, síntoma y angustia (1926 [1925])* T. XX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

FREUD, S. *Proyecto de Psicología (1950 [1895])* T. I, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

GRIL, S. "Investigación en Psicoterapia Algunas reflexiones sobre la Investigación en Psicoanálisis" *Revista de Psicoterapia Psicoanalítica*, Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica. Tomo 4 N° 4 Edit. Fin de Siglo.

GRIL, S. "Aplicación Clínica del Modelo de los Ciclos Terapéuticos" Presentación en la 3ª Reunión Científica del Capítulo Sudamericano de la "Society for Psychotherapy Research", Buenos Aires, 1996.

GRIL, S. "El modelo de los ciclos terapéuticos. Un modelo para la investigación del proceso terapéutico. Su aplicación clínica". Presentación en las Jornadas Científicas en Psiquiatría de la Univ. De la República 1997.

GRIL, ALTMANN, MERGENTHALER "From Language to Behavior. The Cycles Model as a guide".

Paper in Panel of the 29th annual meeting of the Society for Psychotherapy Research, Snowbird, Utah 1998.

GRIL, ALTMANN, MERGENTHALER. "Attachment and Narratives" Paper in Panel of the 30th annual meeting of the Society for Psychotherapy Research, Braga, Portugal 1999.

GRIL, S. & MERGENTHALER, E. (1998). "El modelo de los ciclos". Revista de Investigación, Tomo 1 N° 1 Facultad de Psicología.

GRIL, S.; MERGENTHALER, E. "International Applications of the Cycles Model: the Psychotherapeutic Process in a Psychotic Patient.", Presentación en "28th Annual Meeting of the Society for Psychotherapy Research", Geilo, Noruega 1997.

HENDERSON, C. (1990) "The experience of trauma on mother-infant attachment in the homeostatic phase of development". UMI, Michigan.

HENDERSON, C. The Experience of Trauma on Mother-infant Attachment in the Homeostatic Phase of Development. U.M.I., Dissertation Services, Michigan, 1990.

HOFER, M. (1997) "Hidden Regulators" in "Attachment Theory" Goldberg, Muir and Kerr (Ed.).

HOFER, M. Hidden Regulators. Attachment Theory. Ed. Goldberg, Muir y Kerr, New York, 1997.

HOFFMANN, J.M. Making Space. En: Infant Mental Health Journal. Vol. 16, N° 1, Spring 1995.

HOROWITZ, M.J.: Person Schemas. Citado por Kachele y Frevert en Desarrollo, Vínculo y Relación. Conceptos innovadores para el psicoanálisis. En: Clínica y Análisis Crupal N° 75, Vol. 19 (1), Buenos Aires, 1997.

KACHELE, H.; FREVERT, G. Desarrollo, Vínculo y Relación. Conceptos innovadores para el psicoanálisis. En: Clínica y Análisis Crupal N° 75, Vol. 19 (1), Buenos Aires, 1997.

KLAUSS, M.; KENELL, J.H. El vínculo madre-hijo. Ed. Médica Panamericana, Buenos Aires, 1978.

KLEIN, M. Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé (1952). Desarrollos en Psicoanálisis. Ed. Hormé, Buenos Aires, 1967.

KLIMOVSKY, G. y otros. (1991). "Algunas reflexiones acerca de las modalidades del cambio. El cambio en Psicoanálisis." Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.

KREISSLER, L. La desorganización psicosomática en el niño. Biblioteca de Psicología, N° 132, 1985.

KREISSLER, L. Le nouvel enfant du desordre psychosomatique. Ed. Privat, Paris, 1987.

LAPLANCHE, J.; PONTALIS, J.-P. Diccionario de Psicoanálisis. Ed. Labor, Barcelona, 1983.

LEBOVICI, S.; WEIL-HALPERN, F.: Psychopathologie du bébé. Presses Universitaires de France.

LEMCHE, E., GROTE, K., ORTHMANN, C., ARI, A., LENNERTZ, I., HAEFKER, J. KLANN-DELIUS, G.: "Early parent-child interaction, parental representations, and emotion-regulatory patterns as measured through evoked play-narratives: Results from an exploratory study of 16 preschool children." Paper presented at the 41st International Psychoanalytical Congress, Santiago de Chile, Julio 1999.

MAIN M. (1997): "Recent Studies in Attachment" in "Attachment Theory" Goldberg, Muir and Kerr (Ed.).

MAIN, M. Recent Studies in Attachment. Attachment Theory. Ed. Goldberg, Muir y Kerr, New York, 1997.

MANZANO, J. La Séparation et la Perte D'Object chez l'Enfant. En: Quarante-Huitième Congres des Psychanalystes de Langue Française de Pays Romans.

Organizado por la Société Suisse de Psychanalyse. Ginebra, 1988.

MARTY, P. La Psicosomática del Adulto. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1992.

MARTY, P. Les Mouvements Individuels de Vie et de Mort. Ed. Payot, Paris, 1976.

MARTY, P. L'Ordre Psychosomatique. Ed. Payot, Paris, 1985.

MASSIE, H.; CAMPBELL, K. The Massie-Campbell Scale of Mother-Infant Attachment Indicators During Stress (AIDS Scale), Basic Books, New York, 1983.

MERGENTHALER, E. (1996). "Emotion-Abstraction Patterns in verbatim protocols: A new way of describing psychotherapeutic processes". Journal of Consulting and Clinical Psychology, 64 (6), 1306-1318.

MERGENTHALER, E., & BUCCI, W. (in print). "Linking verbal and nonverbal representations; Computer analysis of Referential Activity." *British Journal of Medical Psychology*.

MERGENTHALER, E., & GRIL, S. (1996). "Descripción de las reglas para la transcripción de sesiones de psicoterapia." *Revista Argentina de Clínica Psicológica*, 5 (2), 163-176.

MERGENTHALER, GRIL, ROUSSOS. "Métodos computarizados en la Investigación en Psicoterapia" Universidad de Belgrano, Buenos Aires. Serie Programa de Formación en Investigación de Docentes Auxiliares N° 9.

MERGENTHALER, Kächele (1996). "Applying Multiple Computerized Text Analytic Measures to Single Psychotherapy Cases". *Journal of Psychotherapy Practice and Research* 1996, 5:307-317.

PALACIO ESPASA, R; MANZANO, J. *Las Terapias en Psiquiatría Infantil y en Psicopedagogía*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1993.

SALOMÓN: citado por Bretherton, Inge en: *The Origins of Attachment Theory: John Bowlby and Mary Ainsworth*. Attachment Theory, The Analytic Press, Inc. New York, 1995.

STERN, D. *A constelação da maternidade*. Ed. Artes Médicas, Porto Alegre, 1997.

STERN, D. *La primera relación madre-hijo*. Ed. Morata, 1978.

STERN, D. *The Interpersonal World of the Infant. A View from Psychoanalysis and Developmental Psychology*. Basic Books, New York, 1985.

STRAUSER, J. *The effects of Music Versus Silence on Measure of State Anxiety, Perceived Relaxation, and Physiological Responses of Patients Receiving Chiropractic Interventions*. En: *Journal of Music Therapy: XXXIV* (2), 1997, Ed. National Association for Music Therapy, USA.

WINNICOTT, D. *El hogar, nuestro punto de partida*. Paidós, Buenos Aires, 1993.

WINNICOTT, D. *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*. Ed. Laia, Barcelona, 1979.

De adolescencia marginada: una experiencia de trabajo

Eurídice de Mello de Gañón¹

Mercedes Espínola²

“Comienza a hacerse evidente que poder decir algo y que otro escuche y responda es una maravilla, la más grande maravilla del ser humano.”

Carlos Liscano

Este trabajo pretende dar cuenta de algunas reflexiones por las que hemos transitado en el marco de nuestra experiencia en el grupo de trabajo que constituimos: es el Grupo de Investigación-Acción sobre Infancia y Adolescencia Marginadas, que coordina el Dr. Marcelo Viñar y que funciona en forma continua desde hace algo más de diez años en el Hospital Pereira Rossell.³

Desde qué lugar pensar esta problemática

Un hilo que se ha subterido de modo permanente a lo largo de este tiempo de trabajo, hace a la pregunta inicial siempre abierta y siempre en cuestión, respecto al lugar en el que nos posicionamos, con nuestros bagajes conceptuales e instrumentales, para pensar en torno a la marginalidad. Desde qué lugar nos ubicamos y qué aportes podemos ensayar en relación con este tema.

¿Hay algo que el psicoanálisis pueda decir respecto a estos problemas tradicionalmente abordados desde políticas de Estado, con la participación asesora de juristas, trabajadores sociales, pedagogos, psiquiatras? Entendemos y deseamos argumentar por una respuesta afirmativa y sostener la posibilidad de preservar una

1. Psicología. Psicoanalista egresada del Instituto de Psicoanálisis de la APU. Lord Ponsonby 2490 A. 801, 11600 Montevideo.

E-mail: moti@quantum.com.uy

2. Psicóloga.

3. Los grupos de jóvenes con los que trabajamos pertenecen a instituciones abiertas y cerradas del INAME y de distintas ONGs.

perspectiva psicoanalítica en tensión (de complementariedad y de contraste) con los discursos tradicionales, no para reemplazar los enfoques habituales sino para situarse en la contracara y tratar de escuchar lo no dicho, lo que los discursos vigentes silencian o acallan.

Hablar de marginalidad o marginación, es hablar de una cuestión posicional: margen es lo que se sale de un marco; quedar al margen es quedar “fuera de”. Fuera de un marco, fuera de un centro, desde el cual se define el margen por lo que no es. Y ese marco, centro, es la imagen que una situación histórico-social se da a sí misma, la cual es esencialmente móvil, relacionada a un valor local, sustentada en un tiempo y en un espacio específicos.

Dentro de ese centro se van definiendo pautas de convivencia legitimadas desde el consenso; éste es el marco. Y es sobre esas pautas que van tomando forma las categorías valorativas. Margen y consenso se van constituyendo recíprocamente; no pueden concebirse como polos antitéticos sino como pares dialécticos: consenso y margen, regla y trasgresión. Las comunidades humanas establecen códigos, pautas, normas, estilos, que dan lugar a un consenso; toda cultura dominante, macro o micro, genera sus contornos, sus límites, sus acuerdos, sus disidencias. La marginalidad constituye siempre un cuestionamiento, una interrogación y una amenaza a lo establecido. Más que una discusión de oposiciones de naturaleza esencial, importa definir el modo de relacionamiento entre la cultura hegemónica y las culturas alternativas, y ver si se comportan como separadas por fronteras rígidas o si lo hacen de un modo permeable y dinámico. En las culturas minoritarias, no se trata, como puede pensarse desde el centro, sólo de la negatividad o el vacío, sino de otras modalidades de cultura basadas en la resistencia y la sobrevivencia, signadas muchas veces por la violencia, cuyos criterios de bien y de mal no tienen por qué coincidir con los de la sociedad mayoritaria y su consenso normativo. Se trata para nosotros de conocer y comprender estas otras lógicas y estrategias. Es decir, encontrarles un sentido propio por la vía de conceder la palabra.

El descentramiento de esa lógica binaria de límites netamente definidos, se inscribe en la línea inaugurada por Freud a comienzos de siglo, cuando en relación a la psiquiatría tradicional, superó la antinomia normal-patológico y pensó el problema en términos de sujeto en conflicto. Asumimos que cada quehacer opera desde una postura doctrinaria, más o menos explícita, más o menos tácita, y desde una estrategia de acción. En algunos se vuelve hegemónica una postura de castigo; en otros predominan

actitudes heroicas o de apostolado y también altruistas, de solidaridad, frívolas, filantrópicas... Existe una muy amplia gama de variantes legítimas y eventualmente necesarias, por las que, de algún modo todos estamos atravesados y tantas veces sin que ese atravesamiento se nos haga realmente claro.

Como grupo para pensar estos problemas, intentamos ubicarnos en una posición que esté muy alerta a los riesgos, en primer lugar, de la necesidad universal de definir nítidamente la figura del “otro”, del delincuente, del marginado, como esencias diferentes. En segundo lugar, de la disposición, también universal, del temor a eso diferente, por la atribución que sobre ello hace recaer el carácter de sórdido, peligroso y enemigo. Para tranquilizar esos miedos, se echa mano a las categorías taxonómicas que dejan supuestamente iluminado aquello oscuro y confuso. Tanto al dejar afuera, diciendo que es algo otro, de esencia diversa, como al encerrar en los casilleros clasificátenos, lo que resulta desdibujado en la complejidad de su particularidad, es el objeto de nuestro trabajo: el joven marginado. Estos riesgos son deslices fáciles sobre todo si partimos de definiciones esencialistas y de categorizaciones binarias, a partir de las que, lo bueno, puro y valorado (que es vivido como propio), versus lo malo, impío y corrupto (que se adjudica a los otros), son pensados como polos excluyentes y no como existentes dialécticos configuradores del territorio conflictivo de lo humano. Definiciones oposicionistas que, al abrirse a la ilusión del trazado neto del perfil del “*marginal*”, por ejemplo, dan lugar a un posicionamiento punitivo-correctivo (que involucra los discursos jurídico, médico psiquiátrico, pedagógico), desde el cual el castigo y el enderezar lo desviado, constituyen las estrategias de acción derivadas naturalmente. En este caso de lo correctivo-punitivo, es elocuente el fracaso de las cárceles como método de rehabilitación, como ya lo señalara extensamente Foucault y, a pesar de que hoy en día se habla de ellas como “escuelas del crimen”, sin embargo la sociedad insiste en el anhelo de ubicar lo abyecto afuera, detrás de las rejas, cada vez más tempranamente.

Desde estas reflexiones y atravesados por todos estos modos de encarar el problema, que han sido definidores de las distintas dinámicas sociales a lo largo de la historia, se nos ha hecho imprescindible insistir en el intento siempre a renovar, que nos habilite el cuestionamiento de aquello que escuchamos y de la escucha, es decir de quiénes escuchamos, cómo escuchamos, para qué escuchamos. Difícil postura que tiene sesgos

de imposible y que, entendida como meta utópica hacia la cual dirigimos, nos posiciona siempre en un lugar resbaladizo e incierto.

Y si tocamos el campo de lo utópico, debemos mencionar que en muchos momentos nos hemos puesto a definir utopías. En un período nuestro grupo, a partir del análisis de situaciones generadas por la propia dinámica institucional con sus penosas consecuencias para los muchachos, trabajó con la pregunta “qué institución queremos”, a sabiendas de que nos proponíamos jugar con los rasgos de un ideal que, como tal, siempre resulta inalcanzable y por momentos hasta rozando con la ironía. Sin embargo entendemos que el trazado de una meta, por inaccesible que pueda ser, resulta una tarea ineludible para cualquier emprendimiento. En nuestro trabajo esto apunta a la definición de unos objetivos éticos desde los cuales partir y hacia los que dirigimos, y a su discriminación clara frente a aquello que deseamos combatir. Valores siempre en conflicto, siempre desdibujándose en la realidad y que, a pesar de estar en riesgo aún en nosotros mismos, no dejan de constituirse en nortes orientadores del camino a recorrer.

Otro de los aspectos frente al que nos hemos interpelado, es la tendencia a dogmatizar la postura doctrinaria adoptada, que de conjunto de teorías útiles y explicativas de la realidad, aún en su inquietante provisoriedad, pasa a ser manejada como valor absoluto e incuestionable, lo que se presenta como una tranquilizadora tentación. La vieja ilusión de constituirse en el dueño de la verdad es otro de los grandes riesgos en este trabajo.

Entonces nos preguntamos cuánto de ese riesgo de privilegiar de forma excluyente nuestra escucha, nos imbuye y nos atraviesa más o menos conscientemente, y por eso qué necesario se nos ha hecho el entredós de la acción directa con los jóvenes, por un lado, y la interlocución interpelante y reflexiva en nuestro Grupo, que abre a la pregunta, que problematiza y que nos deja siempre en un punto de tensión y de debate. Asimismo consideramos imprescindible el intercambio con otros discursos y quehaceres, intercambio que deseamos ampliar y profundizar dado que, uno de los grandes problemas que comprobamos es el de la fragmentación de los discursos de saber involucrados, que desemboca en una fragmentación del accionar como consecuencia de la cual lo que termina fragmentándose es el destinatario. Muchas veces vemos cómo el sujeto singular queda desdibujado en la sumatoria *de* expedientes, de informes técnicos (de psicólogo, de asistente social, de psiquiatra, de abogado), que parten de una lectura ineludiblemente parcial. La necesidad de articular una mirada

integradora está hoy sobre la mesa y existen numerosos ámbitos creados desde la sociedad civil que buscan superar la fragmentación y operar desde esta nueva postura.

Nuestra experiencia

Nuestro Grupo de Investigación-Acción está constituido por psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas y en muchas ocasiones es interlocutor de profesionales de otras disciplinas que también trabajan con esta población. Y hemos abordado en conjunto y discutido algunos temas con juristas, trabajadores sociales y educadores.

Le llamamos de Investigación-Acción porque simultáneamente hemos instrumentado un modo de contacto directo con los jóvenes a la par que hemos habilitado el espacio para la discusión, profundización y elaboración teórica. Cada 'sesión' es, luego, trabajada en una interlocución grupal, perfil de trabajo que nos habilita ir construyendo una perspectiva compartida que nos permita pensar. Y decimos elaboración porque nos impusimos la exigencia de no aplicar conceptos teóricos preconcebidos a situaciones inéditas, y estar atentos a los fundamentos de las acciones que emprendemos, en una teorización siempre en movimiento de retroalimentación con la práctica. Nos hemos nutrido con los aportes que hemos integrado desde el psicoanálisis, desde las conceptualizaciones sobre grupos, desde la filosofía y desde las corrientes de la llamada psiquiatría comunitaria post asilaría, y hemos intentado profundizar en el contacto entre la teoría y la práctica dentro de esta área. Si bien no contamos aún con una sistematización de nuestra propuesta grupal, los trabajos de psicoanálisis de grupos (Bion, Pichon-Rivière, Bleger, Kaës y de autores de nuestro medio que desde cuatro décadas atrás han trabajado el tema), constituyen una referencia constante.

Tomamos de la práctica del psicoanálisis las reglas básicas de funcionamiento: la suspensión de la acción y de la vertiente decisoria, la regularidad del encuadre, el concepto de abstinencia (tal como lo conceptualiza Fanny Schkolnik), adaptando esas reglas a la coyuntura del entorno institucional de modo de posibilitar nuestra inserción.

Que los modelos analíticos sean una brújula y un antídoto contra la improvisación, no impiden mantener una cuota de ingenuidad y de sorpresa, partiendo del reconocimiento de que este adolescente con quien trato, su organización o estructuración subjetiva es para nosotros un enigma que hace vacilar lo que sabemos de constelación edípica, de novela familiar, de función materna y paterna (funciones de

sostén y de corte). El riesgo de pensar con las teorías a priori puede perturbar y hasta impedir el descubrimiento de algo inédito. Porque no hay teoría analítica suficiente para estas particulares formas de existencia.

El lugar desde el que intentamos ubicarnos es el lugar de la pregunta sobre la subjetividad. Es el de interrogar cómo se construye un ser humano cuando las condiciones que manejamos como básicas en nuestros consultorios, no se dan. Es una postura que intenta colocarnos en el lugar del dejarse sorprender, del no-saber, que no quiere decir renunciar a pensar con nuestros esquemas referenciales previos.

Nuestra interpelación surgió a partir del trabajo con jóvenes, institucionalizados como consecuencia de dos parámetros rectores: el desamparo y el conflicto con la ley penal. Los muchachos con quienes nos encontramos provienen de situaciones de familias desintegradas (a veces desde varias generaciones) y carencias extremas en lo material y afectivo. Sin embargo, no queremos caer en el riesgo de homologar margen con estigma y minusvalía, desestimando los aspectos creativos y transformadores de la marginalidad en la historia y en la evolución de la sociedad. Tampoco, por supuesto, en el de homologar margen con tendencia antisocial y suponer que ésta es patrimonio exclusivo o privilegiado de la pobreza, y que esta última, a su vez, es sinónimo de degradación.

Es a tener en cuenta que cuando se habla de adolescentes marginados (niños de la calle, menores, etc.) las expresiones condensan un aspecto estigmatizante y un aspecto de exclusión. No son puntualizaciones descriptivas sino valorativas, porque más que nombrar se significa un orden de exclusión. No son expresiones que muevan al conocimiento, sino que llaman a una respuesta emocional, de aprensión y sospecha o de solidaridad altruista. “Niño de la calle”, “menor marginal” alude a algo distinto a un niño cualquiera y eso diferente, fuera de lo establecido como centro, es a desconfiar.

Frente a esta realidad esbozamos un instrumento de trabajo que a lo largo del tiempo, desde la experiencia de confrontación en su ejercicio, lo vamos redefiniendo en una tarea nunca acabable. Lo que marca nuestro perfil, no es sólo el objetivo de trabajar con esta parte pequeña de la adolescencia marginada (tarea que compartimos con muchos profesionales de ésta y otras áreas), sino un modo de accionar y de pensar e investigar que se basa en exigencias teóricas y éticas que vamos tratando de precisar y profundizar en la tarea misma.

Básicamente se trata de la conformación de grupos de diez o doce jóvenes y dos adultos coordinadores, que se reúnen semanalmente, con un lugar y un tiempo preestablecidos y estables, para hablar de lo que los jóvenes quieran.

El instrumento que llamamos “grupo de palabra”, denominación que condensa los dos pilares conceptuales sobre los que se asienta nuestra acción, el grupo y la palabra, apunta, allí donde lo que encontramos es acción, respuesta impensada a lo inmediato, estrategia de sobrevivencia que exige una génesis instantánea del acto, allí, a abrir un espacio para que algo pueda ser hablado para poder ser pensado. Hacer texto donde hay imperativo de acción. Formular interrogación donde prima la repetición. Nuestra hipótesis es que un colchón de palabras puede amortiguar el pasaje al acto. Y sabemos también que donde se obtura la palabra y la tramitación del sentido, puede generarse un acto como expresión de lo no dicho.

Buscamos, en estos jóvenes en los que la pregunta “¿quién soy?” está silenciada, abrir la posibilidad de que ella pueda emerger, condición del advenimiento a una peripecia ineludible a la condición humana.

El grupo se ofrece como un tejido relacional donde los muchachos puedan inscribirse. El nosotros como espacio referencial ineludible al surgimiento del sujeto singular. El encuentro con un tú (singular y plural, concreto y simbólico), es el fenómeno fundante de la condición humana. Por eso intentamos que el grupo se constituya como matriz donde algo pueda historizarse, generar memoria y proyecto.

Históricamente superado el sujeto de la modernidad –capaz de pensarse a sí mismo en la transparencia de sus intenciones y en la ilusión de su libre albedrío, un sujeto que puede, con su sola razón, dar cuenta de sí y de sus proyectos de un modo nítido e iluminado–, surge en este siglo un sujeto que se concibe con una conciencia limitada en las opacidades de su propio desconocimiento. La pretensión de conocerse de un modo transparente se desvanece. La cosa humana se acepta como equívoca, como un saber a medias sobre un sí mismo que se va construyendo con la apropiación de un lugar en la genealogía, con la construcción singular de un mito de origen que se amasa con datos y fantasías, con la inscripción en una leyenda de pertenencia a un linaje y a una cultura. Y quien dice origen abre al anudamiento entre pasado y futuro, entre memoria y proyecto, elementos que son la materia prima de los procesos identitarios y que hacen a lo que denominamos “espesor subjetivo”, para dar cuenta de un proceso siempre dinámico en

el que vamos dándonos esas definiciones y en el que podemos reconocernos como sujetos singulares. Existe una relación de tensión entre la sumisión y la rebeldía frente a lo que del micro grupo familiar y de lo cultural nos viene dado, y la respuesta singular que cada uno puede ir encontrando a ello.

¿Qué pasa cuando no hay inscripción en un linaje y en una cultura, cuando se está en la inmediatez del acontecer? ¿Cómo me autoconstruyo en una situación de perentoriedad? ¿Cómo, desde la urgencia, me apropio de qué leyenda fundadora? ¿Cómo haber después, proyecto, cuando no hay un antes? ¿Qué efecto puede tener una historia desconocida?

Entonces, ¿qué nos proponemos hacer con los grupos de palabra? Construir relato, construir leyenda, fragmentos de texto de los que cada uno pueda irse apropiando, que en esa apropiación ocurra el movimiento de subjetivación, el aumento del espesor subjetivo.

El grupo habilita el espacio a una palabra ociosa, un espacio que elude la vertiente pedagógica (el señalamiento del “deber ser”) y la vertiente del juicio y la sanción. Se constituye en un espacio diferente que posibilita el tránsito por el conflicto, que se abre al despliegue de la interpelación mutua, a la dialectización de los polos bueno-malo, acusado-acusador, víctima-victimario, atacante-atacado Este tratamiento del conflicto por el que ellos mismos cambian de lugar y se sorprenden al hacerlo, y se confunden, habilita a la pregunta “¿entonces yo quién soy?”. Buscamos que la pregunta “¿quién soy?” circule, se dinamice, se abra el poder verse desde diferentes lugares y el ver aspectos de sí mismos que de otro modo quedan obturados y desconocidos.

El grupo: un lugar donde los jóvenes puedan decirse y pensarse en un “yo soy” no asignado, sino desde la peripecia de la autoconstrucción. Un espacio sin carpetas de antecedentes, sin expedientes: cada uno se presenta sólo con su nombre, a veces con su edad. Los coordinadores no sabemos por qué han ingresado en tal o cual institución. No son seleccionados o estudiados previamente. Son acogidos y escuchados desde un lugar virgen. Pensamos que esa mirada inaugural, por sí misma, se está abriendo a que otros lugares son posibles. Está dando apertura al despliegue de la diversidad que todo individuo tiene. Premisa freudiana con la que trabajamos, que problematiza las adjudicaciones valorativas antitéticas y las piensa a nivel de conflicto ineludible. No se trata de un problema de esencias diferentes: coordinadores y jóvenes no pertenecemos a

categorías opuestas. Somos gente con pasiones y odios, confusiones y desórdenes, y el diálogo es posible, sin desconocer asimetrías, cuando se establecen puentes de contacto.

Las anécdotas surgen, los jóvenes cuentan los episodios que los han llevado a estar en esas situaciones, y la apuesta es a que esas historias puedan ser recreadas, que en el intercambio se construya un relato que habilite algo otro que no se circunscriba a lo congelado y repetitivo.

En definitiva, la experiencia nos confirma que la capacidad de sostener un tiempo de suspenso sobre las conductas transgresoras en cuestión, de otorgarles el estatuto de algo pasible de ser pensado y trabajado como conflicto psíquico, es una posibilidad que se les ofrece como experiencia nueva. Se trata de una lógica que da un tiempo de interrogación al sujeto, y no de una lógica de coherencia y de seguimiento de la norma.

A modo de conclusión

No tenemos modelos acabados para pensar situaciones tan complejas; tampoco pretendemos ofrecer soluciones a realidades que exceden el abordaje que desde nuestra disciplina podemos proponer. Sin embargo, entendemos que sí podemos coadyuvar a que alguien pueda apropiarse de su vida y su destino, aunque otros determinantes socio-políticos desborden nuestra acción y en parte la limiten, sin que ello la invalide ni le quite legitimidad.

La apuesta que hacemos es habilitar una palabra genuina que favorezca el salir de la urgencia de lo cotidiano dejando lugar a la subjetivación, en la emergencia de los sueños y la apropiación de los deseos. Habilitación que, aunque otras carencias hayan sido suplidas en las diferentes instituciones en las que nos insertamos, suele ser faltante.

Resumen

Este trabajo presenta una experiencia de investigación-acción con adolescentes marginados a partir de un instrumento de trabajo denominado "*Grupo de Palabra*". Expone los fundamentos psicoanalíticos en los que se sustenta y el posicionamiento desde el cual se significan estas problemáticas. Plantea una modalidad de accionar y de pensar e investigar, que se va redefiniendo y profundizando en la tarea misma.

El Grupo de Palabra condensa los pilares sobre los que se piensa la tarea: *grupo* como matriz socializante, como espacio referencial ineludible al surgimiento del sujeto singular, y *palabra* ociosa, en una instancia que elude tanto lo pedagógico como el juicio y la sanción. La dinámica así convocada permite la circulación del conflicto allí donde éste está silenciado, en la hipótesis de que el trámite a través de la palabra es favorecedor de la subjetivación y amortiguador además, de los pasajes al acto.

Summary

This paper presents an experience of research-action with marginalized adolescents, within a particular tool of work called, the “Word Group”. It states the psychoanalytic grounds in which it lays and from which these problems are giving meaning. It poses a way of functioning and of thinking and of carrying out research as well, that is redefined and deepened while working.

The “Word Group” condense the pillars upon which the task is thought: group as a socializing matrix, as a referential and unavoidable space in the emergence of the singular subject, and idle word, an instance that avoids not only pedagogy but judgement and sanction as well. The dynamics thus convoked allows for the circulation of conflict, where it is silenced, in the hypothesis that handling with words encourages subjectivation and tends to inhibit acting out.

**Descriptores: SOCIEDAD / ADOLESCENCIA / GRUPO / INFANCIA /
ESCUCHA**

Bibliografía

BLEGER, J. “Psicohigiene y psicología institucional”. Bs. As. Paidós, 1974.

BUSTO DE ROSSI, A. “Abordaje psicoanalítico grupal de niños: algunas consideraciones”. RUP N° 90. Montevideo, 1999. Págs. 98 a 115.

BUSTO DE ROSSI, A. “Evolución de la psicoterapia psicoanalítica de grupo (APU 1955-1998)”. Inédito. Presentado en APU el 6 de noviembre de 1998.

FOUCAULT, M. "Surveiller et punir; naissance de la prison". París, Gallimard, 1975.

FREIRE DE GARBARINO, M.; MAGGI DE MACEDO, I.; GARBARINO, H. "Adolescencia". Montevideo. Roca Viva, 1990.

GARBARINO, H.; FREIRE DE GARBARINO, M.; MIERES DE PIZZOLANTI, G. "Psicoanálisis grupal de niños y adolescentes". Montevideo. APU, 1986.

PICHON-RIVIÈRE, E. "Del psicoanálisis a la Psicología social". Bs. As. Galerna. 1970-1971.

SCHKOLNIK, F. "¿Neutralidad o abstinencia?". RUP N° 89, Montevideo, 1999, págs. 68-81.

Entrevista a Ricardo Bernardi¹

– *Ricardo, actualmente eres uno de los Vicepresidentes de la IPA. Nos gustaría que nos contaras sobre tu función, cuánto tiempo llevas en ella y qué proyectos tienes.*

Ricardo Bernardi – Ocupo el cargo de Vicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) desde hace dos años. En cuanto a proyectos personales, me gustaría decir muchas cosas, pero tal vez más que nada que es posible esperar mucho de la IPA si nos unimos a la corriente que busca volverla cada vez más participativa y dispuesta a dar respuesta a los problemas reales. Pocas sociedades científicas tienen tantos miembros calificados dispuestos a compartir sus experiencias, problemas y soluciones con sus colegas de otros países. Creo que podríamos hacer un uso muchísimo mayor de este potencial humano.

Pero tal vez sea útil que, en primer lugar, aclare un poco en qué consiste el cargo de Vicepresidente. Existe en la IPA un órgano directivo que se llama *Executive Council* o Consejo Ejecutivo que está formado por el Presidente, el Secretario y el Tesorero, y nueve Vicepresidentes (tres por cada región), a los que se suman tres representantes de la Cámara de Delegados (integrada por delegados de los presidentes de las sociedades). Los Vicepresidentes son votados por todos los miembros de la IPA. Esta “comisión directiva”, para emplear un término familiar para nosotros, es el órgano que dirige la IPA entre las Asambleas, que se reúnen durante los Congresos bianuales. En ese momento el cuerpo soberano es la Asamblea de todos los miembros de la IPA, y las decisiones importantes se resuelven allí por votación. Como no todos los miembros de la IPA –que son cerca de diez mil– concurren a los Congresos, ciertos aspectos de especial significación, por ejemplo, cambios estatutarios o elección de autoridades se definen por sistema de votación por correo.

– *Eso es poco frecuente.*

1. Miembro titular de APU.

Entrevista realizada por Raquel Morató* y Mireya Frioni**

* Berro 1335/103. E-mail: raq@montevideo.com.uy

** Gurí 961. E-mail: mfrioni@adinct.com.uy

RB – En cierto modo, pero no es tan poco frecuente. Por ejemplo, hace poco se votaron modificaciones estatutarias, elección de Presidente y elección (o reelección) de Vicepresidentes. El próximo Presidente va a ser Daniel Widlöcher. Para nosotros es conocido a través de sus publicaciones (recuerdo, como anécdota, que lo estudiamos cuando comencé los seminarios en 1975). Fue también, como Kernberg y Etchegoyen, Profesor universitario y anteriormente Secretario de la IPA y Presidente de la APF, la Association Psychanalytique de France.

– *¿Cada cuánto se reúne el Consejo Ejecutivo?*

RB – Dos veces por año, una vez en julio-agosto y otra vez en diciembre-enero. Entre medio se realizan votaciones por correo electrónico o las decisiones (a ser ratificadas por el Consejo) quedan en manos de un órgano más pequeño, Comité Ejecutivo, que está integrado por el Presidente, Secretario y Tesorero, a los que se suma durante dos años el Presidente saliente, y luego durante los dos años siguientes el Presidente electo (porque los Presidentes de la IPA se eligen en este momento dos años antes del comienzo de su mandato).

– *¿Cuántos años dura tu función?*

RB – Son cuatro años con una reelección a los dos años.

– *Hablando ahora más específicamente de tus actividades...*

RB – El cargo de Vicepresidente implica participar en la responsabilidad por las decisiones que realiza el Consejo Ejecutivo y que abarcan toda la vida de la IPA. Pero además integro dos Comités, el de Investigación, desde hace ya unos cuantos años, y el de Psicoanálisis y Sociedad, creado recientemente por Otto Kernberg, al asumir su Presidencia. En ellos intento trabajar lo más activamente posible y este es un tema del que me gustaría hablar. Pero creo que antes habría que dar cuenta de lo que está pasando en la IPA en este momento.

Horacio Etchegoyen fue votado en 1991, entró en el 93, estuvo como Presidente hasta el 97, y terminó ahora en el 99 su período como Presidente saliente o *Past President*. Fue el primer presidente latinoamericano de la IPA. Su aporte, si cabe resumirlo en unas pocas palabras, fue una propuesta básicamente de democratización y transparencia buscando una mayor participación de todos los miembros. Se impulsó la Casa de Delegados, se dio difusión pública a las discusiones en el *Council*, se rediscutió el marco formal y legal de la IPA. Hoy en día las discusiones del Consejo Ejecutivo son

públicas, los mecanismos para una mayor participación están dados y hay una aceptación clara del pluralismo. Yo diría que si bien no todas estas iniciativas comienzan con la administración de Horacio, recibieron un fuerte impulso de parte de él.

– Y en este momento, con Kernberg como Presidente...

RB – Creo que el paso adelante dado por Horacio facilitó que ahora se plantearan con claridad dos desafíos del momento actual. Hacia adentro y hacia afuera. Hacia adentro, es necesaria una reforma de la estructura administrativa de la IPA que mejore la funcionalidad, la eficiencia (es decir el rendimiento medido en beneficios para los asociados en función del costo), la participación (tomando en cuenta la necesidad de participación directa de los miembros, pero también a través de las Sociedades y de las organizaciones regionales), la disposición para rendir cuentas por lo hecho y la distribución del poder, de modo que coincida lo más posible con la autoridad formal y con los principios de un funcionamiento democrático. Se creó un Comité del Consejo Ejecutivo, sobre Estructura y Misión de la IPA, que tiene entre sus fines proponer un proyecto de reforma y lograr que sea discutido a todos los niveles. Este es un tema sobre el cual nuestra Asociación ya fue informada y que seguramente ocupará un lugar importante en la agenda de la IPA en los próximos tiempos. Un cambio también importante, que tiene que ver con la adopción de nuevos criterios de decisión, ocurrió en relación con el Comité sobre Educación Psicoanalítica. Este Comité era visto como el encargado de imponer normas o estándares de formación, que muchas veces eran resistidas por las sociedades. El Consejo Ejecutivo, a propuesta de Kernberg le encomendó que realizara una investigación comparando los resultados de distintos modelos de educación psicoanalítica, consultando al Comité de Investigación sobre los aspectos metodológicos. Este es un cambio muy importante de mentalidad, porque en vez de decidir dogmáticamente sobre lo que es mejor o peor, conduce a averiguar qué ocurre en la realidad con nuestras buenas ideas. Por ejemplo, se discute si el análisis condensado (cuatro sesiones en dos días, p. ej.) equivale al tradicional. La única respuesta posible es realizar la experiencia, y evaluarla con una metodología sana. ¿Cómo podemos saber, si no, si nuestras hipótesis son correctas? Esto, que parece obvio, no fue fácil de asumir y creo que aún no se ha generalizado. A veces actuamos sin comprobar si las cosas son como suponemos. Por ejemplo, las sociedades modifican sus planes de formación o sus reglamentos o su concepción de las categorías de

miembros, etc. sin evaluar después si los resultados del cambio se ajustan a lo esperado, usando una metodología apropiada. Entonces no se sabe a ciencia cierta si se logró lo que se buscaba o no, y qué nuevos cambios pueden hacer falta.

Esta necesidad de estudio de los problemas desde distintos ángulos se repite en distintos comités. En este momento estoy trabajando en un proyecto que busca reforzar la actividad administrativa de los comités con la actividad científica y de investigación.

En el Consejo Ejecutivo me encuentro con figuras a las que respeto enormemente por sus aportes al psicoanálisis, p. ej., Roy Schafer, Grotstein (recuerdo que en los seminarios Prego nos dio a leer un texto suyo. Es un autor bioniano muy importante), Ch. Hanly, Peter Fonagy, Robert Tyson, por supuesto Otto Kernberg, los colegas de Latinoamérica y muchos más, por quienes tengo un respeto intelectual muy, muy grande. Pero en el intercambio de discusiones, todo el tema se centra necesariamente en lo administrativo o “político” de los problemas (Hay que tener en cuenta el sentido de la palabra “político” en psicoanálisis, donde el poder real es muy escaso. Lo que existe como “poder” tiene un lado atractivo, que es el poder participar en algunas transformaciones, pero un lado muy pesado que tiene que ver con el tener que administrar con cuidado los aspectos narcisistas de los distintos grupos o personas involucradas –inclusive el caso de uno mismo– de modo de no herir susceptibilidades ni resultar demasiado herido. La piel de los analistas es muy fina, tal vez porque las horas de consultorio no nos acostumbran a los roces habituales con otras personas en la vida corriente. Todo eso es lo que implica mantener unidas a diez mil personas en todo el mundo y tratar de conseguir un cierto accionar común. Por eso también es vital desarrollar una cultura del debate y el examen crítico de alternativas, que nos permita formas de colaboración mutua más abiertas y eficaces, que nos permitan aprovechar nuestro potencial humano. Entonces, tendríamos que poder avanzar en las preguntas claves que tenemos planteadas. Por ejemplo, la relación entre psicoanálisis y psicoterapia. Actuamos como si fueran diferentes, pero ¿son realmente diferentes? Cuando los analistas hacemos psicoterapia, ¿hacemos algo muy diferente del análisis? ¿Qué cambia cuando cambia la frecuencia de la sesión? ¿Sigue habiendo proceso psicoanalítico cuando disminuye la frecuencia? ¿Y cuáles son las diferencias a nivel de los resultados? Tal vez la primera cuestión que debemos preguntarnos es si debemos pensar a partir de un modelo ideal de psicoanálisis o partir de lo que los analistas hacemos realmente en los consultorios. Este es el cambio de mentalidad que tengo la

impresión que está ocurriendo: creo que estamos más dispuestos a renunciar a idealizaciones y mirar más las cosas como son. De lo contrario caemos en las soluciones fundamentalistas, para las cuales la autoridad última está en textos y conceptos que no pueden ser cuestionados a partir de la experiencia. Lo mismo vale para la formación psicoanalítica. Los diferentes modelos de formación, ¿son mejores unos que otros?, ¿por qué?, ¿en qué? Si logramos un debate con verdadera confrontación de argumentos, sin que nadie se moleste por las discrepancias, eso haría más atractivos los congresos y facilitaría seleccionar problemas que pudieran aclararse a través de la investigación sistemática.

– *Mencionabas también la actitud hacia afuera.*

RE – Esa es, a mi entender, la más importante. Es allí donde para mí se juega el partido. Creo que también es necesario un cambio de mentalidad acerca de la forma en la que el psicoanálisis está respondiendo a los desafíos del mundo de hoy. Es también un área que tanto Kernberg como muchos de los miembros del Consejo Ejecutivo jerarquizan como prioritaria, pero que es muy difícil de traducir en hechos concretos.

La idea es que en vez de hablar de crisis o de lo poco comprensivo que es el mundo de hoy de los planteos del psicoanálisis, cambiemos de actitud y enfrentemos los problemas pendientes que tenemos en el relacionamiento no solo con disciplinas científicas –como las neurociencias o las otras formas de psicoterapia–, sino también en el diálogo o confrontación con la cultura actual, los medios de difusión y, más en concreto, con el sistema de salud y el sistema académico, que son sectores en los que el psicoanálisis fue perdiendo presencia en los últimos años. La idea es revertir esa situación. En este momento hay Comités específicamente encargados de buscar respuestas para muchos de estos problemas. Todo esto no es algo sobreañadido al quehacer psicoanalítico, o una especie de estrategia de posicionamiento social del psicoanálisis. Me parece que en realidad es admitir que el psicoanálisis no es un fin en sí mismo, sino un medio –y obviamente no el único– para mejorar la vida de la gente y el conocimiento que tenemos sobre nosotros mismos. Entonces, tenemos que ocuparnos acerca de cómo este instrumento es conocido y utilizado por la sociedad.

– *Dijiste que trabajas en Comités, ¿de qué se ocupan?*

RB – Como dije, trabajo en el Comité de Investigación y en el Comité de Psicoanálisis y Sociedad.

En el de Investigación trabajo desde hace varios años. Lo preside Peter Fonagy, y está focalizado no solo en la investigación empírica sistemática, sino también en la investigación hermenéutica, histórica, etc., es decir, en todos los campos de investigación. Para ello realiza varias actividades. Cursos anuales en Londres (en los que han participado uruguayos), actividades regionales y un fondo para apoyar proyectos de investigación aprobados por una Junta asesora, presidida por R. Wallerstein. Este fondo, que es insuficiente –hay mayor cantidad de buenos proyectos presentados que recursos para sostenerlos– permitió, sin embargo, apoyar algunos proyectos, entre ellos uno de Marina Altmann y Silvia Gril, que estudia aspectos de la interacción verbal y no verbal en intervenciones terapéuticas breves madre-bebé. En Argentina hay también varios colegas beneficiados por este fondo. De hecho, cualquier persona que tenga un proyecto interesante para el desarrollo del psicoanálisis puede aspirar a los llamados que se difunden en todas las Sociedades.

Este año se va a realizar, el fin de semana previo al Congreso de FEPAL en Gramado, la III Conferencia Latinoamericana de Investigación en Psicoanálisis. Yo estoy a cargo del enlace entre el comité organizador y la IPA. La primera Conferencia se realizó en Buenos Aires, la segunda en Chile, coincidiendo con el Congreso de Santiago, y ahora va a ser la tercera en Gramado. Se va a realizar en forma articulada con el Encuentro Latinoamericano de la SPR. La SPR es una sociedad internacional que se llama Sociedad para Investigación en Psicoterapia (SPR en inglés), que reúne al psicoanálisis y todas las otras técnicas psicoterapéuticas que tienen actividad de investigación. Es una sociedad que en América Latina está impulsada sobre todo por psicoanalistas interesados en la investigación; sería realmente de desear que muchos colegas se acercaran a ambas actividades, que, como decía se van a realizar los días previos al Congreso de FEPAL. Ya hubo un encuentro en Montevideo de la SPR en 1998.

– *Hablabas de los proyectos de investigación y decías que la IPA financia a investigadores que se presentan ¿Sin ser psicoanalistas?*

RB – Sin ser psicoanalistas, siempre y cuando sea un proyecto de suficiente interés para el psicoanálisis. Lo que interesa es el valor del proyecto. Claro que es muy difícil que alguien pueda presentar un proyecto de este tipo sin un sólido conocimiento del psicoanálisis. En este momento estamos sobre la fecha de cierre de uno de los períodos para presentación de proyectos, información que se difunde a través de las sociedades.

Todos los proyectos presentados son evaluados por la Junta Asesora, que responde en función de la calidad de los proyectos y de los fondos disponibles.

Uno de los objetivos de las reformas hacia adentro es lograr mayor eficiencia para que queden –o se obtengan– más fondos para poder invertir en aspectos claves. O sea: una sociedad científica tiene que revertir en beneficio de sus miembros la gran mayoría de los aportes que recibe. Si gasta en cuestiones administrativas más del 30% del presupuesto hay que poner una luz roja porque algo no anda bien, no está cumpliendo con sus cometidos. Creo que esto es algo sobre lo cual todas las Sociedades deberían reflexionar. La inversión de los fondos tiene que consistir en servicios directos a los socios en áreas esenciales, que signifiquen un apoyo para mejorar su trabajo, su nivel científico, su acceso a la información, es decir, beneficios directos en el área psicoanalítica.

– *¿Podrías darnos un ejemplo?*

En nuestro campo, la falta de estudios sistemáticos de resultados de los tratamientos –a lo que se suma la falta de difusión de los ya realizados– ha hecho que el psicoanálisis desapareciera de muchos textos de psicología y psiquiatría. Sin embargo, este tipo de datos es algo que los psicoanalistas nos debemos no sólo a nosotros mismos, sino también y en primer lugar se lo debemos a los usuarios o posibles usuarios. O sea, decir qué tipo de pacientes se beneficia de qué tipo de tratamiento y de qué modo. Entre paréntesis, el Comité de Investigación puso a disposición de todo el mundo una información sobre este tipo de estudios (“*An Open Door Review on Psychoanalytic Outcome Studies*”) que se puede encontrar en la página web de la IPA (www.ipa.org.uk).

Podría seguir con los ejemplos, pero para ir al grano: para realizar este tipo de investigaciones hacen falta fondos. Por eso es importante no sólo buscar un funcionamiento más eficiente, sino que también es importante lograr otras fuentes de financiación. Se modificó el *staff* administrativo en la sede de Londres (Broomhills): ahora va a estar al frente un Director Administrativo, que tiene también la función de gestionar fondos. Los fondos, en este momento, dependen casi exclusivamente de las cuotas de los miembros o las inscripciones de los congresos. Ya hay algún ejemplo de que es posible encontrar otras fuentes. Veremos qué nos dice el futuro.

– *Mencionaste también el Comité de Psicoanálisis y Sociedad.*

RB – Este Comité fue propuesto por Otto Kernberg con la idea de hacer frente a los problemas de relacionamiento con el mundo actual acerca de los cuales estábamos hablando. Implica un cambio de filosofía en cuanto a la actitud hacia el afuera. En realidad el Comité de Investigación, el de Psicoanálisis y Sociedad y el de Conferencias Interregionales (que preside Sara Zac) están muy vinculados y se espera que funcionen articuladamente, abordando desde distintos ángulos la necesidad de *aggiornamento*.

Claudio Eizirik, de Porto Alegre, quien es bien conocido por nuestra Asociación, preside el Comité de Psicoanálisis y Sociedad y yo estoy a cargo del subcomité latinoamericano. Lo integra también Robert Michaels, quien fue decano de Medicina en Cornell, como encargado por Norteamérica, y Henk Dalewijk, que dirige un Hospital Psiquiátrico en Holanda, que coordina la parte europea. El objetivo es muy amplio y por eso empezamos por establecer prioridades por región.

En Latinoamérica comenzamos por una encuesta entre las sociedades, que nos dio una perspectiva de problemas y propuestas. Jerarquizamos el potenciar las actividades de apertura que estaban realizando las sociedades. Voy a poner ejemplos. En muchos países las Sociedades tienen Centros de Asistencia –a veces unidos y otras no, con Centros de Difusión– que son una forma muy importante de poner en contacto a personas que de otra forma no tendrían acceso al psicoanálisis con analistas que tienen horas disponibles. En algunos lugares, como en nuestra Asociación, funcionan simplemente como una lista de recepción, mientras que en otros lados, por ejemplo en Buenos Aires, Río, etc., son clínicas organizadas con distinto tipo de asistencia y una incidencia mayor en el medio a través de convenios, etc. Del mismo modo hay experiencias de clínicas psicoanalíticas que tuvieron y tienen un papel importante en la investigación psicoanalítica, como es el caso de la Tavistock, de la Menninger, de la Hampstead, etc. Estas clínicas ofrecen psicoanálisis para aquellos pacientes que lo necesiten y distintas formas de tratamientos analíticos, psicoterapias, grupos, familia, etc., cuando estén indicados. Por eso es importante la investigación de resultados, que permita confirmar cuál tratamiento sirve para qué paciente.

– *¿También tratamientos clásicos?*

RB – Por supuesto, es necesario pensar en el psicoanálisis dentro del contexto de los distintos recursos que puedan beneficiar al paciente. En setiembre de este año se hizo un encuentro de todos los centros de difusión y/o atención latinoamericanos acá en

Montevideo. Fue a partir de una propuesta de Carmen Medici que el Comité recogió e instrumentó. Este encuentro posibilitó que se discutieran las distintas experiencias y cada uno pudiera evaluar lo que le resultaba útil en su país. Se hizo un informe que se encuentra en la página web de la IPA y también se propuso una ficha mínima de recolección de datos que pueda servir de base para estudios multicéntricos. Una ficha de este tipo permite cotejar datos de modo que cuando alguien pregunte: “¿El psicoanálisis sirve?” se pueda decir que en un estudio de tantos casos en América Latina los beneficios para los pacientes fueron éstos y éstos (nos guste o no, la pregunta va a venir en primer lugar de los administradores de salud, y luego de la población). Este tipo de encuentro va a continuar en el 2000 en Río.

– *¿Qué más se está haciendo que tenga interés para los psicoanalistas?*

Otro campo prioritario en América Latina tiene que ver con el estatuto profesional y académico del psicoanálisis. Este es un tema que desde siempre quedó pendiente, y que en realidad podía quedar relegado mientras el psicoanálisis era la única psicoterapia difundida, pero que hoy no puede seguir pendiente. Tenemos preguntas sin responder. ¿Qué clase de título es el del psicoanalista? ¿Qué tipo de reconocimiento por la sociedad aspiramos que tenga? ¿A qué nivel académico equivale? ¿Es un nivel de licenciatura, de especialización, de maestría, de doctorado? Al mismo tiempo, las sociedades psicoanalíticas, ¿son sólo sociedades científicas?, ¿deben también cumplir un rol de defensa profesional?, ¿reclamar el estatuto de instituciones educativas?

Son dos reconocimientos distintos, el académico y el profesional. Por ejemplo, el doctorado que Laplanche creó en París tiene reconocimiento académico pero no aspira a reconocimiento profesional, es decir, indica excelencia académica en el nivel de conocimientos, pero no habilita profesionalmente (aunque en los países sin regulación de la psicoterapia se pueda usar como si fuera una habilitación profesional).

Si me dejan hablar no termino más, porque son cosas que me entusiasman mucho. Se está organizando una red de intercambio electrónico entre todas las personas que trabajan en la Universidad. Ocurre una cosa muy curiosa: las Sociedades insisten en que es fundamental la presencia en la Universidad, pero difícilmente a los analistas que estén en la Universidad se los escucha después en las Sociedades (y cuando hablan no gusta mucho lo que dicen). No estoy hablando en especial de ningún lugar, es algo que lamentablemente ocurre en todo el mundo. En estos días hablaba (bueno, es un decir,

era *por e-mail*) con el Coordinador del subcomité europeo acerca de esta necesidad de lograr esfuerzos colaborativos y de lo difícil que a veces resulta por “las pequeñas diferencias” entre los psicoanalistas. Entonces, una forma de superar este problema es crear recles de intercambio, que pongan en contacto los distintos modos de pensar. Estamos proponiendo 5 listas de discusión en Internet sobre el tema Universidad. Seguramente todos aquellos cuyo nombre nos fue dado por la Asociación deben ya haber recibido un mensaje, y si no es así, por favor avísenme, porque siempre puede haber omisiones.

También se buscó un lugar en los congresos. En el Congreso de Santiago hubo un panel sobre Psicoanálisis y Universidad, facilitando que se confrontaran distintos puntos de vista, creando una cultura del debate sobre el tema y permitiendo que así se jerarquicen los principales problemas y soluciones.

También se creó un panel de consultantes, o sea, todas las sociedades pueden pedir que otro analista que esté trabajando en algún tema que interese, por ejemplo en relación con los medios de comunicación, con la difusión, los seguros de salud, etc., vengan con soporte económico de la IPA. Hay Sociedades, por ejemplo, que pidieron que Vicente Galli, que tiene gran experiencia como ex Director de Salud Mental en Argentina, fuera a discutir con ellos; otros fueron a otras Sociedades. Alejandro Támez, de Monterrey, vino a Montevideo porque Uruguay estaba estudiando este tema del reconocimiento oficial de la formación e interesaba la experiencia de México.

El desafío que tenía el Comité era el de dinamizar una serie de áreas en la interfase psicoanálisis-sociedad, pero no hacerlo desde una postura normativa, sino buscando la mayor participación. Creo que todas estas formas de intercambio son el camino adecuado, porque la IPA no toma un papel directriz, sino de vehículo y catalizador de los cambios que procesan las sociedades mismas.

– *¿Qué relación hay entre los distintos Comités?*

RB – Como dije antes, la idea es que se haga un intercambio más activo entre los tres comités claves, a saber, el de las Conferencias Interregionales que busca estimular el intercambio entre las distintas corrientes y regiones psicoanalíticas, el de Comité de Psicoanálisis y Sociedad, y el de Investigación Científica. De hecho, el Comité de Psicoanálisis y Sociedad va a apoyar ahora durante el próximo Congreso de FEPAL un encuentro de los directores de los centros con investigadores que están haciendo

estudios de primera línea en las clínicas europeas o con experiencias de seguimiento de resultados del análisis en los pacientes, como ocurre en Alemania. La idea es mover el ambiente para que empiecen a circular las experiencias e ideas, buscando aprovechar mejor nuestros propios recursos. Porque en esto, curiosamente, muchas veces no somos coherentes. En el encuentro de los centros mucha gente decía que los centros son como los parias de las sociedades. Se dice qué importantes son, pero después no tienen ninguna significación real en la vida institucional, no se les da importancia científica, el psicoanálisis sigue mirando para adentro, mirándose a sí mismo y no mira lo que se puede aprender de lo que se hace hacia fuera. Quisiéramos dinamizar esos sectores de las sociedades que son vitales para el crecimiento del psicoanálisis.

– *Nos diste un panorama muy amplio de la IPA y quizás tengas muchas más cosas para contarnos y ponernos al tanto, pero nos gustaría saber también qué piensas del futuro tuyo dentro de la IPA.*

RB – Tengo claro lo que tengo pendiente en la IPA en los dos años próximos: seguir trabajando en estos dos Comités, tratar de que se incorpore nueva gente a este trabajo y participar lo mejor que pueda en los problemas planteados en el Consejo Ejecutivo. Sigo trabajando, además, en el *International Journal* como miembro del comité editor, actuando como árbitro en la evaluación de trabajos. Antes de terminar me gustaría ver que se ha avanzado en la presencia más activa del psicoanálisis en los distintos campos culturales, sociales y de la salud, en el estímulo a la investigación, y en algunas otras cosas. Por ejemplo, una mayor articulación del aspecto administrativo con el científico, como dije más arriba. Volviendo a la pregunta, respecto a mi futuro, para estos dos años ya tengo más cosas que las que voy a poder hacer.

– *¿Y después de estos dos años?*

RB – En julio del 2001, en el Congreso de Niza, termina mi mandato como Vicepresidente y allí pienso tomarme un descanso bastante grande de las tareas de responsabilidad en la IPA. Es cierto que me voy en un período muy interesante. En el 2003 van a ser las elecciones para nuevo Presidente de la IPA y esta vez le toca a un latinoamericano, o sea que es un tema que habrá que ir empezando a pensar en América Latina. Etchegoyen, como primer presidente latinoamericano, realizó una obra muy importante. Estoy seguro de que en el futuro podremos decir que tanto Kernberg como Widlöcher dieron continuidad a este proceso de transformación y apertura (aunque lo

digo con referencia a personas, se trata en realidad de procesos colectivos). Es importante que el próximo presidente latinoamericano pueda representar y dar expresión adecuada a esta línea de transformaciones. Por eso, aunque mi mandato termine, me queda la sensación grata de algo que, aunque con contradicciones, está en movimiento.

Por otra parte, quisiera trabajar en otros temas que también me interesan mucho.

– *¿En relación al psicoanálisis?*

RB –En relación al psicoanálisis, sobre todo en relación al psicoanálisis tanto con el pasado como con las corrientes actuales del pensamiento, y en especial con el campo de la salud. Estoy trabajando en una tesis sobre los procesos de cambio de ideas en el psicoanálisis rioplatense entre 1960 y 1980, para la Universidad de Buenos Aires. El pasado nos enseña sobre el futuro.

Al mismo tiempo considero que está pendiente el diálogo del psicoanálisis con las demás corrientes psicoterapéuticas y con el campo de la salud en su conjunto. Desde la Universidad siento esa misma necesidad.

Quisiera poner un ejemplo. En estos días tuve que participar en decisiones sobre la inclusión de las psicoterapias en un sistema mutual. Este hecho es sin duda muy positivo. Ahora bien, ¿debe el psicoanálisis como tal exigir un lugar en el/los programas de salud? ¿Es el psicoanálisis la primera indicación para ciertos trastornos y debe ser incluido en la asistencia prepaga, porque el usuario tiene derecho, o, por el contrario, creemos que el psicoanálisis es algo que debe mantenerse fuera de los planes de salud? Y sí, como yo pienso, el psicoanálisis tiene un lugar a reclamar, ¿con qué argumentos de eficacia o efectividad? ¿Y quién debe luchar por la inserción? ¿Los psicoanalistas individualmente? ¿La Asociación Psicoanalítica, como organismo científico y profesional? Como ven, son las mismas preguntas que me planteo desde mi actuación en la IPA, pero vistas desde otro ángulo. En esto me siento coherente, aunque a veces un poco tironeado en direcciones opuestas, atado a caballos que van en sentido contrario. Pero creo que la realidad es así.

Lo que me parece fundamental es que nuestra teorización sirva para responder a estos desafíos, sin lo cual, como decía, tendemos a filosofar sobre la crisis o a lamentarnos sobre el mundo actual. Más aún, tenemos que revisar nuestra forma de teorizar. Sin duda, para muchos puede resultar muy valioso o imprescindible teorizar sobre la metapsicología, la pulsión, etc., pero también tenemos que pedirle a la teoría

que nos ayude a responder a estas interrogantes prácticas: ¿en qué tipo de pacientes, análisis es de primera indicación? ¿Cómo fundamentar este planteo? Sin este anclaje en la realidad clínica, la teorización, como ocurre a menudo, se convierte en “especulación libremente flotante”.

La IPA puede acercarnos experiencias y un riquísimo potencial humano para pensar juntos estos problemas. Lo que más absorbió mi interés en la IPA fue el estimular la creación de redes de intercambio para que las experiencias y reflexiones circulen. Pero la respuesta a nivel local, es decir, de nuestra Asociación y de cada Sociedad, sigue siendo el factor clave.

La experiencia de la IPA me ha enriquecido mucho. Me facilitó un contacto que mucho aprecio con mucha gente a la que valoro en gran forma. Pero creo que son períodos que no pueden prolongarse indefinidamente porque tanto en la vida de las instituciones como en la de uno es bueno que haya recambios.

– *Nos gustaría que nos hablaras ahora del premio que acabas de recibir. ¿En qué consiste este premio, cómo son nominados los candidatos?*

RB – En realidad fue una sorpresa total. Más o menos un mes antes del Congreso me llegó una carta diciendo que el Premio Mary Sigourney (“*Mary Sigourney Award*”) me había sido otorgado y me tomó totalmente por sorpresa. No es uno el que se postula. En realidad, me enteré después que las postulaciones las hacen los miembros de un jurado, en base a las contribuciones de los últimos diez años que ellos consideran significativas. Este jurado lo nombra una fundación totalmente independiente de la IPA, el *Mary S. Sigourney Trust*, patrocinada por el Instituto Psicoanalítico de la Universidad de Columbia.

– *¿Desde cuándo se está dando este Premio?*

RB – Este premio se creó en 1989. Primero se daba sólo a psicoanalistas norteamericanos, luego se hizo una rotación. La división es: un año a Estados Unidos, un año a Europa y un año a Canadá y Latinoamérica. Se reparte entre personas o instituciones que la Fundación entiende que han hecho una contribución significativa al psicoanálisis.

Mary Sigourney, quien dejó el legado, era una psicoterapeuta de California especializada en niños, pareja y familia, que tenía un gran interés y gratitud por el psicoanálisis. La Universidad de Columbia, a través del Instituto Psicoanalítico que

forma parte de dicha Universidad (o sea, es un modelo distinto al que conocemos acá y a la mayoría de Estados Unidos) lo patrocina y es administrado por una Fundación representada por Bernard Pacella, que es un ex Presidente de la Sociedad Americana (una figura mayor muy conocida en Estados Unidos), y un abogado, James Devine, que es quien actúa en *el* nombre de la Fundación. La Fundación elige cada año un jurado que es absolutamente secreto. Yo no sé quiénes constituían el jurado.

– *¿Cómo lo eligen?*

RB – La Fundación designa un jurado y no da ninguna noticia, para que todo quede libre de cualquier tipo de presión. Está establecido que ningún aspirante del jurado puede aspirar a recibir el premio él mismo en esa ocasión pero, salvo esto, es totalmente libre en su decisión y no hay a quien agradecerle salvo a la Fundación. La idea, creo, es que la Fundación actúe con total independencia. Se toma en cuenta la actividad las personas o instituciones propuestas en su conjunto –es decir, su obra publicada– pero también su actuación en distintas áreas, en la relación del psicoanálisis con el campo de la ciencia, la cultura y el mundo académico. Les leo: “El Premio honrará a aquellos individuos que en opinión del Jurado hayan publicado o contribuido de manera importante o significativa al psicoanálisis clínico o a la investigación psicoanalítica, incluyendo sus aplicaciones en el área de la medicina u otras ciencias, entre las que se consideran la psiquiatría o psicoterapia”. Aclara que el Premio podrá también ser otorgado a organizaciones educativas o científicas que promuevan el desarrollo metodológico o creen un nuevo interés en el campo, tomando en consideración contribuciones realizadas en los últimos diez años. De hecho fue recibido por Sociedades que hicieron innovaciones significativas, o por Comités, como el de Investigación.

– *¿Por qué la Universidad de Columbia?*

– La Universidad de Columbia tiene un Instituto Psicoanalítico dentro de la Universidad. Es uno de los pocos de este tipo, y es considerado pionero en muchos sentidos, y fuertemente renovador. Supongo que eso debe haber hecho que la Fundación buscara su patrocinio, pero, como ven, me guío por suposiciones.

– *¿Qué significa el premio en Estados Unidos?*

– Este premio tiene una significación muy grande en Estados Unidos porque es uno de los premios más importantes en reconocimiento y también en dinero y porque abarca

la búsqueda de campos nuevos en el relacionamiento del psicoanálisis con la sociedad contemporánea.

En Estados Unidos los premios tienen una significación mayor que en América Latina. Yo conocía este premio, aunque la verdad es que jamás pensé recibirlo. Lo conocía porque se comenta mucho y por una circunstancia anecdótica. Se otorga en una cena que tiene lugar durante el encuentro de la Sociedad Americana, que se realiza en Nueva York, en forma coincidente con el Consejo Ejecutivo de la IPA, la Cámara de Delegados y muchos Comités. En una de esas ocasiones, el premio le fue otorgado a un amigo, Isidoro Berenstein (y también era compartido por Willy Baranger, a través de Madé) y yo quería estar presente, pero la cena era por invitación y... bueno, nadie sabía cómo conseguir la invitación...

– *¿Como miembro del Consejo Ejecutivo de la IPA no estabas invitado?*

RB – No. Creo que en aquel momento no estaba en N. York como Vicepresidente, sino por el trabajo en Comités. Pero las autoridades de la IPA no participan en esta cena, no tienen ningún papel y ni siquiera se les comunica oficialmente. Es totalmente independiente.

– *¿Cómo es la entrega del premio?*

RB – Es una ceremonia bastante formal. Al finalizar una cena se hace una presentación de cada persona que recibe el premio, la cual debe decir unas palabras. Al comenzar la cena me presentaron a Pacella y Devine. Pude reconocer algunas personas del ambiente universitario norteamericano vinculadas al psicoanálisis. Por ejemplo, estaba Lester Luborsky, un investigador muy conocido, pero ajeno al mundo de la IPA. (Yo había tomado un cierto contacto con su obra porque, como orientador de la Maestría de un joven investigador brasilero le había aconsejado utilizar un método desarrollado por Luborsky (el CCRT). Más o menos por esa fecha publicamos también un trabajo con S. Gril utilizando esa técnica) Estaban también figuras con una trayectoria muy larga en el psicoanálisis y en el mundo académico, como Robert Wallerstein. (Recuerdo que en el Congreso de la IPA en 1987 presenté un trabajo sobre la diversidad de paradigmas en psicoanálisis, que coincidió en gran medida con su alocución presidencial –Wallerstein era entonces Presidente de la IPA– que fue un planteo sobre si existía un psicoanálisis o muchos, el cual tuvo mucha repercusión). Disculpen si me extiendo mucho, pero no puedo evitar evocar momentos...

– *¿Quiénes más recibieron el Premio?*

En esta ocasión lo recibieron Horacio Etchegoyen, Eva Lester, que es una autora canadiense muy conocida y Elías de Rocha Barros, editor para América Latina del International Journal.

– *¿Estaba él a cargo del libro anual de psicoanálisis?*

RB – No recuerdo con certeza...

– *Queremos felicitarte por haber recibido este Premio, por un lado, y por otro, porque Uruguay pueda estar representado en tu persona. Asimismo, queremos agradecerte que nos hayas dado este tiempo para la Revista.*

RB –Al contrario, el que les agradece soy yo. En lo personal lo siento como un acompañarme en la recepción del premio –uno necesita compartir estos momentos– pero además me dieron oportunidad de decir algunas cosas sobre la IPA y sobre los problemas del psicoanálisis hoy, que hace mucho quería poder transmitir.

Conversando con Florence Guignard¹

– *Me gustaría que nos ubicaras en tu historia, tus comienzos, tus intereses, tu contacto con el pensamiento de M. Klein, Meltzer, Bion. Te escuchamos.*

Bueno, voy a comenzar por el principio. Nací en Ginebra, Suiza, e hice mis estudios de psicología clínica en Suiza, especialmente con Jean Piaget y André Rey, que era también un gran profesor de psicología, aunque no tan conocido como Jean Piaget.

Comencé a trabajar con los niños muy rápidamente, sin poseer aún las bases del psicoanálisis porque la vida me condujo muy tempranamente a trabajar en instituciones para niños difíciles. Al mismo tiempo, trabajé muy tempranamente con Ajuriaguerra, que vino como profesor de psiquiatría. Trabajó en Ginebra durante más de diez años. Trabajamos juntos, especialmente en los desórdenes del lenguaje en los niños.

– *¿Continuaste en Ginebra?*

Sí, continué con la investigación, siempre en Ginebra. Era responsable de un equipo de investigación. El tema de la investigación era el retraso mental. Como sabes, cuando se hace una investigación, se toma lo que se encuentra. Entonces tomé el retraso mental, porque se me ofrecía el retraso mental (risas). Y estoy contenta por haberlo tomado, primeramente porque me las arreglé para ocuparme de los niños menos retrasados, los más livianos, y por otra parte porque me llevó a trabajar mucho por un lado con las relaciones que podían existir entre las experiencias de Jean Piaget y su puesta en teoría de lo que había experimentado, y por otro lado lo que el psicoanálisis podía aportar a la investigación sobre el funcionamiento mental.

Eso me puso en contacto primeramente con Melanie Klein, con todo lo que había escrito sobre la formación del símbolo en el niño pequeño. Y naturalmente, a través de Melanie Klein, y muy rápidamente, tomé contacto con la obra de Bion y su teoría del pensamiento.

1. Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de París.
Square d'Orléans - Pavillon 7, rue Taitbout. 75009 París. E-mail: FLOGUI@aol.com Entrevista llevada a cabo por Mireya Frioni en ocasión de la visita realizada a Montevideo en julio de 1999.

Durante ese tiempo, había empezado un análisis personal que continúe durante ocho años y medio, con Raymond de Saussure. Lo cual significa que, cuando quiero ser muy narcisista, puedo decir que soy la nieta de Freud, porque Raymond de Saussure había sido analizado por Freud (risas). Pero cuando no quiero ser narcisista, puedo decir que ese análisis me hacía mucha falta y que una de las cosas que agradezco más a mi analista es su escucha, totalmente benevolente y neutra, y por otra parte lo que pude sentir en él de la pasión por los sueños.

Allí me identifiqué plenamente con él. Para mí, la escucha de los sueños de un paciente, la posibilidad de favorecer la llegada de los sueños en los pacientes, es algo que es un parámetro esencial de mi práctica analítica. Pienso que cuando no se sueña, o se siente que no se sueña se es alguien muy infeliz.

Entonces, en ese momento me fui a París por razones personales, y tuve que recomenzar mis estudios de análisis en París, porque se trata de otra asociación. Había realizado la mitad de mis estudios en la asociación suiza, recomencé en París, pero debo decir que fui muy bien recibida por los colegas parisinos, que ya me conocían un poco, porque existen lo que se llaman seminarios de perfeccionamiento. Se celebraban una vez por año en la Sociedad Psicoanalítica de París y acudía regularmente a los mismos como alumna de la asociación suiza. Por otro lado, como había tenido el privilegio de haber trabajado con Ajuriaguerra, también tuve el privilegio de trabajar con Rene Diatkine que venía a Ginebra una vez por mes para trabajar en psicoterapia infantil. De este modo, hice mis primeros controles en psicoterapia infantil con Rene Diatkine, durante diez años. Y creo que es un gran privilegio.

Así, cuando llegué a París, no estaba en un medio completamente desconocido y ellos me conocían un poco. Hice entonces mis estudios en París. Mis supervisiones estuvieron a cargo de Pierre Luquet, que era también un analista de niños, y que igualmente tiene visiones muy interesantes sobre la integración de las identificaciones.

Hice mi segunda supervisión con Michel Fain, cuya experiencia clínica con niños, así como con adultos, me aportó mucho, y reencontré el problema del análisis infantil. O más bien, de la ausencia de éste en la enseñanza de los Institutos, tanto de la Sociedad Psicoanalítica de París como de la Asociación Psicoanalítica de Francia.

Entonces, esos son mis estudios. Actualmente soy *training analyst* en la Sociedad Psicoanalítica de París desde 1981, creo, o 1982, ya no recuerdo, hace tanto tiempo. Pero continúo analizando niños hasta hoy.

Siempre seguí estando interesada en la teoría del pensamiento, en Bion, en Meltzer. Somos un pequeño grupo que los hizo venir a París regularmente. James Gammill fue uno de los organizadores de este grupo, y este pequeño grupo se reunía en nuestra casa, y luego cuando se rompieron todas las sillas nos comenzamos a reunir en otro lugar porque éramos demasiados (risas). Entonces, cada vez que venía Meltzer, yo hacía las veces de traductora. Por eso aprendí mucho de él, porque trabajé con él durante más de 10 años de esa manera. Además, cuando venía tenía supervisiones privadas e iba de tanto en tanto a Oxford también para trabajar con él.

También trabajé con Herbert Rosenfeld, que venía a menudo a París y de quien también era la traductora. Mi ex marido y yo traducimos dos libros de Meltzer: “Le processus Psychanalytique” y “Les Structures sexuelles de la Vie Psychique”.²

También trabajé en Londres. No puedo decir “mucho”, eso sería pretencioso de mi parte. De todos modos, todos los años iba a ese fin de semana londinense. Por ello conocí, trabajé un poco y escuché mucho a Hanna Segal, Betty Joseph, Anne-Marie Sandler, que es una muy buena amiga mía, nacida también en Ginebra y con quien jamás perdí contacto; siempre tuve una muy buena relación con ella.

Como francesa, suiza-francesa, lo que puedo decir con respecto a la escuela de la asociación británica es que, esos tres grupos que conocemos, ya que conocí gente de la Tavistock, de la Anna Freud Clinic y los kleinianos muy puros, pienso, nosotros que provenimos del continente europeo, nos asombramos a menudo cuando vemos que podemos hablar, que hay muchos puntos en común con esos tres grupos británicos. Que podemos hablar de los objetos parciales con los anafruedianos, que podemos hablar del Yo y los mecanismos de defensa con los kleinianos y que hay una circulación del pensamiento entre las tres escuelas que es totalmente notable, y hay un respeto por el pensamiento de los demás. Inclusive a pesar de que existan grandes batallas internas, como las hubo siempre y en todos lados.

– *¿Has seguido trabajando con niños?*

2. Traducido al español como “Los estados sexuales de la mente”. Kargieman, Buenos Aires, 1974.

Sí. Una de mis grandes tristezas es que desde que ingresé como *training member* de la Sociedad Psicoanalítica de París no me fue posible introducir la enseñanza del psicoanálisis infantil en la Asociación. Hice todo lo que pude y jamás tuve éxito a pesar de que teníamos todas las capacidades para hacerlo. Pienso que existe una resistencia, que ahora como analista podría calificar como una resistencia al descubrimiento de la sexualidad del niño.

El niño es para las instituciones, *outside*, el niño es para los no psicoanalistas, los psicoterapeutas pueden analizarse, es bueno, porque es mejor tratar a los niños cuando se tiene una experiencia analítica personal. Pero no se importa algo tan poco serio como eso hacia una institución tan seria como lo es la asociación psicoanalítica... Naturalmente, este no es el discurso oficial, sino mi traducción propia y personal.

– *¿No hay seminarios de psicoanálisis de niños?*

Hay seminarios. Hay seminarios... Lebovici hizo un seminario. Es cierto que se organizó a una hora poco adecuada para la mayoría. Pero es un seminario, no es la enseñanza,

– *¿Hay supervisiones?*

No, no hay supervisión, no se puede presentar un caso de niños como trabajo curricular, no se puede presentar un caso de niños en una supervisión, que tenga valor.

Entonces, esta es la situación. Un día (hace unos 15 años), Annie Anzieu, que es miembro de la Asociación Psicoanalítica de Francia, y yo misma, que soy miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París, salíamos de la enésima reunión con la gente que tenía que ver si se podría organizar la enseñanza del psicoanálisis infantil. Salimos juntas, Annie y yo, con el mismo sentimiento: “Esto no es posible, ¡hay que hacer algo!”. Fuimos a tomar un café y dijimos, “Pero, después de todo, ¿por qué no organizamos nosotras algunas pequeñas reuniones? Juntas. Tal vez eso interesaría a algunas personas”. Y así comenzó la Asociación Para el Psicoanálisis del Niño (APE) y algunos años más tarde la convertimos en una asociación europea, la Sociedad Europea para el Psicoanálisis del Niño y el Adolescente (SEPEA).

Creo que si se suma el tiempo de existencia de ambas sociedades, se totaliza algo así como 15 años. Es cierto además que ha tenido gran éxito. Es decir que en la SEPEA reagrupamos a colegas europeos, miembros de la API, que ejerzan el psicoanálisis infantil y estén, por una parte, interesados en celebrar reuniones científicas relacionadas

con un tema una vez al año todos juntos, y por otra parte, que estén interesados en comunicar sus experiencias a través de reuniones de trabajo de fin de semana, que organizamos al menos dos veces al año, a veces tres, para personas que son *outsiders*, pero que son todas personas con una experiencia de análisis personal, y se encuentran en el lugar del psicoterapeuta infantil.

Pero no impartimos ninguna enseñanza sistematizada, no damos ninguna constancia o diploma, simplemente intentamos testimoniar una manera de trabajo determinada. Fuimos bien recibidos, al tiempo que fuimos atacados por colegas que pensaron que nos dedicábamos a la enseñanza. Por supuesto que nos dedicamos a la enseñanza, si mostrar como se trabaja es enseñar, entonces sí, sí nos dedicamos a la enseñanza. Pero no queremos, por el momento, ser una institución de enseñanza. Las hay, está el XIII Arrondissement, en París, que fue creado por Lebovici y Diatkine, que se dedica a la enseñanza de la consulta terapéutica y de una cierta forma de psicoterapia inspirada en el psicoanálisis. Existen otros organismos que se dedican a enseñar y que tienen un objetivo de referencia determinado. Por supuesto, nosotros somos también una referencia, pero seguimos esperando que las asociaciones a las que pertenecemos quieran tomar en cuenta de la necesidad de enseñar también la psicoterapia infantil.

Pienso que hoy y ahora, justo antes de este congreso de Santiago, la cuestión de la psicoterapia es crucial en todos los países, y vamos a necesitar que nuestras asociaciones psicoanalíticas tomen en cuenta el problema de la psicoterapia.

– *¿En Francia no se considera psicoanálisis el análisis de niños?*

No.

– *¿Son psicoterapias de niños y adolescentes?*

Y sí, ya que no hay formación en psicoanálisis infantil. Es ahí que está mal. Por supuesto

– *Esto es en lo que respecta a los niños. Pero tú has escrito sobre sexualidad femenina.*

Respecto a la sexualidad femenina, puedo decir que evidentemente como soy mujer me interesé en el tema (risas). Cuando tuve hijos me pareció muy interesante ver que lo que había pensado antes intuitivamente, lo que había sentido al escuchar ciertas argumentaciones, inclusive las argumentaciones de algunas analistas mujeres, con

respecto a las supuestas fantasías de la mujer, inconscientes de la mujer, me había parecido siempre diferentes a lo que yo sentía. Y esa diferencia se me representaba como una especie de adhesión teórica de la mujer analista a un pensamiento oficial. Pero siempre me ponía un poco triste por ellas, diciéndome, “¿por qué no pueden decir lo que piensan?”. Me decía, “tal vez soy yo que me equivoco, porque soy joven y no sé”.

Hay algo que es seguro, y es que se envejece. Yo también terminé envejeciendo, tuve hijos y tuve la impresión de que también con la revolución de 1968, las mujeres comenzaban a hablar de modo distinto. Nunca formé parte de un movimiento feminista, pero creo que es cierto que las feministas, con su caricaturización a veces, hubo toda una generación de mujeres que eran *outsiders*, lacanianas muchas veces, que han hecho mucho por la sexualidad femenina, por mostrar que había otra manera de ver las cosas. Creo que hay que agradecerse los, porque abrieron el camino.

En la asociación psicoanalítica hubo ese libro famoso, que es un libro de referencia publicado bajo la dirección de Janine Chasseguet-Smirgel, sobre la sexualidad femenina, con Joyce McDougall, Janine Chasseguet-Smirgel, Mane Torok, Christian David. (Gracias, Christian David, yo estoy muy cerca de su manera de pensar, muy cerca...)

Entonces, doce años más tarde, inclusive tal vez quince, agregué mi pequeña piedra a ese edificio y, efectivamente, me llevó a intentar establecer vínculos entre diferentes conceptos que ya habían sido propuestos por otros analistas mucho más importantes que yo, especialmente el concepto de capacidad de *rêverie* en Bion, vinculado con la identificación proyectiva con la cual trabajé mucho porque intenté introducir el concepto de identificación proyectiva en Francia.

– *¿Identificación proyectiva normal...?*

– Sí. Inclusive patológica, pero simplemente la identificación proyectiva. En Francia llevó mucho tiempo aceptarla y aún no ha sido reconocida por todos como un verdadero concepto. Al principio se le hacía la crítica de que era un concepto inútil y en la actualidad, también gracias a André Green, que retomó lo que los demás habían dicho al respecto, lo que oigo decir es “Muy bien, estamos de acuerdo con la identificación proyectiva como indica Melanie Klein, pero es patológica.”

Entonces, me esforcé en decir primeramente que no es patológica, al menos no siempre, si se lee correctamente su descripción se ve que a veces la identificación proyectiva se utiliza para dejar las cosas preciosas por fuera cuando se sienten demasiadas pulsiones destructoras en el interior. Segundo, está Bion con la identificación proyectiva normal, que es la base del pensamiento, y que no puede imaginarse una teoría psicoanalítica del pensamiento más coherente y mejor realizada que la de Bion. Tal vez vendrá algún día, pero por el momento no. Por el momento es la teoría del pensamiento más evolucionada y desarrollada.

Reagrupé esto bajo el vocablo de “espacio de lo maternal primario”. Luego retomé lo que Melanie Klein tuvo como intuición, que yo encuentro genial y que pasó desapercibido, que escribió en el Psicoanálisis Infantil, sobre la fase femenina primaria común a los niños de ambos sexos. Desarrollé alrededor de esto todo lo que pude decir sobre el espacio de lo femenino primario, que es un espacio en el que se desarrollan las capacidades de introyección, ella misma lo dice, que es el espacio del punto de fijación de la homosexualidad masculina (eso es también de Melanie Klein) y que es el espacio al cual ella ubica luego como el umbral de la posición depresiva. Ya que es el espacio (el término “espacio” es mío), es la fase, para hablar como Melanie Klein, en la cual el niño se identifica, el niño tiene un arranque de esas pulsiones sexuales genitales que lo ayudan a identificarse con el deseo de la madre por el padre.

Entonces puede decirse que ese es el momento mismo en el cual luego Melanie Klein va a ubicar luego la posición depresiva, el descubrimiento del otro, el descubrimiento del otro del otro. Entonces, intente hablar de esto. También intenté demostrar, con respecto a ese ejemplo, que Klein, como se oye a menudo en todo caso en Francia, diciendo que Klein no se ocupa de las pulsiones sexuales, es una crítica totalmente falsa. La prueba está en la fase femenina primaria, en donde dice que las pulsiones genitales del bebé son un momento muy importante. Y tengo mi interpretación psicoanalítica de esa crítica. Creo que es insoportable para todo el mundo, pero especialmente para los hombres, que una mujer hable de sexualidad. Porque evoca a la madre sexual.

Creo que esto ha desviado el discurso de las mujeres analistas, o las ha llevado a ser *outsiders*, y tal vez haya llegado el momento de intentar encontrar otra posición intermedia. Al menos es la que intento adoptar. Varios hemos organizado mesas redondas sobre la sexualidad femenina...

– ¿En dónde se realizan?

Entonces, fue en la Sociedad Psicoanalítica de París. Puedo contarle la historia, porque es graciosa. Hace cuatro años, creo, en las conferencias de martes por la noche (porque tenemos una conferencia científicas un martes por mes), se anunció una conferencia sobre la sexualidad femenina. Esta conferencia estuvo a cargo de dos colegas eminentes, dos hombres. Pero había un hombre de cada asociación. Un hombre de la SPP y uno de la APF. Tal vez eso marcaba la diferencia. Y esos hombres son dos célebres, cuyo pensamiento admiro mucho, Michel de M'Uzan, de la SPP, y Jacques André, de la APF. Pero, naturalmente, al fin de la conferencia, se levantaron cuatro manos, o más. Cuatro mujeres, por supuesto, que fueron a la tribuna para decir, muy bien, de acuerdo, las mujeres también tienen algo que decir sobre la sexualidad femenina. Y esto es lo que pensamos.

Las cuatro mujeres en cuestión eran Sylvie Faure-Pragier, Monique Cournut, que había escrito un informe sobre la sexualidad femenina con Jean Cournut en un congreso de los psicoanalistas de lengua francesa, Jacqueline Schaeffer, y yo. Y nos respondieron, muy bien, ustedes quieren hablar de la sexualidad. Ustedes son cuatro. Les vamos a dar dos mesas redondas. Entonces trabajamos con gran placer las cuatro durante dos años para preparar las mesas redondas.

Hicimos dos mesas redondas, y en cada una nos repartimos y hablamos. Jacqueline estaba escribiendo su libro “Le refus du féminin”, que apareció en la misma colección que mi “L'Épître a l'objet” en *Presses Universitaires de France (P.U.F.)*. Ella aborda un aspecto directamente en relación con la sexualidad femenina en la relación de pareja, no con respecto al niño. Tiene puntos de vista muy interesantes.

Entonces, de este modo escribimos. Fue el punto de partida para una monografía de la *Revue Française de Psychanalyse*, que apareció no hace mucho, y de la cual no pude traer un número porque solo teníamos un número cada una. Se llama “*Clés pour le féminin*”.

Esto sobre lo sexualidad femenina. No sé si hay algo más para decir además de que para mí esta experiencia de venir a América Latina es una experiencia de la cual espero mucho. Porque es como si hubiese vivido siempre de un solo lado del clivaje, viviendo en el otro lado del mundo. Tengo probablemente necesidad de reunirme no solamente con los amigos que aquí viven, sino además con una parte de mí misma.

–Antes de finalizar, me gustaría que nos dijeras algo más respecto de los conceptos de pasividad y receptividad en la mujer, tema sobre el que has escrito.

¿Quieres decir la receptividad que yo critico, la ilusión de pasividad? Sí. Es una cuestión que no podría, no quisiera resolver hoy, porque comprendo las pulsiones con fines pasivos, en eso estoy de acuerdo. Pero no me gusta mucho esa idea de pasividad, porque creo “receptividad” sería más adecuada.

No creo que una mujer sea pasiva, creo que es receptiva. Creo que la identificación con la femineidad de la madre, también en el caso de los varones, no es una identificación con la pasividad. La pasividad tiene algo mortífero y masoquista. Creo que esa sería una buena definición del masoquismo. Me interesé mucho en el masoquismo también. Y perdí la paciencia diciendo que el masoquismo básico no es el masoquismo femenino. Esa es una de las confusiones de Freud. Sino el masoquismo maternal.

Creo que el masoquismo normal es el masoquismo maternal. Una madre puede levantarse cuarenta veces en una noche si su bebé llora. Una madre puede quedarse sin comer, sin beber y sin dormir si su bebé está enfermo. Una madre puede soportar dolores aunque haya pasado un parto que se supone es indoloro y aún ayudar a su bebé. Ese es el masoquismo maternal. Es normal. Es normal, no es patológico.

El masoquismo femenino como lo describiera Freud, ser pasiva en el coito, creo que no es normal. Veo ahí un punto de confusión entre lo femenino y lo maternal en Freud. Creo.

Entonces hablé mucho del masoquismo en “*L’Épître a l’objet*”. En un capítulo. Quisiera agregar también eme éste es un libro que tuve que escribir muy rápidamente por razones de publicación, pero hice un ensayo sobre la genealogía de las pulsiones. Y planteo una hipótesis, de la cual me dijo André Green que si fuese verdadera, sería revolucionaria. Me dijo que no era heterodoxa, sino revolucionaria. Es decir que creé una hipótesis sobre la genealogía de las pulsiones según la cual las pulsiones sexuales provienen directamente de la relación entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte. Y que las pulsiones del yo tienen una tercera generación.

Retomé el problema económico del masoquismo (Freud, 1924) para intentar demostrar que de hecho la primera unión entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte sería las pulsiones sexuales. Y que a partir de las pulsiones sexuales, hay una

tercera generación: primera, pulsión de vida, pulsión de muerte; segunda, pulsiones sexuales; tercera, pulsiones del Yo. Por lo tanto permite evitar la idea de que debería oponerse siempre a las pulsiones sexuales y las pulsiones de muerte. Creo que es un error.

En las pulsiones sexuales ya hay una unión de Eros y Tanatos. No sé si voy a intentar continuar en este campo.

—Laplanche habla de una pulsión sexual de muerte. Tú hablas de una pulsión de vida y de muerte en una segunda generación, una pulsión sexual que englobaría a ambas.

Digo que las pulsiones sexuales son las herederas de una primera fusión, como dice Freud, de las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Es decir, que en las pulsiones sexuales ya no es posible ver la diferencia salvo cuando es patológico. Ya hay una fusión. En las pulsiones sexuales no se encuentra nunca solo a la pulsión de vida o solo la pulsión de muerte. Están las dos.

— ¿Y las pulsiones del yo serían posteriores a la pulsión sexual?

Sí. Son las herederas de las pulsiones sexuales. Evidentemente, se las ubica en otro nivel. Ubica también todo el problema de la reproducción de la especie antes de la salvaguarda del individuo, el narcisismo y todo eso. Es para discutir. La próxima vez... (Risas.)

— Muchas gracias, Florence, por este tiempo que has dedicado para nuestra Revista.

Traducido por Juan Manuel Pedreyra

Mesa Redonda: evaluación y arbitraje de publicaciones científicas¹

Mireya Frioni – En primer lugar quiero agradecer a todos por su presencia. La Revista Uruguaya de Psicoanálisis tiene hoy cuarenta y cuatro años de vida y más de 600 artículos publicados. Su propósito durante ese tiempo ha sido difundir el pensamiento psicoanalítico, servir de testigo del desarrollo de la labor científica de los miembros de la APU y dar a conocer los aportes de colegas que en otras partes del mundo contribuyen a enriquecernos.

Ha sido una preocupación constante de la Asociación Psicoanalítica Uruguaya que la Revista mantenga el nivel científico de sus artículos y que sirva como nexo con otras asociaciones colegas. Para ello se ha trabajado sobre los criterios de selección, sobre las normas de publicación e, inclusive, se han realizado algunos ensayos de recabar opiniones externas sobre alguno de los artículos a publicar. Para que el material de la Revista esté realmente al alcance de los colegas que pretenden apoyar su trabajo clínico o de investigación, se ha procedido a la indicación de la totalidad del contenido de los números publicados, según criterios inicialmente establecidos por la Asociación Psicoanalítica Argentina, que hemos adoptado y que hoy compartí moscón otras publicaciones latinoamericanas.

Sabemos que como medio de expresión de sus asociados, la Revista tiene que dar lugar a sus intereses y preocupaciones. Muchas veces éstos van más allá de los límites estrictos de nuestro campo de conocimiento para encarar distintos temas interdisciplinarios.

Nos preocupa también que la exigencia de rigor científico pueda interpretarse como una esquematización de la labor creativa, no siempre enmarcable en coordenadas rígidas.

1. Llevada a cabo en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay el 23 de marzo de 2000 y coordinada por Mireya Frioni.

Aspiramos a que la Revista pueda contribuir a consolidar la posición del psicoanálisis en nuestro medio académico y científico, inclusive con vistas a la posible institucionalización de nuestra enseñanza y al reconocimiento del Instituto de Psicoanálisis como centro de formación de nivel terciario.

Sabemos que en el mundo científico son valoradas aquellas publicaciones que cuentan con instrumentos externos e independientes de evaluación de sus artículos y criterios rigurosos de admisión. En ese sentido ya varias publicaciones de nuestra especialidad hoy han establecido mecanismos de arbitraje o, al menos, procedimientos externos de evaluación sobre trabajos presentados sin identificación del autor.

Tenemos el propósito de conocer la experiencia que sobre esto existe en nuestro país en otras disciplinas. Para ello y para reflexionar sobre los aspectos y las exigencias que se plantean hoy en el mundo académico a las publicaciones científicas, hemos invitado a varios reconocidos universitarios uruguayos de diferentes áreas del conocimiento científico: el doctor Ruben Budelli, investigador grado 5 del área de Biomatemática de la Facultad de Ciencias y del área Biológica del PEDECIBA; el doctor José Luis Díaz Rosselló, médico, investigador del Centro Latinoamericano de Perinatología y Desarrollo Humano, docente de la Facultad de Medicina; el doctor Adolfo Elizaincín Profesor del área de Lingüística y Decano de la Facultad de Humanidades. Hemos invitado también a participar a uno de nuestros miembros, el doctor Ricardo Bernardi, vicepresidente de la Asociación Psicoanalítica Internacional y Profesor de Psicología Médica de la Facultad de Medicina.

Nos gustaría iniciar esta conversación con algunas preguntas que pueden servir de referencia, no para que todas sean especialmente respondidas sino para ubicarnos en nuestras principales preocupaciones en el marco de lo ya expresado.

¿Qué importancia tienen hoy las publicaciones arbitradas en el mundo científico?
¿Cómo son los mecanismos de selección para los trabajos científicos a publicar? ¿Existe experiencia en Uruguay sobre publicaciones arbitradas?

Proponemos que las exposiciones sean breves y no duren más de diez minutos, que el orden de los expositores sea el alfabético y pedimos al doctor Bernardi que inicie, en consecuencia, su presentación. Tendremos después una segunda ronda de intervenciones con cinco minutos para cada participante.

Ricardo Bernardi – Creo justificado plantear como tema de discusión el sistema de evaluación por árbitros de los trabajos científicos a ser publicados (y agregaría también el tema de la indexación o inclusión en índices bibliográficos), pues a pesar de existir un consenso universal sobre su conveniencia aún existen muchas publicaciones uruguayas que no lo utilizan. Lamentablemente esto ocurre también con la Revista Uruguaya de Psicoanálisis a pesar de que tiene una admirable continuidad en el tiempo, cuarenta y cuatro años ininterrumpidos.

El tema central es por qué una revista mejora su calidad a través de mecanismos de revisión por pares o árbitros. Me parece que la razón básica es que los artículos necesitan evaluación: La producción de trabajos y las publicaciones en el mundo actual es realmente de un volumen enorme, y es necesario asegurar la calidad, sobre todo cuando una revista pretende publicar artículos originales o quiere mantener las discusiones o las polémicas en un determinado nivel. El lector tiene que saber que la revista tiene mecanismos que garantizan la calidad de lo que le ofrece, y el de revisión por pares es el mejor que se ha encontrado. El editor o consejo editor siguen manteniendo un papel central en cuanto a determinar la política editorial e incluso en cuanto a elegir los árbitros y reservarse la decisión final, pero el sistema de revisión por pares agrega la enorme ventaja de abrir las puertas a las opiniones de distintos especialistas de nivel en cada tema y de permitir, cuando se establece un doble anonimato entre autor y árbitros, una gran libertad en las evaluaciones.

Este anonimato siempre es relativo porque en un medio chico (y cuando el tema es muy especializado siempre el medio termina siendo chico, aunque sea internacional) todos tienden a conocerse; pero el anonimato, al menos, protege hasta cierto punto también al árbitro, lo que le da más libertad de juicio. Para facilitar aún más el anonimato es posible recurrir, cuando hace falta, a árbitros de distintos países. Recuerdo que en una ocasión alguien decía que una persona de un país puede no entender bien el modo de pensar y de escribir que se da en otro país y eso puede crear dificultades para que actúe como árbitro. Pero, justamente, si una revista no logra hacerse entender por personas expertas en el tema de distintos países, evidentemente algo está fallando en la forma de comunicar las ideas y hay que modificarlo. Una revista se distingue de un boletín interno, precisamente, en que apunta a la comunicación con un público especializado más amplio. O sea que este criterio no es válido y, a la inversa, una ventaja del sistema de árbitros radica en que puede ayudar el excesivo localismo o el

escribir en un lenguaje hermético y para pequeñas capillas cerradas. Es necesario escribir para todos los colegas que están interesados en un cierto tema.

Otro argumento en contra que he oído en el ambiente psicoanalítico es el de que la revisión por pares condiciona la publicación a determinados criterios o preferencias. Me parece que es cuestión estrictamente del editor o del consejo editorial perfeccionar estos criterios, buscar un cuerpo equilibrado de árbitros y elegir para cada trabajo los árbitros más adecuados. Desde hace ya bastantes años trabajo como árbitro del *International Journal of Psychoanalysis*. Una preocupación central de esta publicación es evitar que, dentro de la diversidad cultural del psicoanálisis actual, predomine una modalidad u otra, que restrinja trabajos potencialmente muy valiosos porque no se adecuen al estilo o a la preferencia dominantes. Por ejemplo, los autores franceses tienen un estilo mucho más literario, un modo más discursivo, retórico, o indirecto de expresarse, mientras los autores anglosajones tienen un estilo que jerarquiza más la claridad, la precisión conceptual y el no despegarse de lo que aparece en el material clínico. Bueno, una preocupación del *Journal* es que la evaluación respete estos diferentes estilos, pero a su vez estimule tanto a unos como a otros a unir el vuelo teórico con la fundamentación clínica.

Los criterios del *International Journal* ponen el acento en la originalidad de las hipótesis, en la consistencia de la argumentación al exponerlas y en la fundamentación en la experiencia, o sea, en la calidad de la evidencia clínica aportada, o sea, si esa evidencia clínica sustenta o no las ideas teóricas expuestas. Yo diría que eso es lo medular y que estos criterios están justificados cualquiera sea la procedencia o el estilo del autor. Hay además una serie de criterios formales: la claridad de las ideas, la adecuación de la bibliografía, la adecuación del título. A mí me tocó evaluar trabajos en los que el título, los objetivos anunciados en el resumen y el material que se proponía como demostración no cerraban entre sí. El título era uno, la exposición era otra y el material en que se apoyaban iba por otro lado. Otras características formales son la extensión del trabajo, los aspectos éticos, la confidencialidad, etc. Todos estos criterios son absolutamente necesarios.

Si no tomamos en cuenta esta necesidad de revisión por pares caemos en situaciones muy difíciles, que tocan el narcisismo, las presiones de grupos o influencias dominantes, las amistades, etc. Se generan situaciones realmente muy difíciles de manejar. Hay otra consecuencia igualmente grave. Cada vez más en el mundo

académico se tiende a privilegiar los trabajos en revistas arbitradas cuando se evalúan los méritos para cualquier cargo. Me tocó integrar algún tribunal universitario compuesto con personas de distintos países, en los que las publicaciones psicoanalíticas perdieron valor en los puntajes por no estar en revistas arbitradas.

El criterio de la revisión por pares está hoy aceptado universalmente. Por ejemplo, un editorial de la Revista Uruguaya de Psiquiatría transcribió hace poco una declaración de la Asociación Mundial de Editores *de* Revistas Médicas en el que se destacaba la necesidad de revisión por pares para los trabajos originales. Conversando con el director de la Revista Uruguaya de Psiquiatría, Dr. Federico Dajas y con el de la Revista Médica, Dr. Ariel Montalbán, que tienen revisión por pares, ambos me comentaban la importancia de este procedimiento y asimismo la importancia de lograr la inclusión en los índices internacionales para nuestras revistas.

Una revista que no esté arbitrada no va a ser aceptada para formar parte de cualquiera de los índices que hoy en día sirven de orientación en la literatura. Fíjense que en Uruguay –hasta donde yo estoy informado– hay pocas revistas arbitradas: la Revista Médica del Uruguay, que está arbitrada desde hace cinco o seis años; la Revista de Psiquiatría, desde hace cuatro o cinco; creo que también la de Cardiología (R. Budelli agrega que también las Actas de Cirugía). Es muy poco. Y revistas indexadas mucho menos, estuve buscando en la base de datos LILACS:² encontramos unas treinta revistas de psiquiatría en América Latina, pero en el campo del psicoanálisis creo que la única referencia es a la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, número 1, en 1956, y ahí terminamos, se acabó la presencia. Y esta es una de las listas menos exigentes, es la base de información sobre literatura latinoamericana en salud. Me parece absolutamente necesario –en el caso del psicoanálisis– recuperar un lugar en ese tipo de bases de datos pues nadie hoy en día puede abarcar todo lo que se publica y necesita de estos índices para orientarse. Existe una necesidad cada vez mayor de información actualizada para múltiples fines: la formación de los estudiantes, la educación continua de los profesionales, la práctica clínica, esto es la toma de decisiones informada, los trabajos de maestría y doctorado, etc. Al hacer una maestría o un doctorado se enumeran las bases de datos que fueron consultadas: lo que no está en esos índices bibliográficos, no cuenta. Si no tenemos una presencia en los índices, estaremos ausentes cada vez más de

2. LILACS: base de datos del Centro Latinoamericano y del Caribe de Información y Documentación en Ciencias de la Salud.

todas las referencias bibliográficas que se apoyan en las bases de datos existentes, esto es, tenderemos a desaparecer científicamente. Cada vez más, si una revista no está en las bases de datos no existe, es así de simple. De modo que me parece que este es un argumento de fondo.

A nivel de los índices médicos internacionales, encontramos que en Medline, tal vez la base más consultada, están incluidas algunas revistas psicoanalíticas: el International Journal of Psychoanalysis, el Journal de la American Psychoanalytic Association y alguno más. Son pocas revistas y es muy importante aumentar esta presencia.

Rubén Budelli – Yo me preguntaba cuál es el objetivo de una revista de una sociedad. Primero, es fortalecer un área de trabajo (un área científica) y segundo: comunicar. Las dos cosas se complementan bien y se ayudan una a la otra en los objetivos. En primer lugar la primera, es decir, consolidar la actividad de investigación, de trabajo de una sociedad en este caso la Asociación Psicoanalítica. Está bien tener una revista, sirve para comunicarse entre los integrantes de ese grupo. Esa revista tiene que ser de confianza para quien la lee. Tiene que ser seria, tiene que tener un filtro, alguien que sepa y que diga que esto está bien o no. Creo que una revista tiene que tratar de poner las ideas distintas y originales. No es cuestión de publicar los resultados de los que caminan por un camino trillado, que siempre con los mismos esquemas, con los mismos paradigmas, van haciendo cosas y van agregando datos. Al contrario, hay que dejar abierto un espacio para la gente que hace cosas distintas. Pero tiene que haber un nivel de coherencia en el trabajo, tiene que estar bien fundamentado con los datos que da y tener sentido. La única manera de asegurar eso es que se revisen los trabajos. Que los revise gente que es experta en ese campo. También se cometen muchos errores, podríamos contar anécdotas y pasar toda la noche con eso, pero la revisión de los trabajos es la única forma de mantener una publicación con un nivel de calidad alto. Que yo sepa no hay ninguna otra solución y entonces hay que aceptarla.

Creo que el editor de una revista tiene que ser una persona muy cuidadosa. Nos ha pasado, revisando currículos y proyectos en otros ámbitos, que uno ve una evaluación y sólo con ver el informe uno se da cuenta que ese referato está mal hecho. Estaba sesgado, había prejuicios sobre el tema o sobre la persona, que hacían inválida esa evaluación. Hay que tener mucho cuidado. El editor tiene que evaluar al evaluador. Uno no tiene por qué aceptar la opinión del evaluador, al contrario muchas veces tiene que

actuar en contra de la opinión de un evaluador, ya sea recurriendo a otro o asumiendo la responsabilidad inherente a la tarea de editor.

Por otro lado, la otra cosa que importa es difundir las ideas, los trabajos. Ese trabajo tiene que ser leído y tiene que ser difundido al más alto nivel. Para eso tiene que entrar en los lugares donde se sabe o donde –cuando uno tiene que buscar bibliografía– aparece. Tiene que aparecer fe y para eso tiene que cumplir ciertas normas que están establecidas. Si uno quiere aparecer en algunos de los índices internacionales tiene que tener una publicación periódica, regular, con referato, etc. Y no hay otra, y está bien además. Entonces hay que lograr tener publicaciones de ese tipo. Una publicación puede ser una revista menor, pero debe tratar de salir periódicamente. Los artículos pueden no ser demasiado buenos, pero se debe intentar mejorarlos progresivamente. Yo no voy a publicar p en una revista menor si tengo una cosa buena. Si tengo algún pedacito de algo no muy importante que no incluí en artículos anteriores puedo publicarlo para ayudar a la revista pero no por que sea un beneficio para mí. Eso debe suceder en cualquier campo.

Sobre la pregunta hecha: creo que las revistas que no tienen evaluación o sea, que publican todo lo que les llega, simplemente no existen, lo digo crudamente. Y no existen por dos razones. En primer lugar, la gente no les tiene confianza como para leerlas. Personas que no son expertos, que no saben mucho y quieren aprender leyendo estas revistas, las leerán si les dan confianza, si hay un referato, si pasó por una evaluación, si no, no las leen. En segundo lugar, los colegas interesados no la encuentran, ya que no aparecen en las listas de revistas

La diferencia con lo que se da en nuestro campo, es que éste es demasiado competitivo para que no haya arbitraje.

José L. Díaz Rosselló – Cuando Mireya Frioni me mandó el correo diciendo qué era lo que esperaba la Asociación Psicoanalítica yo me imaginé un ámbito de discusión en el cual tendría que ser muy prudente porque entendí que iba a haber, seguramente, posiciones encontradas en lo que podía ser un colectivo más amplio que éste. Así que, me disculpan, porque yo lo escribí porque pensé que había algunos puntos de reflexión que era necesario abordar dado que, si uno no mira la revisión de pares en un contexto más amplio, cuando intervienen otros valores, es difícil ubicarse para partir en una política editorial hacia la opción de la revisión de pares. A veces se puede entrar en lo

que podría ser catalogado como colonialismos o imperativos externos hacia lo que uno tiene que hacer con una comunidad a la cual pertenece.

El arbitraje de pares es una forma de aumentar el sustento crítico de una política editorial, creo que lo que debería estar en discusión es la política editorial que se debate en un clima ético, en el que es necesario un balance entre la libertad de expresión y la responsabilidad de propiciar el bien común. El bien común buscado por quienes editan la revista debe ser en beneficio de otros y en el caso de revistas en el área de la educación superior y la práctica profesional, el objetivo es alcanzarlo a través de la difusión del conocimiento.

La publicación es en sí ética porque contribuye a reducir la brecha entre el conocimiento y las necesidades de la gente, que de alguna manera es lo que implica la comunicación del conocimiento.

La libertad, en este caso hay un hecho, que también tiene que ver con quienes editan y quienes leen, que es que está la libertad de expresión pero está también la correspondiente libertad de escucha o de asociación para la comunicación, que están en la esencia de la relación entre quienes escriben y quienes leen en ese medio, y pueden ser interactivos. A eso me voy a referir al final.

En esta dimensión se puede explicar que una asociación y un ámbito profesional más amplio tengan órganos de difusión de su conocimiento. La revisión de pares es, en este sentido, una garantía adicional a que la comunicación cumpla con sus objetivos. Esos objetivos de la capacidad de propiciar la libertad de expresión y el bien común. Se supone que la iniciativa de comunicar tiene la responsabilidad de que lo comunicado sea comprendido, novedoso, oportuno y relevante. No siempre lo que se intenta comunicar cuenta con estas cuatro condiciones y el editor que debe decidir sobre ello busca ayuda. Si la publicación fuera ilimitada, situación en la cual uno pudiera publicar todo, y la capacidad de lectura de los lectores fuera instantánea, tal vez se pudiera publicar todo y nadie mejor que cada lector para aprender de lo escrito. Esa sería una experiencia.

Como ambas premisas son imposibles, alguien debe atender a la verificación de las condiciones antes de su publicación –las cuatro condiciones—. Esta es la función editorial, con ayuda de los revisores. Esa tarea tiene etapas que garantizan su aceptación por todos.

Reglas editoriales claras desde el inicio, la obra editorial y revisión de pares y posibilidad de comunicación de los lectores con el cuerpo editorial y con los autores.

El hacer público o comunicar tiene la restricción que le impone el medio en el que se hace. La capacidad de lectura de la gente, el esfuerzo económico y el trabajo de preparar y escribir los trabajos impresos han sido j constantes en la restricción impuesta en las políticas editoriales de las revistas impresas.

Las actuales capacidades de la informática, la telemática y la sistematización de la clasificación temática han reducido el problema. Hoy se puede pronosticar que el crecimiento de las publicaciones tendrá mínimas limitaciones económicas y que los lectores podrán encontrar lo que buscan.

El problema está en la capacidad del lector de hacerse la pregunta correcta y poder conceptualizar racionalmente lo que le interesa leer. Si estas capacidades son limitadas y desea que lo conduzcan podrá optar por el buen criterio del editor, quien será quién elija, y como lector adherente, leer lo que le sugiere.

Es por eso que la política editorial no solo debe ser ética sino que debe reflejar una cultura, una tradición o coherencia a la cual poder adherirse, que puede ser una cultura pluralista, puede aceptar la diversidad y ser parte eso de su definición cultural.

Sus revisores deben ser, entonces, elegidos en estrecha sintonía con esta cultura editorial y la cultura podrá evolucionar, pero debe existir y ser evidente. Esa creo que es la condición de que la política editorial se refleje tanto en el editor como en los que él elige.

Hechas estas precisiones entiendo que debemos analizar la tarea editorial de los revisores. La comprensión –que es la primera condición de un artículo a publicar– (y creo que esto es lo central, Bernardi y Budelli lo enfatizaban) debe proteger el conocimiento y todo lo que se dice tiene que tener el mismo significado para todos los que lo lean partiendo del mismo paradigma. Si se trata de una opinión, alcanza con que el lenguaje sea apropiado, pero si se trata de la demostración de una hipótesis, el método científico que respalde las afirmaciones debe ser riguroso. En este sentido es beneficioso el proceso de revisión, porque las conclusiones deben desprenderse de las evidencias que se publican y esta deducción debe ser clara para todos y, por lo tanto, debe pasar el filtro de los más calificados.

Las otras condiciones para publicación requieren valoraciones más sencillas porque parten de que lo que se quiere publicar ya es comprensible, ya es aceptado como comprensible. No lo sería, por ejemplo, una conclusión que no se sostiene en la evidencia presentada.

El cuerpo editorial puede no requerir revisores para estas otras condiciones y fácilmente establecer si el conocimiento a publicar es novedoso u oportuno porque es la temática. Seguramente en el marco de la cultura editorial puede estimar si es relevante e indefectiblemente puede aceptar o rechazar por los aspectos éticos. O sea que esto no corresponde, si bien se le asigna a los revisores, creo que los revisores tienen la función de que el material sea comprensible, es decir que todos en su lectura puedan hacer la misma deducción cuando se pretende demostrar algo.

Pero la tarea, y finalizo con esto, no debería limitarse a la prepublicación, que es lo que habitualmente se hace, porque la evolución del conocimiento obliga a la política editorial a mantenerlo actualizado y en ese sentido es necesaria la interacción con los lectores, que son en sí los últimos árbitros, y con las nuevas contribuciones que aparezcan. Es decir que esto obliga a los autores a mantener el nivel de discusión y de argumentación sobre el tema, aún después de la publicación, transformándose ellos mismos en la contraparte de la revista en la cual comunican, con los lectores y los revisores en una discusión y una actualización del tema.

Por lo tanto, la tarea de publicar, en este sentido, implica la libertad de poder expresar los valores y los conocimientos y, a su vez, la responsabilidad –como contraparte– de contribuir a ello. Esta tarea es tarea de los autores o contribuyentes, de los editores y sus revisores y de los lectores, la responsabilidad de seguir contribuyendo al crecimiento del conocimiento.

Yo quería enfatizar en algunos aspectos en cuanto a no aislar el tema del arbitraje de la política editorial, no aislara los autores con los revisores sino que esto tiene la amplia gama de la comunicación y los revisores simplemente, a mi criterio, en la discusión de este tema, deberían ser quienes garanticen la comprensión o simplemente no publiquen cuando es incomprensible, ya no sólo por el lenguaje, por la forma de redacción, sino porque lo que se pretende decir no se sustenta en lo que se demuestra o lo que se está demostrando o la realidad que se describe. Esa es la contribución que yo quería hacer y que me parece que está en total coincidencia. Desgraciadamente en la política editorial

uruguaya, si bien hay arbitraje de pares, no hay criterios editoriales. Yo pertenezco al Comité de Revisión de la Revista Médica, soy revisor. Nunca he recibido una instrucción sobre cuáles son los objetivos de la revista. Pertenezco al Comité de Revisión de la Revista de la Organización Panamericana de la Salud, tampoco los he recibido y pertenezco a la Revista de Pediatría de San Pablo y tampoco los he recibido. O sea que de alguna manera creo que el revisor, a veces, puede estar cumpliendo tareas para las cuales no está debidamente instruido o debidamente en conexión con el editorialista y eso lo transforma en un juez. En ese sentido, cuando el revisor se transforma en un juez y no en una ayuda, lo peor que puede pasar con la justicia es que no sea ciega, por lo cual yo entiendo que el revisor no debe ser anónimo, ni el autor debe ser anónimo, sino que ambos deben ser personas que estén en un proceso de comunicación visible.

Si eso trae consecuencias para la política editorial, deberá ser revisada, pero mucho peor es crecer en la hostilidad de anonimato que aprender desde la visibilidad del juicio a convivir con él. En ese sentido creo que los arbitrajes no pueden ser ciegos, no deben ser anónimos en ninguno de los dos sentidos. Hay una discusión bastante fuerte a nivel de los editoriales médicos en torno a esto, que lleva a pensar que en el futuro los autores no sean más que contribuyentes y aclaren cómo contribuyeron en cada parte; que las revisiones sean abiertas y que no haya anonimato; y que el proceso de “post-revisión”, o sea la discusión posterior a la publicación, sea también abierto.

Creo que por ahí está hoy en día la discusión ética sobre este tema.

Adolfo Elizaincín – Yo confieso que al principio, cuando recibí la invitación de la señora Frioni para hablar acá sobre este tema, me sorprendió un poquito, porque no me imaginé que podría haber dos opiniones sobre esta cuestión, porque es lo normal que se acepte esto en la vida académica, la vida universitaria. Después, pensando un poco más, me di cuenta que estamos en Uruguay, que aquí muchas veces, a algunas cosas les cuesta un poco entrar en el ambiente académico y pude imaginarme algún tipo de controversia que podría existir en relación con esta cuestión. Yo comparto prácticamente todo lo que han dicho Bernardi y Rudelli y en gran parte lo que ha dicho Díaz sobre la necesidad de que, para darle un nivel y una garantía a una revista y al artículo que se publica ahí, eso debe ser arbitrado. No hay otra forma, porque si no se caería, como decía Budelli, en el amiguismo o la presión, lo que debe aventarse

totalmente del libre ejercicio de la profesionalidad del científico que quiere comunicar algo a alguien.

De manera que, en principio, las revistas tienen que ser arbitradas. Eso queda claro.

Normalmente también sucede –y sucede mucho acá en Uruguay– que en general nos resistimos a la evaluación. Nos cuesta mucho ser evaluados. Todos recordamos lo que sucedió con el Fondo Nacional de Investigadores, la pseudo polémica prolijada por cierta prensa y todo lo demás, lamentable episodio que de alguna manera da una idea de cómo ve el científico uruguayo la necesaria evaluación de su actividad por parte de otros. En general nos resistimos a esa evaluación.

La vida académica es de evaluación continua, desde que empezamos a estudiar, cuando somos estudiantes, cuando egresamos y más aún, cuando somos docentes universitarios, la evaluación es continua, siempre, explícita o implícita, siempre estamos siendo evaluados. Por ejemplo, en nuestra Universidad de la República, donde todos estamos, para renovar nuestros cargos nos evalúan; para darnos una dedicación total nos evalúan; para darnos un proyecto al cual nos presentamos con la idea de ganar un fondo determinado, nos evalúan. Entonces, continuamente estamos siendo evaluados.

Y esta cuestión de la revista arbitrada es otro capítulo de la evaluación a la que estamos todos sometidos, siempre. Si quiero publicar un artículo en tal lado, lo mando y el artículo es evaluado. Así que está dentro de las reglas del juego de la academia. Eso no admite ninguna duda.

Ahora, en el tema revistas, hay revistas y revistas. Me imagino que hay diferentes tipos de revistas en todas las especialidades. Mi especialidad son las ciencias del lenguaje y las ciencias sociales en general, las ciencias humanas. Por ejemplo, una gran dicotomía, una gran separación podría ser: revistas de una asociación. Por ejemplo, la Asociación Psicoanalítica del Uruguay tiene su órgano oficial que es la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, y así tantas sociedades que tienen sus revistas.

Luego, hay revistas que no responden a ninguna asociación, que pueden ser, incluso, publicadas por una editorial determinada que tiene un editor, un consejo, lo que fuere. Habría alguna diferencia entre una y otra. Se supone que la revista que responde a una asociación o que es el órgano oficial de una asociación, de alguna manera refleja los puntos de vista de la asociación o, por lo menos, los objetivos de la asociación, que siempre –implícita o explícitamente– toda asociación tiene. En este caso podría decirse

que la posibilidad de publicación estaría un poco más dirigida hacia una determinada línea. Puedo imaginar ejemplos de mi propia disciplina, no de otras. Es decir, la revista *La linguistique de Paris*, que es la Revista de la Sociedad de Lingüística Funcional. Ahí todo va hacia el lado del análisis funcional del lenguaje, que es una forma de analizar. Nadie que no sea funcionalista en este sentido se le va a ocurrir ir a publicar o mandar su artículo a esa revista, porque esa revista, como responde a una asociación que tiene una línea determinada, publica cosas que tienen que ver con esa línea determinada de investigación. Y uno ya lo sabe, si no comparte eso, si no está en esa línea no manda a esa, manda a la otra, a la que sí sigue, de alguna manera, lo que yo pienso o mi línea de investigación.

Eso es –repito– bastante típico de las revistas que son órganos de asociaciones. Luego están las otras que son más generales, que no responden a esa cuestión e incluso son publicadas –como ya dije– por una editorial comercial o lo que fuere. Pero tanto una como otra necesitan arbitraje.

También se podría clasificar a las revistas según el nivel de los artículos: distinguiríamos entre aquellas de punta, donde aparecen los artículos más importantes, los que hacen avanzar la disciplina en cuestión. En todas las disciplinas hay tres o cuatro revistas de este tipo en el mundo. Luego hay revistas de un nivel un poco más bajo en ese sentido, y luego están las revistas de divulgación científica, a su vez, de diferente tipo de nivel, porque la divulgación puede haber niveles diferentes.

En este tema, en Uruguay, en mí ámbito, no hay revistas arbitradas en el amplio campo de las humanidades, de las ciencias sociales. No conozco bien la parte de sociología y politología, pero en mi campo estricto no existe ese tipo de revistas. Existen revistas, sí, donde uno manda su artículo y lo publican, sí o no, según diferentes tipos de criterios. Así que acá estamos muy atrasados, por lo menos en mí especialidad. En América Latina –en Argentina, en Chile, en Brasil, sobre todo– en mí campo ya existen revistas arbitradas importantes.

La figura del editor es muy importante –como decía Budelli– porque es la persona que recibe, en principio, los trabajos que se mandan a esa revista y distribuye –en principio, también– quién va a evaluar qué cosa. Estos pares o referees o como les llamemos, no necesariamente tienen que ser las personas que integren el Consejo Consultivo, el Consejo Editor de la revista, se pueden mandar a otras personas. Y

siempre es necesario o conveniente tener más de una opinión, por lo que se decía recién. Esto es recomendable.

Una vez que eso es revisado con el buen criterio del editor, que tiene que ser una persona que maneje muy bien el campo y la academia referida a esa disciplina, el artículo puede ser –como en un examen o en una tesis– aprobado sin más, puede ser rechazado o puede ser –y eso es muy común– enviado de nuevo a su autor para que lo revise según sugerencias que se acompañan. Eso sucede en mi campo e imagino que en los otros también.

Me imagino ahora a la Revista Language de Estados Unidos, de Baltimore, que al final del artículo consigna cuando recibió la primera versión, cuando la segunda y así el lector sabe, más o menos, si el artículo fue aceptado en principio o fue devuelto para su revisión.

El referee o par debe mirar un poco esas cosas que se decían acá. A mí me parece que también debe mirar un poco el estilo, no sé si fue Ricardo Bernardi quien dijo que no había que mirar el estilo, admitir estilos distintos, claro, porque la cuestión es que hay estilos científicos, como hay estilos literarios, y hay tradiciones de estilos de escribir de una manera determinada dentro de una disciplina determinada. Eso hay que manejarlo hasta que venga alguien que cambie el estilo, la gran innovación, entonces empieza otro discurso científico distinto. Eso es para todas las disciplinas. El estilo no es solo redacción, es más que eso. No es que el estilo vaya por un lado y el contenido de lo que se está diciendo vaya por otro. Son dos cosas que no se pueden separar, van juntas, y el revisor tiene que mirar eso indefectiblemente también. En definitiva, lo que quiero decir es que no puede haber revistas que no estén arbitradas, revistas que pretendan dar cierta seguridad a su lector de que lo que está leyendo ha pasado por algún filtro determinado que ha velado por la seguridad y por una cierta exigencia. Gracias.

Mireya Frioni – Se han dicho cosas que me parece que también pueden ser polémicas o que merecerían algún desarrollo adicional. Por ejemplo el aspecto ético que José Luis Díaz nos planteaba. La eventual ventaja de procedimientos de arbitraje o evaluación de artículos en que las partes no son anónimas, se conoce al árbitro y se conoce a la persona que escribe.

Lo segundo que quiero señalar es que me parece que se puede haber transmitido – quizás en la lectura resulte diferente que al oírlo– que los árbitros no son el comité de publicación, o el consejo editor; son otros. Creo que esto se está planteando por todos los que han expuesto aquí. ¿No es necesario o es recomendable?, ¿es conveniente que los árbitros no formen parte de este comité editor para dar mayor libertad?

Otro punto que me pareció muy importante, lo que dijo Adolfo Elizaincín, cuando mencionó una publicación donde figuran las veces que fue y vino el artículo, para su mejor comprensión, que el autor acepte que sea algo no acabado, sino que puede entablar ese diálogo con el editor, para la mejor comprensión. Estos puntos me parecieron muy ricos, sobre todo en relación a la experiencia en nuestro medio.

José Luis Díaz – Tú preguntaste si los miembros del consejo editor podían ser árbitros. La política es que el arbitraje es una consulta y se intenta llegar a la persona que se supone que tiene más especificidad en el tema. Tanto mayor es el número de personas que participan como árbitros, como diversas las áreas que cubre la revista. Aquellas revistas que cubren un área muy restringida, o sea que son revistas que documentan situaciones dentro de un ámbito geográfico o social, pero que son más testimoniales que de aporte original al conocimiento, muchas veces tienen escasísimos revisores. Las que tienen mayor diversidad, tienen mayor número y aquellas revistas que cubren todas las disciplinas, como en el caso en medicina de The Lancet, el Journal of the Medical Association, o el British Medical Journal, que son revistas que salen semanalmente, esas tienen un cuerpo de revisores vastísimo. Creo que el hecho de que éste sea diferente del cuerpo editorial depende de las situaciones.

Yo justamente enfatizo el hecho de que, de alguna manera, el cuerpo revisor es vicariante del cuerpo editorial, en la medida que el cuerpo editorial se considera que es insuficiente en su conocimiento para poder hacer, en el comité científico de una revista, la evaluación del tema. No creo que apunte a tener una garantía de justicia o de ecuanimidad. Simplemente distribuye la tarea, es una especificidad, parte de la organización del trabajo. Creo que todos los consejos editoriales y los revisores son una segunda o tercera opinión en temas que pueden ser difíciles. Por eso digo que creo que no toda la revista debe ser enviada a la revisión de pares y que hay muchas revistas que tienen un ámbito de trabajos originales o de aporte de conocimiento y tienen ámbitos de opinión o editoriales, o ámbitos que no son revisados como reporte de casos, que solamente se reportan por estilo.

O sea que creo que cuando una revista, en el caso este de la Asociación Psicoanalítica, decide enviar un material es porque quiere tener la convicción que visto por varias personas, el material se entiende todo de la misma manera y que aquello que se está diciendo tiene una coherencia y una comprensión que cumple, para lo que tiene que ver con la demostración de hipótesis, con la rigurosidad del método científico. Creo que ahí está el valor del revisor.

En los otros aspectos a los que refería, la relevancia del tema, la oportunidad, la originalidad, los aspectos éticos, que me parece que son temas de política editorial, a veces el revisor no importa. Vuelvo a insistir un poco en eso porque me parece que vale la pena.

Con respecto al anonimato, que tú me preguntabas, esto es una discusión que hoy existe. El principio que rige zanjar esta discusión es que el que revisa es anónimo frente al autor, que es conocido. Eso ha sido enormemente problemático en áreas de punta de investigación donde el conocimiento puede ser –y ha sido– por parte del revisor, una concesión que el autor no le da. Es decir, el autor envía al cuerpo editorial un trabajo que entiende que es algo que él quiere comunicar pero que lo quiere comunicar a todos a la vez, no se lo quiere comunicar a uno que tal vez sea su competidor. En este tema el competidor puede decir que no lo publique, iniciar una línea de investigación y en corto tiempo, beneficiado por la lectura original de su competidor, publica hechos. Y esto está en la base del fraude o de la posesión indebida de ideas de otros que han fomentado el hecho de que los revisores sean anónimos. Si bien no lo son para el editor, son anónimos para el autor que lo envía. Esa es una relación injusta.

Hoy en día, sigo el criterio de Renik, que es un eticista en este ámbito, en el cual se debería tender a que el autor y el revisor sean conocidos, el revisor para el autor y el autor para el revisor. Ese es el principio por el que en aquellas áreas de punta, no estoy hablando que pueda pasar con un trabajo de menor importancia, eventualmente, o que no genere un conocimiento valioso, incluso en lo que es el ámbito del prestigio personal.

Ricardo Bernardi – Me gustaría referirme muy brevemente a que lo que dijo José Luis Díaz. Tiene razón en que el anonimato pierde importancia cuando existe una amplia cultura de la evaluación. Creo que el problema nuestro no es que alguien robe una idea extremadamente original, sino más bien el de las implicancias. Por mi experiencia,

como árbitro del International Journal me llegan trabajos de otros países, en los que logro identificar a la persona fácilmente por haber conocido sus ideas en congresos o en otras publicaciones previas. Entonces, cuando existe una relación personal lo que hago muchas veces es hacer el comentario y aclarar al mismo tiempo al editor mi relación con la persona y con sus ideas. Tal vez la dificultad mayor para aceptar el arbitraje está en que no se confía en que alguien pueda evaluar objetivamente un trabajo que sustente ideas distintas a las de uno. O que pueda decir, si hace falta, que uno en ese tema no tiene suficiente competencia y pedir que lo pasen a otro. A mí me tocó evaluar trabajos en los que digo que el autor sustenta o no sustenta bien sus posiciones, aunque puedan no ser las mías. Lo que importa es que evalúe es si hay una coherencia interna en la exposición, si el título tiene que ver con los objetivos, los objetivos con el desarrollo de la exposición, y si todo eso está realmente apoyado en los fundamentos o evidencias que se aportan, y si se concluye en función de lo expuesto. Para esto no hace falta que uno comparta las ideas del autor. Si lo fundamentó bien, bueno, uno ahí puede escribir su propio artículo para discutirlo, pero dejar que el otro publique el suyo. Me parece que ese es un punto central de la filosofía del asunto.

Me parece importante destacar dos aspectos. Uno, la función de educación que tiene el sistema de revisión por pares. En el International Journal la evaluación de los árbitros, sin decir el nombre, le llega al autor junto con la decisión del editor. Esta decisión puede ser la aceptación, el rechazo, o la sugerencia de realizar modificaciones menores o mayores en el trabajo. Este es un feedback muy útil para el autor. Aún cuando el juicio de los árbitros sea erróneo, le permite ver al autor dónde no fue claro o contundente. De hecho las figuras más importantes del psicoanálisis muchas veces ven que les devuelven dos o tres veces el manuscrito para que introduzcan modificaciones de puntos que no se entienden, que no están fundamentados, o en los que no discuten hipótesis alternativas que son perfectamente pertinentes. Ese un punto muy importante, en general porque hay una falta de cotejo de hipótesis alternativas, algo se explica de una forma A sin tomar en cuenta que B o C también podrían ser explicaciones posibles y que entonces no se entiende porqué se queda con A y no con C o con B. Pero, a su vez, los árbitros, después, se encuentran con sorpresa con la opinión de otro árbitro que es diferente, y en ese caso a veces uno dice: ¡ay!, ¡caramba!, ¿cómo se me pasó eso? Me agarro la cabeza por y digo ‘¿cómo no me di cuenta de que ahí había un salto en el razonamiento!’, por ejemplo, ‘que no percibí’. Uno, como árbitro, también aprende. En los congresos se

hacen reuniones de todo el equipo de árbitros (en el International Journal son unos treinta o cuarenta). Se llevan uno o dos materiales y es como un ejercicio en el cual cada uno tiene que decir cómo lo evalúa. No se busca lograr un consenso ni nada. El editor trae un trabajo que se aprobó o rechazó para que cada uno opine, se discute y después se dice cuál fue la decisión que se tomó. Uno puede apreciar ahí cómo están razonando los otros. Es muy interesante como experiencia. Creo que el arbitraje puede ser una instancia formativa de gran valor.

Rubén Budelli – Quiero decir dos cosas. En primer lugar: creo que los árbitros tienen que tender a ser conocidos por los autores del trabajo aunque no lo recomendaría en un medio como el uruguayo en este momento, creo que para eso falta mucho. Lamentablemente hoy no pueden ser públicos. Se genera mucha violencia alrededor de eso. Entonces, en un ambiente chico no es que sea malo, es difícil aceptar la violencia, aunque sea la violencia de decir: lo que hiciste está mal. Eso ya es violento para el otro. En algunos ambientes más amplios se puede dar (hay revistas lo están haciendo ya), pero en principio, en Uruguay es difícil. Creo que hay que dar la cara cuando uno hace el arbitraje, aunque aún sea difícil de aceptar en nuestro medio.

En segundo lugar: es el árbitro también tiene que valorar la originalidad, en cierto sentido. Si eso que está diciendo esa persona ya se publicó, el que lo debería conocer es el árbitro, no el editor. Y eso hay que valorarlo, si es una cosa conocida el árbitro puede decir que eso ya se publicó hace veinte años. Ese es un trabajo importante del árbitro. Para rechazarlo por falta de originalidad tiene que probar que se publicó. En caso de discrepancias entre autores y árbitros el que decide es el editor. Él toma la decisión, no se lo tiene que mandar de nuevo al árbitro. Creo que juzgar objetivamente la originalidad del trabajo le corresponde al árbitro, esa es la única discrepancia, con lo expresado por otros panelistas.

Adolfo Elizaincín – Respecto al árbitro desconocido, secreto, etc., sí, yo concuerdo, es muy difícil en nuestro ambiente llegar a que se conozca totalmente quien ha hecho el referato, debería ser así pero no lo es. Tiene que ver con lo que dije antes, al empezar, la cuestión de la resistencia a la evaluación. En Uruguay, puede ser en otros lados también. Me parece que la comunidad científica uruguaya, en general, no está todavía madura para esta situación, me parece que no. Se lo ve en los debates y en los foros, en los congresos que se hacen, donde el intercambio de ideas es muy distinto al que se hace en otros países, más al norte, en Estados Unidos o en Europa mismo, donde la pregunta a

quien ha expuesto algo en general acá es visto como –si me hacen una pregunta y no me gusta– en general se tiende a verlo como una ofensa que nos están haciendo, no podemos separar la cuestión académica de la cuestión personal. Eso sucede, luego me peleo con el señor que me preguntó una cuestión académica exclusivamente, eso sucede acá. Eso muestra que todavía no estamos muy maduros para esto. Todo tiene que ver con lo mismo.

En ese sentido creo que, dado que en nuestra comunidad académica, en general, puede haber disciplinas que ya estén un poco más avanzadas que otras, lo reconozco, dado que no estamos maduros totalmente para esto, es conveniente por ahora, para salud de todos, mantener el anonimato, y luego ir de a poco viendo cómo la cosa se puede ir solucionando. Recuerdo que en la Universidad, en el ámbito de la Comisión Sectorial de Investigación Científica, donde en un lapso coincidimos con Rubén Budelli, había continuamente –no para publicaciones sino por el otorgamiento de las dedicaciones totales o de proyectos– gente que preguntaba, hasta que la Comisión decidió –no recuerdo cuándo– hacer públicos todos los nombres de los evaluadores. A la persona que preguntaba no se le decía cuál fue su evaluador. Se le mostraba el banco de evaluadores, uno de ellos fue. Uno podría, más o menos, averiguar por su especialidad quién fue. Fue como una solución intermedia a la que se llegó en ese caso.

Rubén Budelli –Más todavía. Se llegó a que si una persona iba a presentar un proyecto, podía pedir que se excluyera un evaluador de ese banco. Como el banco era conocido podía decir no quiero que me evalúe Fulano.

Adolfo Elizaincín – Es cierto, sí. Esa fue una buena idea.

Rubén Budelli – Y eso en general las revistas lo aceptan. Hemos mandado trabajos a revistas muy serias diciendo: no queremos que nos evalúe Fulano. Y la revista lo acepta.

José Luis Díaz – Un par de comentarios. Uno es que la solución es que cuando la capilla es muy chica, hay que buscar en las capillas cercanas. Creo que ninguna revista uruguaya puede tener la inhibición de buscar consultores argentinos, brasileros, chilenos, paraguayos y mandar los trabajos afuera cuando eso significa que la visibilidad del revisor puede tener un problema de relaciones personales. Creo que esa es una alternativa. En los hechos yo soy revisor de una revista brasilerá y tal vez la función que buscaron fue esa, lo que se llama el comité científico internacional de una revista.

El segundo hecho es que la mayoría de las revistas agradece a los revisores si una vez al año publican quiénes fueron los que torturaron los trabajos, y ahí aparece el reconocimiento. Creo que la tarea del revisor, por no ser rentada es una tarea bastante ingrata, es informativa, honra a quien la hace pero también consume tiempo que nunca es remunerado.

El otro aspecto que quería nombrar, porque creo que estamos en un mundo que está adquiriendo ciertas maneras diferentes de proceder, es que la gente no busca la información exclusivamente en las revistas de su sociedad, sale más allá, está acostumbrada a una lectura mucho más universal en revistas y que eso va a ir cambiando rápidamente. Y las revistas están teniendo, hoy en día, el servicio –ese que yo decía– de revisión post-publicación, en el que el lector, no ya por cartas de los lectores, sino por un método muchísimo más rápido, entra a lo que se llaman los foros interactivos de discusión con los autores, los revisores, sobre los temas. Creo que para nuestro medio esa sería una experiencia altamente creativa y en nuestro medio sería también una posibilidad de utilizar, sin imprimir en papel, un foro en que interese a la gente dar su opinión porque escribió alguien pero por la vía de un pequeño comentario en una página web o en un correo interactivo, se puede sacar muchísimo de lo que el lector leyó de ese trabajo, de lo que comprendió y del aporte que puede hacer el lector.

En este momento creo que tal vez es Amazon la librería de venta de libros más importante en el mundo, quien ha permitido que los lectores califiquen el valor y hagan comentarios sobre el valor del texto. Creo que es una experiencia increíble porque me imagino que en el futuro va a haber muchos artículos y uno va a buscar entre los descriptores del artículo, el autor, la revista, las palabras claves, el abstract, y va a parecer un lugar que diga la calificación o rating de ese artículo, de alguna manera, por los lectores. Y uno va a poder seleccionar no solo por palabras claves sino por interés de lectura. Así como los músicos tienen su disco de oro ya existe el Scientific Citation Index (índice de Citas Científicas), que no está difundido pero dice cuántas veces se cita un trabajo, el hecho de que la cita de un trabajo aparezca como descriptor del trabajo periódicamente es un hecho que se va a incorporar, entonces uno va a poder buscar aquellos trabajos que fueron más citados, y ese es el final de las revisiones de pares, cuando la gente que lo leyó termina diciendo “Este artículo significó mucho para mí porque me pone como referencia”.

De alguna manera eso está en las políticas editoriales de las páginas y Amazon tiene una política específica sobre eso respecto a quienes hacen los comentarios, o sea que hay debate sobre eso. Pero creo que lo más interesante es que la impresión en papel y la distribución del papel impreso puso normas restrictivas y que nosotros estamos ahora ante el hecho que esas normas restrictivas se levantaron, y lo único que queda restrictivo –como cuando uno escribe a máquina: el teclado depende del tamaño de los dedos– respecto a las publicaciones es la capacidad de lectura. Pero si nosotros mejoramos nuestra capacidad de selección de qué pregunta tenemos y cómo la queremos responder, y encontramos los caminos para encontrar esa información, y ese debate está, de alguna manera, “rankeado”, puede ser que mucho de lo que estamos discutiendo ahora sobre la capacidad de generar productos que tienen altísima calidad, va a ser una tarea muchísimo más sencilla y muchísimo más compartida con los usuarios, y los usuarios o los lectores van a regular mucho más que ahora lo que leen.

Ricardo Bernardi – En telegrama, me parece que hay que ir viendo cómo va a ser el modo de operar de los lectores. Eso lleva a jerarquizar la importancia de que las revistas estén en las bases de datos –y para eso el arbitraje es el primer paso, después hay que demostrar continuidad, periodicidad, etc.–. También hay que tener en cuenta la importancia creciente de las bases de datos que están en CD ROM, por ejemplo el PEP CD-ROM que reúne las principales publicaciones en lengua inglesa desde 1920 a la fecha, con un sistema de búsqueda muy elaborado y que está en la biblioteca del la APU.

José Luis Díaz – Sí, pero hay tanto espacio de publicación que hoy en día ya existen bancos de datos de trabajos en realización. Hay un límite en la capacidad de memoria de los sistemas y de operación de los servidores, pero en el momento que los sistemas y servidores tengan una memoria ilimitada, cualquier tipo de información va a llegar a todos, y cada uno va a tener que tener el trabajo – o habrá clasificadoras de riesgo, clasificadoras de calidad.

Ruben Budelli – En Estados Unidos, el National Institute of Health acaba de decidir que todas las revistas del sector Salud las va a poner en el servidor y que pueden ser consultadas por cualquiera. Además, si alguien tiene un trabajo y lo quiere mandar a la revista, lo va a poner diciendo que ese no fue revisado.

Ricardo Bernardi – Claro, pero al mismo tiempo, cuanto más se multiplica la cantidad de trabajos, tanto más necesaria se hace la evaluación para poder orientarse. A mí me pasa que a veces, algunos trabajos los leo porque leo la lista de discusión en Internet, me intereso por el debate y a partir de ahí voy a leer el trabajo.

José Luis Díaz – Otra cosa como un comentario final, hoy en día, si entras en bibliotecas médicas, tienes la posibilidad de seleccionar varios criterios de búsqueda y uno, que se llama Clinical Research, solamente los selecciona porque sean estudios clínicos controlados padronizados, o sea, porque la metodología con la que fueron hechos fue una metodología que garantiza que el resultado tiene una condición especial, o sea que hay gente que lee solamente los estudios clínicos controlados padronizados, y si vas un poco más, solamente los lee cuando fueron revisados sistemáticamente y calificados, o sea que hay gente que hoy en día lee una cuarta selección aditiva de calidad. Te diría que la gente se está poniendo muy selectiva y que puede que lea solamente una gama que coincide con tu cultura, pero si tu cultura es la de la diversidad o no tienes cultura propia porque no te la sabes expresar, creo que lo importante –y para la Asociación Psicoanalítica– es conservar la cultura de los cuarenta y cuatro años de publicaciones y permitir que aquellos que se adhirieron a esa lectura tengan ahí esa cultura para leer. Yo creo que por ahí viene la cosa. No hay que cambiar la cultura.

Mireya Frioni – Tendremos que poner fin aquí. Quiero agradecer a todos por su participación y por sus interesantes exposiciones. Como dije al principio será nuestra responsabilidad y la de quienes reciban el contenido de este intercambio reflexionar sobre los distintos aspectos tratados aquí.

La fuerza del espíritu

Edmundo Gómez Mango

*“Hasta el artículo de la muerte, conservaré sin duda
la ambición secreta de procrear una nueva obra.”*

Didier Anzieu

Releer las páginas de Didier Anzieu sobre el arte y más precisamente sobre la literatura, es un acto que provoca un vértigo intelectual: primeramente por la importancia del tema en su obra, y luego por la pasión que el abordaje de la creación artística suscita en él. La actitud o la posición crítica de Anzieu está habitada por una tensión entre dos polos que se completan contradictoriamente: por una parte, la búsqueda de una identificación profunda con el sujeto-objeto estudiado, que se produce cuando se alcanza una especie de sobrecogimiento mutuo entre el receptor y el proceso de creación de la obra; y por otra parte, una actividad intelectual viva, alerta, que analiza y discrimina primeramente, para luego asociar, reunir masas de información, de datos, de hipótesis interpretativas. De ello resulta un combate apasionante entre la claridad de la exposición, la preocupación por el orden, y la abundancia de la imaginación y de la inventiva del pensamiento. El lector experimenta una especie de embriaguez inducida por lo que podría llamarse la excepcional abundancia del trabajo de Anzieu, una admirable retórica de la abundancia, evidente en muchas de sus páginas y especialmente en su trabajo sobre el autoanálisis de Freud, en donde despliega su capacidad excepcional para barajar, abrazar, para hacer trabajar grandes masas de materiales, informaciones y descripciones diversas.

Puede descifrarse en su escritura el mismo conflicto que describe en el proceso creador: por una parte el esfuerzo por fijar los límites, definir los contornos de los subsistemas o las fases, y por otra parte, la preocupación por mantener una porosidad comunicante que establece vínculos, pasajes entre lo que acaba de separar o aislar, pero también entre el crítico y el objeto de la crítica.

Es, podría decirse, la “paradoja” de la escritura de Anzieu: un sobre –inversión de la actividad del pensamiento consciente, una rapidez extrema del juego de los conceptos, para intentar captar los movimientos más lentos, inclusive la inmovilidad misma, oscura, profunda, de la psiquis inconsciente.

Es sabido que en las raíces de su obra se encuentra Pascal. Uno de los primeros escritos por él publicados en la NRP se intitulaba: “Nacimiento del concepto de vacío en la obra de Pascal”. Es posible imaginar que Anzieu construyó su obra teórica y crítica en torno a este vacío originario, como “envoltorios” que se generan para rodear, contener y combatir esa angustia inicial de la nada. La abundancia y el vacío: la vivacidad, la agilidad de su prosa parecen contrarrestar sin cesar, sin respiro, la desesperación de la nada.

La obra crítica de Didier Anzieu está signada por la pasión por la lengua; ella es la que sostiene su atención al desarrollo de las obras, a la construcción de un poema, al análisis y la creación de chistes y ocurrencias. Esta pasión se codea a menudo con su opuesto: el odio por el lenguaje, cuando éste no responde a los deseos del creador, cuando las palabras se muestran incapaces de realizar la tarea imposible y no logran atrapar al objeto perdido, la cosa inconsciente. Quizá sea esto lo que orienta la escucha y el análisis de Anzieu cuando se inclina sobre los fenómenos extremos de la lengua, sus deformaciones, cuando se desgarran entre un sentido que se derrumba y un sentido que se inventa. Intenta escuchar la lengua y su actividad como el *infans* escucha el habla de sus padres: el *infans* desea comprender sin lograrlo, esa “escena originaria” que habita el lenguaje mismo, y de la cual se siente excluido como un extranjero. En la lectura de Anzieu hay vestigios de esta posición, de este asombro inicial del niño con respecto a la lengua que es aún para él una lengua (una madre) extranjera; de esta posición de los comienzos proviene, creo, la pasión que lo lleva a examinarla, a descomponerla, a ir siempre más lejos en busca de unidades significativas primarias, para poder luego reconstruir, jugar con las piezas separadas, entretenerse de manera lúdica en una vasta recomposición crítica de la búsqueda de sentido.

La noción de “código” es tal vez su aporte más innovador en el enfoque psicoanalítico de la obra. La inventó mientras trabajaba con las historias de Borges. Luego de haberse entregado a un “desarmado” vertiginoso de todas las “ficciones” del escritor argentino, luego de haber señalado la “doble simetría especular”, se detiene en el “código de la biblioteca total”, en la búsqueda del “código de todos los códigos”, que

descubre en historia La Biblioteca de Babel. Anzieu extrae de la lectura de Borges lo que confirmará en los análisis de todos los escritores que eligió en sus trabajos: el código es el organizador del cuerpo de la obra, la narración traduce una experiencia singular –sensible, afectiva o fantasmática– del cuerpo del autor, la obra da a esta experiencia una serie de desarrollos lógicos, los cuales obedecen a un código particular.

La obra de un gran escritor despliega “hasta el agotamiento de su dinamismo lógico” ese “esquema director” que constituye el código. El esfuerzo, el estilo de Anzieu, consiste en captar en el seno mismo del funcionamiento lógico de la fantasía el advenimiento de lo pulsional: “las paradojas lógicas son figuras de la pulsión de muerte”.

Pero fue otro escritor, cuyo nombre también comienza con una B., quien llamó, atrajo con una fuerza extraordinaria el pensamiento y la sensibilidad de Anzieu: Beckett, que había compartido con Borges el premio Nóbel de literatura en 1969. En *Beckett et le psychanalyste* la “manera” crítica barroca de Didier Anzieu alcanza su apogeo: un movimiento incesante se apodera de su escritura, ya no hay ni adentro ni afuera, ni sujeto ni objeto, ni individuo ni grupo; el crítico está en el escenario como en un psicodrama, con los personajes, en la platea, al lado de Beckett, mirándolos realizar su interpretación; la escena de la escritura de Anzieu se confunde con la del teatro o de la novela de Beckett. Como si aquello carcomido e inmovilizado en el cuerpo por la enfermedad fuera reconquistado por el alma del escritor en la libertad y la agilidad del movimiento del pensamiento.

La fuerte hipótesis, y por ello discutible, de Anzieu sobre la obra del escritor irlandés, puede resumirse de la siguiente forma: toda la obra del mismo, con posterioridad a la Navidad de 1935, fecha aproximada del fin de su análisis con Bion, es la elaboración, la transcripción o la deformación de las trazas de esa experiencia psicoanalítica. El valor de esta hipótesis, más allá de una verificación eventual o imposible, consiste, a mis ojos, en lo siguiente: se transforma –para utilizar su propia terminología en el “código” organizador de su narración crítica. La misma se desarrolla como autoanálisis: convoca la voz que dice libremente y se abstiene de todo acto. El narrador, recitando, a partir de ese lugar íntimo de su yo en donde está casi fuera de sí, frontera vacilante entre un afuera y un adentro, escucha y repite lo que oye del otro en sí y lo que percibe de sí mismo en el otro. Obra esencialmente barroca, animada por el torbellino identificatorio en donde el autor de este libro, el de Anzieu, se confunde con

el autor de aquel libro, el de Beckett, el escritor de éste es al mismo tiempo el lector de aquél, el autor se dirige al lector, lo interpela directamente, y el lector, que se transforma de este modo en un personaje del libro, dialoga con el autor, el cual por definición es siempre un lector. Beckett se analizó con Bion: Anzieu los interpreta. Se dejó llevar por la afición barroca de la escritura-lectura, en la enfermedad de leer y escribir y volver releer y reescribir, que sostiene la pasión de la pareja originaria escritor-lector.

El paralelismo establecido por Anzieu entre la obra científica de Bion y la artística de Beckett puede entenderse no tanto como una relación lineal de causa efecto, sino como una actividad lúdica imaginativa que permite que Anzieu construya su propio mundo de ficción crítica y analítica. Acercamientos fecundos se tornan entonces posibles: “el resplandor de la oscuridad” de Bion está cerca de la zona “oscuro” de Murphy (“Un flujo de formas que se agregaban y desagregaban incesantemente (...) Aquí no estaba libre, era un átomo en la oscuridad de la libertad absoluta”) *Beckett et le psychanalyste* es una obra polifónica, un texto-coro. Las voces de Malone y Molloy, de Murphy y Watt, de Mercier y Camier, de Bion y Anzieu, tantas “envolturas” sonoras que envuelven y hacen visible a la desnudez muda de los niños-mendigos de las obras de Beckett, moribundos que no mueren, encarnaciones descarnadas de la melancolía del siglo XX.

La obra de Didier Anzieu perdería algo esencial sin la fuerza del espíritu. Esta es, según creo, lo que lo anima en primera instancia. Hizo reír, en un momento u otro, a todo quien trabajó con él. Si pudo acercarse a las formas más profundas, primeras, casi viscerales del dolor psíquico, es porque podía volver por el poder de la invención, y en la dicha comunicativa y generosa del juego del pensamiento. La forma misma de la escritura de Anzieu está impregnada de ello; se somete casi sin cesar a una doble tarea: el descubrimiento de lo inteligible por la actividad libre del espíritu que crea y recrea el objeto considerado, y la restricción del “esquema”, de la cuadrícula, que utiliza como puntos de apoyo, como referentes que canalizan la energía del discurso. Eligió como conclusión de esta impresionante colección de textos sobre el trabajo de la creación artística que es *Le corps de l'œuvre*, la celebración de la ocurrencia y del chiste como una pasión por la risa.

Guardaremos el rastro de este fecundo teórico del psicoanálisis francés, de su pensamiento y de su risa, libre y alegre, que resuena en la angustia del vacío que tanto lo inspiró. Tal vez ya la escuchaba cuando evocaba, citando un verso de Valéry, la “risa eterna” de Hamlet ante el “cráneo vacío”, la nada de la muerte.

La voz viva de Anzieu era “otra y la misma”, la suya y la de Beckett, en aquella velada memorable, su última, creo, conferencia en la Asociación Psicoanalítica de Francia, cuando leyó su texto “*Comment dire*”, que terminaba así:

“Mi narración llegará a su fin. La historia continuará. El psicoanálisis continuará. El que yo termine no tiene ya importancia alguna. Voy a terminar. Lo importante es que el psicoanálisis continúe, que nuestras narraciones conserven la fecundidad de su trama. Debo detener la narración y devolver el psicoanálisis a la historia. Voy a terminar. Ya está, se terminó.” Adiós, Didier Anzieu.

Traducción: Juan Manuel Pedreyra

El concepto de narcisismo en la obra de Freud

E. Korovsky; M. Herrera; W. Perdomo;

A. Pittaluga; R. Rapetti; T. Ruival

Editorial Psicolibros. Octubre de 1999

Nos encontramos ante un libro de 317 páginas que tiene como eje al concepto de narcisismo en sus múltiples sentidos, para el que se hizo una nueva traducción del alemán sin dejar de tener en cuenta las otras traducciones, a saber las españolas y la inglesa.

Poniendo el punto de partida en la primera mención que se hace al narcisismo en las reuniones que los miércoles llevaba a cabo la Sociedad Psicoanalítica de Viena, los autores arman un recorrido minucioso por las más relevantes referencias al término a lo largo de la obra de Freud.

Recorrido detallado, contextualizado y analítico, luego explicaré con qué se relacionan estos adjetivos.

A través de más de trescientas referencias con las que se confeccionan doscientas doce fichas se despliega un intento de penetrar algo más en el intrincado y polisémico concepto, así como también la propuesta de una visión panorámica del progreso del mismo en el acontecer de los textos freudianos.

La ficha N° 1 toma un fragmento de una intervención verbal¹ en la reunión del 10 de noviembre de 1909 aludiendo a una observación de Sadger cuando el miércoles 3 de noviembre² habló del narzissmus. Allí, entre otras cosas, dice Freud que: "...Esto no es una aparición aislada, sino una etapa necesaria en el paso del autoerotismo al amor objetual...". Referencia ésta que hasta ahora no estaba traducida al español y que será la única que toma en cuenta afirmaciones hechas fuera de los textos oficiales.

Como vemos –como sabemos– el concepto en cuestión se acuña en aquellas ya míticas reuniones de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, fundada por Freud e integrada

1. Protocolo N° 86 del 10/11/09 en Protokolle der Wiener Psychoanalytischen Versinigung.

2. Id Protocolo N° 85.

por los primeros psicoanalistas, algunos años antes de que viera la luz pública su introducción en la teoría de la libido.

Antes se hace mención a un comentario del Dr. Martín Wolf con respecto a una carta a M. Bernays del 16/1/83 en la que se tradujo al español como narcisismo lo que en el original alemán figura como *selbstliebe*, en rigor amor propio o amor a sí mismo. Es la voz alemana *narzicissmus* –que en sus primeras versiones figura como *narzissmus*– la que se recogerá como narcisismo.

Luego de esta primera ficha, se va a tomar el significante exclusivamente en la extensa obra publicada de Freud.

Así veremos que la ficha N° 20 que se titula AUTOEROTISMO / ORIGEN DEL TÉRMINO NARCISISMO está basada en un fragmento del primer capítulo de “Introducción del Narcisismo” de 1914. La N° 118, CASTRACIÓN / LIBIDO NARCISISTA GENITAL / PROTESTA MASCULINA refiere a uno de “De la historia de una neurosis infantil (El hombre de los lobos)” de 1918. La 211, PRIMER VÍNCULO al “Esquema del Psicoanálisis” de 1938.

Todas las fichas contienen la remisión al texto correspondiente, la ubicación en casi todas las versiones y traducciones, más precisamente en las siguientes: *Gesammelte Werke* (G.W.), Standard Edition, Amorrortu Editores (A.E.), Biblioteca Nueva (B.N.) con sus respectivas reediciones y Santiago Rueda (S.R.).

Inmediatamente el TEXTO o sea el fragmento completo en el que la expresión *narzicissmus* (más bien su traducción), u otra que tiene relación conceptual muy estrecha con él (ej. *His Majesty the Baby*), está incluida. Así las referencias se van multiplicando, pudiendo tratarse también de fragmentos en los que se incluyen algun(os) término (s) derivado (s) como los que se pueden traducir por estigma narcisista, satisfacción narcisista, libido narcisista, masculinidad narcisista, elección narcisista de objeto, etc., o de fragmentos en los que el concepto se encuentra como sujeto omitido en una frase, o sea que no está mencionado expresamente, como en la ficha N° 88, NARCISISMO PRIMARIO que toma un fragmento de “Una dificultad del Psicoanálisis” de 1917 en la página 130, tomo XVII, A. E. y que reza: “Nos hemos visto obligados a creer que al comienzo de la evolución individual, toda la libido (todos los anhelos eróticos, toda la capacidad de amor) se liga a la persona propia, o como acostumbramos decir, constituye un investimento del yo”.

A continuación del texto se desarrolla el CONTEXTO en donde se señala en que lugar de la teoría psicoanalítica se inserta el texto, en qué momento de la obra de Freud o del devenir de la teoría psicoanalítica está posicionado.

Luego se hace un ANÁLISIS en el que se intenta encontrar el sentido con el que la palabra es utilizada, hacer un examen de la idea contenida en la mención.

Finalmente las CORRELACIONES que son las articulaciones que se producen con las otras fichas en las que consiste esta obra, a partir del tema, el sentido o el desarrollo del concepto de que se trata.

A veces, en algunas fichas, aparece una OBSERVACIÓN cuando se hace necesario aclarar algunas dificultades para la comprensión del texto o la mención oportuna, otras por contradicciones entre algunas de las ediciones.

Si bien el cuerpo del libro (hasta su página 281) está armado con estas originales fichas que van desmenuzando el término en su polisemia, es decir en diversas acepciones conceptuales que a su vez derivan en múltiples sentidos, antes de terminar contiene un glosario al que se accede a través de asteriscos anexados a algunos términos que aquí son explicados más concisamente, un índice de fichas, un índice temático y un índice cronológico de trabajos de Freud en los que se hace referencia al concepto de narcisismo.

Hasta aquí esta reseña es más que nada una descripción.

Nos encontramos ante un esfuerzo encomiable que los autores hicieron durante varios años y que resultó en este texto.

No es un libro para leer de principio a fin (aunque se puede), sino que más bien es una obra de consulta, casi podríamos decir un vademécum. Todo aquel que se interese por alguna razón por el conocimiento del psicoanálisis se verá beneficiado teniéndolo cerca, pues se trata de una herramienta de mucha utilidad para disponer de una mayor aproximación al tema.

Pero al fin, la trama es el propio Psicoanálisis. Muchos investigadores y analistas piensan como los autores cuando dicen que: “el concepto de Narcisismo se ha erigido desde hace ya algunos años como la piedra angular del Psicoanálisis”.

Afirman también, en una sección que denominan Colofón,³ que el trabajo realizado ha tenido un efecto enriquecedor en ellos mismos pues usando el concepto de narcisismo como eje han podido revisar toda la teoría psicoanalítica y de esa manera percibieron también que lo que muchas veces es tomado como contradicciones de Freud son más que nada reelaboraciones permanentes que el autor-fundador debió hacer a medida que avanzaban sus investigaciones.

El trabajo se ajusta al pensamiento freudiano no tomando en cuenta aportes posteriores. Queda hecha la promesa de continuar la investigación tomando otros desarrollos, comparándolos con los conceptos de Freud.

Nelson de Souza

Abril de 1999

3. Es interesante (y algo curioso) que los autores usen este vocablo que tiene como significado “Anotación al final de un libro, con nombre del impresor, fecha y lugar de la impresión”, en un lugar donde quizás correspondería hablar de epílogo o conclusiones.

“En el camino de la simbolización.

Producción del sujeto psíquico”¹

Myrta Casas

Editorial Trilce. Octubre de 1999

Presentar un libro, experiencia siempre grata, tiene su lado ritual. Como tal parece ubicarse en una zona de desprendimiento, de parto, entre el libro y su autor y el pasaje del libro a otro lugar. El acto de la escritura ya empieza a marcar esa diferencia. Cuando aparece el libro impreso el autor se hace lector y aumenta ese descentramiento. Pero en este acto, donde somos otros lectores los que lo presentamos también a otros lectores o futuros lectores, algo mayor de ese desprendimiento y pasaje se sustancia. Aunque nominado, firmado por la autora, entra al interjuego de otras subjetividades. Algo cae y el libro entra a andar.

Es para esto que estamos hoy aquí. Para hacerle una primera versión-traición en sociedad. En eso consiste la caída. Nosotros vamos a tomar algunos hilos y daremos algunas puntadas y en algún momento la autora pensará: No, no fue eso lo que quise decir en realidad... Pero eso se silenciará, caerá y permitirá que se armen otros pensamientos. De la misma manera que textos de otros autores como: Freud, Winnicott, Lacan, Baranger, Pierce, Austin, Bajtin, Deleuze,..., son cuidadosamente estudiados en este libro, en versiones producto de un trabajo o de haberlos hecho trabajar en otro contexto, el de la autora.

El psicoanálisis nos enseña que tanto lo propio y lo ajeno como lo interno y lo externo no sólo no son simples, fácilmente delimitables, sino que no están dados desde el inicio, tienen cierta necesidad el uno del otro y configuran una zona de complejidad. Este libro tratará de estas cuestiones. La autoría, cuando del sujeto psíquico se trata, requiere del otro, se arma desde el otro y requiere también desprenderse del otro. Pero inevitablemente uno reencuentra a cada paso las marcas que han dejado todos esos otros que nos permitieron realizar ese trabajo de apropiación-separación.

Quiero decir: me siento aquí representando a varias generaciones de analistas y futuros analistas que hemos recibido de Myrta una comprometida y creativa transmisión

1. Presentación del libro en el Instituto Goethe.

del psicoanálisis, como docente de seminarios, supervisiones y otras instancias. Lo que también habla de huellas y diferencias.

Para quienes hemos seguido de cerca la producción de Myrta, que es abundante, reconocemos en este libro una larga trayectoria. No obstante, el libro se nos presenta como algo nuevo y no sólo porque muchos de los trabajos fueron reformulados para su publicación, es su estructura interna, su armazón conceptual que se redescubre en una nueva lectura: el libro como producto actual.

M.C. nos ofrece textos intensos. Encaran algunos de los problemas más actuales al tiempo que limítrofes en las teorías psicoanalíticas. Me refiero aquí a un doble límite.

-Uno de ellos por tratarse de la estructuración del psiquismo, su fundación singular y única en el contexto de la pre-existencia del deseo del otro y la cultura. Hablar de orígenes sitúa inevitablemente un límite y una postura.

-Otro límite lo pienso en el recurso a otras disciplinas, como la lingüística y la semiótica. Hacerlas trabajar en nuestro campo teórico-clínico. Se sitúa aquí una frontera indispensable entre teorías, que requiere de un trabajo deconstructivo y reconstructivo.

Ambos límites son a la vez desafíos.

Los lectores no van a encontrar, entonces, un “tour” fácil. Por el contrario el libro nos propone un ambiente de trabajo serio y continuado a través de muchos años, que nosotros reconocemos en la autora. Si las tendencias de la cultura actual están hacia ciertos facilismos, “flashes”, ilusiones de saberes globales, ustedes encontrarán que estos textos cruzan, cortan este muro ilusorio. Son una invitación a pensar.

Por razones obvias no voy a intentar resumir el libro ni citar todos los conceptos ofrecidos, muchos de ellos de cosecha de la autora. Tomaré un cierto hilo conductor referido al lenguaje, al cuerpo y al otro. Y previamente intentaré situar zonas o guías donde pienso que estas ideas de la autora van armando teoría.

El psicoanálisis trabaja con palabras, con relatos y todo lo que ellos portan de afecto. Pero ¿se puede hablar de que el afecto se porta, como algo que las palabras llevan al modo de una vestidura? Por otra parte, si siempre fue indiscutible el valor de la palabra en psicoanálisis ¿qué de ella se privilegia en la escucha y en la interpretación, inevitablemente como consecuencia de cómo se la piensa en la estructura del psiquismo? ¿Es un significado adherido a ella? ¿Se distingue un significado del sentido

producido? ¿Habrán códigos universales para desentrañar estos sentidos o habrá que pensar a estos códigos en los actos singulares en que permiten que se produzcan efectos de sentido como recreación singular de símbolos?

Nosotros podemos reconocer en estas preguntas una zona de discusión que se abrió ya con Freud. Con el mérito de haber inaugurado la investigación de complejidades sin evitar contradicciones que nos relanzan a la investigación. Reconocemos también una zona donde se dio el aporte de Jacques Lacan, que, digámoslo así: recrea y arma una nueva teoría.

Paradójicamente en la investigación del lenguaje en psicoanálisis se fue armando una Babel que hoy padecemos a la vez que nos desafía.

- Una de estas zonas problema sobre la que se ha escrito abundantemente en las últimas cuatro décadas, es la identificación del concepto de significante con el de significante fónico y el de lenguaje con el de lenguaje verbal. Como consecuencia de ello se hicieron desarrollos hacia una zona pre-verbal tomada como pre-lingüística, concebida tanto para una etapa del desarrollo como para una tónica de las profundidades.
- Otra de estas zonas problema es la conceptualización del afecto. Freud relativamente independizó al afecto de la representación en sus posibles destinos. Pero también lo ligó, lo ancló en representantes pulsionales, engarces producto de la represión estructurante (originaria y secundaria). Quizás por una identificación muy rápida entre el concepto de significante y el de representación, debido a la amplitud y múltiple procedencia de éste último concepto, se criticó a la teoría del significante (en psicoanálisis) haber dejado de lado el problema del afecto y la necesidad de mantener un campo específico para éste.
- Finalmente destacaré una tercera zona problema entre una noción estructural del psiquismo y otra psicogenética-evolutiva. Nunca es fácil encarar el problema de las sincronías y diacronías, especialmente porque pensamos desde una referencia cronológica. El desafío es manejar una noción de estructura sincrónica al mismo tiempo que considerar cómo esta se va moviendo en las vicisitudes de la vida en sus distintos momentos.
- A estas tres zonas problema y de confusión: lenguaje, afecto y estructura, debemos agregar otra sobre la cual hay más acuerdo actual, aunque se la teorice

diversamente: la importancia del otro, del deseo del otro y de la cultura en la estructuración del psiquismo.

En estas zonas, que son también guías, es donde veo que se van tejiendo los aportes que trae en este libro Myrta. En contra de lo que muchas veces es una idea abstracta del significante, aunque por definición es material, y en contra de la idea de que lenguaje es sinónimo de lenguaje verbal, veremos de diferentes formas en estos textos, para decirlo rápidamente, la conceptualización práctica y teórica de un significante encarnado y por tanto, de un cuerpo erógeno en movimiento, en gesto, en juego, siempre en acto con el otro, que debe ser “leído”, “escuchado” como discurso.

La palabra en tanto materialidad significante movida y armada por la pulsión, por lo real que hay en ella, es acto, es realización, como también lo es el gesto y el juego. Tanto el discurso verbal como el gestual y sus armados lúdicos, son un “hacer”, un “haciéndose” con el otro y en el otro, donde afectamos y somos afectados. Se engarzarán en ese “haciendo-produciendo”, el cuerpo, el significante y el afecto.

Si hablar, como dice Austin, es hacer cosas con palabras, hacer, dirá Myrta, es una forma de hablar, una forma discursiva.

Queda allí captada una dimensión encarnada del significante, al mismo tiempo que la de un cuerpo dentro del mundo simbólico.

Diría: la carne se hace cuerpo erógeno, se hace gesto, juego y palabra, cuando en sus recovecos se arma con el otro y siempre en acto, el significante y el deseo.

Esta idea de estructura psíquica produciéndose nos permite pensar la realización singular de pre-existentes, que siempre están “ya ahí”, como el deseo y la cultura. Singularidad re-creadora de símbolos.

Indudablemente esto nos introduce en una concepción de la estructuración psíquica. El semejante, al significar el grito del bebé como pedido, articula cuerpo y símbolo, dice la autora. Pero ¿se trata allí de dos zonas heterogéneas, un cuerpo material, un símbolo abstracto y un afecto que circula no se sabe cómo por esos dos universos? El recurso a las analogías trae sus problemas. La articulación planteada no supone un desarraigo entre símbolo, afecto y cuerpo, sino por el contrario, un acto, un hacer-haciéndose, donde palabra, gesto y juego son realizaciones significantes. Es decir, son lenguaje y afecto, en tanto afectaciones.

En estas realizaciones se arma la estructura psíquica. Como metáfora podríamos decir que, es en la piedra esculpida (objeto, cuerpo), cortada, marcada por el deseo, y no en las representaciones o ideas que de eso se tiene, donde lo simbólico del sujeto se va armando, como estructura psíquica.

Sin embargo la imagen tendrá su importancia, que luego veremos.

La palabra no es menos corporal que el gesto, y esta dimensión encarnada de la palabra, no abstracta, mucho más acá que su significado, es esencial para disponer de su efectividad en psicoanálisis. Esto es válido para el juego en análisis con niños y para todo análisis. El gesto-cuerpo en movimiento, no es menos discursivo que la palabra, se hunde en el lenguaje que pre-existe al sujeto, dice la autora. Un cuerpo escrito, una escritura libidinal en movimiento. Tenemos la posibilidad de pensar conceptos que a veces se suponen en un nivel meta-teórico desarticulado, razón por la cual muchas veces se los abandona, como el representante-representativo y la represión originaria. La posibilidad de pensarlos en una dimensión a la vez encarnada y discursiva, singular en su producción pero en un contexto que lo excede y antecede, generador de subjetividad separada, de sujeto de deseo, pero solo en renovadas puestas en escenas, con otros. Todo análisis se inaugura con estas expectativas que no son de observación y traducción, sino de producción.

Ahora bien, cómo pensar este acto articulador de estructura que hasta ahora lo traigo en su dimensión sincrónica con el otro (la madre), cómo pensarlo a través del tiempo, a través de la vida del chico. Ustedes vieron que este libro se titula “En el camino de la simbolización”. Da cuenta de un trayecto, de movimiento, de trabajo en el tiempo. No sólo se trata de una estructura no cerrada, profundamente abierta porque toda ella se arma alrededor de algo caído, perdido, imposible (“lo real” finalmente), sino que además es una estructura en movimiento, cuya consistencia se arma en cada realización con el otro-los otros. No reconocemos allí las características de un estructuralismo duro, llamémosle así, ése que nadie auto proclamó pero que muchos adjudicaron. Y ésta es una de las zonas de mayor aporte de este libro. Una idea de la estructuración psíquica que nos va permitiendo pensar el camino de la simbolización al mismo tiempo que de producción de sujeto psíquico, concebido como efecto de realización de estructura.

Aparecerá en la relación del bebe con la madre, en el “o-a” del juego del carrete, los diferentes juegos a través de la infancia, las creencias infantiles, pero verán que retoma

este trabajo de estructuración en la latencia, una latencia concebida en actividad psíquica resignificativa, consolidando el sepultamiento, deconstruyendo creencias, con transformaciones pulsionales importantes a los efectos de la sublimación y la socialización, pues se amplía el universo de los otros. La importancia en este período del pasaje del anterior escenario del juego al del pensamiento, no implica, sin embargo, un abandono de la realización en acto y escena, ni de las actividades lúdicas. Por el contrario, ésta se nutre y complejiza en los juegos reglados y con apertura a otros grupos. En la adolescencia la puesta en acto y escena pone en evidencia la fuerza de la palabra como acto dirigida a otro, al mismo tiempo que el hablar con el cuerpo y la necesidad de confrontación (con el otro), donde la función del padre ocupa un lugar central.

Este itinerario cronológico de re actualizaciones renovadas es otro aporte importante que se lo obtiene a lo largo de la lectura del libro.

El tiempo queda referido, también, a la cultura y sus cambios. El otro, en sus diferentes lugares y funciones, como representante directo *de* la cultura, lo verán intervenir con ciertas características de la cultura actual, como la presencia-ausente o indiferencia, así como declinaciones de la función paterna, que podrían provocar importantes efectos en la estructuración del psiquismo. Esta dimensión de la cultura y su época abre una relación con las llamadas patologías actuales, patologías del reflexivo y de la desmentida. Se trata de una zona fermental.

Pero en fin, hay mucho mas sobre esto en el libro, verán las viñetas clínicas que articulan conceptos de los que, seguramente, fueron su cuna.

El punto de partida para pensar, si se quiere punto de partida lógico, sitúa tanto un momento en la vida del bebe como un lugar en la estructura. Esta concordancia es importante. Este lugar y punto, que es una apertura, es “lo real”. Lo real del niño que Myrta plantea corresponde a su indefensión. Re-dimensiona así algo de lo que es nombrado con la palabra “indefensión”, dice “que ancla tanto en el cuerpo como en el símbolo”. La indefensión inicial tiene un lado de falta de imagen, de no poder representar. Vemos aquí la importancia de la imagen. El gesto del bebe, con toda su fuerza pulsional, lo que la pulsión tiene de real, realiza una imagen para la madre, da a ver (dice M.C.) y convoca la mirada, donde comienza a armar sus imágenes. La función materna tiene ahí un decisivo valor simbólico. La madre se ofrece y ofrece objetos,

juguetes, sosteniendo ese espacio que Myrta denomina “metáfora viva”. Espacio donde “lo real” se re-presenta como perdiéndose, cada vez se realiza en un nuevo escenario, enlazando la pérdida, el fantasma y el significante. La madre cuando ofrece, iconifica lo real en juego. Ayuda a armar un necesario imaginario organizador y, con él, la “otra escena”. Por mucho tiempo, como dice Lacan, el niño no puede apropiarse de la relación de pertenencia imaginaria. Funciona en el objeto: yo es otro. Dice la autora: se encuentra por mucho tiempo “en la (actualidad real de un emblema, icono o índice (objeto transicional), antes de ganar un estatuto simbólico (representación, síntoma).

Hacer con el otro es aquí hacer en el otro, lugar donde se arma el sujeto, en una transividad y transicionalidad necesarias. El carácter de realización y de acto da cuenta de la facticidad de los signos, lo que les da eficacia simbólica, porque es en ese acto que se anuda real-imaginario-simbólico.

Ubico aquí un punto de partida y una zona de reflexión del libro. No puedo extenderme; ustedes lo seguirán. Verán como desde este ser-hacerse en el otro se trabajará un recorrido articulado entre formación de símbolo, de objeto y la producción del sujeto de deseo.

Hemos escuchado aquí rastros de conceptos de Winnicott. El objeto transicional, la transicionalidad, el “gerundio”, como también se trabaja la “paradoja”. Luego la autora hará una fina discusión del concepto de Winnicott sobre el impulso destructivo en relación con el concepto de pulsión de muerte en Freud, para plantear a ésta con un carácter “desagregativo”.

Se trata de una discusión con conceptos de Winnicott, introduciéndolos en otro plano. No de una aplicación ni de una traducción de conceptos. Como me referí antes, la autora realiza una lectura entre textos, haciendo producir, trabajar a otro autor en otro contexto. Es en este sentido que pienso corresponde leer estas propuestas.

En torno al concepto de pulsión y en especial de pulsión de muerte es a lo que me quiero referir a los efectos de retomar la idea de realizándose en-con el otro y la necesaria separación que irá permitiendo y siendo permitida por la pulsión en el niño y en la madre. La concepción de la pulsión en un componente agregativo (Eros) y otro desagregativo (Thanatos) le permite pensar un movimiento de ida y vuelta hacia y desde el objeto. La dirección al objeto genera un espacio entre el cuerpo propio y el otro. Pero es la pulsión de muerte la que cumple allí una función de corte. Es aquí donde toma la

idea winnicottiana de que “el impulso destructivo es el que crea la exterioridad”. Eros genera un movimiento de apoderamiento y alienación donde yo es el otro, mientras Thanatos efectúa un corte, un movimiento de desapoderamiento, pérdida y sustitución. Esta lectura de bordes teóricos con Winnicott, le permite a Myrta, con la disponibilidad de los aportes de J. Lacan, realizar otra puntada sobre este momento de la estructuración donde el niño es y se hace con-en el otro. Esta ritmicidad agregativa y desagregativa de la pulsión es otro modo de entender u otro factor en juego. La pulsión de muerte en tanto ligada a Eros, en tanto ritmando este movimiento de ida y vuelta al objeto, aparece como fundamento de la pérdida y sustitución, es decir, del acceso a lo simbólico. Sin dudas, y esto es importante, es preciso considerar aquí estas características de la pulsión también en la madre (en el otro), en esa mezcla agregativa-desagregativa. Queda sentado el fundamento de un capítulo al que no me referiré, pues lo tomará Daniel, que es el interjuego de presencia-ausencia, la función estructurante del NO de la madre y de la desmentida en el niño. Pero verán en esto una continuidad con una ritmicidad significativa, una positividad en oposición a una negatividad, pero como negatividad fundante, que adquieren las distintas formas de realización en los distintos momentos vitales del niño. Finalmente, los invito a leer este libro como producto nuevo. Felicito a Myrta por esta producción, el libro, porque seguramente la lanzará a ella y a nosotros, los lectores, a otros pensamientos. Y también la felicito por el motivo de tapa del libro, por esa hermosa textura de grafismos, formas y colores, tan femenina, que también habla del don, la autoría y la diferencia creativa.

Javier García

**Presencia/Ausencia. Una clave para la lectura del libro
de Myrta Casas: En el camino de la simbolización**

Ed. Trilce. Octubre de 1999

He aquí un hermoso libro, desde su portada con el óleo de Julita Pereda, hasta su hondo contenido. De ahí que el hecho de tener que presentarlo es una tarea al mismo tiempo placentera y difícil.

A la profundidad se agrega la amplitud del libro, ya que tiene 350 páginas. Pero esto no es todo. El estilo de Myrta es muy personal. A veces su lectura en voz alta permite seguir una cadencia modulada y armónica que se aproxima más a la manera de articular sus pensamientos en sus exposiciones orales y cuya riqueza no se aprecia en igual medida con la lectura silenciosa. Además la obra, si bien es una recopilación de artículos que pautan una reflexión sostenida por más de diez años, todos ellos han sido reelaborados profundamente. Creo que los que hemos seguido la producción de Myrta reconocemos sus textos pero, a la vez, nos parecen totalmente nuevos, y ello no sólo por esa reelaboración mencionada, sino porque articulados en su conjunto nos dan nuevas visiones, nos plantean nuevos problemas y nos abren nuevas perspectivas y soluciones.

Tampoco se debe creer que el libro es una progresiva acumulación de conocimientos y problemas que obliga a leerlo en forma ordenada, uno tras otro, como están en el índice. De ninguna manera. Sin descartar que esa es una forma posible de lectura, más bien es el modelo Rayuela el que se puede adoptar: se comienza por cualquier artículo y se sigue por otro, ya sea elegido al azar o de acuerdo a un interés del lector, o de acuerdo a las pautas que nos da Myrta al pie de página, donde señala las conexiones temáticas entre los artículos. Por lo tanto el trabajo de Myrta muestra un recorrido no sólo en espiral, que también lo tiene, sino, por sobre todo, en una rica y compleja red.

Por otra parte sería un error creer que éste es meramente un libro sobre psicoanálisis de niños. Es un libro sobre lo infantil, ese núcleo duro, permanente, propio de lo humano, porque, si como dice Lacan no hay síntesis posible de lo pulsional, si la pulsión siempre es parcial, si el deseo ancla sus raíces en las primeras pérdidas de lo que nunca existió, por lo tanto lo infantil es siempre vigente como anhelo de un reencuentro siempre imposible, siempre fallido. Eso justifica, además, la presencia de Javier y la mía en esta presentación, ya que ninguno de los dos nos dedicamos al análisis de niños, y de

ahí también que este libro sea un libro para todos aquellos que se interesan por la concepción del ser humano que alumbró el psicoanálisis.

Por último: ¿cómo hacer para acercar a los lectores este libro? Creo que es imposible reseñarlo en su totalidad. Cada uno de sus artículos daría para un prolongado análisis, profundización, discusión. Se podría privilegiar alguno para exponerlo y desde allí desplegarse hacia el resto de la obra. Sin embargo yo intentaré otro camino.

Es archiconocida la afirmación nietzscheana, tan cara a los hermeneutas, de que no hay hechos, sólo interpretaciones. Esta afirmación descontextuada sería tachada por los viejos manuales de materialismo dialéctico como ejemplo del más recalcitrante idealismo. Sin embargo ella dice algo capital del pensamiento contemporáneo: en el mundo humano, es decir, en el mundo a secas, no hay hechos brutos, cualquier hecho es tal porque es aprehendido en una red de teorías, de comunidades interpretadoras, de ideas, en suma, en el marco de una cultura, y digo una cultura y no la cultura, evitando el etnocentrismo y respetando la singularidad de las culturas. Es desde esta posición que intentaré decir algo del libro de Myrta. Si es que puedo, trataré de desplegar no las teorías psicoanalíticas en que se nutre Myrta, cuyas referencias son evidentes y están explicitadas por ella misma en los distintos trabajos, sino las ideas, los conceptos y las concepciones que subtienden su pensamiento.

Desde mi lectura hay un centro organizador de su reflexión, que es el núcleo organizador del psiquismo humano: la polaridad presencia-ausencia. ¿Qué quiero decir con ello? Es harto conocido que el pensamiento de Freud, en una línea común con el pensamiento romántico, se articuló, en muchos de sus aspectos capitales, a partir de las polaridades: pulsiones del yo-pulsiones sexuales, pulsión de vida-pulsión de muerte, sujeto-objeto, etc. Pero quiero detenerme en las polaridades que expone en La organización genital infantil. Allí se establece una secuencia de lo activo-pasivo, pasando por lo fálico-castrado para alcanzar lo masculino-femenino. Esa sucesión no hay que leerla solamente en sentido vertical, sino también como cruces entre la derecha y la izquierda en sentido diagonal, con lo que se entretajan formas de identificaciones complejas y a veces patológicas. Ahora bien, detrás de ellas, sobre todo desde el núcleo organizador básico que es lo fálico-castrado, se encuentra una polaridad que es la de la presencia-ausencia. Y esta polaridad, que recorre todo el libro de Myrta, no es sólo psicológica o psicoanalítica, sino que es lógica y ontológica.

En primer lugar, la podemos leer como una relación de oposición entre contrarios, propia de nuestro pensamiento consciente, de una lógica aristotélica, del proceso secundario. En el sentido de una dialéctica dura esta relación se resuelve con la exclusión de uno de los términos: los juicios de presencia excluyen la ausencia y viceversa. Pero si esto es en el plano lógico, esta relación, en el plano ontológico, responde a la polaridad parmenidiana del ser-no ser.

Frente esta polaridad Demócrito encuentra una vía alternativa cambiando los términos de presencia-ausencia, o ser-no ser, por pleno (átomos)-vacío. Con ello introduce la posibilidad de que los átomos salgan de esa perenne identidad inmóvil y que sus movimientos, a través del vacío, les haga cambiar de lugar y generar algo nuevo. Hegel señalaba en los siguientes términos este cambio sustancial: "...el punto de vista [...] según el cual el vacío constituye el fundamento del movimiento contiene este pensamiento profundo de que es en lo negativo en general que se encuentra el fundamento del devenir, de la inquietud, del auto-movimiento. Pero lo negativo no se debe tomar como la nada que se encuentra próxima a la representación: es la negatividad verdadera, lo infinito".¹ Idea que también está en Heidegger con la hermosa metáfora del alfarero: el alfarero construye el cántaro no desde la solidez de las paredes, sino desde el vacío que promueve el movimiento de la construcción. De ahí el tetrápodo heideggeriano que reúne a los mortales y los divinos, a la tierra y al cielo, es decir, al mundo.

Para que opere este movimiento es necesario que los términos de la oposición, que responden a una diferencia fuerte y excluyente, se transformen en una diferencia débil. Para ello los términos se tienen que poner en cadena, es decir, en una combinatoria. Sobre esto volveré luego.

Por otra parte la presencia hace referencia no sólo al espacio, también al tiempo, al presente. Pero el presente, como dice Derrida, no es puro, no es presente idéntico a sí mismo, es diferencia, en el doble sentido de que difiere de sí mismo, no cumple con la identidad, y está en diferido temporalmente. ¿Qué significa esto? Ya Hegel señalaba que el futuro era el proyecto del pasado atravesando el presente. Bergson introduce la idea de la durée, es decir de un tiempo que no es el cronológico sino el vivencial y que, obviamente, no coincide con el tiempo de la cronología. Entonces es cierto lo de

Derrida: el presente no coincide consigo mismo, el presente ya está lanzado hacia el futuro desde el pasado, pero el pasado –y eso lo dice Freud– es leído desde el futuro, es decir desde la realización del deseo. Y esto tiene un nombre: *nachträglichkeit*, a posteriori.

Pero volvamos a las polaridades freudianas. En el genial análisis del olvido de un nombre propio, Freud articula la muerte y la sexualidad: la pérdida de la sexualidad, vivida como castración, es para el hombre lo pasivo, pero también es la muerte. “Sin eso no vale la pena vivir”, dijo el compañero de viaje de Freud. Pero no es éste el camino que elige Myrta.

La filosofía, por lo menos hasta Nietzsche, ha concebido al ser como presencia. Pero el Ser, si es Uno, inmóvil, idéntico a sí mismo, coincide con la nada y a Myrta, en un retorno heracliteano, lo que le preocupa es el devenir, el siendo. Para ello parte de otra experiencia fundante de lo humano, cual es la indefensión, y entonces los términos excluyentes de presencia-ausencia ya no son tales. Éste, así lo veo, es un hallazgo fundamental que no sólo rompe con un pensamiento dicotómico, sino que es de una enorme riqueza y fecundidad. Myrta descubre que en la experiencia humana la polaridad presencia-ausencia no es una relación de exclusión, sino una relación dialéctica: entre los dos términos existe un tercero, no explícito sino implícito, que los vincula a ambos, cosa imposible de pensar desde una lógica de los contrarios. Entonces, la ausencia, el vacío, como lo querían Hegel y Heidegger, es lo que promueve un movimiento, el de la negatividad, que, para que se produzca, requiere, por un lado, de un mecanismo: la desmentida, y por otro de un universo simbólico, la presencia del otro y del Otro, es decir, la presencia del semejante en el seno de una cultura.

Tomando el ejemplo de la ficción freudiana de la experiencia de satisfacción, haciendo de ella una nueva lectura, Myrta muestra que la ausencia, para el infans, no es mero juego lógico. Es situación vital y encarnada desde la prematuración, que crea la vivencia de la indefensión, del desamparo, de la cual sólo lo puede salvar el amor, el deseo, del otro. Myrta rescata en ello la hermosa idea de Freud del complejo del prójimo, expuesta en el Proyecto..., donde dice que “el prójimo es el primer objeto-

1. Hegel *Lógica*. Citado por Alain Bachou, *Théorie du sujet*. Pág. 74. La negatividad es algo contra lo que la realidad choca. En ese sentido puede ser entendido como exterior a ella, pero como la realidad es constituida por este choque la negatividad es interna a ella.

satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador”, y “es sobre él que el ser humano aprende a discernir” Pero la relación con el prójimo no es sólo el comienzo de la actividad judicial: es desde la relación con el prójimo donde se asienta la moral. Es la puesta en juego de esta relación dialéctica la que va realizando al ser humano. Es el gerundio, tan importante en el pensamiento de Myrta, lo que con fineza, sagacidad y rigor desarrolla a lo largo de esta obra y que da el título a su libro. Ese es el camino de la simbolización.

Dije antes que para que funcionara una relación dialéctica los términos se tenían que poner en cadena. Agregó ahora que tienen que formar una estructura. Ahora bien, el pensamiento de Myrta si bien tiene una relación con el estructuralismo, en lo profundo, tiene una diferencia radical. Más que la estructura Myrta atiende a la estructuración. La estructura, en el sentido fuerte del estructuralismo, es heredera de las ideas innatas y del a priori kantiano. Aparece como algo subjetivo, que funda al sujeto pero es trascendental o trascendente a él. Myrta, más atenta a la gestación del sujeto en la relación con el otro, analiza el proceso de estructuración como inmanente a la relación intersubjetiva. También utiliza las categorías de sujeto y objeto y de relación intersubjetiva, pero creo que las desborda y se aproxima más a la idea de un movimiento moebiano. Por último, si bien hace referencia a la idea aristotélica de potencia y acto, creo que más que la puesta en estructura, como decía Lévi-Strauss, es la gestación de la estructura lo que dilucida. No es que desconozca o niegue las bases biológicas de nuestro psiquismo. Lo que creo que piensa es que, existiendo ellas, no se trata de una simple actualización *de* algo que está en potencia, la estructura, sino de un largo y arduo proceso que se realiza en la conjunción del deseo y la represión, a partir del deseo del otro; de la misma manera que Freud decía que la pulsión es despertada por el otro. Pero la pulsión no es estructura, es empuje, que hace posible la estructura. Por ello, reitero, lo que Myrta nos propone es la hipótesis del proceso de estructuración. Dicho en otros términos: atiende al símbolo y a lo simbólico, pero por sobre todo estudia el proceso de la simbolización. O, en vez de la ya mencionada actualización, en una formulación que me place más, atiende al proceso de historización movido por el deseo.

Para ello recurre a la lingüística, pero no en sus aspectos formales, como los podemos ver en De Saussure, o en Chomski. Lo que Myrta atiende es al infans, a esa “carne de mi carne y sangre de mi sangre”, como reza el dicho popular. Es decir, atiende al amor –y también al odio– porque todo amor, para bien o para mal, es

narcisista, como dice Lacan. Por eso su posición es más próxima a Rousseau, quien decía que el lenguaje nació para expresar emociones. Por ello Myrta incluye, como pieza clave, al gesto. Y de ahí que el lenguaje se haga cuerpo, cuerpo deseante, cuerpo real atravesado por el símbolo. Símbolo que viene desde el otro, la madre, y el Otro, la cultura. La madre, y esto ya lo había adelantado Freud, da sentido a la descarga motriz incoordinada del niño nacida de la necesidad biológica, pero con ello organiza la demanda e introduce el campo del deseo. Entonces, entre la madre y el niño, más allá del intercambio de mensajes, tema al que se había dedicado la lingüística, lo que se producen son “juegos de lenguaje”, para utilizar, ampliándolo, el concepto de Wittgenstein.

De esta manera Myrta supera la concepción del lenguaje, propio de la lingüística clásica, que sólo ve en él el lado de comunicación de un mensaje que, aun con los enriquecimientos de Jakobson, está centrado en la función denotativa o referencial que, en lo profundo, es subsidiaria de la concepción de que el enunciado debe cumplir con el requisito de adecuar el intelecto con la cosa, es decir, tener como ideal al lenguaje de la ciencia. Con ello se desconocía el lado performativo, es decir el de “hacer cosas con palabras”. En ese sentido, el gesto es la forma más directa y “forzada” ante la que el otro debe responder.

El niño indefenso tiene tres alternativas ante la ausencia, imposibilitado, como se encuentra, de aceptarla de entrada. Estas tres alternativas son: a) negarla, por exceso de la función materna, con la ilusión de la completud, de unión con la Cosa, encarnando el falo de la madre; b) ausencia de la función materna, sin lo cual también es imposible la organización del deseo. En ambas situaciones, ya sea el exceso o la ausencia de la función materna el resultado es el encuentro con el horror de la Cosa. No negatividad, sino nada. c) por último, por el mecanismo de desmentida, que niega la ausencia a través de una negatividad, en movimientos recurrentes y espiralados, se va elaborando, en forma gradual y paulatina, el duelo por un narcisismo imposible, organizando el deseo en los desfiladeros del significante, a partir del significante fálico y de su sucesor, el significante del Nombre del Padre, siempre y cuando la madre lo trasmita. Con ello, y he aquí un descubrimiento mayor de Myrta, esta desmentida, denominada por ella desmentida estructural, se constituye en defensa consustancial ante la indefensión y es, con pleno derecho, una pieza clave para la organización psíquica, junto con los otros mecanismos de defensa descritos por Freud: la transformación en lo contrario, la vuelta

sobre sí mismo, la represión y la sublimación. De ahí también la idea del montaje pulsional. Esta desmentida es la que defiende al niño en un momento en que por su organización psíquica no está capacitado de otra respuesta ante la angustia frente a la ausencia del otro, dimensión de la muerte, y la castración, como correlato imaginario de la ley y el Otro. Con ello se logra que, gradualmente, se instaure la represión y la sublimación, porque en realidad, lo que en este período se produce es un interjuego entre la represión y la desmentida. Este descubrimiento está en la línea de lo sostenido por Freud para quien la desmentida de la castración, en esta etapa de la vida, es un momento imprescindible para la constitución del primado del falo, etapa sin la cual sería imposible que se pudiera instaurar la castración imaginaria y simbólica. Es entre la desmentida de la ausencia y la represión de los deseos edípicos, que se juega toda la vida psíquica, concluye Myrta.

Es en el interjuego de la ausencia y la presencia, que se elabora a través de palabras y gestos, del objeto y el espacio transicional, del juego (entre ellos el juego del “Está-No está”, que Myrta describe y que es una pieza de una fineza semiológica y teórica estupenda), de los cuentos infantiles, etc., que se va produciendo y haciendo el camino de la simbolización, única forma de aceptar la ausencia del otro y la ley, que es como decir aceptar la castración y la muerte.

Myrta se revela contra las concepciones genetistas de lo preverbal, como si se tratara de maneras prelógicas o presimbólicas del psiquismo humano. No, no existe lo preverbal. Dice: “No hay un antes y después entre la imagen y la palabra, sino un interjuego entre ellos donde la relación será el objeto de la simbolización”. Y esto es tanto para la historia del niño como para la de la especie. Leroi-Gourhan, mostró en los primeros grabados rupestres de hace 32000 años, que junto a representaciones figurativas del genital femenino existían representaciones fálicas abstractas. Por lo tanto ni en el individuo ni en la especie hay un principio figurativo primero y más tarde, con la evolución, se alcanza un nivel abstracto, simbólico. Todo se daría entre la simbolización de la imagen y la imaginarización del símbolo, y esto es el trabajo de la negatividad, de la simbolización, actividad creadora, sublimación, que hace que “podamos disponer de una ausencia y no necesitemos cubrirla con un objeto”. Cada movimiento, cada vuelta espiralada, es proceso de resignificación. Pero resignificación no se debe entender en el pensamiento de Myrta como mero otorgamiento de nuevos significados, si bien eso puede estar implícito. Resignificación es juego de significantes,

proceso de historización del sujeto. Lo que sucede es que en el niño la simbolización es una forma de trabajo elaborativo entre el deseo y las defensas, y para ello dispone de lo simbólico que se realiza en la medida que se produce la simbolización. Conflicto entre el deseo y la represión, relación entre el sujeto y el otro, Trabajo de subjetivación.

Pero, una vez más, quiero subrayar la importancia que Myrta otorga a la ausencia en su articulación con la presencia. Si en Freud represión y deseos edípicos se pertenecen, y destaco deseos en plural, Myrta, al poner como elemento estructurador fundamental a la ausencia, la relaciona implícitamente con el deseo, ahora sí en singular. Diría que si en lo fálico-castrado están en juego los deseos edípicos y la angustia de castración (imaginaria); en el plano de la presencia-ausencia esta en juego el deseo como deseo de deseo, o deseo de ninguna cosa y, por lo tanto lo que se juega es la castración simbólica porque si no reconocemos la ausencia estamos condenados a repetir. De allí la necesidad del duelo y ese permanente deambular del humano entre la nostalgia y el anhelo.

No puedo seguir extendiéndome en esta tarea de análisis, que daría para mucho más so pena de fatigar al auditorio sin lograr agotar la riqueza de este libro. Sé que omito aspectos fundamentales en todo lo que tiene que ver con el análisis del juego, del gesto, del objeto transicional, de la relación Freud-Winnicott, de las relaciones con la semiótica, en especial la persiana, etc. Todo esto será trabajo para el lector que, a partir de hoy, encontrará en este libro un referente mayor del pensamiento psicoanalítico.

A Myrta nos queda darle las gracias por su trabajo y sus aportes y esperar de nuevos desarrollos que, sin duda alguna, como ha sido hasta ahora, nos enriquecerán a todos.

Daniel Gil

Normas de publicación de la Revista Uruguaya de Psicoanálisis

Los artículos publicados en la RUP deberán ajustarse a los siguientes requisitos:

1. Los artículos serán sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
2. La extensión tendrá un máximo de 42.000 caracteres (incluyendo la bibliografía) más un resumen final en español y otro en inglés de no más de 950 caracteres cada uno. Al final del artículo se deberá incluir el número de caracteres total del trabajo (se extrae con el programa procesador de texto) y el resumen.
3. En la primera hoja, debajo del título constará el nombre del autor (sin grados académicos). A pie de página deberán constar los siguientes datos del autor: institución a la que pertenece, sociedad o grupo de estudio, país, dirección, teléfono y su e-mail (si lo tiene).
4. La bibliografía sólo incluirá los textos utilizados y mencionados en el artículo.
5. Las referencias bibliográficas se colocarán al final del trabajo, ordenadas alfabéticamente y las obras de un mismo autor se ordenarán cronológicamente agregándose las letras a. b. c. etc. si hubiese varias obras publicadas en un mismo año. Los criterios generales deberán ajustarse a las normas internacionales de publicación:
 - En el caso de citar **libros**: nombre del autor o autores en letras mayúsculas, seguidos por las iniciales del nombre de pila; título del libro completo en negrita; edición; ciudad de edición; editorial; fecha. Si el libro es publicado por una institución, se la considera como su autor.

Ejemplo:

Mc DOUGAL, J. **Teatros de la mente**. Madrid Tecnipublicaciones, 1987.

- Si se cita un **capítulo de un libro** luego del nombre del autor en letras mayúsculas, se pone el nombre del capítulo seguido de “En” autor del libro, título del libro, etc.
- Si se cita un **trabajo presentado y publicado en un Congreso**: autor o autores en letras mayúsculas; título del trabajo. “En” título del Congreso; número del mismo; lugar de realización; fecha; lugar de edición; número de páginas.
Ejemplo:

En: Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, 19, Montevideo, ago., 1-7, 1992.

- Si se cita un **artículo de revista** se pone autor o autores en letras mayúsculas; título del artículo; nombre de la revista abreviado en negrita (en caso de duda, citar el nombre completo); volumen (número); año; páginas.

Ejemplo:

BICK, E. “La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas”.
Rev. Psicoanálisis, 28 (1); 1970; p...

- Si un autor es citado más de una vez en la bibliografía, no se repetirá el nombre del mismo. En su lugar se pondrá una línea y el nombre del libro o artículo con los datos completos del mismo según lo expuesto anteriormente.
 - Las referencias hechas en el transcurso del texto se harán citando entre paréntesis el nombre del autor seguido por el año de publicación de la obra y los números de página.
6. Las notas a pie de página se enumerarán consecutivamente intentando, en lo posible, que sean pocas. No serán destinadas a remisiones bibliográficas.
 7. Los trabajos deberán ser enviados en un disquete (protegido y en Word) acompañado por cuatro copias (una para su archivo y tres para los lectores de la Comisión) firmadas por el o los autores.
 8. Los trabajos se entregarán en la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en sobre cerrado dirigido a la Comisión de Publicaciones de la APU, Canelones 1571, Montevideo 11200, Uruguay.

9. Los descriptores de los artículos serán adjudicados por la Comisión de Indización mediante el uso del Tesauro de Psicoanálisis.

Al enviar su trabajo el autor acepta:

- El trabajo podrá ser aceptado o no para su publicación.
- Una vez que el trabajo sea aceptado por la Comisión será decisión de ésta el momento en que se publicará.
- Los trabajos podrán ser enviados a un corrector de estilo que con la aprobación posterior de la Comisión, podrá resultar en modificaciones formales del original.
- La Comisión de Publicaciones no se obliga a realizar devoluciones orales ni escritas sobre los trabajos recibidos, ni a devolver los artículos no publicados, como tampoco a enviar separatas (ni la Revista) por los publicados.
- Las tesis expuestas en los artículos son responsabilidad de sus autores y no comprometen la opinión del comité editor de la RUP.

